

ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON

Río negro

RBA

Título original: *Myrká*

© Arnaldur Indridason, 2008.

© de la traducción: Enrique Bernárdez Sanchis, 2016.

© de esta edición digital: RBALibros, S.A., 2016.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: OEBO996

ISBN: 9788490567425

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

Notas

Se puso vaqueros negros, camisa blanca y chaqueta cómoda, se calzó los zapatos de fiesta que tenía desde hacía tres años y pensó en los locales del centro que una de ellas había mencionado.

Se hizo un combinado con dos bebidas y se lo bebió delante del televisor mientras esperaba el momento de bajar al centro. No quería ponerse en camino demasiado pronto, porque alguien podía fijarse en él si se demoraba demasiado en lugares apenas transitados. Quería evitarlo. Lo fundamental era fundirse con la multitud, no llamar la atención, ser solo uno más de la concurrencia.

Tenía que hacer todo lo posible para no resultar demasiado fácil de recordar por nada especial, por no destacar lo más mínimo. En el caso improbable de que alguien preguntara, estuvo solo en casa toda la velada, viendo la televisión. Si todo iba según sus deseos, nadie recordaría haberlo visto en ningún sitio.

Cuando llegó la hora, apuró lo que quedaba en el vaso y salió. Estaba un poco achispado. Vivía cerca del centro y se dirigió hacia el pub en la oscuridad otoñal. El centro estaba ya atestado de gente en busca de marcha de fin de semana. Habían comenzado a formarse colas de espera ante los locales más populares. Los porteros hacían ostentación de su fuerza física. La gente intentaba engatusarlos para que les dejaran entrar. La música se oía desde la calle. El olor a comida de los restaurantes se mezclaba con el aroma de alcohol

de los pubs. Unos estaban más borrachos que otros. A él le daban asco.

Entró en el pub después de una espera relativamente corta. El local no era de los más populares, aunque esa noche allí no cabía ni un alfiler. Estupendo. Ya había empezado a echarles el ojo a las chicas y a las mujeres jóvenes mientras paseaba por el centro. Las prefería de treinta y pocos años, y preferiblemente que no estuvieran del todo sobrias. No había problema si ya estaban un poquito puestas, aunque tampoco las quería borrachas en exceso.

Procuró no destacar demasiado en el grupo y volvió a darse una palmadita en el bolsillo de la chaqueta para cerciorarse de que lo tenía allí. Se había dado varios golpecitos en aquel bolsillo durante el paseo, pensando que parecía uno de esos neuróticos que estaban siempre comprobando

si habían cerrado bien la puerta, si se habían olvidado las llaves, si habían apagado la cafetera o si se habían dejado encendido alguno de los fuegos de la cocina. Él también padecía esa clase de obsesión, y recordaba haber leído un artículo al respecto en una revista femenina muy popular. En ese mismo número había un artículo sobre otra de sus obsesiones. Se lavaba las manos veinte veces al día.

Casi todos bebían jarras de cerveza, y él también pidió una. El camarero apenas se fijó en él, y tuvo la precaución de pagar en efectivo. No le resultó nada difícil perderse en la multitud. La mayoría de los asistentes eran personas de su misma edad, que iban con sus amigos y compañeros de trabajo. El ruido era atronador, pues los clientes del local intentaban hacerse oír por encima de la enloquecedora música de rap.

Miró tranquilo a su alrededor y comprobó la existencia de unos cuantos grupos de amigas y de unas cuantas mujeres a las que parecían acompañar sus maridos, pero no encontró a ninguna con aspecto de estar sola. No había terminado aún su jarra cuando salió a la calle otra vez.

En el tercer local vio a una mujer que conocía de vista. Le echó unos treinta años, y parecía sola. Estaba sentada a una mesa de la zona de fumadores, y a su alrededor había mucha gente pero saltaba a la vista que ella no iba con nadie. Bebía un margarita, y se fumó dos cigarrillos en el rato en que él la estuvo mirando desde lejos. El local estaba a rebosar, pero ninguno de los que se acercó a ella parecía ser su acompañante. Dos hombres hicieron avances pero ella sacudió la cabeza y se fueron. El tercero siguió encima de

ella, como si no estuviera dispuesto a aceptar un no por respuesta.

Era morena, agraciada y una pizca rellenita. Vestía con elegancia: falda y camiseta de manga corta, de color claro, y un bonito chal sobre los hombros. En la parte delantera de la camiseta ponía SAN FRANCISCO, con una florecita asomando de la F.

Consiguió librarse del hombre, que pareció soltarle alguna grosería. Dejó un momento a la mujer para que se calmara antes de dirigirse a ella.

—¿Has estado allí? —preguntó.

La morena levantó la mirada. No conseguía ubicarlo del todo.

—En San Francisco —dijo él, señalando la camiseta.

Ella se miró el pecho.

—¿Te refieres a esto? —preguntó ella.

—Es una ciudad preciosa —dijo él—. Deberías ir allí alguna vez.

Ella le miraba como si no acabara de saber si debía decirle que ahuecase el ala, como a los otros. Y además tenía la vaga sensación de haberle visto alguna vez.

—Allí pasa de todo —dijo él—. Allí, en Frisco. Muchísimo que ver.

La chica sonrió.

—¿Tú por aquí? —dijo.

—Sí, me alegro de verte. ¿Estás sola?

—Sí, estoy sola.

—¿Y qué hay de Frisco? Tienes que ir.

—Ya, he...

Sus palabras se ahogaron en el estruendo. Él se pasó la mano por el bolsillo de la chaqueta y se inclinó hacia ella.

—El vuelo sale un poco caro —dijo—. Pero

bueno... Yo fui una vez, fue estupendo. Una ciudad preciosa.

Utilizaba ciertas palabras con toda intención. Ella levantó los ojos hacia él, que imaginó que estaría contando con los dedos de una mano los chicos jóvenes que conociera y utilizaran palabras como «precioso».

—Ya lo sé, he estado allí yo también.

—Vaya. ¿Te importa que me siente contigo?

La joven vaciló un instante, pero luego se desplazó a un lado para dejarle sitio. Nadie del local se fijó en ellos, ni tampoco cuando salieron juntos, como una hora más tarde, y fueron a casa de él por calles poco transitadas. La droga había empezado a hacer efecto. Se la había puesto en una de las copas de margaritas. Al volver de la barra con la tercera bebida, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la droga y se la echó en la

bebida. Se habían caído bien, y él sabía que la chica no le causaría ningún problema.

El aviso llegó a la policía de investigación dos días después. Elínborg lo tomó a su cargo y pidió la asistencia de un grupo de apoyo. Los agentes de la policía de tráfico ya tenían cerrada la calle del barrio de Þingholt cuando Elínborg llegó al lugar, y los técnicos estaban ya entrando. Vio al forense salir de su coche. Tan solo la sección técnica estaba autorizada a entrar en la vivienda en un primer momento, para llevar a cabo la investigación. En su jerga lo llamaban «congelar el escenario».

Elínborg se ocupó de organizar todo lo necesario mientras esperaba con paciencia una

señal de los técnicos para entrar en la vivienda. En el lugar se habían congregado periodistas de medios escritos y audiovisuales, y ella miraba cómo trabajaban. Algunos se mostraban insistentes, y otros incluso groseros con los agentes de policía que les impedían acceder al escenario. Ella conocía a dos o tres de la televisión, un tipejo de programas de entrevistas que se había pasado a los informativos hacía muy poco, y un moderador de debates políticos. Elínborg no acababa de entender por qué andaba allí en medio de los reporteros. Recordaba sus propios comienzos, cuando era una de las pocas mujeres de la sección de investigación criminal, los periodistas eran más amables, y su número, mucho más reducido. Prefería a los que trabajaban en periódicos. Los de los medios escritos no tenían tanta prisa, eran más tranquilos y mucho

menos cargantes que los que iban con la cámara de televisión sobre el hombro. Algunos incluso sabían escribir.

Había vecinos asomados a las ventanas o delante de las puertas, con los brazos cruzados, en pleno frío otoñal. En sus gestos se podía discernir que no tenían ni la menor idea de lo que había sucedido. Algunos agentes les preguntaban si habían notado algo extraño esa noche en la calle, algo fuera de lo común en los alrededores de la casa, gente que iba o venía, si conocían a quienes vivían allí, o si habían entrado alguna vez en la casa.

En tiempos, Elínborg había vivido en un piso alquilado en Bingham, antes de que la zona se pusiera de moda. Le encantaba aquel barrio residencial tan tradicional que se erguía sobre las laderas de la colina que comenzaban en la vaguada

del centro. Las casas pertenecían a distintas épocas y contaban la historia de la edificación de la ciudad a lo largo de un siglo entero: unas eran humildes viviendas proletarias; otras, grandes mansiones de empresarios. Allí siempre habían vivido juntos trabajadores y clases superiores, en paz y tranquilidad, hasta que el barrio comenzó a atraer a jóvenes que se negaban a irse a vivir a los barrios periféricos de la capital, que crecían sin cesar uno tras otro hasta lo alto de los páramos, y que prefirieron crear sus nidos en pleno corazón de la ciudad. Artistas y toda clase de *beautiful people* se fueron a vivir a aquellas casas mientras los multimillonarios y los nuevos ricos compraban las enormes mansiones de los comerciantes mayoristas. Los nuevos habitantes llevaban el código postal como señal de su identidad: Reikiavik 101.

El jefe de la sección técnica apareció por una esquina de la casa y llamó a Elínborg. Le advirtió que fuera con cuidado y le recordó que no debía tocar absolutamente nada.

—Esto es bastante feo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque parece un matadero.

El apartamento tenía una entrada por el patio trasero, que no se veía desde la calle. Estaba al nivel del suelo y se entraba directamente por un sendero empedrado que había detrás de la casa. Lo primero que vio Elínborg al entrar en el apartamento fue el cuerpo de un hombre joven que yacía en el suelo, con los pantalones bajados hasta los tobillos, vestido solamente con una camiseta ensangrentada en la que ponía SAN FRANCISCO, con una florecita asomando de la F.

De camino a casa, Elínborg se pasó por una tienda de alimentación. Habitualmente empleaba un buen rato en hacer las compras y evitaba los comercios baratos porque contaban con una oferta muy limitada y la calidad iba pareja con el precio. Pero ahora tenía que darse prisa. La habían telefoneado los dos chicos para preguntar si no pensaba preparar cena como les había prometido, y ella les aseguró que sí, aunque dijo que tendría que ser un poco tarde. Intentaba preparar la cena todos los días para poder sentarse a pasar un rato con la familia, aunque solo fueran los quince minutos que sus chicos tardaban en devorar la comida. También

sabía que si no guisaba algo apetecible, los chicos se lanzarían a por carísima comida basura con el poco dinero que habían ahorrado del trabajo de verano, o se lo sacarían a su padre. Teddi, su marido, mecánico de automóviles, era una auténtica calamidad culinaria, sabía preparar gachas de avena y huevos fritos, pero ahí se acababa todo. Eso sí, estaba siempre dispuesto a recoger la mesa y fregar, y no remoloneaba a la hora de hacer las demás tareas de la casa. Elínborg buscó algo rápido y vio un preparado de pescado bastante decente, cogió un paquete de arroz, cebolla, un par de cosas más que necesitaba en casa y al cabo de diez minutos estaba otra vez en el coche.

Una hora más tarde estaban sentados a la mesa de la cocina. El chico mayor protestó por las albóndigas de pescado, porque el día anterior

también habían cenado pescado. No le gustaba nada la cebolla y la dejaba en el borde del plato. El pequeño era más del estilo de Teddi y se comía todo lo que le echaban. La chica, que era la más pequeña de los tres, y que se llamaba Theodóra, había telefonado para pedir permiso para quedarse a cenar en casa de una amiga. Estaban estudiando juntas.

—¿No hay más que salsa de soja? —preguntó el mayor. Se llamaba Valþór y acababa de empezar la secundaria. Ya sabía perfectamente lo que quería ser en la vida: al terminar la enseñanza obligatoria había optado por la Escuela de Comercio. Elínborg tenía la impresión de que estaba saliendo con una chica, aunque él no decía ni una palabra al respecto. No hizo falta investigar mucho para confirmar las sospechas. Un preservativo cayó del bolsillo del pantalón cuando Elínborg iba a

meterlo en la lavadora, hacía apenas unos días. No le preguntó absolutamente nada, eran cosas de la vida, pero se alegró de que fuera prudente. Nunca había conseguido ganarse plenamente su confianza. La relación que existía entre ambos siempre estaba llena de tiranteces, el chico era siempre muy independiente y en ocasiones un tanto descarado. Aquella era una característica de su temperamento que Elínborg no aguantaba y que no sabía de dónde podía haber salido. Teddi le manejaba mejor. Los dos eran aficionados a los coches.

—No —dijo Elínborg sirviéndose el resto del vino blanco en una copa—. No tenía ganas de hacer salsa.

Miró a su hijo y pensó una vez más si sería conveniente decirle algo acerca de su descubrimiento, pero decidió que estaba demasiado cansada como para iniciar una

discusión con su hijo en ese momento. Estaba segura de que el chico se sentiría molestísimo por lo que había hecho.

—Dijiste que esta noche ibas a hacernos un filete —le recordó el muchacho.

—¿Qué cadáver es ese que habéis encontrado? —preguntó el pequeño, que se llamaba Aron. Había visto las noticias de la televisión, y salía su madre delante de la casa de Þingholt.

—Un hombre de unos treinta años —dijo Elínborg.

—¿Lo mataron? —preguntó el mayor.

—Sí —dijo Elínborg.

—En las noticias dijeron que aún no se sabía si había sido un asesinato —explicó Aron—. Solo que se sospechaba que era un asesinato.

—A ese hombre lo asesinaron —dijo Elínborg.

—¿Quién era? —quiso saber Teddi.

—Nadie que conozcamos.

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Valþór.

Elínborg la miró.

—Sabes que no debes preguntar esas cosas.

Valþór se encogió de hombros.

—¿Fue por asuntos de drogas? —preguntó Teddi—. ¿Que él...?

—¿Queréis dejar de hablar de eso? —les rogó Elínborg—. Todavía no sabemos nada.

Todos sabían que no debían insistir, pues a Elínborg no le parecía adecuado hablar de su trabajo. Los hombres de la familia siempre habían sentido mucho interés por el trabajo de la policía y, cuando sabían que ella estaba trabajando en algo que pudiera parecer emocionante, eran incapaces de reprimir sus preguntas sobre los menores detalles del caso, e incluso se permitían opinar. Por regla general solían perder el interés si la

investigación se prolongaba, y le concedían una tregua.

Eran seguidores adictos de las series policiacas de la televisión, y cuando los chicos eran más pequeños les parecía de lo más emocionante y aventurero que su madre fuera detective de investigación criminal como los protagonistas de las series. Pero pronto se dieron cuenta de que había algo que no acababa de encajar, o bien por lo que ella les contaba de su trabajo o bien por lo que sabían por propia experiencia. Los héroes de las películas policiacas parecían modelos por su aspecto y sus movimientos, eran espléndidos tiradores y capaces de mantener agudas discusiones con serviles delincuentes, solucionaban en un abrir y cerrar de ojos los casos más complicados y charlaban de literatura universal en medio de una persecución de coches

que te ponía los pelos de punta. En cada episodio se cometían crímenes de lo más horripilante, dos, tres o cuatro, y al criminal siempre lo capturaban al final y le daban su merecido.

Los chicos sabían que Elínborg trabajaba muchísimo a horas y a deshoras, y que tenía un sueldo bastante flojo, como ella misma decía. Según ella, nunca había participado en una persecución en coche. No tenía pistola, y no digamos fusil, pues la policía islandesa no utilizaba armas de fuego en su trabajo. Los criminales eran las más de las veces unos pobres desgraciados, unos miserables, como los llamaba Sigurður Óli, y la policía los conocía a casi todos ellos. Los casos más importantes eran atracos y robos de vehículos. Agresiones a personas. La sección de estupefacientes se encargaba de las drogas, y delitos muy serios, como las violaciones,

solían llegar con regularidad a la mesa de Elínborg. Asesinatos había pocos, aunque su número variaba de un año a otro: algunos años no se cometía ninguno, y otros años podía haber hasta cuatro. En los últimos tiempos, la policía había apreciado una tendencia peligrosa: los delitos estaban mejor organizados, era más frecuente el recurso a las armas, y la violencia se estaba generalizando.

Por regla general, Elínborg volvía a casa por la tarde, muerta de cansancio, y preparaba la cena y echaba un vistazo a las recetas en que estaba trabajando, porque la cocina era su *hobby*, o se tumbaba en el sofá y se quedaba dormida delante del televisor.

En esos momentos, había veces en que los chicos dejaban de mirar la serie policiaca y

observaban de reojo a su madre, y la policía islandesa no les resultaba demasiado emocionante.

La hija de Elínborg no era de la misma madera que sus hermanos. Enseguida se puso de manifiesto que Theodóra era superdotada, lo que le acarreaba ciertos problemas en el colegio. Elínborg se oponía a que adelantara un curso, porque quería que creciera junto a niños de su misma edad, pero los estudios le resultaban excesivamente sencillos. La chica tenía que estar siempre haciendo algo más, jugaba al balonmano, tomaba clases de piano y estaba en los *boyscouts*. No veía mucho la televisión y, a diferencia de sus hermanos, no le gustaban especialmente ni las películas ni los juegos de ordenador. Era un verdadero ratón de biblioteca y leía de la mañana a la noche. Elínborg y Teddi se pasaban el tiempo llevándole libros de la biblioteca cuando era más pequeña y, en cuanto

tuvo edad para ello, se encargó por su cuenta de sacar los libros. Tenía once años, y hacía unos días había intentado explicarle a su madre las ideas esenciales de la *Historia del tiempo*.

En ocasiones, Elínborg hablaba con Teddi de sus compañeros de trabajo, cuando creía que los niños no estaban escuchándoles. Estos sabían que uno de sus colegas se llamaba Erlendur y les resultaba un auténtico misterio: a veces era como si Elínborg no tuviera la menor gana de trabajar con él, y a veces era como si no pudiera vivir sin él. Los chicos habían oído a su madre decir varias veces que le extrañaba que un padre de familia tan nefasto y un solitario con tan mal carácter pudiera ser un policía de investigación criminal tan magnífico. Admiraba su trabajo, aunque el hombre como tal no siempre acababa de caerle bien. Otro cuyo nombre le mencionaba a veces a Teddi al

oído se llamaba Sigurður Óli, y lo primero que los niños sacaron en claro era que debía de ser un bicho raro. Algunas veces, su madre suspiraba con fastidio si lo mencionaba.

Elínborg estaba conciliando ya el sueño cuando oyó un leve ruido en la casa. Todos se habían ido ya a la cama menos el mayor, que seguía pegado a su ordenador. Elínborg no sabía si estaría haciendo algún trabajo para el colegio o simplemente chateando o escribiendo en su blog. El chico no se iba a dormir hasta medianoche. Valþór seguía su propio reloj, se acostaba de madrugada y era capaz de quedarse en la cama hasta la tarde si se le presentaba la oportunidad. Elínborg estaba preocupada, pero sabía que no servía de nada discutir con el muchacho. Lo había intentado muchas veces pero él era terco e independiente, y no le hacía caso a nadie.

Pasó toda la noche pensando en el hombre de Pingholt. En el espectáculo que no habría podido describirles a sus hijos aunque hubiese querido. Le habían cortado el cuello y había sangre en las sillas y las mesas del salón. El forense haría un informe exhaustivo, que aún no estaba listo. Los policías opinaban que el asesino debía de haberlo planificado todo de antemano: tuvo que llegar al lugar con la idea de llevar a cabo aquella agresión. No había huellas de pelea. Y el corte se había realizado en el punto exacto del cuello donde podía causar mayores daños. En el cuello había también cuchilladas más pequeñas, que indicaban que el cuchillo había sido presionado contra la víctima varias veces. Es muy probable que el asalto fuese rápido y pillase a la víctima totalmente por sorpresa. La puerta de la vivienda no estaba forzada, lo que podía significar que fue

él mismo quien la abrió a su asesino. Pero también podía pensarse que alguien hubiera entrado en el piso con el hombre, o que algún invitado suyo hubiera realizado aquel brutal ataque sin previo aviso. No habían robado nada y no había objetos desplazados de su sitio. No cabía pensar en un atraco, aunque tampoco podía excluirse que el interfecto se hubiera topado de manera inesperada con los atacadores, con las visibles consecuencias.

En el cuerpo del hombre apenas quedaba una gota de sangre, que había encharcado el suelo de la vivienda. Aquello indicaba que siguió vivo, y con el corazón latiendo, algún tiempo después del ataque.

Elínborg ni se planteaba ponerse a freír unos filetes crudos después de aquella visión, por mucho que su hijo mayor se quejara.

El hombre de Þingholt se llamaba Runólfur y tenía unos treinta años. Nunca había tenido roce alguno con la policía y no figuraba en el listado de delincuentes. Trabajaba en una empresa telefónica, se había ido a vivir a Reikiavik hacía más de diez años, vivía solo y su madre no tenía demasiada relación con él. La madre seguía viviendo en su aldea natal. Un policía y un sacerdote fueron a su casa a comunicarle la noticia de la muerte de su hijo. Resultaba que el padre del joven había fallecido en accidente hacía unos años, en un violento choque con un camión en el páramo de Holtavörðuheiði. Runólfur era hijo único.

El casero habló bien de él. Pagaba siempre a su debido tiempo, era limpio y ordenado, no se oía nunca ruido procedente de su casa, e iba a trabajar todas las mañanas. El casero casi no tenía palabras para ensalzar sus virtudes.

—Toda esa sangre... —dijo mirando a Elínborg con gesto de asco y enfado a la vez—. Tendré que llamar a una empresa de limpiezas. Y probablemente tendré que tirar el revestimiento del suelo. ¿Quién es capaz de hacer algo semejante? Después de esto no va a ser nada fácil alquilar el piso.

—¿No oíste nada procedente de la casa? —preguntó Elínborg.

—Nunca oía nada —dijo el casero, de grueso vientre y con barba de tres días, calvo y de hombros caídos y brazos cortos. Vivía solo, en el piso de arriba del de Runólfur, y dijo que llevaba

años alquilando el piso inferior. Hacía uno o dos años que Runólfur había entrado a vivir de inquilino.

Fue el casero quien encontró el cuerpo e informó a la policía. Había bajado a casa de Runólfur a llevarle correo que habían dejado por error en su buzón, y lo metió en el bocacartas de la puerta. Al pasar delante de la ventana del salón vio unos pies descalzos en el suelo, en medio de un charco de sangre. Pensó que lo más prudente era llamar de inmediato a la policía.

—¿Estabas en casa el sábado por la noche? — preguntó Elínborg, quien imaginó que la curiosidad del casero fue lo que le empujó a mirar al interior. Debía de resultar bastante difícil. Las cortinas estaban echadas, y solo se podía ver algo a través de una rendija entre las cortinas.

La inspección de urgencia indicaba que el

crimen debió de cometerse en la noche del sábado o la madrugada del domingo. Señalaba igualmente que una persona debió de estar en casa antes de la agresión, pero no que alguien hubiera entrado por la fuerza. Debía de tratarse de una mujer, y al parecer Runólfur mantuvo relaciones sexuales poco antes de su muerte. En el dormitorio encontraron un condón en el suelo. Era probable que la camiseta que llevaba puesta cuando lo encontraron no le perteneciera a él, sino a la mujer. Lo indicaba la talla, pues la camiseta era demasiado pequeña para aquel hombre, y además en ella aparecieron cabellos femeninos morenos, idénticos a los hallados en el sofá de Runólfur. En la chaqueta de este también se encontraron cabellos, probablemente de la misma mujer. Cabría pensar que la había invitado a pasar la noche en su casa. En la cama del dormitorio al que

se accedía desde el salón se encontró vello público.

Era fácil salir de la casa a través del patio y el jardín vecino. Este pertenecía a una casa de cemento de tres pisos que se hallaba en la calle colindante. Nadie había visto a nadie en los jardines dos días atrás.

—Yo suelo estar en casa siempre —dijo el casero.

—Nos dijiste que Runólfur había salido esa noche, ¿cierto?

—Sí, lo vi en la calle, ahí delante. Debían de ser las once. Después no volví a verlo.

—¿De modo que no te fijaste cuando volvió a casa?

—No. Probablemente estaría ya dormido.

—¿Y no sabes si lo acompañaba alguien?

—No.

—Runólfur no vivía con ninguna mujer, ¿verdad?

—No, ni con ningún hombre —puntualizó el casero con una sonrisa enigmática.

—¿Nunca, en el tiempo en que fue tu inquilino?

—No.

—Pero ¿sabes si había mujeres que se quedaran a dormir en su casa?

El casero se rascó la cabeza. Era poco después del mediodía y acababa de zamparse una salchicha de carne de caballo, y estaba sentado muy tranquilo en un sofá enfrente de Elínborg, que había visto en la cocina un plato con los restos. El olor a rancio de aquel guiso inundaba la vivienda, y Elínborg temía que impregnara su abrigo nuevo, que había comprado en las rebajas. No quería permanecer en el piso del casero más tiempo del imprescindible.

—No mucho —respondió al final—. Yo creo que nunca lo vi con una mujer. No lo recuerdo, al menos.

—¿No lo conocías demasiado bien?

—No —dijo el casero—. Enseguida me di cuenta de que prefería que lo dejase en paz, quería estar a su aire. De modo que... No, no tenía mucho trato con él.

Elínborg se puso en pie. Vio a Sigurður Óli en la puerta de la casa de enfrente hablando con los vecinos. Había más agentes tomando declaración a otras personas del vecindario.

—¿Cuándo podré limpiar el piso? —preguntó el casero.

—Pronto —dijo Elínborg—. Ya te avisaremos.

El cuerpo de Runólfur había sido retirado la noche anterior, pero los científicos seguían trabajando cuando Elínborg llegó a la casa, en

compañía de Sigurður Óli, la mañana después del hallazgo. El piso mostraba a las claras que era un joven de buen gusto quien lo había convertido en un hogar agradable y cálido. Elínborg notó que se había tomado la molestia de colocar adornos de porcelana en las paredes, algo que apenas solía verse en las casas de gente joven, había una bonita alfombra encima del parqué, un sofá y un sillón a juego. El cuarto de baño era pequeño pero elegante, en el dormitorio había una cama de matrimonio, y no se veía ni una mancha en la cocina, aneja al salón. No había estanterías para libros, ni fotos de familia, pero sí una gran pantalla de plasma y tres pósters enmarcados con superhéroes del cómic: Spiderman, Superman y Batman. Sobre la mesa había unas estupendas figuritas de colección de diversos superhéroes famosos.

—¿Y dónde estabais vosotros cuando pasó? — quiso saber Elínborg dirigiendo su mirada a un póster tras otro.

—Una chulada —dijo Sigurður Óli, observando a los héroes.

—Pero si no es más que basura —repuso Elínborg.

Sigurður Óli se inclinó sobre el modernísimo sistema de audio. A su lado había un teléfono móvil y un reproductor de iPod.

—Un *nano* —dijo Sigurður Óli—. Lo mejor de lo mejor.

—¿Este tan fino? —preguntó Elínborg—. Mi chico pequeño dice que es solo para niñas. No sé lo que querrá decir eso, nunca he tocado un aparato de estos.

—Muy propio de ti —dijo Sigurður Óli,

sonándose la nariz. Estaba ya bastante recuperado de una fuerte gripe que no acababa de desaparecer.

—¿Algún problema? —dijo Elínborg mientras abría la nevera. No contenía demasiadas cosas y no decía nada bueno sobre las artes culinarias del propietario. Un plátano y un pimiento, queso y mantequilla de cacahuete americana, huevos. Un brik de leche desnatada, abierto.

—¿No tenía ordenador? —le preguntó Sigurður Óli a uno de los dos de la científica que estaban trabajando en la vivienda.

—Nos lo llevamos para allá —respondió—. Aún no hemos encontrado nada que pueda explicar este baño de sangre. ¿Ya sabéis lo del Rohypnol?

El técnico les miró. Tenía unos treinta años, estaba despeinado y sin afeitar...; desastrado, esa era la palabra que estaba buscando Elínborg. Sigurður Óli, que siempre tenía un aspecto

impecable, le había explicado con desdén que ese aspecto tan descuidado era el no va más de la moda.

—¿Rohypnol? —dijo Elínborg, sacudiendo la cabeza.

—Llevaba unas pastillas en el bolsillo de la chaqueta, y hay bastantes más en la mesa del salón —dijo el técnico, que llevaba bata blanca y guantes de látex.

—¿Te refieres a la droga de las violaciones?

—Sí —dijo el técnico—. Nos acaban de llamar para informarnos. Tenemos que organizar la investigación con arreglo a ese dato. La llevaba en un bolsillo de la chaqueta, como acabo de decir, lo que puede indicar que...

—... la utilizó el sábado por la noche —dijo Elínborg—. El casero lo vio esa noche bajando

hacia el centro. Así que lo llevaba en el bolsillo cuando se fue de marcha, ¿no?

—Eso parece, si es que llevaba puesta esa chaqueta, como todo parece indicar. El resto de su ropa está perfectamente colocada en el armario. La chaqueta y la camisa están encima de esa silla, y los calzoncillos y los calcetines en el dormitorio. Estaba tirado aquí en el salón con los pantalones por los tobillos, pero no llevaba calzoncillos. Es como si se hubiera levantado un momento, quizá para coger un vaso de agua. Está al lado del fregadero.

—¿Se iba de marcha llevando Rohypnol? —dijo Elínborg, pensativa.

—Tenemos la impresión de que debió de mantener relaciones sexuales justo antes de morir —dijo el técnico—. Creemos que el condón es suyo. Y se le notaba exteriormente, si podemos

expresarlo así, aunque la autopsia lo dejará todo claro.

—La droga de las violaciones —dijo Elínborg, y a su memoria acudió un caso reciente cuya investigación le habían encargado, y en el que también estaba implicada la droga de las violaciones. Un compasivo conductor que pasaba por Nýbýlavegur, en el barrio de Kópavogur, atendió a una mujer de veintiséis años de edad, medio desnuda, que estaba vomitando en el arcén. La joven no fue capaz de decir de dónde venía, no recordaba dónde había pasado la noche. Le pidió al hombre que la atendió que la llevara a su casa. Supuso que pensaba llevarla a urgencias. Le dijo que no era necesario.

La mujer no tenía ni la menor idea de qué estaba haciendo en aquel lugar. Se quedó dormida en cuanto llegó a su casa y durmió doce horas

seguidas. Al despertar le dolía todo el cuerpo. Sentía un dolor punzante en los órganos sexuales, y la piel de las rodillas estaba enrojecida e hipersensible, pero seguía sin recordar lo que había sucedido durante la noche. La mujer padecía el mismo tipo de amnesia que produce el consumo de alcohol y, aunque le resultaba totalmente imposible recordar dónde había ido, estaba convencida de no haber bebido en exceso. Se dio una larga ducha y se lavó a fondo. Esa tarde llamó una amiga suya para preguntarle qué había sido de ella. Las dos habían estado de marcha con otra amiga la noche anterior y ella se fue por otro lado. La amiga la había visto marcharse con un hombre a quien no conocía.

—¡Pues vaya! —dijo la mujer—. No me acuerdo de nada. No recuerdo qué pasó.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó la amiga.

—Ni idea.

Estuvieron hablando un buen rato y la mujer fue recordando poco a poco que había conocido en aquel local a un hombre que la invitó a una copa. No lo conocía y le era casi imposible acordarse de cómo era, pero sí que le pareció amable. No había hecho más que acabarse la copa cuando apareció otra sobre la mesa. Fue al baño y, cuando volvió, el hombre le propuso ir a otro sitio. Eso era lo último que recordaba de esa noche.

—¿Adónde fuiste con él? —le preguntó su amiga por teléfono.

—No lo sé. Solo...

—¿No lo conocías de nada?

—No.

—¿Crees que pudo meterte algo en la copa?

—¿Que si me puso algo en la copa?

—Lo digo porque no recuerdas nada. Hay...

La amiga titubeó.

—¿Qué hay?

—Violadores.

Poco después acudió con su amiga al servicio de atención a víctimas de violaciones, en el Hospital Nacional de Fossvogur. Cuando el asunto llegó a la mesa de Elínborg, la joven estaba convencida de que el hombre del pub la había violado. El examen médico puso de manifiesto que había mantenido relaciones sexuales esa noche, aunque en su sangre no se encontraron restos de la droga. No era nada extraño. La droga más empleada en las violaciones, el Rohypnol, desaparecía del cuerpo al cabo de pocas horas.

Elínborg le mostró fotos de hombres condenados por violación, pero la joven no pudo reconocer a ninguno de ellos. Fue con ella al pub donde había conocido al hombre en cuestión, pero

los empleados no se acordaban ni de ella ni del hombre con el que se suponía que había estado. Elínborg sabía que las violaciones realizadas con ayuda de drogas eran casos muy difíciles de resolver. No se encontraba nada en sangre ni en orina. Por lo general, la droga ya había desaparecido del cuerpo de la víctima antes de llevar a cabo el examen médico, aunque había indicios que apuntaban a su utilización: pérdida de memoria, semen en la vagina y dolores en el cuerpo. Elínborg le dijo a la mujer que probablemente la habían intoxicado con una droga de violadores. No podía excluirse que el violador hubiese utilizado éxtasis líquido, que produce los mismos efectos que el Rohypnol: es incoloro e inodoro, y puede estar en forma líquida o en polvo. Ataca el sistema nervioso central. La víctima se queda incapacitada para defenderse y

suele sufrir alteraciones de la memoria o incluso amnesia total.

—Todo eso nos hace muy difícil llevar a esos canallas ante la ley —le dijo a la joven—. Los efectos del Rohypnol duran de tres a seis horas y la droga desaparece del cuerpo sin dejar huella. Bastan unos pocos miligramos para provocar un estado hipnótico, y los efectos se ven considerablemente reforzados por la ingesta de alcohol. Los efectos secundarios son alucinaciones, depresión y mareos. Incluso ataques epilépticos.

Elínborg pasó la mirada por la vivienda de Þingholt y pensó en la agresión a Runólfur, en el odio que parecía haberla provocado.

—El Runólfur este, ¿tenía coche? —preguntó a los de la científica.

—Sí, estaba ahí fuera —dijo uno de ellos—. Lo

estamos examinando en el almacén.

—Os daré muestras biológicas de una mujer que fue violada hace poco. Tengo que comprobar si ella habría podido ser víctima de este hombre, si fue él quien la llevó a Kópavogur en su coche y la dejó allí abandonada.

—Perfecto —dijo el técnico—. Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Todo lo que hay en el piso pertenece a un hombre: todas las ropas, el calzado, la ropa de abrigo...

—Sí.

—Excepto este trapo —dijo el técnico, indicando una tela metida en una bolsa de plástico de las que utilizaba la científica.

—¿Qué es eso?

—Por lo que yo sé, debe de tratarse de un chal —dijo el hombre, levantando la bolsa de plástico

— Lo encontramos todo enrollado en el dormitorio. De hecho, eso afianza la hipótesis de que estuvo aquí con una mujer.

Abrió la bolsa de plástico y se la acercó a Elínborg a la nariz.

—Desprende un olor un tanto peculiar — observó el técnico—. Hay algo de olor a cigarrillos, al perfume que usaba y luego algo... algo así como olor a alguna especia...

Elínborg metió la nariz en la bolsa.

—Aún no hemos podido identificarlo —dijo el técnico.

Elínborg aspiró con fuerza. El chal era de lana, de color lila. Notó el olor a humo de cigarrillos y a perfume, y el técnico tenía razón: sintió también un olor que le recordó a unas especias que conocía muy bien.

—¿Lo conoces? —preguntó Sigurður Óli, que

miraba atónito a Elínborg.

Ella asintió.

—Es mi favorito —dijo Elínborg.

—¿Tu favorito? —se extrañó el técnico.

—¿Tu especia favorita? —preguntó Sigurður Óli.

—Sí —dijo Elínborg—. Pero no es una especia, sino una mezcla de hierbas y especias. De la India. Es como... me recuerda al *tandoori*. Creo que el chal huele a *tandoori*.

Los vecinos, en su gran mayoría, se mostraron muy dispuestos a colaborar. Se decidió interrogar sistemáticamente a todos los que vivían a una determinada distancia de la casa, con independencia de que cada cual considerase o no que tenía algo que aportar. Era la policía misma la que decidía qué le resultaba útil y qué no. Los hechos habían sucedido en la parte baja de Píngholt, y casi todos declararon que a esas horas de la noche estaban dormidos y no habían notado nada desacostumbrado. Nadie conocía al inquilino. Nadie había visto pasar a nadie por las inmediaciones de la casa ni había apreciado nada

anormal en los últimos días. Primero hablaron con quienes vivían más cerca, y luego fueron ampliando el círculo. Elínborg habló con los agentes que tenían a su cargo los interrogatorios y se informó de los testimonios; se detuvo en el relato de una mujer que vivía en la periferia de la zona. Decidió ir a verla, aunque las informaciones que había proporcionado eran en realidad de muy escasa calidad.

—No sé si va a valer la pena —dijo el policía que había interrogado a aquella mujer.

—¿Por qué?

—Es un tanto rara —dijo el policía.

—¿En qué sentido?

—No hacía más que hablar de ondas electromagnéticas. Decía que le provocaban un constante dolor de cabeza.

—¿Ondas electromagnéticas?

—Dice que las mide ella misma con unas agujas que tiene. Proceden fundamentalmente del interior de las paredes de su casa.

—¿Sí?

—No sé si le sacarás nada útil.

La mujer vivía en el piso superior de una casa de dos plantas en la calle más próxima, por arriba, a la de Runólfur, aunque a distancia considerable de esta, por lo que no estaba claro que lo que ella creyera haber visto fuese a resultar de mucho interés. Pero lo que dijo había despertado la curiosidad de Elínborg, y como la policía aún no tenía mucho en qué apoyarse, no venía mal prestar un poco de atención a la mujer y ayudarla a explicar con más detalle lo que había visto.

Se llamaba Petrína, andaba cerca de los setenta años y recibió a Elínborg en bata y zapatillas de fieltro, medio rotas, con el pelo enmarañado y de

punta, el rostro descolorido y arrugado, y los ojos llenos de venillas rojas. Llevaba un cigarrillo en una mano. Recibió muy cordialmente a Elínborg, dijo que se alegraba mucho de que por fin le hicieran caso.

—Ya era hora —dijo—. Ahora mismo te lo enseño. Unas ondas tremendas, de verdad te lo digo.

Petrína desapareció en el interior de la casa y Elínborg la siguió. Su olfato se vio invadido por la poderosa fetidez del humo de cigarrillo. La casa estaba a oscuras, pues todas las ventanas tenían las cortinas corridas. Elínborg calculó que por las ventanas del salón se vería lo que había por debajo y por delante de la casa. La mujer entró en su dormitorio y la llamó. Elínborg atravesó el salón, pasó por delante de la cocina y entró en el dormitorio. Petrína estaba debajo de una bombilla

solitaria que colgaba desnuda del techo. La cama y la mesilla estaban en el centro de la habitación.

—Preferiría echar abajo las paredes —dijo Petrína—. No tengo dinero para poner manguitos en toda la instalación eléctrica. Debo de ser la mar de sensible. Mira, mira.

Elínborg miró intrigada las dos paredes largas del dormitorio, que estaban cubiertas desde el suelo hasta el techo con papel de aluminio, normal y corriente, del que se usa en la cocina.

—Me da unos dolores de cabeza horribles —dijo la mujer.

—¿Todo eso lo has hecho tú sola? —preguntó Elínborg.

—¿Yo sola? Claro. El papel de aluminio ayuda, pero creo que no basta. Tendrás que mirarlo tú.

Cogió dos varillas metálicas y las sostuvo en las manos sin apretar. Puso los extremos de ambas

apuntando a Elínborg, que estaba inmóvil en la puerta. Y entonces se fueron moviendo lentamente hacia una de las paredes.

—Es el tendido eléctrico —dijo Petrína.

—¿Cómo? —dijo Elínborg.

—Ya ves que el papel de aluminio sirve de algo. Ven.

Petrína se abrió paso por la puerta apartando a Elínborg, con el pelo erizado y las varillas metálicas en las manos, como la caricatura de un científico. Fue al salón y encendió el televisor. En la pantalla apareció la carta de ajuste de la televisión pública.

—Súbete la manga —le dijo a Elínborg, que obedeció sin decir ni una palabra.

—Pon el brazo al lado de la pantalla. Pero sin tocarla.

Elínborg acercó el brazo a la pantalla, el vello

se le erizó y notó el campo magnético creado por el aparato. Ya conocía la sensación, de cuando en casa encendían el televisor y ella estaba al lado.

—Así eran las paredes de mi cuarto —dijo Petrina—. Exactamente así. Me ponían el pelo de punta. Era como dormir todas las noches metida en una pantalla de televisor encendida. Hicieron cambios en la casa, no te vayas a creer. Paredes de madera. Planchas de conglomerado. Y por dentro todo lleno de cableado eléctrico.

—Pero ¿quién crees que soy yo? —preguntó Elínborg con cautela, volviendo a bajarse las mangas.

—¿Tú? —dijo Petrina—. ¿No eres de la compañía eléctrica? Ibais a mandar a alguien. ¿No eres tú?

—Lo siento —dijo Elínborg—. Yo no soy de la compañía eléctrica.

—Teníais que tomar medidas en la casa —dijo Petrína—. Ibais a venir hoy. No puedo seguir más tiempo en esta situación.

—Yo soy de la policía —dijo Elínborg—. Han cometido un crimen muy serio en la calle de abajo, delante de la tuya, y tengo entendido que desde aquí viste algo. Delante mismo de tu casa.

—Hablé con un policía esta mañana —dijo Petrína—. ¿Por qué volvéis? ¿Y dónde está el empleado de la electricidad?

—No lo sé, pero puedo llamarlo si quieres.

—Hace mucho que tenía que estar aquí.

—Quizá venga más tarde. ¿No te importa que te pregunte qué es lo que viste?

—¿Lo que vi? ¿Qué vi?

—De acuerdo con lo que le dijiste esta mañana al policía, viste a un hombre por la calle la noche del sábado al domingo. ¿No es así?

—He estado intentando que venga esa gente a mirar las paredes, pero no me hacen ni caso.

—¿Siempre tienes las cortinas echadas?

—Claro —dijo Petrína rascándose la cabeza.

Los ojos de Elínborg se habían acostumbrado ya a la oscuridad de la casa de Petrína, así que pudo ver mejor el destartado apartamento, con muebles viejos, fotos enmarcadas en las paredes y fotos de la familia sobre las mesas. En una de estas había solo fotos de jóvenes y niños, y Elínborg imaginó que se trataría de nietos u otros parientes jóvenes de Petrína. Los ceniceros estaban todos llenos a rebosar de colillas, y Elínborg observó que en la moqueta clara había manchas de quemaduras aquí y allá. Petrína introdujo en uno de los ceniceros el cigarrillo que acababa de terminar. Elínborg miró las quemaduras de la moqueta y supuso que la anciana

habría dejado caer cigarrillos al suelo. Pensó si no debería ponerse en contacto con Servicios Sociales. Petrína podía ponerse en peligro con aquello, y poner en peligro a otras muchas personas.

—Si tienes siempre echadas las cortinas, ¿cómo puedes ver la calle? —preguntó Elínborg.

—Bueno, pues descorriéndolas —dijo Petrína, que miró a Elínborg como si fuera un poquitín tonta—. ¿A qué dijiste que habías venido?

—Soy de la policía —repitió Elínborg—. Quiero preguntarte por un hombre que dijiste que habías visto delante de la casa el domingo de madrugada. ¿Te acuerdas?

—Con esas ondas apenas puedo dormir, como comprenderás. De modo que me dedico a dar vueltas por la casa mientras espero. ¿Ves mis ojos? ¿Los ves?

Petrína se estiró la piel del rostro para enseñarle a Elínborg sus ojos inyectados de sangre.

—Son las ondas, esto es lo que le hacen a los ojos. Malditas ondas. Y además tengo un dolor de cabeza permanente.

—¿No será más bien por los cigarrillos? —preguntó Elínborg con sus mejores modales.

—Así que me siento al lado de la ventana a esperar —continuó Petrína sin prestar la más mínima atención a lo que le acababa de preguntar Elínborg—. Me pasé toda la noche, y también todo el domingo entero, esperando; y sigo esperando.

—¿Qué esperas?

—A los de la compañía eléctrica, faltaría más. Pensé que tú eras de la electricidad.

—De manera que estabas aquí sentada al lado

de la ventana, mirando la calle. ¿Pensabas que iban a venir de noche?

—No tengo ni idea de cuándo piensan venir. Así que pude ver a esa persona de la que os hablé esta mañana. Al principio pensé que a lo mejor era de la compañía eléctrica y que había pasado de largo. Estuve pensando en asomarme y llamarlo a gritos.

—¿Habías visto alguna vez a esa persona por la calle?

—No, jamás.

—¿Puedes describírmela con más detalle?

—No hay nada que describir. ¿Por qué me preguntas por esa persona?

—Han cometido un delito muy cerca de aquí. Es posible que tengamos que localizar a esa persona.

—No vas a poder —dijo Petrína sin dudarlo.

—¿Por qué no?

—Porque no sabes quién es —dijo Petrína,

molesta por la estulticia de Elínborg.

—No, por eso te pido que me ayudes. ¿Era un varón? Esta mañana dijiste que llevaba chaqueta oscura y gorra. ¿Era de cuero la chaqueta?

—No, no tengo ni idea. Llevaba como una especie de gorro en el coco. Supongo que de lana.

—¿Te fijaste en los pantalones que llevaba?

—No tenían nada de especial —dijo Petrína—. De esos de deporte, con las perneras abiertas hasta las rodillas. No tenían nada de especial.

—¿Iba en coche? ¿Lo viste?

—No. No vi ningún coche.

—¿Iba él solo?

—Sí, estaba solo. Solo lo vi un momento porque iba la mar de deprisa, aunque era cojo.

—¿Era cojo? —dijo Elínborg. No recordaba haber oído ese detalle en la descripción que le

hizo el policía que había hablado con Petrina por la mañana.

—Sí, cojo. Pobre hombre. Llevaba una antena enrollada a la pierna.

—¿Te dio sensación de que fuera con prisa?

—Sí, desde luego. Pero de mí escapan todos a toda prisa. Son las ondas. No quería que se le metiesen las ondas en la pierna.

—¿Cómo era la antena esa que dices?

—No tengo ni idea de cómo era.

—¿Era clarísimo que estaba cojo?

—Sí.

—¿Y que no quería que se le metiesen las ondas en la piernas? ¿Qué quieres decir?

—Por eso cojeaba. Eran unas ondas tremendas. Tenía en la pierna unas ondas realmente tremendas.

—¿Tú sentiste esas ondas?

Petrina asintió con la cabeza.

—¿Quién dijiste que eras? —preguntó luego—. ¿No eres de la compañía eléctrica? ¿Sabes lo que creo yo que es? ¿Quieres saberlo? Es por culpa del uranio ese. Un montón de uranio, que cae con la lluvia.

Elínborg sonrió. Debería haber hecho caso al agente que dijo que probablemente no valdría la pena volver a hablar con aquella testigo. Le dio las gracias a Petrína, se disculpó por las molestias y prometió que llamaría a la compañía eléctrica para apremiarlos a que enviaran a alguien por las ondas electromagnéticas que le complicaban tanto la vida. Aunque no estaba muy segura de que los empleados de la compañía fueran las personas adecuadas para solucionar el dolor de cabeza de la pobre mujer.

Tampoco se sacó mucho en claro de los demás testigos. Un hombre de mediana edad que iba a pie por Þingholt, camino de su casa en la calle Njarðargata, se presentó a la policía. Todavía luchaba contra una seria resaca, pero quería declarar mientras aún tenía claro el recuerdo. De camino a su casa, esa noche, había visto a una mujer sola en un coche parado. Estaba en el asiento del pasajero, y el hombre tuvo la sensación de que intentaba pasar lo más desapercibida posible. No podía dar más detalles. Dijo el nombre de la calle donde estaba el coche. Era a cierta distancia del lugar de los hechos. El hombre no se veía capaz de proporcionar una descripción precisa de la mujer, aunque le pareció que rondaba los cincuenta y tantos años. Llevaba abrigo. No recordaba con claridad más detalles. El hombre no se acordaba del vehículo de la mujer, ni del color

ni de la marca. Añadió que no entendía mucho de coches.

El vuelo fue breve y relajado por el ronroneo de las hélices. Elínborg iba sentada junto a una ventanilla, como siempre que volaba dentro de Islandia. Intentaba ver algo del país, pero esa tarde estaba nublado y lo único que podía ver en contadas ocasiones era un monte o un valle o un río serpenteando por la tierra blanca de nieve. Con la edad se le había acentuado el miedo a volar, cosa que no era capaz de explicar. Cuando era más joven, un viaje en avión no le parecía, en absoluto, más peligroso que un viaje en coche. Con los años se le fue metiendo en el cuerpo un miedo a volar que ella asociaba con el hecho de tener hijos y

mayores responsabilidades en la vida. Por regla general aguantaba mejor los breves vuelos domésticos, aunque no en todos los casos. Recordaba un difícil vuelo a Ísafjörður en invierno, con un tiempo infernal. Fue como una película de terror, con la amenaza de un inminente accidente fatal. Pensó que sus días estaban contados, apretó los ojos y estuvo rezando hasta que las ruedas contactaron con la pista helada. Los pasajeros se abrazaban entre sí, aunque eran completos desconocidos. En los vuelos internacionales hacía lo posible por sentarse en el pasillo, e intentaba no pensar en cómo aquel pesado avión iba a ser capaz de alzar el vuelo y mantenerse en el aire, repleto de pasajeros y equipajes.

Unos miembros de la policía de la provincia fueron al aeródromo a recogerla y llevarla en

coche a la aldea de pescadores en la que vivía la madre de Runólfur. El suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve que reforzaba los ocres y amarillos de la vegetación otoñal. Elínborg estaba en el asiento trasero, silenciosa, mirando el esplendor de los colores sin poder fijar su mente en la belleza de la naturaleza. Pensaba en su hijo Valþór. Sentía remordimientos y no sabía qué hacer. Apenas hacía un mes que había descubierto, por casualidad, que su hijo llevaba un blog en internet. Elínborg estaba recogiendo la ropa del cuarto del chico y vio en la pantalla del ordenador que escribía sobre sí mismo y sobre su familia. Dio un respingo porque se llevó un buen susto al oír que se acercaba, y cuando se topó con él en la puerta hizo como si no hubiera visto nada. Había mirado la dirección del blog y la había memorizado, y tras una lucha considerable con su

conciencia la tecleó en el ordenador familiar, en la sala de televisión. Se sentía como si estuviera hurgando en las cartas privadas de su hijo, hasta que se dio cuenta de que el blog estaba abierto a todo el que quisiera verlo. Tuvo sudores fríos al comprobar con qué desparpajo escribía sobre sí mismo. Nada de lo que estaba leyendo en el blog lo habían oído jamás ni Teddi ni ella en casa. Había enlaces a otros blogs y Elínborg echó un vistazo a algunos de ellos y comprobó que la franqueza del de Valþór no era un caso único. Parecía como si todo el mundo careciese del más mínimo escrúpulo a la hora de hablar de sí mismos, de sus amigos y familiares, de sus actos, deseos, sentimientos y opiniones, de todo lo que se les venía a la mente en el momento en que se sentaban delante del ordenador. No parecía existir censura alguna al escribir sobre ellos mismos.

Todo estaba permitido. Elínborg nunca había visto más blogs que los relacionados directamente con su trabajo, y ni siquiera sospechaba que sus niños mantuvieran páginas como aquella.

Había leído varias veces algunas cosas en el blog de Valþór después de encontrar la página, y se enteró de la música que escuchaba, las películas que había visto, lo que hacía con sus amigos, lo que pasaba en la escuela, su postura ante los estudios, su opinión de ciertos profesores: todas las cosas que nunca comentaba en casa. La citaba a ella, en relación con ciertas discusiones de temas delicados que se habían producido en la sociedad. Hablaba de lo superdotada que era su hermana y lo complicado que se hacía adaptar los estudios a ella, porque las clases de apoyo solo estaban destinadas a los zoquetes: ¡Valþór

utilizaba las palabras que le había oído a su madre!

Elínborg se puso furiosa al ver sus propias palabras en internet. El chico no tenía por qué ir exponiendo las opiniones de su madre a la vista de todos. En unos pocos sitios, Valþór también citaba a su padre, pero era sobre todo en relación con su campo común de interés, los coches, aparte de reproducir un chiste de dudoso gusto que había contado su padre.

—¿Está mal de la cabeza? —suspiró Elínborg.

Pero lo que más le llamaba la atención era su desvergüenza en otro terreno. El blog mostraba de manera inequívoca que Valþór estaba loco por las chicas. No fue ninguna casualidad que Elínborg encontrara un preservativo en el bolsillo de los pantalones del muchacho. No dejaba de mencionar a chicas que conocía y hablar de las fiestas, los

bailes del colegio, las películas que veían en el cine y las acampadas a las que iba con ellas, y que Elínborg ignoraba por completo. En el «Da tu opinión» aparecían reacciones a lo que escribía Valþór, y Elínborg creyó ver que había por lo menos dos o tres amigas suyas que competían por él.

El coche pasó a buena velocidad por delante de un bellissimo bosquecillo otoñal, y Elínborg maldijo en voz baja ante el simple recuerdo del blog de Valþór.

—Perdona, ¿dices algo? —preguntó el policía que iba al volante. El otro iba en el otro asiento delantero y parecía dormir. La habían informado sobre la madre de Runólfur y la aldea en la que vivía, pero aparte de eso habían permanecido en silencio desde que se pusieron en camino.

—Nada, perdona, estoy un poco resfriada —

dijo Elínborg, sacando un pañuelo de su bolso—. ¿Hay policía destinada en la aldea?

—No, no hay dinero para eso. Todo cuesta lo suyo. Pero allí no sucede nunca nada, nada importante.

—¿Falta mucho?

—Media hora —dijo el policía, y siguieron en silencio hasta llegar a su destino.

La madre de Runólfur vivía en una de las dos pequeñas hileras de adosados del pueblo. Esperaba la visita de la policía y recibió a Elínborg en la puerta, con aspecto cansado y mortecino. Dejó la puerta abierta y entró en la casa sin saludar. Elínborg cruzó el umbral y cerró. Quería hablar con la mujer a solas.

El día había empezado a declinar. La oficina

meteorológica anunciaba nevadas intermitentes a última hora de la tarde. Brillantes rayos de sol se abrieron paso entre las densas nubes por un instante e iluminaron el salón, pero desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, y empezó a oscurecer. La mujer se había sentado en un sillón que estaba vuelto hacia el televisor del salón. Elínborg se sentó en el sofá.

—No quiero saber detalles —dijo la mujer, que Elínborg sabía que se llamaba Kristjana—. El cura ya me contó algo, he dejado de ver las noticias. Y algo oí de un sangriento apuñalamiento. No quiero saber detalles.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Elínborg.

—Gracias.

—Como es lógico, estarás deshecha por lo sucedido.

—Ni siquiera sé cómo explicar lo que siento —dijo Kristjana—. La muerte de mi marido me pareció algo incomprensible, pero esto... esto es... esto...

—¿No tienes a nadie que pueda hacerte compañía? —preguntó Elínborg cuando la mujer se quedó en silencio a mitad de la frase.

—Lo tuvimos tarde —dijo Kristjana, como si no hubiera oído la pregunta—. Yo tenía casi los cuarenta. Baldur, mi marido, era cuatro años mayor que yo. Nos conocimos cuando los dos éramos mayores. Yo había vivido con un hombre varios años, Baldur había perdido a su mujer. Ninguno de los dos teníamos hijos. Así que Runólfur fue... No tuvimos más hijos.

—Sé que la policía ya te lo preguntó cuando te informaron del fallecimiento de Runólfur, pero

querría volver a hacerlo: ¿sabes de alguien que hubiera querido hacerle daño?

—No, y ya se lo dije a la policía. No puedo ni imaginar que nadie hubiera querido hacerle un daño así. No puedo ni imaginar quién habría podido hacerle algo así. Prefiero pensar que Runólfur murió por casualidad, como en un accidente cualquiera, como en un accidente de tráfico. Es lo que le pasó a Baldur. Dijeron que probablemente se había quedado dormido al volante. El pobre conductor del camión dijo que le había parecido que Baldur daba una cabezada. Yo no sentí pena de mí aunque me había quedado sola. No hay que sentir pena por uno mismo.

Kristjana calló. Tenía en la mesa una caja de pañuelos de papel y cogió uno, y se lo enredó en los dedos.

—No hay que estar siempre sintiendo pena por

uno mismo —dijo.

Elínborg miró las ajadas manos estrujando el pañuelo, el cabello recogido en una cola, los ojos vivos. Sabía que Kristjana tenía setenta años y llevaba toda la vida en aquel lugar alejado de cualquier lugar frecuentado. Los policías que llevaron a Elínborg le dijeron que se sabía que Kristjana nunca había ido a Reikiavik. Decía que no tenía nada que hacer allí, aunque su hijo llevara más de diez años viviendo en la capital. El interrogatorio permitió saber que el hijo no iba prácticamente nunca a visitarla. Era mucha la gente que había abandonado la comarca en las últimas décadas, igual que el hijo de Kristjana, y Elínborg tenía la sensación de que la mujer había sido abandonada, de alguna forma, tanto en el espacio como en el tiempo. Su mundo se había mantenido igual que siempre mientras Islandia sufría

dramáticas transformaciones. Por eso mismo, Kristjana le hizo pensar en Erlendur, que nunca podía librarse de su pasado y tampoco quería hacerlo, viejo en sus ideas y antiquísimo en sus costumbres, aferrado a unos valores que quizás estaban desapareciendo ya a enorme velocidad sin que nadie se diera cuenta ni los echara de menos.

¿Cómo hablarle a aquella mujer de la droga de violaciones que tenía su hijo en el bolsillo?

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste noticias tuyas? —preguntó Elínborg.

Kristjana titubeó, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para responder a una pregunta tan normal.

—Creo que hará como un año —dijo entonces.

—¿Un año? —repitió Elínborg.

—No tenía mucho contacto conmigo —dijo Kristjana.

—Ya, pero ¿un año entero sin saber nada de él?

—Así es.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—Vino por aquí hace tres años, se quedó muy poco, solo unas horas. No habló con nadie más que conmigo. Dijo que tenía que pasar por aquí, y que tenía mucha prisa. No tengo ni idea de adónde iba, tampoco se lo pregunté.

—¿De modo que vuestra relación era mala?

—No, de ninguna manera. Solo que nunca venía a verme —dijo Kristjana.

—¿Y tú? ¿Tampoco le llamabas tú?

—Siempre estaba cambiando de número de teléfono, así que renuncié. Y ya que él tampoco tenía demasiado interés, yo no quería importunarlo. Decidí dejarlo en paz.

Las dos callaron un buen rato.

—¿Sabéis quién lo hizo? —preguntó Kristjana

entonces.

—No tenemos ni idea —respondió Elínborg—. La investigación está empezando y...

—¿Y podría durar mucho?

—Es posible. De manera que no sabías mucho de su vida privada, amigos, mujeres en su vida, o...

—No, no tengo ni la más remota idea. ¿Vivía con alguna mujer? Que yo sepa, nunca vivió con ninguna. Es una de las cosas de que hablé con él, si no pensaba en asentarse, formar una familia y demás. No respondió, no me hizo mucho caso, debió de pensar que no eran más que manías mías.

—Creemos que vivía solo —dijo Elínborg—. Su casero lo pensaba así. ¿Tenía amigos aquí en el pueblo?

—Todos se han marchado. Los jóvenes se van. No es ninguna novedad. Están hablando ahora de

cerrar la escuela y llevarse a los niños en autobús todas las mañanas al pueblo más cercano. Aquí, todo está marcado por la muerte. Quizá yo también habría debido irme. A esa Reikiavik tan supermaravillosa. Nunca he ido y no pienso hacerlo. En los viejos tiempos no solíamos viajar mucho y, por una u otra causa, resulta que nunca fui a la capital. Cuando ya andaba por los cincuenta, no ir allí ni de visita era algo que se había convertido en una cosa muy importante para mí. Pero me da exactamente igual. Nunca he tenido nada que hacer allí. Nada. ¿Tú te criaste allí?

—Sí —respondió Elínborg—, y me entusiasma la ciudad y comprendo perfectamente a los que se han ido a vivir allí. ¿De modo que tu hijo no tenía relación con nadie que viviera en el pueblo?

—No —dijo Kristjana sin dudarlo—. No, que yo sepa.

—¿Anduvo metido en algún jaleo aquí, tuvo problemas con la ley, tenía enemigos?

—¿Aquí? No. Qué va. Sé menos de él desde que se marchó. Como te he dicho, yo no conocía su conducta por aquí lo bastante bien como para poder responder a esas preguntas. Lo siento. Él era como era.

Se quedó mirando a Elínborg.

—¿Cómo puede uno saber lo que será de sus hijos? ¿Tú tienes hijos?

Elínborg respondió con un movimiento de la cabeza.

—¿Qué sabes tú de las cosas en que puedan andar metidos? —dijo Kristjana, y Elínborg pensó en Valpór—. ¿Qué sabe uno lo que les espera? —continuó—. Sé que no queda bien decir lo que voy a decir. No conocía bien a mi hijo, no sabía a qué se dedicaba cada día ni lo que pensaba. En buena

medida era para mí como un desconocido, y no conseguía entenderlo. Supongo que yo no seré un buen modelo que seguir. Los niños se van de casa y poco a poco se convierten en desconocidos, a menos que...

Kristjana había hecho pedazos el pañuelo de papel.

—Hay que hacer de tripas corazón —dijo—. Eso lo aprendí enseguida, en la infancia. No hay que sentir lástima de uno mismo. Así que supongo que en esta cuestión haré de tripas corazón, como en todo lo demás.

Elínborg pensó en el Rohypnol. Si se encontraba esa droga en el bolsillo de un hombre joven que había salido a divertirse y había vuelto a casa con una mujer, eso significaba algo bastante evidente.

—Mientras vivía aquí —dijo Elínborg,

avanzando con gran cautela—, ¿tenía relaciones con mujeres?

—De eso no sé nada —dijo Kristjana—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Mujeres? ¡No sé nada de ninguna mujer! ¿Por qué preguntas por eso?

—¿Puedes indicarme gente del pueblo que le conociera, para hablar con ellos? —dijo Elínborg con calma.

—¡Respóndeme! ¿Por qué me preguntas por mujeres?

—No sabemos nada de él. Pero...

—¿Sí?

—Es posible que tuviera algunas costumbres poco habituales —dijo Elínborg—. En su relación con las mujeres.

—¿Costumbres poco habituales?

—Incluso que usara drogas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso de las

drogas?

—A veces la llaman la droga de las violaciones
—dijo Elínborg.

Kristjana clavó los ojos en ella.

—También es posible que se limitara a vender la droga, pero no podemos excluir la otra posibilidad. Aunque podríamos estar equivocados. En estos momentos no sabemos mucho. No sabemos por qué llevaba esa droga en el bolsillo cuando le encontramos muerto.

—¿La droga de las violaciones?

—Se llama Rohypnol. Causa entumecimiento, adormece y provoca pérdida de memoria. Pensamos que deberías saberlo. Porque aparecerá en los medios de comunicación.

La nevisca golpeó contra la casa con toda su fuerza. Por las ventanas solo se veía ya la nieve

helada, y el salón se quedó aún más oscuro. Kristjana permaneció en silencio largo rato.

—No sé por qué iba a tener algo como eso — dijo al fin.

—No, claro que no.

—Esto es ya demasiado.

—Sé que tiene que ser muy difícil para ti.

—Ahora ya no sé qué es peor.

—¿Cómo?

Kristjana miró la nieve que golpeaba sobre la ventana del salón.

—Que lo hayan asesinado o que fuera un violador.

—No sabemos nada a ciencia cierta —la corrigió Elínborg.

Kristjana la miró.

—No, vosotros nunca sabéis nada.

6

Elínborg tuvo que pasar la noche en el pueblo. Encontró una buena habitación en un pequeño hostel situado en un altozano a escasa distancia de la aldea, llamó a Sigurður Óli y le informó de su reunión con Kristjana, y de que no le había sacado gran cosa. Llamó a Teddi, su marido, que había ido a un restaurante de comida rápida a comprar la cena, y también habló con Theodóra. La chica estaba loca por hablarle de una excursión con los *scouts* al lago de Úlfljótsvatn, que tendría lugar dentro de quince días. Estuvieron charlando un buen rato. Los chicos no estaban en casa, se habían

ido al cine. Elínborg pensó que naturalmente se enteraría de todo enseguida en internet.

Cerca del hostel había un restaurante que, al mismo tiempo, hacía las veces de pub, de cafetería, de bar deportivo, de videoclub ¡y de lavandería! Cuando entró, un hombre estaba en la barra entregando su ropa para lavar y diciendo que sería estupendo que pudiera estar para el jueves. En la carta estaba todo lo que uno podía esperar en un sitio así: sándwiches y hamburguesas y patatas fritas y salsa cóctel, chuletas de cordero y pescado frito. Elínborg se decantó por el pescado. Había otras dos mesas ocupadas. A una de ellas estaban sentados tres hombres, entretenidos con sendas cervezas mientras miraban una pantalla de plasma sujeta a la pared; a la otra mesa estaba sentado un matrimonio mayor, viajeros como ella, comiendo pescado frito.

Echaba de menos a Theodóra, pues llevaba dos días sin verla. Elínborg sonrió al pensar en su hija. Solía pronunciar comentarios inesperados sobre la vida y la existencia. Hablaba en una lengua exquisita que resultaba algo anticuada, y a veces Elínborg sentía la preocupación de que sus compañeros de colegio se burlaran de ella por ese motivo, cosa que no sucedía nunca. «¿Por qué es tan desustanciado?», dijo una vez, refiriéndose a un presentador del telediario televisivo. «Qué chispa tiene esto», decía cuando leía algo divertido en el periódico. Elínborg suponía que aquel léxico lo sacaba de los libros.

El pescado no estaba mal, y el pan recién hecho que lo acompañaba era especialmente bueno. Elínborg pasó de las patatas fritas, nunca había sido demasiado aficionada a ellas, y cuando terminó el pescado preguntó si servían café

expreso. La dueña, una mujer de edad indefinida que se ocupaba también de la cocina, de hacer el pan, de entregar las cintas en alquiler y de atender la lavandería, no tardó nada en sacar como por arte de magia un estupendo expreso que Elínborg saboreó lentamente mientras pensaba en el horno hindú que llaman *tandur* y en la mezcla de especias para preparar cocina *tandoori*. Se abrió la puerta del local. Alguien entró para elegir alguna cinta de vídeo.

La prenda que habían encontrado en el piso de Runólfur la confundía. Aquel chal no tenía por qué significar que el joven hubiera estado con una mujer cuando se produjo la agresión, que hubiera sido una mujer quien lo hubiera agredido. El chal podía llevar varios días debajo de la cama, en el mismo sitio donde lo encontraron. No tenía mucho sentido desechar la idea de que tal vez Runólfur

había utilizado la droga de las violaciones esa misma noche, una mujer lo había acompañado a la casa, fuese o no por su propia voluntad, y podía haber sucedido entre ellos algo que provocara aquella terrible agresión. Tal vez se pasó el efecto de la droga, la mujer recuperó el conocimiento y echó mano de lo que tenía más cerca. El arma del crimen, un cuchillo, no había aparecido en la casa y el agresor no había dejado más huellas que las evidentes: furia y odio atroces dirigidos a la víctima.

Si Runólfur violó a la dueña del chal, y esta lo atacó y lo mató después, ¿en qué ayudaba eso a la policía? ¿Dónde habían comprado el chal? La policía lo iría enseñando por las tiendas, pero no parecía demasiado nuevo y no estaba claro que pudieran obtener ningún resultado. La dueña del chal utilizaba perfume. Aún no sabían de qué

marca, pero eso era solo cuestión de tiempo. Preguntarían a los vendedores de esa marca. En el chal quedaba olor a cigarrillos, probablemente procedente de locales de diversión, probablemente la dueña era fumadora. Runólfur rondaba los treinta años de edad. Cabía suponer que había ligado con una mujer más o menos de su edad. Habían encontrado cabellos oscuros en el chal y en el piso. No estaban teñidos. La mujer era morena. Llevaba el pelo corto, los cabellos no eran demasiado largos.

Cabría pensar que trabajaba en algún restaurante que servía cocina *tandoori*. Elínborg conocía bastante bien esa forma de cocinar, había publicado un libro con varios platos de ese estilo, junto a otros muchos, y lo había titulado *Hojas y lirios*. Había aprendido a cocinar en *tandur* y se consideraba buena conocedora del método. Tenía

dos hornos indios *tandur*, de cerámica, en los que cocinaba. En la India, el horno se enterraba y se calentaba con carbones de leña, lo que garantizaba que la carne se cocinara de manera uniforme por todos lados, a temperatura muy elevada. Elínborg había enterrado su *tandur* un par de veces en el jardín trasero de su casa, pero por regla general lo ponía en el horno de la casa o lo tapaba con carbón vegetal en una vieja barbacoa que tenían. Pero el aspecto más importante para obtener el sabor adecuado era la preparación de las especias. Elínborg utilizaba numerosas especias en determinadas proporciones, y las mezclaba al gusto con yogur natural: si quería que el plato adquiriese color rojo usaba semillas de achiote, y azafrán si lo prefería amarillo. Por regla general jugaba con mezclas de pimienta cayena, cilantro, jengibre y ajo, además del *garam masala* indio

que elaboraba combinando cardamomo molido o tostado, comino, canela, ajo y pimienta negra, con un poquitín de nuez moscada. Se había atrevido a experimentar usando hierbas aromáticas islandesas, con buenos resultados; utilizó, por ejemplo, tomillo sanjuanero, angélica, hojas de diente de león y apio de monte. Frotaba la mezcla sobre la carne, casi siempre de pollo o cerdo, y la dejaba marinar varias horas antes de sacar la cazuela de barro.

A veces salpicaba el preparado de especias sobre la leña al rojo, lo que reforzaba más aún el fuerte aroma a *tandoori* que Elínborg había notado en el chal. Imaginaba que la mujer a quien pertenecía debía de trabajar preparando cocina india, pero también era posible que, igual que Elínborg, simplemente fuera aficionada a la comida oriental, o quizá sobre todo al *tandoori*.

Por eso podía tener un *tandur* y las especias que hacían tan irresistibles aquellos platos.

La pareja mayor se había ido y los tres hombres que veían el fútbol se marcharon en cuanto terminó el partido. Elínborg se quedó sola en el local un ratito y después se levantó, pagó a la mujer en la barra y le dio las gracias por la estupenda comida. Estuvieron charlando un poco sobre el pan que tanto le había gustado a Elínborg, y la mujer se tomó la libertad de preguntarle el motivo de su viaje. Elínborg se lo dijo.

—Estuvo en la escuela primaria del pueblo a la vez que mi hijo —dijo la mujer desde detrás de la barra. Era un tanto regordeta y llevaba una camiseta negra sin mangas, los brazos eran bastante gruesos y por debajo del enorme delantal se notaba un pecho voluminoso—. Me he llevado un buen susto —añadió, y dijo que había visto en

las noticias el hallazgo del cadáver. Runólfur era la comidilla del pueblo.

—¿Le conocías? —preguntó Elínborg, mirando hacia fuera. Había empezado a nevar otra vez.

—Aquí todo el mundo se conoce. Runólfur era un chico la mar de simpático, quizás un poco rebelde. Se fue de aquí en cuanto pudo. Como la mayor parte de los chicos. Yo no podría decir mucho de él. Sé que Kristjana era un poco dura con él. Enseguida se le disparaba un cachete si el chico hacía algo malo. Es una mujer muy estricta. Estuvo trabajando en la planta de congelación de pescado hasta que la cerraron.

—¿Queda algún amigo de Runólfur en el pueblo?

La mujer de los brazos gruesos pensó un momento.

—Todos se han largado, creo —dijo—. En diez

años hemos perdido la mitad de la población.

—Comprendo —dijo Elínborg—. Bueno, muchas gracias.

Estaba saliendo del local cuando vio una estantería normal y corriente con cintas de vídeo y DVD, medio escondida detrás de la puerta. Elínborg no veía mucho cine, solo cuando los chicos llevaban a casa algo apetecible. Las películas policiacas no le gustaban nada, y no tenía paciencia para las de amor. Las comedias eran mucho más de su agrado. Theodóra compartía sus gustos y en ocasiones las dos alquilaban películas de risa mientras Teddi y los chicos se enfrascaban en cintas de intriga.

Elínborg pasó la mirada por la estantería y vio una o dos películas que le sonaban. Una chica como de veinte años estaba eligiendo una, la miró y saludó.

—¿Eres tú la poli de Reikiavik? —preguntó.

Elínborg se hizo idea de que su llegada habría circulado de boca en boca por toda la aldea.

—Sí —respondió.

—En el pueblo hay uno que le conocía —dijo la chica.

—¿A él? ¿Te refieres a...?

—A Runólfur. Se llama Valdimar y tiene un taller de coches en el pueblo.

—¿Y tú quién eres?

—Yo solo estoy mirando películas —dijo la chica y se escurrió por la puerta esquivando a Elínborg.

Elínborg recorrió el pueblo bajo la espesa y blanda nevada y encontró un pequeño taller de automóviles en la parte baja de la aldea. Una luz

tenue surgía de la puerta corrediza, entreabierta, de una vieja nave industrial. El nombre del taller estaba casi borrado sobre un rótulo castigado por el clima encima de la entrada a la oficina. Elínborg tuvo la sensación de que le hubieran disparado alguna vez con una escopeta de perdigones. Entró por la oficina hasta el taller. Un hombre en torno a los treinta años apareció detrás de un gran tractor. Llevaba en la cabeza una gorra de béisbol medio destrozada, vestía un mono que en tiempos fue azul oscuro pero ahora era negro por la suciedad. Elínborg se presentó y dijo que era de la policía. El hombre, poniendo cierta cara de tonto, se restregó las manos con un trapo sucio antes de saludar a Elínborg, sin estar del todo seguro de si ofrecer su mano sucia, delgada y larguirucha. Dijo llamarse Valdimar.

—Me enteré de que estabas aquí. Por lo de

Runólfur.

—Espero no ser una molestia —dijo Elínborg mirando su reloj. Ya eran las diez pasadas.

—Qué va, no molestas —dijo Valdimar—. Solo estoy con este tractor. No tengo nada más que hacer. ¿Querías hablar conmigo sobre Runólfur?

—Tengo entendido que erais amigos cuando vivía en la aldea. ¿Seguiste en contacto con él?

—No, prácticamente nada desde que se fue. Lo visité una vez que pasé por Reikiavik.

—¿No sabrás quién podía tenérsela jurada?

—No, qué va. Pero ya te digo, no tenía relación con él. Hace muchos años que no voy a Reikiavik. Leí en el periódico que le habían cortado el cuello.

—Así es.

—¿Sabéis por qué?

—No. Todavía sabemos poco. Vine aquí para

hablar con su madre. ¿Cómo era Runólfur?

Valdimar dejó el trapo, abrió un termo y echó café caliente en una taza. Miró a Elínborg como invitándola, pero ello dijo que no con un gesto.

—Como es lógico, aquí se conoce todo el mundo —dijo—. Él era mayor que yo, de modo que no debimos de jugar mucho juntos cuando éramos críos. Era bastante tranquilo en comparación con los demás que crecimos en la aldea, porque tuvo una educación bastante más estricta.

—¿Pero erais amigos?

—No, eso sería demasiado decir; teníamos trato, y ya está. Él se largó cuando era aún muy joven. Las cosas cambian. Incluso en una aldea tan pequeña como esta.

—¿Se fue para estudiar en el instituto, o...?

—No, solo para trabajar en Reikiavik. Siempre

le había apetecido ir allí, estaba siempre hablando de irse para allá a la primera oportunidad. E incluso viajar por el mundo. No estaba dispuesto a echar a perder su vida en este pueblucho. Lo llamaba pueblucho de mierda. A mí nunca me ha parecido que sea un pueblucho de mierda, siempre me he encontrado bien aquí.

—¿Era aficionado a las revistas o a las películas de cómics? ¿Tienes idea?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque en su casa encontramos algunas señales de esa posible afición —dijo Elínborg, sin describir los pósters ni las figuritas que había en el piso de Runólfur.

—Yo diría que no. Nunca pensé que tuviera esa afición mientras vivía aquí.

—Tengo entendido que su madre era una mujer muy rígida. Me hablaste de educación estricta.

—La buena mujer tiene la mecha un poco corta —dijo Valdimar tomando con mucho cuidado un sorbo de café. Sacó una galleta del bolsillo y la mojó en el café—. Tenía sus propios métodos para educarlo. Yo nunca vi que le pegara, pero, según él, sí que lo hacía. Pero no hablaba del tema nunca, solo una vez, que yo me enterase. Era cosa de timidez, creo que le daba vergüenza. Nunca se llevaron bien. La madre utilizaba con él una psicología bastante contraproducente. Era muy malhablada. Tenía la manía de humillarlo delante de los demás chicos.

—¿Y su padre?

—Era un don nadie, el tío. Pasaba totalmente desapercibido.

—Murió en un accidente.

—Eso fue hace pocos años, después de que Runólfur se largara a Reikiavik.

—¿Tienes idea de por qué pudo sucederle a Runólfur lo que le pasó?

—No, ni idea. Es de lo más trágico; es trágico que pueda pasar algo así.

—¿Sabías tú algo de mujeres en su vida?

—¿De mujeres?

—Sí.

—¿En Reikiavik?

—Sí, o en general.

—Yo no sabía nada de ese asunto. ¿Esto tiene que ver con las mujeres?

—No —dijo Elínborg—. Bueno, no lo sabemos. No tenemos ni idea de lo que sucedió.

Valdimar dejó el café y sacó una llave inglesa de la caja de herramientas. No se daba ninguna prisa, sus movimientos eran pausados y tranquilos. Buscó un tornillo en otra caja, y escarbó con la mano hasta que encontró el tamaño adecuado.

Elínborg miró el tractor. Seguramente, en aquel taller no había motivo alguno para andar con prisas. Y sin embargo, ahí estaba, trabajando a esas horas tan tardías.

—Mi marido es mecánico de automóviles —dijo Elínborg. Lo soltó antes de darse ni cuenta. Por lo general no les contaba su vida a los desconocidos, pero el ambiente en aquel taller era de calidez, y el hombre se comportaba con mucha afabilidad, con confianza y simpatía, y fuera arreciaba la nieve. No conocía a nadie en la aldea y echaba de menos a su familia.

—Vaya —dijo Valdimar—. Andará siempre con las manos negras, ¿verdad?

—Se lo tengo prohibido —dijo Elínborg con una sonrisa—. Creo que debe de ser uno de los primeros mecánicos de automóviles de todo el país, si no del mundo, que trabaja con guantes.

Valdimar se miró las manos sucias. Elínborg pudo ver en el dorso y los dedos viejas heridas que, por su convivencia con Teddi, sabía que eran consecuencia de pelear con partes de motores. Nunca había puesto el cuidado necesario en lo que hacía: o trabajaba con demasiado afán o la herramienta estaba rota.

—Probablemente hará falta tener una mujer cerca —dijo Valdimar.

—Yo le compro una crema de manos que funciona bastante bien —dijo Elínborg—. ¿Tú no quisiste marcharte como los demás?

Vio que Valdimar luchaba para evitar una sonrisa.

—No sé qué tendrá eso que ver con el asunto.

—No, nada, se me ocurrió preguntártelo —dijo Elínborg, con cierto apuro. Era la influencia de aquel hombre, directo y sereno a la vez.

—Yo siempre he vivido aquí y nunca he tenido especial interés por irme a ningún otro sitio —dijo Valdimar—. No me van mucho los cambios. He ido unas cuantas veces a Reikiavik y no me gusta nada lo que veo. Tanto correr por nada, tanto gastar en cosas muertas, en casas más grandes y en coches más fabulosos. La gente ya casi ni habla islandés, y se atiborra en los sitios esos de comida rápida y engorda. No estoy muy seguro de que eso sea propio de los islandeses. Me parece que nos estamos ahogando en vicios importados.

—Un amigo mío piensa más o menos como tú.

—Me alegro por él.

—Y naturalmente, tendrás familia aquí —dijo Elínborg.

—No soy hombre de familia —dijo Valdimar, desapareciendo detrás del tractor—. No lo he sido nunca y no creo que vaya a empezar ahora.

—Nunca se sabe —se permitió decir Elínborg.

El hombre la miró desde detrás del tractor.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó.

Elínborg sonrió y sacudió la cabeza, le pidió disculpas por la interrupción y salió a la nieve.

Cuando volvió al hostel se topó con la mujer que la había atendido en el restaurante. Seguía con el delantal puesto. En una plaquita ponía LAUGA. La mujer estaba saliendo del hostel, y Elínborg pensó que quizás era una de las personas que lo llevaban. La palabra «multitarea» acudió a su mente.

—Me enteré de que has estado hablando con Valdi —dijo Lauga, manteniendo la puerta abierta para que entrara Elínborg—. ¿Te fue de alguna utilidad?

—No demasiado —dijo Elínborg, extrañada de

la velocidad con que circulaban por la aldea cada uno de sus movimientos.

—No, hablar no le gusta demasiado, pero es buen chico.

—Parece que trabaja mucho. Seguía en ello cuando me fui.

—No hay muchas más cosas que hacer —dijo Lauga—. Le tiene afición desde siempre. ¿Estaba trabajando en el tractor?

—Sí, estaba trabajando en un tractor.

—Creo que lleva diez años trasteando con él. Nunca he sabido de ninguna otra cosa que haya recibido tanta atención como ese tractor. Es como su animalito de compañía. Le han puesto al chico un mote por esa manía, lo llaman Valdi Ferguson.

—Ah, vaya —dijo Elínborg—. Tengo que regresar a la ciudad mañana temprano, así que...

—Sí, claro, perdona. No pensaba tenerte

levantada toda la noche.

Elínborg sonrió y pasó la mirada por aquella aldea perdida que desaparecía poco a poco en la ventisca.

—Supongo que no tendréis mucha delincuencia en la aldea —dijo.

Lauga estaba cerrando la puerta.

—No, de eso puedes estar bien segura —dijo con una sonrisa—. Aquí nunca pasa nada.

Elínborg se habría dormido en el mismo momento en que puso la cabeza sobre la almohada de no haber sido por un detalle insignificante que no se le iba de la cabeza y que no sabía si tenía o no la menor importancia. La chica que se encontró por casualidad junto a la estantería de los vídeos le había hablado en un susurro, muy bajito, como si no quisiera que nadie oyera lo que estaban hablando.

Elínborg aterrizó en Reikiavik a mediodía del día siguiente y, acompañada por una psicóloga del servicio de atención a víctimas de violación, fue directamente a ver a la joven a quien habían encontrado en Nýbýlavegur y que probablemente había sido víctima de la droga de las violaciones. La psicóloga era una mujer de cuarenta años a quien Elínborg conocía muy bien por su trabajo, y que se llamaba Sólrún. Hablaron del aumento del número de violaciones que llegaban a la policía para su investigación. El número de delitos variaba de año en año: un año eran veinticinco, y al siguiente eran cuarenta y tres. Elínborg se

conocía muy bien las estadísticas, y sabía que en torno al setenta por ciento de las violaciones se cometían en el hogar y que la mitad de las víctimas conocía a sus agresores. Sin embargo, las violaciones en las que hombres desconocidos agredían a mujeres sin previo aviso habían aumentado, aunque los casos eran aún pocos, entre cinco y diez al año. No obstante, no todos los casos se denunciaban a la policía, y era frecuente que no fuese un solo hombre quien participaba, sino varios. Cada año se producían de seis a ocho casos en los que se sospechaba que habían drogado a la víctima.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Elínborg.

—Sí, nos está esperando —respondió Sólrún—. Todavía se siente muy mal. Se ha ido a vivir a casa de sus padres y no quiere ver a nadie ni hablar con nadie, se ha encerrado. Ve a un psicólogo dos

veces por semanas, y también la puse en contacto con un psiquiatra. Va a necesitar un tiempo para recuperarse.

—Ese asunto le ha hecho un enorme daño psicológico.

—Sin duda alguna.

—Probablemente tampoco ayuda mucho la manera en que la autoridad judicial desprecia a esas mujeres —dijo Elínborg—. Los condenados por violación pasan en prisión menos de año y medio en este país. Es lamentable que los hombres puedan comportarse como animales sin recibir un castigo justo.

La madre de la joven las recibió y las hizo pasar al salón. El padre no estaba en casa, pero se esperaba que llegara en breve. La madre informó a su hija de la llegada de las dos mujeres, y oyeron una breve discusión entre ambas antes de que

madre e hija fueran hacia el salón. Elínborg creyó oír a la hija diciendo que no quería, de ninguna manera, que no quería volver a hablar con la policía, que quería que la dejaran en paz.

Elínborg y Sólrún se pusieron de pie cuando las dos entraron en el salón. La joven, que se llamaba Unnur, ya había hablado con ambas y las conocía, pero no respondió a su saludo.

—Perdona que te importunemos tanto —dijo Sólrún—. Será solo un momento. Y puedes dejar de hablar en cuanto quieras.

Se sentaron y Elínborg procuró no malgastar tiempo en introducciones innecesarias. Se dio cuenta de que Unnur no se encontraba bien, aunque trataba de aparentar tranquilidad, sentada al lado de su madre. Intentaba aparentar seguridad en sí misma. Por su trabajo, Elínborg conocía las prolongadas consecuencias de las agresiones

físicas y sabía perfectamente las cicatrices psicológicas que dejaban. Para ella, la violación era el género más brutal de agresión física, casi igual que el asesinato.

Sacó del bolsillo una foto de Runólfur. Era la de su carné de conducir.

—¿Te suena este hombre? —preguntó mientras le entregaba la foto a Unnur. Esta la cogió y le echó un breve vistazo.

—No —dijo—. He visto fotos tuyas en las noticias. No sé quién es.

Elínborg volvió a coger la foto.

—¿Creéis que fue él quien me agredió? —preguntó Unnur.

—No lo sabemos —dijo Elínborg—. Sabemos que llevaba lo que llaman la droga de las violaciones cuando salió la noche misma en que lo asesinaron. Son datos que no se han hecho

públicos y no podéis comentarlos con nadie. Yo quería decirte cómo están las cosas. Ahora sabes por qué necesitábamos hablar contigo.

—No sé si podría reconocerlo aunque lo tuviera delante de mí —dijo Unnur—. No recuerdo nada. Nada en absoluto. Recuerdo de una forma muy vaga al último hombre con el que estuve charlando en el bar. No tengo ni idea de quién es, pero no era este Runólfur.

—¿Sería posible que vinieras con nosotros a su casa a echar un vistazo? Si es que eso podría ayudarte a recordar.

—Yo... no, yo... yo no he vuelto a salir a la calle desde entonces —dijo Unnur.

—No quiere ir más allá de la puerta de casa —dijo su madre—. Quizá pudierais enseñarle fotos.

Elínborg asintió.

—Sería estupendo que te atrevieras a venir con

nosotras. Ese hombre tenía un coche que nos gustaría que mirases.

—Me lo pensaré —dijo Unnur.

—Lo más llamativo que hay en su piso son unos grandes pósters en las paredes; de superhéroes del cine de Hollywood. Héroes de cómic como Superman y Batman. Es eso quizá...

—No recuerdo nada.

—Y otra cosa —dijo Elínborg, sacando el chal de su bolso. Estaba dentro de una bolsa de plástico de las usadas para los objetos que tenían que servir de prueba—. Esto es un chal que encontramos en el lugar del crimen. Querría saber si te suena de algo. Por desgracia no puedo sacarlo de la bolsa, pero puedes abrirla si quieres.

Le entregó la bolsa a la joven.

—Yo no uso chal —dijo esta—. Solo he tenido

uno en toda mi vida, y no es este. ¿Este chal lo encontrasteis en casa de ese?

—Sí —dijo Elínborg—. Es otra cosa que tampoco se ha hecho pública.

Unnur empezaba a darse cuenta de hacia dónde se encaminaban las preguntas.

—¿Había una mujer con él cuando... cuando lo atacaron?

—Es posible —dijo Elínborg—. Hacía algo con las mujeres que entraban en su piso.

—¿Había drogado a esa mujer, o iba a hacerlo?

—No lo sabemos.

El silencio se extendió por el salón.

—¿Piensas que soy yo? —preguntó la joven al cabo de unos instantes.

La madre miró asombrada a su hija. Elínborg sacudió la cabeza.

—En absoluto —respondió—. Créeme. Ya te he

dicho más cosas de las que deberías saber, y no debes malinterpretarlo.

—Piensas que fui yo quien lo agredió.

—No —dijo Elínborg con determinación.

—No podría aunque quisiera, yo no soy así —dijo Unnur.

—Pero ¿a qué vienen esas preguntas? —dijo la madre—. ¿Estás acusando a mi hija de haber asesinado a ese hombre? Ni siquiera sale de casa. ¡Pasó todo el fin de semana con nosotros!

—Lo sabemos. Estáis sacando de contexto mis palabras —dijo Elínborg a la madre.

Vaciló un instante. La madre y la hija tenían la mirada fija en ella.

—Pero vamos a necesitar una muestra tuya de cabello —dijo Elínborg—. Sólrún se la dará a la científica. Queremos saber si estuviste en casa de ese hombre la noche en que te atacaron. Si es

posible que fuese él quien te envenenara y te llevara a su casa.

—Yo no he hecho nada —dijo Unnur.

—No, claro que no —dijo Sólrún—. La policía solo quiere excluir que hubieras estado en su piso.

—¿Y si hubiera estado allí?

Elínborg sintió un escalofrío al oír sus palabras. No era capaz de imaginarse cómo se sentiría ella al no saber lo que sucedió la noche en que la violaron.

—Entonces sabremos más de lo que te pasó la noche antes de que te encontraran en Nýbýlavegur. Sé que todo es difícil y doloroso, pero todas estamos buscando respuestas.

—Yo ni siquiera sé si quiero saberlo —dijo la joven—. Estoy intentando hacer como si eso no hubiera pasado nunca, como si no me hubiera

pasado a mí. Como si le hubiera pasado a alguna otra.

—Ya hemos hablado de eso —dijo Sólrún—. No deberías guardártelo todo dentro. Si lo haces, necesitarás mucho más tiempo para comprender que no tienes la menor culpa de lo que te sucedió, que lo que provocó la agresión no fue nada que hubieras hecho, y que no tienes que disculparte por nada. Te agredieron de una manera muy brutal. No necesitas esconderte, no necesitas alejarte de la sociedad como si fueras impura. No lo eres, y nunca lo serás.

—Yo... tengo miedo —dijo Unnur.

—Por supuesto —respondió Elínborg—. Es perfectamente comprensible. He estado con mujeres como tú. Siempre les digo que se trata también de su actitud ante esos criminales. Piensa en la importancia que les das a esos miserables

encerrándote en casa. No puedes dejarlos que te metan en una cárcel. Demuéstrales que puedes luchar contra el daño que quieren infligirte.

Unnur miró fijamente a Elínborg.

—Pero es tan... terrible saber... Una nunca va a volver a... Me han arrebatado algo que nunca podré volver a tener, nunca en toda mi vida, y nunca podrán ser las cosas como antes de...

—Pero así es la vida —dijo Sólrún—. La de todos. Nunca podemos recuperar nada de lo que hemos perdido. Por eso tenemos que mirar hacia delante.

—Sucedió —dijo Elínborg con ánimo de tranquilizarla—. No te quedes ahí. Entonces saldrán ganando esos miserables. No dejes que se salgan con la suya.

Unnur le devolvió el chal.

—Esa mujer fuma. Yo no fumo. Y hay otro olor,

un perfume que yo no uso, y algo como si fueran hierbas de...

—*Tandoori*. —Elínborg terminó la frase.

—¿Pensáis que fue ella quien agredió a ese tío?

—Es posible.

—Bien por ella —murmuró Unnur entre dientes—. ¡Bravo por matarlo! ¡Bravo por matar a ese cerdo!

Elínborg miró de reojo a Sólrún.

Tenía la sensación de que la joven ya empezaba a mostrar signos de mejoría.

Cuando Elínborg volvió a casa, a una hora bastante tardía, los dos hermanos estaban en plena gresca. Aron, el mediano, que de una u otra forma estaba siempre al margen de todo, se había atrevido a mirar internet en el ordenador de

Valþór, y el hermano mayor le estaba gritando con tales modos que Elínborg no tuvo más remedio que gritarle: «¡Por favor, vale ya, déjalo!». Theodóra estaba escuchando música en su iPod mientras estudiaba en la mesa del comedor, sin dejar que la pelea de sus hermanos le quitara la concentración. Teddi estaba retumbado en el sofá viendo la televisión. Había ido a un restaurante de pollo frito al volver a casa y las bolsas de trozos de pollo estaban repartidas por toda la cocina, junto a patatas fritas frías y sobrecitos vacíos de salsa de cóctel.

—¿Por qué no tiras toda esa basura? —le dijo, en voz bien fuerte, Elínborg a Teddi.

—Espera, espera —dijo él—. Luego recojo. Es que este episodio...

Elínborg no tenía ganas de insistir y se sentó con Theodóra. Pocos días antes, las dos habían

asistido a una reunión con el maestro de la chica en torno a la posibilidad de que tomara cursos extra. Estaba esforzándose mucho por encontrarle algo que le viniera bien. Habían hablado de que podría hacer los tres cursos superiores de primaria en un solo año, si quería, a fin de entrar antes en el instituto.

—En las noticias contaron que le habéis encontrado drogas de las violaciones al hombre ese —dijo Theodóra, quitándose los auriculares.

—No sé cómo consiguen enterarse de esos datos —dijo Elínborg.

—¿Era un desalmado? —preguntó Theodóra.

—Probablemente —respondió Elínborg—. No me preguntes por este caso.

—Dijeron que estabais buscando a una mujer que estuvo con él esa noche.

—Es posible que quien lo mató fuera alguna

persona con quien estuviera, pero ahora calla — dijo Elínborg con voz amistosa—. ¿Qué os dieron de comer hoy en el colegio?

—Sopa dulce de pan. Estaba muy mala.

—Eres muy caprichosa con la comida.

—La sopa de pan que haces tú sí que me la como.

—Pues así es como tiene que ser. La cocinera es maravillosa.

Elínborg le había hablado a Theodóra de lo caprichosa con la comida que era ella de pequeña. Creció acostumbrada a la cocina islandesa tradicional, en condiciones de vida islandesa tradicionales. Describírselo a Theodóra era como hablar de las formas de vida de los islandeses de tiempos antiguos. Su madre era ama de casa y trabajaba solo en el hogar, hacía la compra y preparaba la comida todos los días. Su padre,

oficinista en una pesquería local, llegaba a casa a almorzar y se tumbaba en el sofá a oír las noticias, que empezaban a las doce y veinte en beneficio de trabajadores como él. La sintonía de las noticias solía estar empezando cuando él tomaba el último bocado y se acostaba.

Su madre preparaba pescado cocido y pan con mantequilla para el almuerzo, hacía albóndigas o pastel de carne, acompañado a veces de puré de patata o, las más de las veces, con las patatas cocidas que se servían en todas las comidas. Entre semana solían cenar un plato fijo cada día, y era su madre quien se ocupaba de todo lo relativo a la cocina. Los sábados había bacalao, que desalaba en un barreño, en el lavadero; el mismo barreño que su marido utilizaba para darse baños de pies. Elínborg no había vuelto a probar el bacalao. Los domingos había asado, pata de cordero o lomo,

con salsa marrón hecha con caldo de carne. De acompañamiento, patatas asadas. A veces había chuletitas de cordero o filete. La col lombarda y los guisantes acompañaban a todos los platos de carne asada. La carne en salazón con colinabo hervido y salchichas de carne de caballo con salsa bechamel podían aparecer en la mesa cualquier día, aunque con poca frecuencia. Los lunes tocaba siempre pescado, excepto si había suficientes restos del domingo, en cuyo caso pasaba a los martes. Ese pescado solía estar frito: se empanaba y se acompañaba con margarina derretida y mayonesa. Los miércoles había pescado seco, que era especialmente incomible tal como lo recordaba Elínborg. Una cantidad enorme de sebo de oveja derretido no bastaba para disimular el pescado seco, que se cocía hasta que el vaho cubría por entero los cristales de la cocina.

También servían huevas e hígado los miércoles. Aquello era un poco mejor, aunque la membrana que envolvía las huevas no ayudaba lo más mínimo, y Elínborg ni tocaba el hígado de bacalao. Su madre reservaba a veces los jueves para hacer experimentos. Fue un jueves memorable cuando Elínborg saboreó por primera vez en la vida unos espaguetis; demasiado cocidos y sin ningún sabor, aunque mejoraban un poco al ponerles salsa de tomate. Los viernes había chuletas empanadas, de cordero o de cerdo, acompañadas de margarina igual que el pescado empanado.

Así se sucedieron inmutables las semanas culinarias, durante meses y años, de la infancia de Elínborg. Rarísima vez se producía algún cambio en las costumbres. Si decidían comprar comida preparada, lo que quizá sucedía una vez cada dos años, su padre llegaba a casa con unos

emparedados de pan negro con mantequilla y carne de cordero ahumada, o de pan blanco con gambas. Elínborg tenía diecinueve años cuando entró en su casa por primera vez un recipiente con una porción de pollo a la brasa, acompañado de patatas fritas. Aquel fue otro día memorable. Ninguno de los dos le pareció excesivamente sabroso, y sus padres no volvieron a comprarlo. Le gustaba mucho leer sobre comida en los libros, y con frecuencia lo único que recordaba de los libros infantiles o de las obras literarias eran las descripciones de comidas y su preparación; por ejemplo, cosas sobre mermelada y tocino. Aún se acordaba de que un día leyó algo sobre queso fundido. Necesitó cierto tiempo para hacerse a la idea de a qué podía referirse ese concepto. Nunca se le había pasado por la cabeza que el queso que guardaban en la

nevera pudiera servir para cortarse una loncha y ponerla encima de una rebanada de pan.

Elínborg tenía serios problemas para preparar algunos platos y causaba constantes desilusiones a su madre. Esta creía firmemente en la santa cocción. Pensaba que las cosas no podían comerse a menos que se les quitara el espíritu vital a base de cocerlas, de modo que hervía el eglefino de veinticinco a treinta minutos. Elínborg luchaba permanentemente con las espigas, muerta de miedo ante la idea de ahogarse en la mesa de la cocina. No le gustaba nada la grasa empanada de las chuletas, y la carne, totalmente gris, se le antojaba carente de sabor. Las patatas caramelizadas le parecían incomibles. El hígado de cordero en salsa de cebolla, plato de los martes a menos que la madre se decantara por corazón y riñones, no era capaz de comérselo de ninguna de las maneras.

Tampoco el corazón y los riñones eran, desde su punto de vista, comida para personas. La lista era inacabable.

De modo que a Elínborg no le sorprendió en absoluto que su padre sufriera un ataque al corazón nada más cumplir los sesenta años. Sobrevivió. Sus padres seguían viviendo en la misma casa, el hogar de infancia de Elínborg; los dos estaban jubilados, bien lúcidos y no necesitaban ayuda de ninguna clase. Su madre seguía cocinando el pescado seco hasta cegar toda la casa.

Una vez se comprobó que las manías de Elínborg con la comida eran incurables y que empezaba a sabérselas arreglar ella sola en la cocina, la dejaron que hiciera lo que quisiera. Así empezó a prepararse comida para ella sola, con los ingredientes que su madre solía comprar. Su madre le daba su porción de eglefino o parte de

las chuletitas o del pastel de pescado, que solía tomarse los jueves, una vez se renunció al experimento de la cocina italiana, y ella misma se preparaba la comida de acuerdo con sus propias ideas. Fue aficionándose a la cocina. Siempre había alguien que le regalaba libros de cocina en navidades o en su cumpleaños; se inscribió en un club de cocina, y leía las recetas de los periódicos. No es que tuviera ningún deseo de hacerse cocinera profesional, tan solo se trataba de prepararse cosas de comer que no fueran incomedibles.

En la época en que se marchó de casa, había alterado en cierta medida la cultura gastronómica de la familia, pero se habían producido otros cambios sin necesidad de su participación. Su padre había dejado de volver a casa después del trabajo, a mediodía, y de tumbarse en el sofá con

las noticias. Su madre empezó a trabajar fuera de casa y volvía por las tardes hecha polvo, feliz de que Elínborg se dedicara a preparar la comida. Trabajaba en una tienda de alimentación que estaba todo el día llena de gente, y se daba un baño caliente cada tarde, con los pies enrojecidos e hinchados. Pero estaba más contenta que antes, siempre había sido muy sociable y le gustaba la gente. Elínborg terminó el bachillerato, se marchó de casa y alquiló un pequeño apartamento de sótano, trabajaba en la policía durante los veranos,¹ trabajo que consiguió a través de un tío paterno, y decidió estudiar geología en la universidad. En sus años de instituto le cogió el gusto a viajar con sus amigos por todo el país, y una amiga suya, que estaba muy interesada por la geología, la animó a ir con ella a las clases de la especialidad. Al principio, Elínborg estaba

interesadísima, pero cuando terminó los estudios tres años más tarde se dio cuenta de que nunca trabajaría en esa profesión.

Miraba a Theodóra estudiar y pensaba qué sería la chica cuando creciera. Le interesaban las ciencias, física y química, e incluso hablaba de estudiar esas materias en la universidad. También quería salir al extranjero a estudiar.

—¿Tienes un blog, Theodóra? —preguntó Elínborg.

—No.

—A lo mejor eres demasiado pequeña.

—No, es que me parece una bobería. Me parece absurdo contar todo lo que hago y digo y pienso. Eso no tiene por qué importarle a nadie. Yo no tengo ningún interés por poner esas cosas en internet.

—Es increíble hasta dónde llega la gente.

Theodóra levantó la vista de su libro.

—¿Estuviste leyendo el blog de Valþór?

—Ni siquiera sabía que lo tuviera. Lo encontré por casualidad.

—No escribe más que memeces —dijo Theodóra—. Le he dicho que no quiero ni que me nombre.

—¿Y?

—Dice que soy tonta.

—¿Conoces a las chicas esas de las que escribe?

—No. Él nunca me cuenta nada. Le cuenta al mundo entero todo lo relativo a él, pero a mí no me dice nada. Hace tiempo que dejé de intentar hablar con él.

—¿Debería decirle que leo su blog?

—Pues sí, dile que deje de escribir sobre

nosotros. También escribe de ti, ¿lo sabes? Y de papá. Pensaba decírtelo, pero no quería chivarme.

—¿Cómo funciona eso...? ¿Si leo el blog es como si lo estuviera espiando?

—¿Piensas decírselo?

—No lo sé.

—Entonces, a lo mejor sí que lo estás espiando. Yo lo estuve leyendo muchos meses hasta que me cabré con algo que escribía sobre nosotros y se lo dije. Fue y escribió que yo era una superdotada de mierda. No sé por qué anda poniendo esas cosas en internet, si una no puede leer una estupidez sin dar la sensación de estar espiándole.

—¿Muchos meses? ¿Cuánto tiempo lleva con el blog?

—Más de un año.

Elínborg no pensaba que estuviera espiando a su hijo al leer un blog que estaba abierto a todo el

que quisiese verlo. No quería entrometerse en sus cosas porque pensaba que él mismo tenía que responsabilizarse de sus actos. Pero al mismo tiempo se sentía preocupada porque escribía con excesivo desparpajo sobre sus parientes más próximos y sus amigos.

—El chico a mí no me cuenta nada —dijo Elínborg—. Quizá debería hablar con él. O tu padre.

—Déjale en paz.

—Por supuesto, ya es casi adulto, está en la Escuela de Comercio... Tengo la sensación de haber perdido por completo la relación con él. Antes podíamos hablar los dos. Ahora, en realidad no lo hacemos nunca. Ahora me tengo que limitar a leer su blog.

—Valþór ya se ha ido de casa, aquí, en el coco

—dijo Theodóra dándose unos golpecitos con el dedo índice sobre la sien.

Luego volvió a su libro.

—¿Tenía amigos? —preguntó Theodóra al poco, sin levantar la vista de lo que estaba leyendo.

—¿Quién? ¿Valpór?

—Ese al que mataron.

—Imagino que sí.

—¿Ya has hablado con ellos?

—No, yo no, otros están en ello. ¿Por qué... por qué motivo se te ha ocurrido preguntarme eso?

A veces, la niña decía cosas ininteligibles.

—¿Qué hacía ese hombre?

—Era técnico de teléfonos.

Theodóra la miró pensativa.

—Esos conocen gente —dijo.

—Sí, van a las casas.

—Van a las casas. —Theodóra repitió las

palabras de su madre y siguió resolviendo unos problemas de matemáticas que eran un simple juego de niños.

El móvil de Elínborg sonó en el vestíbulo, donde estaba colgado el abrigo dentro de un armario. Era su móvil del trabajo. Fue hasta allí y respondió.

—Acaban de enviar los datos iniciales del estudio forense de Runólfur —dijo Sigurður Óli sin saludar.

—Vale —dijo Elínborg. La ponía de los nervios que la gente no saludara cuando llamaba por teléfono, aunque se tratara de los colegas más próximos. Miró su reloj—. ¿No puede esperar eso hasta mañana? —preguntó.

—¿Quieres saber lo que han encontrado, o no?

—Venga, relájate.

—Relájate tú.

—Sigurður...

—Han encontrado Rohypnol —dijo Sigurður Óli.

—Sí, eso ya lo sé. Estaba contigo cuando nos lo comunicaron.

—No, me refiero a que han encontrado Rohypnol en Runólfur. En el cuerpo de Runólfur. Tenía una cantidad considerable de droga en la boca y en la garganta.

—¿Qué estás diciendo?!

—¡Que estaba hasta los topes de esa mierda!

El responsable de asistencia técnica de la empresa telefónica recibió a Elínborg y Sigurður Óli a primera hora de la tarde. Sigurður Óli estaba bastante callado. Trabajaba en otro caso y apenas había metido baza en el crimen de Þingholt, aparte de que su relación con Bergþóra no acababa de mejorar. Él se había ido de casa y los intentos de ambos por volver a juntarse no habían tenido ningún éxito hasta el momento. Ella lo había invitado a pasar unos días en su casa, hacía poco, y aquello había terminado en una nueva trifulca. Sigurður no le contó nada a Elínborg, pues pensaba que su vida privada solo le importaba a

él. Llevaban en silencio la mayor parte del camino cuando Elínborg le preguntó si había tenido alguna noticia de Erlendur desde que se fue a su fiordo, al este del país.

—Ninguna —dijo Sigurður Óli.

Elínborg se había ido a dormir muy tarde la noche anterior y no consiguió conciliar el sueño hasta medianoche. No hacía más que pensar en Runólfur y la droga de las violaciones. No había hablado con Valþór de su blog, pues el chico ya había salido por ahí cuando ella iba a decirle que no debía escribir en internet sobre las personas de su entorno más cercano. Teddi roncaba a su lado. No recordaba que su marido hubiera tenido jamás problemas para dormir, ni que se hubiera quedado despierto hasta las tantas, lo que sin duda era una señal de que estaba contento con su vida. No era nada quejica, sino más bien callado, no le gustaba

demasiado tomar la iniciativa. Lo que quería era vivir en paz y tranquilidad. Tenía un trabajo no demasiado exigente y nunca se lo llevaba a casa. A veces, cuando el trabajo como policía la agobiaba mucho, Elínborg pensaba si no habría debido seguir adelante con la geología, e imaginaba lo que estaría haciendo si no hubiera entrado en la policía. Quizá sería profesora. Algunas veces había impartido cursos en la Escuela de Policía y le gustaba la docencia. También podía haber continuado su formación para hacerse investigadora, estudiar grandes erupciones volcánicas y tremendos movimientos sísmicos. A veces observaba el trabajo de los científicos de la policía y pensaba que se habría podido dedicar a eso. Pero no estaba insatisfecha con su trabajo, excepto cuando se veía ante algo realmente horroroso en toda su crudeza. Nunca había

comprendido cómo era posible que los seres humanos llegaran a comportarse como fieras salvajes.

—¿Qué es exactamente lo que hacen los técnicos telefónicos? —preguntó Elínborg cuando ella y Sigurður estuvieron sentados delante del responsable—. ¿En qué consiste su trabajo?

—Bueno, claro, hacen cosas diversas —respondió el hombre, que se llamaba Lárus—. Se encargan de la red telefónica y de su mantenimiento y actualización. He comprobado lo relativo a Runólfur. Llevaba varios años trabajando en la empresa, llegó aquí desde la Escuela Politécnica, un excelente trabajador. No tenemos absolutamente ninguna queja contra él.

—¿Era persona apreciada?

—Mucho, por lo que sé. Yo no tenía mucho contacto directo con él, pero me dicen que era

metódico, puntual y de trato agradable. El personal no acierta a comprenderlo, no entienden qué pudo pasar en realidad.

—No —dijo Elínborg—. ¿Los técnicos telefónicos acuden a los domicilios?

—Runólfur sí —contestó el responsable—. Se ocupaba de las conexiones de internet, ADSL, redes telefónicas internas, sistemas digitales de televisión y fibra óptica. En la empresa ofrecemos el mejor servicio que existe. La gente no entiende nada en absoluto de ordenadores ni de tecnología, es increíble. Hace poco nos llamó un señor que llevaba todo el día dándole pisotones al ratón: se pensaba que era un pedal.

—¿Puedes proporcionarnos una lista de las personas a las que visitó en los últimos meses? —dijo Elínborg—. Trabajaba aquí, en Reikiavik, ¿no?

—Necesitaréis una orden judicial —dijo el responsable—. Sí que tenemos esas listas, pero yo diría que es confidencial, de modo que...

—Naturalmente —dijo Elínborg—. La tendréis aquí antes de la hora de cierre.

—¿Pensáis hablar con todas las personas a las que visitó?

—Si es preciso, sí —dijo Elínborg—. ¿Sabes de algún amigo de Runólfur con el que pudiéramos hablar? Ya sea en la empresa o en cualquier otro sitio.

—No, lo miraré y os diré.

Las cámaras de vigilancia del centro de la ciudad, hacia donde el casero de Runólfur pensó que había ido, no lo registraron el fin de semana en que fue asesinado. Había ocho de esas cámaras, situadas

en los lugares más concurridos del centro. Eso no tenía por qué significar demasiado, ya que hasta la casa de Runólfur podía irse por muchos caminos distintos. Probablemente, Runólfur sabría dónde estaban las cámaras y podía haberlas evitado. Les preguntaron a los taxistas si se habían fijado en él por algún motivo, y también si lo habían llevado a algún sitio como pasajero, pero sin ningún resultado. Lo mismo sucedió con los conductores de autobuses que atravesaban la zona. Se investigaron las tarjetas de crédito de Runólfur, pero lo que se descubrió fue que tan solo las utilizaba para comprar productos alimenticios y el abono de plazos de aparatos que había adquirido, el ordenador y el iPod entre ellos, y también los gastos fijos como teléfono, calefacción, electricidad y televisión. Se había recopilado una lista de los movimientos de su móvil, que

permitían comprobar si se había desplazado de un emisor a otro en la noche de autos. Se podía seguir a Runólfur aunque no hubiera utilizado el móvil. No obstante, como técnico de teléfonos debía de saber que de ese modo no se lo podía ubicar con exactitud. Un solo emisor servía a toda la zona del centro, en un radio de más de tres kilómetros. Si Runólfur quería salir de esa zona sin que se pudieran rastrear sus movimientos, se habría dejado el móvil en casa. El estudio mostró que el teléfono no había abandonado la zona centro de la ciudad.

Se envió al extranjero una muestra del cabello de la mujer a la que habían encontrado en Nýbýlavegur para analizarlo junto con las pruebas obtenidas en la casa de Runólfur y en su coche.

Habría que esperar un tiempo hasta que se estuviera en disposición de confirmar si la joven había sido víctima de aquel hombre unas semanas antes de que lo asesinaran. No era sospechosa, se pensaba que tenía una coartada muy firme. Además, enviaron para su estudio tanto la camiseta de manga corta que llevaba puesta Runólfur como el chal que habían encontrado en su casa, por si podían hallarse en ellos restos biológicos que apuntaran a la misma propietaria. En el ordenador de Runólfur no se encontró nada que pudiera explicar a la policía quién estaba en su casa cuando lo degollaron. El ordenador apenas almacenaba datos sobre su utilización de internet, aunque se comprobó que había estado buscando un coche usado. Las páginas de vendedores de automóviles estaban en las primeras posiciones, y a continuación páginas deportivas, tanto islandesas

como extranjeras, así como cosas diversas que parecían estar relacionadas con su trabajo. Todo su correo electrónico estaba relacionado con su trabajo.

—No utilizaba el correo como la mayoría de nosotros, con fines personales —dijo el técnico de la policía que había investigado el ordenador de Runólfur—. Y creo que lo hacía de forma muy consciente.

—¿A qué te refieres con «consciente»?

—No dejaba huellas —aclaró el técnico.

Elínborg estaba en la puerta de una oficina de la comisaría de Hverfisgata, tan pequeña y estrecha que no pudo entrar. El hombre era muy alto y grueso, y parecía atrapado en su diminuto despacho.

—¿Y no es lo normal? Algunos lo sueltan todo

sin pensar, otros tienen más cuidado, porque nadie sabe quién va a leer realmente el correo, ¿no?

—Todo se puede robar —dijo el técnico—. Como demuestra la práctica. De pronto todo aparece en primera plana de los periódicos. Yo nunca le diría por correo electrónico nada personal que me pareciese realmente importante. Pero tengo la sensación de que ese hombre era más precavido de lo habitual. Es como si lo hiciera de forma muy concienzuda. Es como si hiciera todo lo que estaba en su mano para no dejar nada personal en el ordenador. No hay más enlaces que los relacionados con el trabajo, ni documentos ni chats ni reflexiones, ni diario. Nada. Sabemos que era aficionado al cine y al fútbol. De su ordenador no podemos sacar nada más.

—¿No hay nada sobre sus amigas?

—Nada.

—¿Porque se encargó de que no lo hubiera?

—Sí.

—¿Porque tenía algo que ocultar?

—Ese puede ser un motivo —dijo el técnico, alargando la mano hacia su ordenador—. Parece que en cuanto apagaba el ordenador por la noche tenía por costumbre borrar todo lo que había estado viendo durante el día.

—Quizá no sea tan extraño si pensamos en la droga de violación que llevaba encima.

—No, quizá no.

—¿De modo que nadie sabe a qué se dedicaba en internet?

—Voy a ver si encuentro algo, ya que no todo desaparece de forma definitiva aunque se haya borrado la página. Es posible que encuentren algo los de su servicio de conexión a internet. Pero tengo entendido que estaba conectado a una

empresa extranjera, de manera que puede hacer falta un montón de tiempo para que nos proporcionen esa información —dijo el técnico, y se movió a un lado haciendo crujir su silla.

La autopsia puso de manifiesto que Runólfur era un individuo muy sano, sin dolencias físicas. Era de baja estatura pero delgado y bien proporcionado; no se hallaron cicatrices ni taras, y los órganos funcionaban con normalidad.

—De modo que era un joven muy sano —dijo el forense cuando terminó la letanía.

Estaba delante de Elínborg, ambos junto al cuerpo de Runólfur en el depósito de cadáveres de Barónstígur. La autopsia había terminado por completo, y habían introducido el cadáver en un

compartimento refrigerado de donde lo extrajo el facultativo. Elínborg lo miró.

—No fue una muerte nada fácil —continuó el médico—. El hombre recibió varios cortes antes de que le asestaran el que lo mató. Hay varios cortes pequeños en el cuello, al lado de la cuchillada de mayor tamaño. En el cuello hay una contusión, como si alguien se lo hubiera apretado. Al parecer no fue capaz de defenderse de la agresión.

—Tiene que ser difícil resistirse con un cuchillo afilado justo en el cuello.

—No es nada especialmente complejo ni extraño si nos paramos a pensarlo —explicó el forense—, solo que aquí se actuó de manera muy limpia. Le cortaron el cuello con un cuchillo afiladísimo, casi como un bisturí. En la herida no hay interrupciones. Y nada apunta a que el autor

tuviera la más mínima vacilación. Recuerda a una incisión hecha con mano experta. Yo aventuraría la conjetura de que el atacante lo tuvo sujeto y dominado durante cierto tiempo, los pequeños cortes pueden apuntar en esa dirección; luego le cortó el cuello y lo dejó caer al suelo. Siguió vivo durante un rato después de que lo degollaran. No demasiado. Quizá pudo ser casi un minuto. No encontrasteis señales de pelea, ¿verdad?

—No.

—Había mantenido relaciones sexuales poco antes de la muerte, como seguramente sabrás. No puedo responder a vuestra pregunta de si esas relaciones fueron contra la voluntad de su compañera de cama. Nada de lo que puedo ver apunta en esa dirección. Excepto, tal vez, su muerte.

—¿En su cuerpo no hay huella alguna de eso,

arañazos o mordiscos?

—No. Pero nada de eso podría esperarse si había utilizado la droga de las violaciones.

Los policías asignados a la investigación del caso habían compartido impresiones sobre el estado en que se hallaba Runólfur cuando lo encontraron en su casa, y qué conclusiones podían extraerse de ellas. Llevaba puesta una camiseta demasiado pequeña para él y que seguramente pertenecía a una mujer. Aparte del chal, en la casa no se encontraron otras prendas comparables. Se suponía, por tanto, que la camiseta pertenecía a la mujer que lo acompañó a su casa esa noche. Si se trataba de una violación, Runólfur debió de desnudar a la mujer y forzarla, y para mayor burla se divirtió poniéndose su camiseta. Incluso organizó un ambiente romántico. La única luz encendida que había en la casa era la del salón, y

tanto en este como en el dormitorio se encontraron velitas consumidas.

Otros no estaban nada convencidos de que se hubiera tratado de una violación y no querían sacar demasiadas conclusiones de las pistas encontradas. Aunque Runólfur tuviera Rohypnol en casa, eso no decía nada de lo sucedido en su casa, pues en los vasos no se habían encontrado restos de droga. Tuvo relaciones con la mujer, se puso la camiseta en un juego amoroso y por algún motivo la mujer cogió el cuchillo y lo degolló. Otros, entre los que se contaba Sigurður Óli, defendían la hipótesis de que una tercera persona había interrumpido al hombre y la mujer, que él se puso la camiseta por cualquier motivo pero no pudo terminar de vestirse antes de que lo asesinaran. Pudo ser la mujer que estaba con él quien lo atacó, pero no había que olvidar la posibilidad de que

hubiera cometido el crimen alguien llegado del exterior. Elínborg se decantaba por esta teoría, aunque sin poder aportar argumentos razonables. El arma homicida, un cuchillo muy afilado, podía pertenecer a Runólfur. Tenía un juego de cuchillos completo, cuatro cuchillos de cocina sujetos a un colgador magnético situado en una pared de la cocina. Es posible que fueran cinco originalmente y que el criminal utilizara el quinto como arma y se lo llevara al marcharse. Era imposible estar seguros, a juzgar por la forma en que los cuchillos estaban colocados en el colgador. Una búsqueda muy minuciosa del arma en Þingholt y alrededores no produjo resultado alguno.

Y luego estaba el Rohypnol que habían encontrado en la boca y la garganta. Era improbable que lo hubiera tomado de manera voluntaria.

—¿Tenía dentro mucha droga? —le preguntó al forense que había realizado la autopsia.

—En realidad sí, parece que tuvo que ingerir una cantidad considerable.

—¿Pero no llegó a la sangre?

—Eso no lo sabemos todavía —dijo el forense—. El análisis toxicológico aún tardará un poco más.

Elínborg miró al médico.

—Sí, claro.

—El efecto se produjo unos diez minutos después de la ingesta. No pudo oponer la más mínima resistencia.

—Quizá sea esa la única explicación de por qué no encontramos huellas de pelea, ni señal alguna de que hubiera intentado defenderse.

—Sí, eso creo yo, no debió ni poder levantar una mano. Por mucho que lo intentara.

—Igual que su posible víctima.

—Tuvo que probar su propia medicina, si es a eso a lo que te refieres.

—¿De modo que alguien le hizo tomar esa mierda y luego se entretuvo cortándole el cuello?

El forense se encogió de hombros.

—Es asunto tuyo descubrir eso.

Elínborg bajó la mirada para ver el cadáver del hombre.

—Está en bastante buena forma, podía haber conocido mujeres en algún gimnasio —dijo.

—Es posible, si iba al gimnasio.

—También iba a domicilios particulares y a empresas. Era técnico de teléfonos.

—No paraba quieto.

—Y luego, claro, están los pubs y las discotecas.

—¿No elegiría a las mujeres de forma casual,

en el momento, en vez de tenderles trampas?

Ese detalle había sido objeto de numerosas discusiones en la policía. Algunos pensaban que el procedimiento que seguía Runólfur para llevarse una mujer a casa no era nada complicado. Tan solo las conocería en alguna cervecería y las invitaba a ir a su casa. A algunas mujeres les gustaba y se iban con él. No estaba claro si le proporcionó la droga disimuladamente a alguna de ellas, no había testigos. Otros creían sin ningún género de duda que utilizaba la droga, que todo estaba organizado sin dejar sitio a la casualidad. Debía de conocer de algo a las mujeres, aunque pudiera ser solo de forma muy superficial.

—Quizá —dijo Elínborg—. Probablemente tendremos que saber cómo trababa relación con esas mujeres. No puede excluirse que hubiera una

mujer con él cuando lo degollaron, y que fuera ella quien lo hizo.

—Al menos, el corte indica algo sobre eso — dijo el médico—. Fue lo primero que pensé cuando lo vi. Pensé en una navaja de afeitar de esas de antes, ya sabes, en las que la hoja se oculta dentro del mango. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí.

—Se me ocurre que pudo ser una navaja de ese estilo.

—¿Cómo decías que es el corte?

El médico miró el cadáver.

—Es suave —dijo—. Cuando vi el corte, pensé que era... hasta casi femenino.

El interior del bar estaba sombrío. Un gran cristal que daba a la calle se había roto, y en su lugar habían puesto una placa de conglomerado. Parecía muy reciente. Elínborg pensó que sería una medida de emergencia, pero no estaba tan claro. También había desaparecido el cristal de la puerta, pero esa rotura parecía mucho más antigua. La placa de conglomerado que ocupaba su lugar estaba pintada de negro, lleno de rayajos y grietas. Era como si el propietario no tuviera intención de reponer los cristales. «Habrá renunciado, como es lógico», pensó Elínborg.

El propietario estaba agachado detrás de la

barra y Elínborg quiso preguntarle por el cristal grande, pero perdió el interés. Por supuesto que se había producido una pelea. Quizás alguien había tirado una mesa contra el cristal. No quería saberlo.

—¿Ha estado hoy Berti por aquí? —le preguntó Elínborg al dueño, que estaba ordenando botellas de cerveza en un armario refrigerador. Solo le veía la coronilla.

—No conozco a ningún Berti —le respondió sin apartar la mirada de las botellas.

—Friðbert —dijo Elínborg—. Sé que ronda por aquí de vez en cuando.

—Por aquí viene mucha gente —dijo el propietario, al tiempo que se levantaba. Era un hombre flaco de unos cincuenta años, el rostro desmejorado y un bigote no demasiado cuidado.

Elínborg pasó la vista por el local. Contó tres

clientes.

—¿Siempre está esto igual de concurrido? —dijo.

—Por qué no haces el favor de irte —dijo el hombre, que volvió a su tarea con las cervezas.

Elínborg le dio las gracias. Aquel era el segundo local que visitaba después de que la brigada antidrogas le informara de los lugares de los bajos fondos donde podía conseguirse Rohypnol; la brigada colaboraba con la policía de homicidios en la resolución del caso del hombre de Þingholt. Elínborg sabía que el Rohypnol era una droga de las que solo se podían adquirir con receta médica, y que se utilizaba para los trastornos del sueño. Solo los médicos podían recetarla a sus pacientes, y solo se vendía con receta. Runólfur no tenía médico de cabecera fijo, pero a Elínborg le resultó bastante fácil averiguar

que había acudido a dos médicos desde que se mudó a Reikiavik. Las visitas se habían producido con un intervalo de tres años, de modo que no parecía tener problemas de salud, tal como había confirmado la autopsia. Ninguno de los dos médicos quiso declarar el motivo de las visitas de Runólfur sin una orden judicial, pero ambos aseguraron no haberle recetado Rohypnol. A Elínborg no le extrañó en absoluto el no poder rastrear el origen del Rohypnol hasta los médicos. Runólfur habría podido comprarlo en el extranjero, pero al parecer no había abandonado el país en los seis últimos años. Las listas de pasajeros de las líneas aéreas demostraron que no había volado a ningún sitio en fechas recientes. Lo más probable era que se hubiera hecho con la droga ilegalmente dentro del país.

Elínborg se acercó a una de las clientas. Una

mujer de edad indefinida que estaba sentada a una mesa inhalando el humo de un cigarrillo de liar. La colilla era tan pequeña que se quemó los labios, dio un respingo y lo tiró. Sobre la mesa había un vaso de cerveza medio vacío. Al lado de este, una copita para licor, ya vacía.

«Y la sociedad es la que paga», habría refunfuñado Sigurður Óli.

—¿Has visto a Berti en los últimos tiempos, Solla? —preguntó Elínborg, y se sentó al lado de la mujer.

Esta levantó la vista. Llevaba un chaquetón de plumas sucio, un sombrero medio roto y no había manera de adivinar su edad. Solla podía andar por los cuarenta y tantos años, pero también podía estar a punto de cumplir los ochenta.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó con voz ronca.

—Quiero hablar con él.

—Bah, pues habla conmigo —dijo Solla.

—A lo mejor luego —dijo Elínborg—. Ahora tengo que ver a Berti.

—Nadie quiere hablar conmigo —dijo Solla.

—Vaya tontería.

—Bah, nadie quiere hablar conmigo.

—¿Has visto a Berti por aquí últimamente? —preguntó Elínborg.

—No.

Elínborg miró a los otros dos clientes. Eran un hombre y una mujer a quienes no conocía. Estaban fumando, y cada uno tenía su vaso de cerveza. El hombre dijo algo, se levantó e introdujo una moneda en una máquina tragaperras que había en un rincón del local. La mujer se quedó sentada, bebiéndose la cerveza.

—¿Para qué quieres a Berti? —preguntó Solla.

—Es por un caso de violación —dijo Elínborg.
Solla levantó la mirada de su cerveza.

—¿Ha violado a alguien?

—No, él no. Necesito que me informe de una cosa.

Solla bebió un sorbo y miró al hombre de la máquina tragaperras.

—Malditos violadores de mierda —dijo en voz baja.

Elínborg se había topado con Solla varias veces a lo largo de sus años en la policía, aunque hacía mucho que había olvidado cómo se llamaba de verdad, si es que lo había sabido alguna vez. Solla había tenido una vida de lo más penosa desde su juventud, había vivido con toda clase de indeseables, borrachos incorregibles y yonquis, y otras veces sola, pasaba temporadas entrando y saliendo de comunas y centros de asistencia

social, durmiendo en la calle. Unas cuantas veces tuvo problemas con la ley por infracciones menores, como hurtos en tiendas o en tendedores. Era de lo más pacífica excepto cuando estaba muy borracha. Entonces se ponía de muy mala leche, se ponía hecha una energúmena y acababa metiéndose en líos y recibiendo alguna que otra paliza. Había acudido varias veces a los servicios de urgencias por traumatismos diversos, y de tanto en tanto hubo de pasar por los calabozos de la policía.

—Estoy investigando a un presunto violador —dijo Elínborg, no muy segura de que la palabra «presunto» fuera a tener algún significado para Solla.

—Espero que cacéis a esa bestia —dijo esta.

—Ya lo hemos cazado. Queremos saber quién lo mató.

—¿Lo mataron? Bueno, pues caso resuelto, ¿no?

—Queremos saber quién lo hizo.

—¿Para qué? ¿Para darle una medalla?

—Es probable que lo matara una mujer.

—Bien por ella —dijo Solla.

—Por lo que sé, Berti se pasa a veces por aquí...

—Es idiota —exclamó Solla con brusquedad y bajando la voz—. Yo no uso la mierda esa que anda vendiendo.

—Solo necesito hablar con él un momento. No lo hemos encontrado en su casa.

Según los informes de la brigada antidroga, Berti estaba especializado en hacerse con las llamadas drogas médicas. Engatusaba a médicos de distintas zonas de la ciudad y algunos recetaban, sin decir ni pío, cualquier cosa que él les pidiera. Berti vendía luego los medicamentos en el mercado negro, con unos beneficios

considerables. Entre las cosas que vendía estaba el Rohypnol. No podían estar seguros de que ninguno de los clientes de Berti lo utilizara como droga de violación, aunque tampoco como medicamento para tratar problemas del sueño. El Rohypnol servía también para eliminar el mono que produce la cocaína al desaparecer del organismo. En casa de Runólfur no se habían encontrado restos de otras drogas. Eso parecía indicar que solo utilizaba el Rohypnol con un único objetivo, suponiendo que fuera de su propiedad.

Elínborg estaba en silencio mirando a Solla y pensando en drogas médicas, Rohypnol, cocaína, borrachos y violadores, y lo grotesca y lamentable que podía llegar a ser la vida humana.

—¿Sabes algo de Berti? —preguntó—. ¿Tienes idea de dónde puedo encontrarlo?

—Le he visto con Binna Geirs —dijo Solla.

—¿Con Binna?

—Está algo así como colado por esa bruja.

—Muchas gracias, Solla.

—Bah, para qué sirven las gracias... Mejor invítame a una cerveza... Para que ese no me eche de aquí —dijo la mujer, señalando con la cabeza en dirección a la barra, donde el propietario estaba ya de pie mirándolas con muy mala cara.

Se supo que Runólfur practicaba ejercicio físico. La cámara de seguridad del edificio donde se encontraba el gimnasio al que acudía mostró que había estado allí el día en que lo asesinaron. Fue como a la una del sábado, y se lo veía abandonar el local hora y media después. Estaba solo y no habló con nadie, si había que creer a las imágenes

en las que aparecía él: con ninguno de los empleados y con ninguna mujer que hubiera podido irse con él a su casa. Los empleados no se acordaban especialmente de Runólfur aquel día, aunque lo conocían a la perfección, pues era uno de los clientes fijos y no tenían la menor queja sobre él.

Un entrenador personal, que era al mismo tiempo uno de los propietarios del local, solo tuvo buenas palabras sobre Runólfur. Se había inscrito hacía dos años, cuando cambió de gimnasio. Elínborg comprendió enseguida por las palabras del entrenador que el local era uno de los más populares de la ciudad. Se podía ver toda clase de máquinas y aparatos, cintas para correr, bancos de fuerza y bicicletas estáticas, y otras cosas cuyos nombres desconocía. En todas las paredes había

grandes pantallas de plasma para entretener a los clientes mientras se ejercitaban.

—En realidad era más bien él quien me enseñaba a mí —le dijo el entrenador a Elínborg con una sonrisa. Estaban en la sala central del gimnasio—. Él conocía todo esto a la perfección.

—¿Venía con regularidad? —preguntó Elínborg. Tenía en la mano una tarjeta de abono al gimnasio con el logotipo del local. La habían encontrado entre las pertenencias de Runólfur.

—Siempre tres veces por semana. Después del trabajo.

Era mediodía y apenas había nadie haciendo ejercicio. Elínborg nunca había puesto un pie en un lugar de tortura como aquel para mejorar su forma física, y ni siquiera podía imaginarse dedicándose a ello. Se consideraba en buena forma, aunque un poquitín más gorda de lo que le gustaría. Nunca

había fumado y comía alimentos sanos. No bebía nada más que buen vino en las comidas. Sus grandes días de cocina eran viernes y sábados. Teddi y ella intentaban llegar pronto a casa del trabajo los viernes, se tomaban un par de cervezas checas u holandesas, ponían música y disfrutaban preparando comidas exquisitas. Siempre abrían una botella de vino en la comida, aunque en los últimos tiempos su consumo de alcohol había aumentado un tanto. Después de cenar se sentaban con Theodóra a charlar o a ver cualquier tontería en la televisión. Elínborg dormitaba delante del televisor hasta casi las once, cuando se metía en la cama, muerta de agotamiento, y Teddi la seguía sin hacerse de rogar. Acostumbraba a beberse dos o tres cervezas después de cenar, pero Elínborg no tocaba el alcohol después de comer, y le encantaba dejar que el sueño fuera apoderándose de ella

poco a poco. Los sábados se iban en limpiar y ordenar, hasta que Elínborg se metía en la cocina por la tarde y se dedicaba a experimentar con las recetas. Eran las mejores horas de la semana. Teddi no estaba autorizado a acercarse a la cocina ni a meter baza en las preparaciones culinarias, ni siquiera para encender la barbacoa. Las últimas semanas, Elínborg había experimentado con perdices, que podían encontrarse congeladas en las tiendas, pero no había conseguido culminar con éxito las recetas. Teddi pensaba que eran un alimento pobre y escaso, y ella le dijo que era un tonto y que le importaba más la cantidad que la calidad.

—Parece que estaba en buena forma —le dijo Elínborg al monitor, un hombre fornido de unos treinta años de edad que irradiaba alegría de vivir y optimismo, de un moreno reluciente y con dientes

tan deslumbrantemente blancos que parecían las luces de una pista de aterrizaje.

—Runólfur estaba totalmente *fit* —dijo el entrenador mirando a Elínborg desde las alturas de sus ojos. Esta tuvo la sensación de que la estaba midiendo de arriba abajo, y sospechaba cuál sería el veredicto: cadena perpetua en cinta de correr.

—¿Sabes por qué cambió de gimnasio y se vino a este hace dos años? —preguntó Elínborg.

—No, no lo sé. Supongo que se habría mudado, ¿no? Suele pasar.

—¿Sabes adónde iba antes?

—Creo que al Firmað.

—¿Al Firmað?

—Alguien me lo contó, alguien que sabía que iba allí. La gente se conoce en estos sitios; al menos, de vista.

—¿Sabes si conocía gente aquí, tienes idea?

—No demasiada. Por regla general solía estar solo. Algunas veces venía con un amigo, que no sé cómo se llama. Un tanto desgarrado. Todo menos *fit*. No usaba los aparatos. Se quedaba sentado en la sala del café.

—Cuando venía por aquí, ¿hablaba contigo de mujeres?

—¿De mujeres? No.

—¿No hablaba con ninguna mujer, ni conocía a ninguna aquí en el gimnasio, conocía a alguna de antes?

El monitor se lo pensó un momento.

—No, no creo. No hablaba mucho.

—Estupendo —dijo Elínborg—. Muchas gracias.

—De nada. Me habría gustado poder ayudarte más, pero es que no lo conocía. Es horroroso lo que le pasó, horroroso de verdad.

—Sí, es cierto —admitió Elínborg, y se despidió del bronceo joven que sonreía feliz, borrando de su memoria el destino de Runólfur.

Estaba ya en el aparcamiento cuando de pronto se le ocurrió otro enfoque del asunto y dio media vuelta. Encontró al monitor inclinado sobre una mujer bastante corpulenta de unos sesenta años de edad, tumbada, vestida con un chándal bastante chillón, que decía que se había hecho un esguince y parecía clavada en un banco de pesas.

—Perdona —dijo Elínborg.

El monitor levantó la vista. En su frente se habían formado perlas de sudor.

—Dime.

—¿Hubo alguna mujer que dejara de venir al gimnasio después de que él empezara a venir?

—¿Que dejara de venir?

—Sí, que alguien dejara de venir de forma

sorpresiva, sin dar explicaciones. Alguien que llevara mucho tiempo aquí y que dejara de venir cuando Runólfur empezó a asistir al gimnasio de forma regular.

—¿Puedes...? —dijo la mujer corpulenta, estirando el brazo y mirando al monitor con gesto suplicante.

—La gente está siempre dejando de venir —contestó el monitor—. No entiendo...

—Estoy pensando en si habrías notado algo fuera de lo común, alguna mujer que viniera siempre con regularidad y que de pronto dejara de venir.

—No noté nada —dijo el entrenador—. Y siempre me doy cuenta de esa clase de cosas: este local es mío, ya sabes. Bueno, en parte.

—Quizá sea difícil seguir con precisión quiénes se van y quiénes vienen. Hay un montón de gente.

—Es que este local es muy popular —dijo el monitor.

—Sí, desde luego.

—Y después de llegar él no lo dejó nadie —añadió el monitor—. Que yo sepa.

—Oye, ¿querrías...? —La mujer del aparato de pesas parecía totalmente desvalida.

—Muy bien —dijo Elínborg—. Muchas gracias. ¿Quieres que te ayude con...?

La mujer les miró a los dos alternativamente.

—No, no, no es nada —dijo el monitor—. Yo me las apaño.

Cuando Elínborg salía del local oyó gritar a la mujer y soltarle barbaridades al hombre de bronce.

La policía había conversado con algunas de las

personas que conocían a Runólfur, incluyendo a vecinos y compañeros de trabajo. Todos lo describieron como una magnífica persona, y no tenían nada malo que contar de él. Su muerte y la forma en que sucedió les resultaban incomprensibles a todos. Uno de los colegas de Runólfur sabía que tenía un amigo llamado Eðvarð. Este no trabajaba en la misma empresa, pero Runólfur lo había mencionado algunas veces. Elínborg recordó que el nombre aparecía en la lista de llamadas telefónicas de Runólfur que la policía estaba analizando. Cuando se pusieron en contacto con él no negó conocer a Runólfur, pero añadió que no sabía en qué podía serle útil a la policía. Elínborg le pidió que fuera a verla a la comisaría.

Eðvarð había sabido de la existencia de la droga de violaciones por los medios de

comunicación, lo que hizo que se sintiera aún más extrañado por el terrible destino de su amigo. Dijo que relacionarlo con aquella droga de las violaciones tenía que ser un simple malentendido, pues Runólfur no era de esos. Aún no se había informado del hallazgo de Rohypnol en el cuerpo de Runólfur.

—¿Qué clase de gente son «esos»? —preguntó Elínborg, mientras le indicaba a Eðvarð que se sentara.

—No lo sé, pero él no. De eso no cabe ni la menor duda.

El hombre la miraba con los ojos muy abiertos y justificó sus palabras diciendo que conocía perfectamente a Runólfur. Se habían hecho amigos enseguida, poco después de que Runólfur se fuera a vivir a Reikiavik, aunque no se conocían de antes. Eðvarð trabajaba de profesor pero coincidió

con Runólfur cuando los dos estaban trabajando en la construcción durante el verano, mientras estudiaban. Iban juntos al cine y compartían una gran afición por el fútbol inglés. Ninguno de los dos tenía novia y enseguida se unieron con lazos de amistad.

—¿Y salíais juntos de marcha? —preguntó Elínborg.

—En alguna ocasión —dijo el hombre. Tenía unos treinta y tantos años y había empezado a engordar, como demostraban sus gruesos mofletes. Llevaba una barba bastante desaliñada y el cabello castaño claro ya le empezaba a clarear.

—¿Runólfur tenía problemas para tratar a las mujeres?

—Siempre era muy majo con ellas. Sé perfectamente lo que estás intentando que te diga,

pero nunca lo vi hacer nada malo. Ni a mujeres ni a nadie.

—¿Y en el comportamiento de Runólfur no había nada que pudiera explicar por qué le encontramos Rohypnol en el bolsillo?

—Era un chico muy normal —dijo Eðvarð—. Alguien tuvo que metérselo en el bolsillo.

—¿Tenía relación con alguna mujer cuando murió?

—No, que yo sepa. ¿Alguien os ha contado que sí?

—¿Sabías tú de alguna mujer en su vida? —preguntó Elínborg sin responderle—. ¿Sabías de alguna con la que hubiera estado ennoviado, o con la que hubiera vivido?

—Yo no sabía de ninguna con la que hubiera estado de manera estable, o con la que hubiera mantenido una relación larga.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hablamos antes del fin de semana. Habíamos quedado en que a lo mejor salíamos. Le pregunté si tenía alguna idea, si pensaba hacer algo, pero dijo que pensaba quedarse en casa.

—Así que lo llamaste el sábado.

La policía había estudiado las llamadas telefónicas de Runólfur, tanto las del fijo como las del móvil. Se había remontado varias semanas. Elínborg había recibido el listado esa misma mañana. Recibía pocas llamadas. La mayor parte tenía que ver con el trabajo, pero había también algunos números que la policía tuvo que investigar. Eðvarð era quien le telefoneaba con mayor frecuencia.

—Pensaba llevármelo a ver fútbol inglés en el *Sportbar*. Bueno... íbamos allí a veces, los

sábados. Pero él dijo que tenía algo que hacer, aunque no dijo qué.

—¿Y sonaba normal cuando hablaste con él?

—Como siempre —dijo Eðvarð.

—¿Ibais juntos a veces al gimnasio?

—Yo le acompañaba a veces. Pero me limitaba a tomar café, yo no hago *fitness*.

—¿Mencionó alguna vez a sus padres? —preguntó Elínborg.

—No. Nunca.

—¿Y de qué hablabais?

—De fútbol... y cosas de esas. De películas. Lo normal. De nada en especial.

—¿De mujeres?

—A veces.

—¿Conocías sus ideas sobre las mujeres, en términos generales?

—No había nada de especial ni de raro. No las

odiaba en absoluto, sencillamente era lo normal y corriente. Si veía, digamos, una chica guapa, lo decía. Como hacemos todos. Todos.

—Era aficionado al cine.

—Sí. A las películas americanas de cómics.

—¿Superhéroes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Se divertía. Yo también. Era una de las cosas que compartíamos.

—¿Tienes en tu casa pósters de superhéroes?

—No.

—¿No tienen todos ellos una doble vida?

—¿Quiénes?

—Los superhéroes esos.

—No entiendo adónde quieres llegar.

—¿No suelen ser personas corrientes que se transforman en algo distinto? Se cambian de

disfraz en una cabina telefónica, ¿no? No soy muy entendida en esos temas.

—Bueno, sí, quizá.

—¿Tu amigo tenía una doble vida?

—Eso no lo sé.

En la zona de Reikiavik había poquísimos restaurantes que sirvieran comida india, y Elínborg los conocía bien. Los visitó en busca de la dueña del chal. Llevaba el chal y se lo enseñó a los empleados de los locales. El aroma a especias orientales había desaparecido ya casi por completo y nadie creía haber visto nunca aquel chal. Elínborg pudo excluir sin mucho esfuerzo a los empleados de los restaurantes: eran pocos, pertenecían prácticamente todos a las familias que llevaban los locales y estaba bastante claro dónde se encontraban a la hora en que se produjo la agresión a Runólfur. Los locales tenían algunos

clientes habituales, de los cuales se informó debidamente a la policía, que investigó sin ningún éxito. Lo mismo sucedió con los pocos hindúes que vivían en Islandia. La policía no tardó mucho tiempo en excluir la posibilidad de que alguno de ellos guardara relación con el caso.

Elínborg solo sabía de un sitio donde se vendieran hornos *tandur* y otros utensilios e ingredientes, como aceites y mezclas de hierbas y especias, para la cocina india. Era allí donde hacía sus compras, y por eso conocía a la propietaria, que era también la única empleada de la tienda. Era islandesa y había vivido en la India, se llamaba Jóhanna y era más o menos de la misma edad que Elínborg. Jóhanna era una mujer muy extravertida y no tenía empacho ninguno en contarle su vida a cualquiera que mostrara el menor interés. De modo que Elínborg sabía que de

joven había viajado mucho por Oriente, y que la India era el país de sus sueños. Vivió allí dos años, pero luego regresó a Islandia y abrió una tiendecita de productos orientales.

—No vendo muchos hornos *tandur* —dijo Jóhanna—. Probablemente uno o dos al año. Algunos los usan para cocinar, y otros, solo de adorno.

Sabía que Elínborg era policía y conocía perfectamente sus aficiones culinarias. Una vez le alabó su libro. Elínborg le dijo que estaba buscando a una chica, de unos treinta años o así, que pudiera ser aficionada a la cocina india.

No le dijo nada más, ni mencionó el caso con el que estaría relacionada esa chica. Jóhanna era demasiado curiosa y parlanchina como para que eso bastara.

—¿Para qué quieres a esa mujer? —preguntó

Jóhanna.

—Tiene que ver con un caso de drogas —dijo Elínborg, segura de que mentía del todo—. Quizá no se trate de los hornos sino más bien de las hierbas y demás. Azafrán, cilantro, achiote, *garam masala*, y nuez moscada. ¿Hay alguna mujer que compre con regularidad esas hierbas en tu tienda, una joven probablemente morena y de unos treinta años?

—¿Un caso de drogas?

Elínborg sonrió.

—Es probable que no consiga sacarte mucho más que eso, ¿verdad? —dijo Jóhanna.

—Un caso como otro cualquiera de los que lleva la policía —replicó Elínborg.

—¿No será el crimen de Þingholt? ¿No lo estás investigando tú?

—¿Se te ocurre alguien? —preguntó Elínborg

sin responderle.

—El negocio no va del todo bien —dijo Jóhanna—. Muchas de estas cosas se pueden comprar por internet y en comercios al por mayor. No tengo muchos clientes fijos tan buenos como tú. Pero no es que me queje, ¿entiendes?

Elínborg esperó con paciencia, y Jóhanna se dio cuenta de que no quería saber nada de lo mal que le iba el negocio.

—No se me ocurre nadie —continuó—. Aquí viene toda clase de gente, ya lo sabes, también mujeres de treinta años. Muchas morenas.

—Esta puede haber venido varias veces, y es probable que sea aficionada a la cocina oriental, a la india y a los platos *tandoori*. Podríais haber hablado las dos de esas cosas.

Jóhanna guardó silencio durante un buen rato. Luego sacudió la cabeza. Elínborg sacó el chal de

su bolsa y lo extendió encima del mostrador. Ya habían terminado todos los análisis necesarios de la prenda.

—¿Recuerdas a alguna mujer joven que entrara en tu tienda con este chal?

Jóhanna examinó el chal con mucha atención.

—Es cachemira, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Es preciosísimo. El patrón es indio. ¿Dónde está fabricado?

Buscó una etiqueta donde pudiera figurar el dato, pero no la encontró.

—No recuerdo haberlo visto nunca —añadió—.

Lo siento.

—No hay problema —dijo Elínborg—, muchas gracias. —Recogió el chal y lo metió en la bolsa.

—¿Estás buscando a la dueña? —preguntó Jóhanna.

Elínborg asintió.

—Yo podría proporcionarte algunos nombres —dijo Jóhanna tras una larga reflexión—. Yo... Son nombres de los resguardos de tarjetas de crédito y cosas así.

—Eso me sería muy útil —dijo Elínborg.

—Pero no digas de dónde los sacaste —dijo Jóhanna—. No quiero que nadie se entere.

—Lo entiendo perfectamente.

—No quiero que la gente se entere de que os sopló los negocios que tienen conmigo.

—Claro que no, yo misma me encargaré de ello. No te preocupes.

—¿A cuándo quieres que me remonte?

—Empecemos con los últimos seis meses, si te parece bien.

La gente a la que conocía Runólfur en el trabajo recordaba sobre todo a los amables técnicos que solucionaban sus problemas telefónicos, sus conexiones de internet y de televisión. Todos se deshacían en elogios hacia él, tanto quienes habían recibido su visita en su casa como los empleados de las empresas. El primer listado de sus visitas domiciliarias se remontaba hasta hacía dos meses, y era bastante extenso. Runólfur realizaba visitas domiciliarias una o dos veces al día en cualquier momento de su horario laboral, y en ocasiones acudía dos, tres o más veces a un mismo sitio. Era bastante popular. La gente lo describía como un hombre muy amable y dispuesto que hacía muy bien su trabajo, tenía buena presencia y era siempre de lo más atento. En algunos sitios aceptaba una taza de café y el trabajo se dilataba en el tiempo. En otros, sus visitas eran mucho más

breves si no se trataba de nada serio, era visto y no visto. Las preguntas de la policía sobre si había algo extraño en la conducta del técnico no produjeron resultado alguno hasta que Elínborg llamó a la puerta de una señora que vivía sola con su hijo en el segundo piso de un bloque de apartamentos de Kópavogur. Lóa debía de rondar los treinta años y estaba divorciada; tenía un hijo de doce años y cuando murió Runólfur estaba de excursión de fin de semana con tres amigas.

—Sí, me acuerdo perfectamente, había contratado el ADSL para Kiddi —dijo cuando Elínborg le preguntó si recordaba la visita de Runólfur.

Se sentaron las dos en el salón. El piso era pequeño y todo estaba manga por hombro, ropa sucia y ropa limpia, platos de la vajilla, lector de CD, cadena de música, dos consolas de

videojuegos, un televisor grande, periódicos gratuitos y correo publicitario. Lóa se disculpó por el desorden arguyendo que trabajaba mucho y que el chico no movía un dedo. «Se pasa el día colgado del ordenador», se quejó, con aire de cansancio. Elínborg asintió y su mente viajó hasta Valþór.

Lóa no se extrañó demasiado de la visita de la policía cuando supo que el asunto tenía que ver con Runólfur. Había ido siguiendo las noticias, se acordó del técnico de la compañía telefónica que había ido a su casa a conectarles internet y le resultó difícil creer que hubiera perdido la vida de una forma tan espantosa.

—¿Cómo es posible cortarle el cuello a nadie?
—dijo en un susurro.

Elínborg se encogió de hombros. Lóa le cayó bien enseguida. No se la veía tímida ni cínica,

todo lo que decía le brotaba directamente del corazón. Parecía haberlo pasado mal en la vida, pero también daba la sensación de ser una persona con empuje. Tenía una sonrisa muy bella y totalmente sincera, que la hacía agradable y atractiva.

—Pobre hombre —dijo Lóa.

—¿Kiddi es...?

—Mi hijo. Llevaba un año pidiendo el ADSL, *wi-fi*, así que acabé por contratarla y no me arrepiento lo más mínimo, es completamente distinto tener conexión directa. Kiddi dijo que podía montarlo él solo, pero cuando todo falló les llamé y enviaron a ese hombre.

—Comprendo —dijo Elínborg.

—Aunque ¿qué tiene él que ver conmigo? —preguntó Lóa—. ¿Por qué me preguntas a mí por él? ¿Es que he...?

—Estamos recabando información de todas las personas que tuvieron con él aunque fuera el trato más mínimo —dijo Elínborg—. No sabemos mucho de Runólfur ni de lo que hacía cuando murió. De modo que necesitamos componer un cuadro de todo ello. Vino a Reikiavik desde el campo, y en la ciudad no tenía muchos amigos, más que nada gente del trabajo. No nos queda otra solución.

—Sí pero, bueno, yo no conocía a ese hombre en absoluto. Simplemente vino a casa a conectarnos a internet.

—Sí, lo sé. ¿Qué impresión te produjo?

—Estupenda. Vino pasadas las cinco, cuando yo había acabado en el trabajo, bueno, igual que tú, e hizo lo que venía a hacer, nos puso la conexión a internet. No tardó mucho. Luego se fue.

—¿Y no vino más que en esa ocasión?

—No, volvió al día siguiente, o a lo mejor dos días después, porque se había olvidado algo aquí; un destornillador, creo recordar. Esa vez no se dio tanta prisa.

—Así que charlasteis un rato, ¿no?

—Un poco. Era muy simpático. Un tío majísimo. Me contó que iba al gimnasio.

—¿Vas tú a algún gimnasio? ¿Te conoció allí?

—No, no me conocía de antes. Nunca he tenido valor para ponerme a hacer máquinas. Y se lo dije. Una vez me compré un abono anual, y estaba supermotivada, pero dejé de ir a las pocas semanas. Él me dijo que nunca tuvo valor para dejarlo.

—¿Tuviste la sensación de que te estuviera tirando los tejos? —preguntó Elínborg—. ¿Te dijo algo que te hiciera pensar en eso?

—No, nada de eso. Sencillamente era muy

simpático.

—Eso dicen todos. Que era un joven de lo más agradable.

Elínborg lanzó una breve sonrisa y pensó que no iba a sacar nada de esa conversación. Ya iba a despedirse cortésmente, cuando Lóa la sorprendió.

—Pero luego me lo encontré en la ciudad — dijo.

—¿Y eso?

—Había salido un poco de marcha y de pronto apareció y se puso a hablar conmigo como si nos conociéramos de toda la vida. Estaba muy animado y quiso invitarme a una copa y todo. Un cielo de hombre.

—¿Os encontrasteis por casualidad?

—Totalmente.

—¿Sabía él que tú irías allí?

—No, qué va. Fue simple casualidad.

—¿Y qué pasó?

—¿Que qué pasó? Nada. Charlamos y... nada.

—¿Estabas tú sola?

—Sí.

—¿No te había acompañado nadie?

—No.

—Cuando estuvisteis charlando en tu casa, ¿le dijiste adónde solías ir cuando salías de noche? ¿Le hablaste de tus locales favoritos de la ciudad, o algo por el estilo?

Lóa pensó un momento.

—Algo hablamos de eso, pero muy poco. Yo nunca lo relacioné... Espera, ¿estás relacionando esas cosas?

—No lo sé —reconoció Elínborg.

—Pues... pues empezó a hablar de la vida nocturna, dijo que vivía en el centro de Reikiavik y se puso a preguntarme cómo eran las cosas en

Kópavogur y si yo iba a la ciudad a divertirme o prefería salir de marcha por Kópavogur. Hablamos un poco de eso. Cuando vino la segunda vez. Recuerdo que fue algo por el estilo.

—¿Y mencionaste algún local?

Lóa pensó un momento.

—Siempre voy al mismo.

—¿Cómo se llama el local?

—Thorvaldsen.

—¿Y fue allí donde coincidisteis?

—Sí.

—¿Por casualidad?

—Ahora que lo dices, me resultó un poco raro.

—¿Qué era lo raro?

—Tuve la sensación de que más o menos me había estado esperando. No sé realmente qué era, pero había algo como forzado en lo contento que se puso al verme y en cuánto le extrañó

encontrarme allí, y todo eso. Me pareció que había algo fingido. Eso de qué estupenda casualidad y demás. Él... No sé. Pero de todos modos, no pasó nada. De pronto perdió el interés y me dijo adiós y se fue.

—¿Te invitó a una copa?

—Sí.

—¿Y dijiste que sí? —preguntó Elínborg.

—No. No quería alcohol.

—Vaya. ¿Qué...?

Elínborg no quería parecer cotilla, pero apenas lo consiguió.

—Ya no bebo —dijo Lóa—. No puedo beber. Ni una gota.

—Comprendo.

—Mira, mi marido me dejó y todo se fue al garete y estaba segura de que iban a quitarme a

Kiddi. Conseguí dejarlo. Asisto a reuniones y todo eso. Eso me salvó la vida.

—¿Y Runólfur perdió el interés de repente? — preguntó Elínborg.

—Sí.

—¿Porque no querías beber alcohol?

Lóa clavó la mirada en Elínborg.

—¿Por qué dices eso?

—Te invitó a una copa pero no aceptaste porque no bebes alcohol y él perdió el interés.

—Bebí un *ginger ale*. Él me invitó.

—No es lo mismo —dijo Elínborg.

—¿Lo mismo que qué?

—Que el alcohol. Cuando estuvo aquí ¿le dijiste que no bebías alcohol?

—No, no era asunto suyo. ¿Qué quieres decir?

Elínborg calló.

—¿Es que no voy a poder conocer a nadie

porque ya no bebo?

Elínborg sonrió ante su asociación de ideas.

—Es posible que Runólfur fuera un poco particular en ese asunto —dijo—. Aunque no quiero entrar en mayores detalles.

—¿Qué detalles?

—¿Has seguido las noticias?

—Más o menos.

—Han contado que en la casa de Runólfur apareció cierta droga. La droga de las violaciones. Lóa le clavó la mirada.

—¿La utilizaba él?

—Es posible.

—¿La echan en el alcohol?

—Sí. El alcohol refuerza los efectos. Y así afecta también a la memoria. La gente pierde la memoria.

Lóa empezaba a relacionar al técnico de

teléfonos que había ido dos veces a su casa y a quien luego se encontró por casualidad en un pub del centro con las noticias sobre la droga de las violaciones que se le echaba a las mujeres en sus copas de licor, y el alcoholismo con el que había tenido que luchar durante años, la bebida sin alcohol que pedía siempre que salía a divertirse, el hecho de que Runólfur perdiera todo interés de repente y su violento asesinato, hasta que se vio a sí misma en una situación extraña, horrible y espeluznante.

—No te creo —dijo con un suspiro, mirando a Elínborg con la boca abierta por el asombro—. ¿Estás tomándome el pelo?!

Elínborg calló.

—¿Ese tenía intención de atacarme?!

—No lo sé —dijo Elínborg.

—¡Cabrón! —exclamó Lóa, rabiosa—. Que no

encontraba su destornillador. Cuando vino por segunda vez. Dijo que se había dejado el destornillador en mi casa. Buscó por todas partes. Charló conmigo como si fuéramos viejos amigos. Quizá ni siquiera se había olvidado el destornillador. ¿Solo estaba fingiendo?

Elínborg se encogió de hombros. No podía responderle.

—¡Cabronazo de mierda! —exclamó Lóa, con la mirada fija en Elínborg—. Pero ¡¿qué coño les pasa a esos tíos?!

—Están trastornados —dijo Elínborg.

—Le habría matado, habría matado a ese cabronazo de mierda. ¡Joder si lo habría matado!

El nombre auténtico completo de Binna Geirs era Brynhildur Geirharðsdóttir. Elínborg pensó que le

sentaba muy bien.² Era alta y grandota, casi como una ogresa de cuento, su largo cabello crecía como desordenados matorrales silvestres que le caían por la espalda; rostro de rasgos toscos. Nariz roja de ventanas anchas, cuello fuerte y brazos largos. Las piernas parecían pilares de puente. A su lado, Friðbert era igualito que un elfo, pequeño y enclenque, totalmente calvo, con grandes orejas de soplillo y ojos pequeños bajo unas cejas espesas.

Lo que había dicho Solla era cierto: Berti, al que a veces llamaban Berti *el Corto* por su insignificancia, se había ido a vivir a casa de Binna. Vivían en una casita de madera desvencijada en la calle Njálsgata, que Binna había heredado de sus padres y de una u otra forma había conseguido mantener a flote en las tempestades de la vida. La casa estaba revestida de chapa ondulada a la que se le permitía oxidarse

con toda tranquilidad, el tejado estaba agujereado y las ventanas dejaban entrar el agua. Binna tenía demasiadas cosas que hacer como para dedicarse a cuidar sus propiedades.

Los dos estaban en casa cuando Elínborg llegó a la Njálsgata por segunda vez. La primera, nadie había respondido a su llamada, y tampoco vio señales de vida en el interior cuando se asomó por la ventana. La segunda vez, la puerta se abrió y Brynhildur Geirharðsdóttir apareció en la puerta, bastante malhumorada por la interrupción. Llevaba un jersey de lana viejo y vaqueros rotos, y en una mano sostenía un cucharón de madera.

—Hola, Binna —dijo Elínborg, no muy segura de si Brynhildur sería capaz de reconocerla—. Estoy buscando a Berti.

—¿A Berti? —preguntó Brynhildur con aspereza—. ¿Para qué lo quieres?

—Solo tengo que hablar un momentito con él. ¿Está en casa?

—Está ahí dentro durmiendo —dijo Brynhildur, señalando con la mano hacia la oscuridad de la casa—. ¿Ha hecho algo malo?

Elínborg se dio cuenta de que la había reconocido. Igual que en el caso de Solla, Brynhildur y ella habían coincidido algunas veces, cuando Binna tuvo choques con la policía. No le hacía ascos a meterse en peleas a golpes, dado lo grande y fuerte que era. Tenía un temperamento muy difícil y bebía en exceso, lo que empeoraba aún más su forma de ser. En más de una ocasión, Brynhildur había agredido a los policías, cuando estaba de humor de perros, y acababan llevándosela esposada a la comisaría de Hverfisgata para que durmiera la mona. Había estado con varios hombres a lo largo de los años,

y mucho tiempo atrás tuvo un hijo con uno de ellos. Elínborg le tenía cierto miedo a Binna Geirs, aunque nunca hubiera habido problemas serios entre ellas. Intentó que Sigurður Óli la acompañara como apoyo y seguridad en aquella visita, pero no consiguió localizarlo.

—No que yo sepa —dijo Elínborg—. ¿Me dejas entrar para hablar un momento con él?

Brynhildur miró fijamente a Elínborg desde sus alturas como para medirla y sopesarla antes de abrir del todo y dejarla entrar en la casa. La nariz de Elínborg se vio inundada por un familiar hedor a comida: Brynhildur estaba cocinando eglefino seco. Era ya tarde y había empezado a oscurecer. No había ninguna luz encendida en la casa, de modo que el resplandor que llegaba de la calle era la única iluminación que había allí dentro. Además hacía frío, como si hubieran desconectado la

calefacción. Berti estaba tumbado en el sofá, durmiendo. Brynhildur le dio un golpecito con el cucharón y le ordenó que despertara. Berti no respondió, de modo que Brynhildur lo agarró por las piernas y lo echó del sofá, y Berti cayó al suelo.

Despertó en el acto, se puso de pie y se sentó en el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó despistado, medio despierto y medio adormilado.

—Tienes visita y vamos a empezar a comer —dijo Brynhildur, que desapareció en la cocina. Los ojos de Elínborg consiguieron acostumbrarse a la oscuridad. Vio manchas de humedad en el papel pintado de la pared, muebles prehistóricos medio destrozados, una alfombra sucia sobre el suelo de madera.

—Pero ¿qué coño de jaleo es este?

—Quería hacerte un par de preguntas —dijo Elínborg.

—Preguntas... ¿Qué... quién eres tú? —preguntó Berti, que no la veía con demasiada nitidez en aquella oscuridad.

—Me llamo Elínborg y soy de la policía.

—¿De la poli?

—No te voy a molestar mucho rato. Estamos intentando comprobar cómo llegó el Rohypnol a manos de un hombre que fue asesinado hace poco. Tal vez hayas visto algo en las noticias.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —dijo Berti, atontado después de la siesta y sin terminar de darse cuenta de a qué venía aquella inesperada visita.

—Sabemos que a veces vendes drogas médicas —dijo Elínborg.

—¿Yo? Yo no vendo nada de eso. Yo no vendo

nada.

—Venga, hombre. Te tenemos en la lista. Te han condenado por venta de drogas.

Elínborg sacó de su bolso una fotografía de Runólfur y se la pasó a Berti.

Berti cogió la foto. Estiró un brazo hacia la lamparita de la mesa y la encendió. Junto a la lámpara había unas gafas, que se puso. Observó un buen rato a Runólfur.

—¿No es esta la foto que salió en los periódicos? —preguntó.

—Es la misma foto —dijo Elínborg.

—A este hombre no lo he visto nada más que en las noticias —dijo Berti, dejando la foto sobre la mesa, entre los dos—. ¿Por qué lo mataron?

—Estamos intentando averiguarlo. Llevaba Rohypnol y no lo había conseguido de ningún médico. Creemos que debe de habérselo comprado

a alguien como tú. Podría haber usado la droga para metérsela en la bebida a las mujeres que conocía.

Berti miró largamente a Elínborg. Sabía que estaba sopesándola y decidiendo si sería mejor colaborar o callarse como un muerto. Llegó ruido de platos desde la cocina, donde Brynhildur estaba enredada con la olla. Berti había pasado un tiempo en la cárcel por diversos delitos, robo en domicilios, falsificación de documentos y venta de narcóticos, pero de ello no había que concluir que fuera un delincuente peligroso.

—Yo no les vendo a esos tíos —dijo al fin.

—¿A qué tíos?

—A los que la usan para eso.

—¿Cómo sabes tú para qué la usan?

—Lo sé. No les vendo a esos canallas. Yo no les vendo a esos tíos. Ni tampoco conozco a este

hombre. No te miento. No lo he visto en la vida. Yo sé a quiénes les vendo y a quiénes no les vendo.

Brynhildur asomó a la puerta del salón y miró a Berti con gesto ceñudo. El tufo a pescado curado salió con ella de la cocina.

—¿En qué otro sitio puede haberlo conseguido?
—preguntó Elínborg.

—No lo sé —dijo Berti.

—¿Quiénes se dedican a vender Rohypnol?

—No vas a sacar nada preguntándomelo a mí. Yo no sé nada. Y aunque lo supiera, no me iba a poner a contártelo.

En el rostro de Berti jugueteó una sonrisa, pequeña pero segura de sí misma.

—¿Se trata del canalla ese al que le cortaron el cuello? —preguntó Brynhildur, mirando a Elínborg con gesto agrio.

—Sí.

—¿El de la droga de las violaciones?

Elínborg asintió.

—Intentamos averiguar dónde la consiguió.

—¿Se la vendiste tú? —preguntó Brynhildur, y le lanzó una mirada a Berti, quien la miró de reojo un momento.

—No, yo no le vendo nada a ese —dijo—. Le estaba diciendo aquí a esta que no he visto a ese hombre en la vida.

—Ahí tienes —dijo Brynhildur.

—Podría conducirme hacia alguien que hubiera podido proporcionarle la droga a ese hombre —dijo Elínborg.

Brynhildur lo miró un buen rato, pensativa.

—¿Era un violador, ese canalla? —preguntó.

—Eso es lo que parecen indicar algunas cosas —respondió Elínborg.

—Ven a cenar, Berti —dijo Brynhildur—. Dile lo que sabes. Y luego, ven...

Berti se puso en pie.

—No puedo decirle lo que no sé —dijo.

Brynhildur se había ido hacia la cocina, pero se detuvo en la puerta. Se dio media vuelta y apuntó el cucharón hacia Berti y le ordenó amenazante:

—¡Díselo!

Berti miró a Elínborg con una mueca en el rostro.

Brynhildur entró en la cocina.

—¡Y luego vente a comer el pescado! —le gritó, mirando hacia atrás.

Elínborg miró el despertador que había en la mesilla de noche: 00.17.

Empezó otra vez a contar mentalmente desde 10.000.

9.999, 9.998, 9.997, 9.996...

De este modo intentaba ir limpiando su mente hasta que no quedara nada más que una sucesión de números sin sentido. Era su método para conseguir la calma mental y poder conciliar el sueño.

En ocasiones se daba el caso, cuando no podía dormirse por las noches, de que su mente divagara por un período de su existencia que no le

interesaba en absoluto recordar. Eso tenía que ver con su primer marido. Elínborg, quien nunca se precipitaba a la hora de hacer algo, sino que acometía todas las tareas, grandes o pequeñas, después de habérselas pensado bien, contrajo un matrimonio que resultó no tener un futuro nada halagüeño.

Cuando estaba estudiando geología conoció a otro estudiante de su especialidad, originario de los Fiordos Occidentales, que se llamaba Bergsteinn. Su nombre³ era motivo de inocentes burlas en la facultad, pero que a él no le gustaban demasiado. No le sobraba sentido del humor, era un joven más bien reservado, aunque simpático, y en la excursión anual de los estudiantes de geología ligaron y empezaron a salir juntos. Alquilaron un apartamento y vivieron a base de préstamos para estudiantes, que en aquellos

tiempos eran bastante favorables, y al cabo de dos años fueron al juez de paz para casarse. Celebraron una gran fiesta para sus amigos y familiares. Ese día, Elínborg pensó que vivirían felices y comerían perdices. Pero no.

Cuando el matrimonio empezó a irse al garete, ella ya había dejado la geología en dique seco y había empezado a trabajar en la policía. Bergsteinn terminó el posgrado en la especialidad y comenzó a viajar de acá para allá para asistir a congresos y reuniones, primero como empleado y luego como directivo de la Empresa Nacional de Prospecciones. Elínborg tenía ya, desde hacía cierto tiempo, la sensación de que algo no iba como debía, las prolongadas ausencias de Bergsteinn eran un síntoma de ello, así como el desinterés que mostraba hacia todo lo relacionado con ella, su postura ante el futuro y la idea de tener

hijos, que había sufrido un cambio repentino. Un día, reconoció por fin, muy incómodo, que había conocido a una mujer en un simposio en Noruega, una islandesa especialista en calefacción geotérmica, según le contó él mismo. Después siguieron viéndose, y él veía su futuro en compañía de aquella mujer. A Elínborg le pareció cómico que pusiera tanto énfasis en especificar que era especialista en calefacción geotérmica. Quizá fuera esa su reacción ante aquella noticia inesperada. Y a continuación se puso furiosa. No quiso escuchar las excusas y aclaraciones de Bergsteinn, y mucho menos pelearse con él por otra mujer. Le dijo que se largara.

Elínborg no sabía qué había provocado que su marido se alejara de ella y se buscara a otra, pero pensó que debía de tratarse de algún conflicto interno de él, y que en realidad no tenía nada que

ver con ella. Llegados a ese punto, no le interesaba lo más mínimo saber lo que pudiera pensar su marido sobre el matrimonio. Ella se había entregado en cuerpo y alma a la relación, había respetado a su marido, lo había amado y creía que todo había sido recíproco. Lo que más le dolía era saber que no lo había sido, el rechazo era lo que más amargura le produjo, aunque no se lo confesó a nadie. Elínborg pensaba que toda la culpa por lo sucedido era de él y que, en realidad, si él quería divorciarse, allá él. Ella no tenía intención de convencerlo para que se quedara. El divorcio apenas fue conflictivo. Bergsteinn había destruido el matrimonio y lio el petate. Eso fue todo.

La madre de Elínborg, que había guisado un hígado con salsa marrón de cebolla carente del más mínimo sabor, afirmó que Bergsteinn nunca le

había acabado de gustar, siempre le había parecido un cretino y un chaquetero.

—Déjalo ya —dijo Elínborg tomando un bocado de hígado.

—Ay, siempre ha sido un tonto de mil demonios —prosiguió su madre.

Ella sabía que su madre estaba intentando consolarla, porque conocía a su hija a la perfección y sabía que la herida era más profunda de lo que Elínborg estaba dispuesta a reconocer. Estaba más triste y sola que nunca, y no tenía ganas de hablar ni de Bergsteinn ni del divorcio. Decidió aguantar sin una palabra de queja, pero en lo más profundo de su ser bullían la rabia, la nostalgia y la impresión de que no servía para nada, sensaciones que intentaba reprimir con todas sus fuerzas.

Teddi le gustaba mucho más a su madre y nunca

se hartaba de hablar de lo íntegro que era.

—Theodór es un hombre íntegro —decía.

Y lo era. Elínborg conoció a Teddi, simpático y divertido, en la fiesta anual de la policía. Había acudido con uno de sus amigos, que más tarde abandonó la policía. A Elínborg no le interesaba en absoluto comenzar otra relación por el momento. Teddi, que tenía veintiocho años, igual que ella, mostró más interés y no hizo más que tirarle los tejos, la acompañó a su casa al terminar la fiesta, la llamó dos días después, de nuevo al cabo de otros dos días, fue con ella al cine y la invitó a un restaurante. Ella le habló de su desgraciado matrimonio. Él nunca había convivido con una mujer. Supo que él tenía una hermana que llevaba mucho tiempo muy enferma de cáncer. Lo supo por el amigo policía de Teddi. En la siguiente cita le preguntó, con mucho tacto, cómo seguía su

hermana. Él le respondió que era madre soltera; tenía un hijo con el que Teddi se llevaba a las mil maravillas. Su hermana llevaba años luchando contra la enfermedad, pero al parecer no tenía muchas posibilidades de vencer. Había querido hablarle de ella a Elínborg, pero titubeó porque no sabía si la relación tendría o no continuidad. Resultó que a la hermana de Teddi le interesaba mucho su relación y que ardía en deseos de conocer a Elínborg. Teddi la llevó de visita un día y las dos estuvieron charlando un buen rato mientras el muchacho salía de expedición con su tío para comprar helados. La atención que Teddi le dispensaba a su hermana estaba plena de delicadeza y cariño. Elínborg encontraba algo nuevo en él cada día que pasaba.

Seis meses después se fue a vivir a casa de Teddi, que tenía en propiedad un pequeño estudio

en Háaleiti, y que era también dueño de la mitad de un taller de reparación de automóviles que compartía con un amigo suyo. Tuvieron un hijo adoptivo un año después, cuando la hermana de Teddi falleció por el cáncer. El padre del muchacho apenas conocía a la madre, nunca había vivido con ella y jamás se había ocupado del chico. Este, que se llamaba Birkir, tenía casi siete años y su madre les había pedido a Teddi y Elínborg que se hicieran cargo de él. Compraron un piso más grande y adoptaron legalmente al niño, que echaba terriblemente de menos a su madre. Elínborg lo acogió de manera incondicional. Hacía todo lo que estaba en su mano por aliviar su sufrimiento, pidió permiso en el trabajo y se esforzó para facilitarle la adaptación a su nueva escuela. Los padres de Elínborg acogieron al niño

desde el primer momento como si fuera su propio nieto.

Elínborg no volvió a casarse. Teddi y ella vivían juntos sin necesidad de celebrar ninguna ceremonia. Vino al mundo Valþór, a quien siguieron Aron y, por último, Theodóra. Todos admiraban a Birkir, sobre todo Valþór, que lo convirtió en su modelo desde la primera hora de su vida. Echó la culpa a su madre cuando Birkir se marchó de casa, y eso aumentó la tirantez de su relación.

Elínborg miró el despertador. Las 3.08.

Ya solo podría dormir cuatro horas, y sabía que el día siguiente se haría muy complicado por la falta de sueño. Teddi dormía plácidamente a su lado y ella le envidiaba la tranquilidad de espíritu de la que hacía gala todo el tiempo. Pensó en ir a la cocina a echar un vistazo a las recetas, pero no

acabó de decidirse y empezó una vez más la cuenta atrás desde diez mil.

9.999, 9.998, 9.997, 9.996...

El gimnasio Firmað se parecía al primero que había visitado Elínborg, con la diferencia de que era bastante más grande y estaba mejor ubicado. Llegó, muerta de sueño, al día siguiente, sábado, una semana después del asesinato de Runólfur, cuando la gente ya había empezado a acudir en masa para sudar a marchas forzadas. Algunos llevaban a sus hijos, pues Firmað ofrecía un servicio de guardería, que estaba tan repleta como la sala principal. Elínborg se permitió el lujo de escandalizarse al pasar junto a la guardería, que era poco más que un almacén y mostraba a un

montón de niños con la mirada fija en una gran pantalla de plasma que emitía un programa infantil. A veces pensaba en las relaciones entre padres e hijos. Los más pequeños pasaban toda la semana en una guardería, desde primera hora de la mañana hasta las cinco de la tarde, cuando a lo mejor sus padres les metían en un almacén de niños como aquel mientras ellos hacían ejercicio en una cinta de correr. Como es lógico, los niños tenían que dormirse a las nueve los días de diario. Para entonces habían llegado a pasar un total de dos horas con sus padres a lo largo del día, horas que dedicaban sobre todo a darles de comer y meterlos en la cama. Elínborg sacudió la cabeza. Cuando sus hijos eran pequeños, Teddi y ella trabajaban menos horas para poder atenderlos mejor. No lo consideraban un sacrificio, sino una placentera necesidad.

Le indicaron a Elínborg dónde estaba el encargado del local. Les daba entrada a dos pantallas de plasma nuevas para la sala principal. El encargo debía de haberse torcido de alguna manera, porque se negaba a aceptar más pantallas, y hablaba por el teléfono con un tono muy grosero. Se quedó boquiabierto mirando a Elínborg de hito en hito cuando colgó y le preguntó qué había.

—¿Que qué «hay»? —dijo Elínborg—. No hay nada.

—Bueno —dijo el encargado—. Pues entonces, ¿qué quieres?

—Quería hacerte un par de preguntas sobre un hombre que visitaba este local y dejó de venir hace dos años. Soy de la policía. Seguramente habrás oído en las noticias algo sobre ese hombre.

—No.

—Vivía en Pingholt.

—¿Al que mataron? —dijo el encargado.

Elínborg asintió.

—¿Te acuerdas de él?

—Sí, muy bien. Por entonces no éramos tan populares, y uno conocía casi a todos y cada uno de los clientes. Ahora esto es un puro caos. ¿Qué pasa con él? ¿Tiene algo que ver con nosotros?

Una adolescente asomó en la puerta del encargado.

—Un chico ha vomitado en la guardería —dijo.

—¿Y?

—No encontramos a los padres

El encargado miró a Elínborg con una sonrisa de disculpa.

—Habla con Silla —le dijo a la chica—. Ella es la encargada de esas cosas.

—Ya, sí. No la encuentro.

—Ya ves que estoy en una reunión —dijo el

encargado—. Busca a Silla, anda.

—El niño está hecho una mierda —dijo la chica, enfurruñada—. No me gusta nada todo esto —masculló mientras desaparecía por la puerta.

—Me estabas hablando de Runólfur, ¿no es así? —prosiguió el encargado, que vestía un chándal azul con el logo de un fabricante carísimo y reputadísimo.

—¿Le conocías?

—Exclusivamente como cliente. Venía de manera regular; en realidad, desde que abrimos, hace cuatro años. Fue uno de nuestros primeros socios, tal vez por eso lo recuerde mejor que a muchos otros. Luego dejó de venir. Era un tío majo. Se conservaba en muy buena forma.

—¿Sabes por qué dejó de venir?

—Ni idea. Nunca volví a verlo. Luego vi el asunto en las noticias. No me lo podía creer. ¿Por

qué nos preguntas a nosotros? ¿Le hemos hecho algo nosotros?

—No, que yo sepa. Pura rutina. Sabemos que acudía a este local.

—Sí, en efecto.

—¿Hubo alguien más que dejara de venir más o menos al mismo tiempo que él? ¿Dejó de venir alguien que entrenara aquí?

El encargado se lo pensó unos momentos.

—Pues no recuerdo que...

—¿Alguna mujer, quizá?

—No. Creo que no.

—¿Recuerdas si lo apreciaban aquí como cliente?

—Sí, sin duda. En realidad...

—¿Sí?

—Preguntas por mujeres que dejaran de venir.

—Sí.

—Ahora que lo dices, había una que trabajaba para mí —explicó el responsable—. No recuerdo si lo dejaron al mismo tiempo, pero más o menos yo diría que sí. Se llamaba Fríða, aunque no recuerdo su patronímico. Una chica muy maja. Entrenadora personal. Puedo buscar el nombre completo, si quieres. Andaban más o menos juntos.

—¿Estaban juntos?

—No, no creo que la cosa llegara a tanto. Pero se llevaban bien y creo recordar vagamente que salían a divertirse y eso.

La joven entró vacilante en el piso que Runólfur tenía alquilado en Þingholt y miró angustiada a su alrededor como esperando que sucediese algo espantoso.

Elínborg la seguía muy de cerca. Los padres de

la joven estaban con ella, así como el psiquiatra que la atendía. Elínborg había tenido que insistir mucho, y los padres hicieron frente común con su hija. Al final, la madre se puso del lado de Elínborg y animó con firmeza a su hija a que colaborase con la policía.

El piso permanecía intacto desde que encontraron el cuerpo de Runólfur tirado en el suelo. Las huellas del crimen seguían a la vista, y la joven vaciló al ver en el suelo la sangre seca y negruzca.

—No quiero entrar ahí —dijo, mirando suplicante a Elínborg.

—Lo sé, Unnur —dijo Elínborg, intentando darle ánimos—. Será solo un momento, y después podrás irte a casa.

Unnur atravesó aturdida la puerta y entró en el salón, evitando mirar la sangre. Observó los

pósters de los superhéroes y el sofá y la mesa del salón y el televisor. Miró el techo. Ya era de noche.

—Creo que no he estado aquí nunca —dijo en voz muy baja, como si hablara solo para ella misma. Fue pasito a pasito hacia la cocina. Elínborg la seguía como si fuera su sombra. Habían estado mirando el coche de Runólfur, que estaba en el almacén de la policía, pero Unnur estaba segura de no conocerlo.

Existía la posibilidad de que no quisiera recordar.

Llegaron a la puerta del dormitorio y Unnur miró desde allí la amplia cama doble. El edredón estaba en el suelo, pero en la cabecera de la cama había dos almohadones. El suelo estaba cubierto de parqué, igual que el salón. Había dos mesillas de noche, una a cada lado de la cama. Elínborg

imaginó que aquello tendría el fin de darle al dormitorio un aspecto de normalidad, pues Runólfur no necesitaba la otra mesilla para nada. En cada una había una lamparita de lectura. Ponían de manifiesto el exquisito gusto de su dueño, como todo lo demás que había en el piso, que Elínborg había notado enseguida que poseía cierto encanto. A ambos lados de la cama había alfombrillas. La ropa estaba colgada en perchas dentro del armario; las camisas, cuidadosamente plegadas, calcetines y ropa interior en los cajones. La casa dejaba ver a las claras que Runólfur era dueño de su propia vida y que cuidaba sus cosas con esmero.

—Nunca he estado aquí —dijo Unnur, y Elínborg notó su alivio. Estaba inmóvil en la puerta del dormitorio, como si no se atreviera a pisarlo.

—¿Estás segura?

—No siento nada —dijo Unnur—. No recuerdo nada de este sitio.

—Tenemos tiempo de sobra.

—No, no recuerdo en absoluto haber estado aquí. Ni aquí ni en ningún otro sitio. ¿Podemos irnos ya? No puedo ayudarte. Lo siento. No me encuentro bien aquí. ¿Podemos marcharnos?

La madre de Unnur miró a Elínborg con ojos suplicantes.

—Claro que sí —dijo Elínborg—. Muchas gracias por el trago que has tenido que pasar.

—¿Estuvo aquí?

Unnur entró un paso en el dormitorio.

—Creemos que él estuvo con una mujer la noche en que lo mataron —respondió Elínborg—. Tuvo relaciones sexuales poco antes de que lo agredieran.

—Pobre chica —dijo Unnur—. Vino aquí contra

su voluntad.

—Es probable.

—Pero si él le dio a ella una droga para violarla, ¿cómo pudo atacarlo ella?

—No lo sabemos. No sabemos qué pasó.

—¿Puedo irme ya?

—Claro que sí. En cuanto quieras. Muchas gracias por venir, sé que no ha sido nada fácil.

Elínborg les acompañó y se despidió de ellos delante de la casa de Þingholt. Miró a la familia mientras desaparecía por la calle. Era una comitiva muy triste. Pensó que los tres eran víctimas de la violencia y el ultraje de la peor especie. Les habían arrebatado la intimidad, y lo único que podían hacer era llorar en silencio.

Elínborg se arrebujó en el abrigo al ir hacia el coche, preguntándose si la esperaba otra agotadora noche en vela.

Frída se parecía bastante a Lóa. Tenía prácticamente la misma edad, estaba un poco más gordita, era morena y con bellos ojos castaños ocultos tras unas elegantes gafas. No le sorprendió en absoluto que la policía la fuera a visitar. Dijo que estuvo a punto de llamarlos ella misma en cuanto se enteró de la droga que habían encontrado en el lugar del crimen. Era extravertida y animada, y se mostró plenamente dispuesta a contarle a Elínborg todo lo que sabía.

—Fue terrible leer la noticia en los periódicos —dijo—. No sabía qué hacer, fue un auténtico *shock*. Pensar que algún día yo misma pudiera

haber ido a casa de ese hombre... Me habría podido meter alguna droga.

—¿Fuiste a su casa? —preguntó Elínborg.

—No, fue él quien vino aquí. Fue solo una vez, pero para mí fue más que suficiente.

—¿Qué pasó?

—Me resulta muy incómodo hablar de ello —dijo Fríða—. Lo cierto es que no sé cómo describirlo. Yo lo conocía ya bastante bien sin que estuviéramos juntos ni nada por el estilo. Y además no tengo costumbre de hacer eso. En absoluto. Pero..., pero ese tío tenía algo...

—¿A qué te refieres con «hacer eso»? —preguntó Elínborg.

—Acostarme con un chico —respondió Fríða, y sonrió muy cohibida. A menos que esté totalmente segura.

—¿Segura de...?

—De que sean normales.

Elínborg asintió como si supiera a qué se refería Fríða. Pero no lo tenía nada claro. Miró el apartamento. Fríða dijo que vivía sola con dos gatos que no hacían más que dar vueltas en torno a las piernas de Elínborg. Le mostraban una total y absoluta desconsideración. Uno de ellos dio un brinco y se subió a su falda. El apartamento estaba en el segundo piso de un bloque en un barrio antiguo de Reikiavik. Por la ventana del salón se vislumbraban las montañas Bláfjöll, enmarcadas por otros dos bloques de apartamentos.

—No, bueno, quiero decir en las páginas esas para singles, y voy al *Players* y eso —añadió Fríða como aclaración, aunque con bastante incomodidad—. Una intenta hacer las cosas lo mejor posible. Pero es que el mercado... esos tipos no son príncipes azules.

—¿El mercado, dices?

—Sí.

—¿Dejaste de ir al gimnasio por causa de Runólfur? —preguntó Elínborg.

—Pues seguramente pueda decirse que fue por eso. También. No me apetecía nada volver a encontrármelo allí. Luego me enteré de que él también se había marchado y se había inscrito en otro. No volví a verlo hasta que salió en las noticias el otro día.

—De modo que no te parecía del todo normal, como dices tú... —dijo Elínborg mientras empujaba al gato; este saltó al suelo maullando y desapareció en la cocina. El otro gato quiso imitar al primero y saltó también a la falda de Elínborg, a quien no le gustaban demasiado los gatos. Fue como si estos lo notaran e intentaran no separarse

de ella hasta conseguir ponerla de su lado. Les iba a costar más de lo que creían.

—No debí haberlo invitado a casa —dijo Fríða—. Él quería que fuéramos a la suya, pero yo dije que no. Entonces se enfadó un poco, aunque intentó disimular.

—Estaba acostumbrado a hacer su voluntad, ¿crees que era eso? ¿Era ese el asunto?

—No lo sé. ¿Sabéis vosotros algo sobre él?

—Poquísimos —dijo Elínborg—. ¿Te contó algo a ti?

—Muy poco.

—Sabemos que era de campo.

—De eso no dijo nada. Yo pensé que sería de Reikiavik.

—¿Te dijo algo de sus amigos o de su familia?

—No. Tampoco es que lo conociera mucho, vamos. Hablamos del gimnasio y de películas y

cosas de esas. No me dijo nada sobre sí mismo ni su familia. Sé que tenía un amigo a quien llamaba Eddi. No lo he visto nunca.

—¿Qué opinión tenías de Runólfur, habida cuenta de lo poco que lo conocías?

—Estaba encantado de conocerse —dijo Fríða, empujándose las gafas sobre el puente de la nariz—. Eso lo sé. Encantadísimo de conocerse. Como en el Firmað. Tenía muy buena pinta y nunca le daba el menor temor demostrarlo. Se pavoneaba por todo el salón y comprobaba el efecto que causaba en las mujeres cuando lo tenían cerca. Era siempre como si estuviera haciendo un pase de modelos.

—Así que... —comenzó Elínborg. Fríða la interrumpió.

—Y además estaba un tanto perturbado.

—¿Perturbado?

—Bueno, ya sabes..., con las mujeres.

—No tenemos la menor certeza de que utilizara la droga de las violaciones aunque la encontráramos en su casa —dijo Elínborg. No mencionó que se hubiera encontrado también droga en su propio cuerpo.

—No, no me refiero a eso —dijo Fríða—. Leí lo del Rohypnol que encontrasteis. No me extrañó ni pizca.

—¿Por qué?

—Se comportó de una forma muy rara la única vez que... ya sabes...

—No estoy del todo...

—No, no es nada divertido hablar de ello —dijo Fríða con un profundo suspiro.

—Pero tú lo conocías ya bastante bien, ¿no? —dijo Elínborg, intentando entender adónde se encaminaba aquella conversación.

—No, en realidad, no —dijo Frída—. De bien, nada. Pero una conoce a esos tíos que entran en el gimnasio y se creen que es todo suyo. Siempre era muy amable cuando hablaba conmigo. En ocasiones charlábamos un rato, y una vez me preguntó si me apetecía que saliéramos a comer juntos. No le puse ninguna pega. El chico era la mar de simpático, lo tenía todo. Sabía charlar de muchas cosas y era divertido y todo eso. Pero de todos modos me dio la impresión... me dio la impresión de que no acababa de sentirse del todo bien.

—¿Te contó el porqué? De cómo se sentía, me refiero.

—No, ni una palabra. A mí, no. Llegado el momento era de lo más introvertido y reservado, ya entiendes. Y encima resultó ser de lo más *creepy*.

—¿Por qué?

—Bueno, quiso que yo...

—¿Qué?

—Ay, no sé.

—¿Qué quería?

—Que me hiciera la muerta.

—¿Qué te hicieras la muerta? —preguntó

Elínborg.

Fríða la miró.

—La muerta —repitió.

—¿Quieres decir...? —Elínborg no estaba del todo segura de lo que estaba contando Fríða.

—Tenía que estarme quieta, sin moverme, si entiendes lo que quiero decir. Tenía que limitarme a estar tumbada en silencio y casi sin respirar. Luego empezó a pegarme y a insultarme por algo que no comprendí. Humillaciones. Fue como si ese hombre estuviera en otro mundo.

Frída se estremeció.

—¡Cabrón de mierda! —exclamó.

—¿Pero no fue una violación?

—No. Y no me hizo ningún daño, los golpes eran flojos.

—¿Qué hiciste tú?

—Me quedé absolutamente quieta. Y al parecer eso lo excitó, y se acabó. Después se quedó hecho un pobre miserable. Se fue sin decir ni palabra. Yo me quedé quieta y en silencio como una muerta sin saber qué estaba pasando realmente. No se lo conté a nadie. De alguna forma, aquello era demasiado... Bueno, sentía vergüenza. No fue una violación, pero me sentí como si me hubiera violado. Ahora creo que era eso lo que él buscaba. Creo que ahí estaba el meollo del asunto.

—¿Y después de eso no volviste a verlo?

—No. Hice todo lo posible por no toparme con

él, y él nunca intentó ponerse en contacto conmigo. Mucho mejor. Era como si me hubiera utilizado. Yo jamás habría aceptado volver a verlo. Nunca.

—¿Dejaste el gimnasio después de aquello?

—Sí, en realidad sí. Y... me siento sucia solo de hablar de ello, sobre todo después de haber leído esas cosas sobre él, sobre lo que sucedió.

—¿Sabías o sabes que hubiera otras mujeres en la vida de ese hombre?

—No —dijo Fríða—. No sé nada de él y no quiero saber nada.

—¿Nunca mencionó amigas ni...?

—No. A nadie.

Elínborg llamó a la puerta. El traficante de drogas, a quien Berti había mencionado tras mucho insistirle, se llamaba Valur y vivía en un

apartamento situado en un bloque de viviendas de Fellsmúli, con su compañera y dos niños. No se había avanzado apenas en la investigación. Elínborg no había conseguido saber nada del chal, y las tiendas de ropa de la región de Reikiavik dijeron no vender camisetas de manga corta con el rótulo de San Francisco.

Un cuarentón abrió la puerta y se quedó mirando a Elínborg de hito en hito. Llevaba un bebé en un brazo, y observó a Elínborg y luego a Sigurður Óli con gesto suspicaz. Elínborg había pensado que sería mejor que la acompañara Sigurður Óli. No sabía mucho del tal Valur. Había tenido algún que otro encontronazo con la policía, sobre todo con la brigada de narcóticos, tanto por consumo como por venta, aunque no parecía ser un pez demasiado gordo. Una vez lo detuvieron por contrabando de marihuana a pequeña escala y recibió una

sentencia leve y quedó en libertad bajo palabra. No podía excluirse que Berti le hubiera mentido. Tal vez Berti quisiera poner en un aprieto a Valur, o bien para vengarse de algo que le hubiera hecho, o bien porque se había limitado a decir lo primero que se le ocurrió para satisfacer a su Binna.

—¿Qué queréis? —preguntó el hombre con la niña sujeta en el brazo.

—¿Eres tú Valur? —preguntó Elínborg.

—¿Y a vosotros qué os importa si lo soy o no?

—¿Que qué nos importa? —dijo Elínborg.

—¿Sí?

—Tene...

—Tenemos que hablar con él —dijo Sigurður Óli bruscamente—. ¿Qué te crees tú?

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó el hombre.

—Tú límitate a portarte bien, amigo —dijo Sigurður Óli.

—¿Eres tú Valur? —preguntó Elínborg de nuevo, pensando si no habría sido un error llevar a Sigurður Óli.

—Yo me llamo Valur —dijo el hombre—. Y tú, ¿quién eres?

Colocó al bebé en el otro brazo y les miró.

—Estamos buscando información sobre un hombre llamado Runólfur —aclaró Elínborg, que se presentó y aprovechó para presentarle a Sigurður Óli—. ¿Te importa que entremos y charlemos un momento contigo?

—Aquí no entráis —les advirtió Valur.

—Muy bien —dijo Elínborg—. ¿Conoces a ese tal Runólfur?

—No sé nada de ningún Runólfur.

El bebé que llevaba en el brazo sostenía un juguetito que mordisqueaba sin parar. Era una auténtica ricura. Se veía lindísima y segura en

brazos de su padre. Elínborg estuvo a punto de preguntar si podía cogerla en brazos un momentito.

—Le cortaron el cuello en su casa —dijo Sigurður Óli.

Valur lo miró. Hizo un gran esfuerzo para disimular su desprecio.

—No por eso lo conozco más —dijo.

—¿Puedes decirnos dónde estabas cuando lo degollaron? —preguntaron Sigurður Óli.

—Pensamos que tú has...

Elínborg no consiguió terminar la frase.

—¿Estoy obligado a hablar con vosotros? —dijo Valur.

—Solo estamos recopilando información —aclaró Elínborg—. Nada más.

—Bueno, pues iros a la mierda —dijo Valur.

—O respondes a nuestras preguntas aquí, en tu

casa, o puedes venirte con nosotros a comisaría — dijo Elínborg—. Tú decides.

Valur los miró de nuevo, primero a él, luego a ella.

—No tengo la menor gana de hablar con vosotros —dijo entonces, dispuesto a darles con la puerta en las narices. Sigurður Óli dio un brinco y bloqueó la puerta, impidiendo que la cerrara del todo.

—Pues entonces te vienes con nosotros —sentenció.

Valur clavó la mirada en los dos desde la puerta entreabierta. Comprendió que iban totalmente en serio y se dio cuenta de que no conseguiría librarse de ellos aunque esa vez no les dejara entrar.

—Idiota —dijo, soltando la puerta.

—Piltrafa —dijo Sigurður Óli, que entró de un

salto.

—Estupendo —dijo Elínborg, que entró en el piso detrás de Sigurður Óli.

Todo estaba patas arriba, con ropa sucia y periódicos y restos de comida y un desagradable olor a agrio en el aire. Valur estaba solo en casa con la pequeña. La dejó en el suelo y la bebé se sentó tan contenta sobre el trasero sin preocuparse lo más mínimo por la visita, masticando el juguete y soltando babas por todas partes.

—¿Qué queréis? —dijo Valur, dirigiéndose a Elínborg—. Supongo que no iréis a decirme que me lo cargué yo.

—¿Lo hiciste? —preguntó ella.

—No —respondió Valur—. Yo no conocía a ese hombre.

—Pues nosotros creemos que lo conocías muy

bien —dijo Sigurður Óli—. ¿No deberías ordenar esto un poco? —añadió, mirando a su alrededor.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, mira cómo está todo, es una auténtica asquerosidad —dijo Sigurður Óli.

—¿Eres gilipollas?! —exclamó Valur—. ¿Quién dice que yo lo conocía bien?

—Tenemos nuestras fuentes —dijo Elínborg.

—Pues alguien os ha contado una trola.

—Se trata de fuentes que nos inspiran plena confianza —añadió Elínborg, procurando no pensar en Berti *el Corto*.

—¿Quién? ¿Quién lo ha dicho?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Sigurður Óli—. Por lo que sabemos, conocías a Runólfur, le vendías mierda y le proporcionabas cosas diversas.

—Quizá te debía dinero —dijo Elínborg—.

Quizá fuiste demasiado lejos cuanto intentaste ajustarle las cuentas para que pagara.

Valur la miró boquiabierto.

—Oye, espera, ¿qué... qué gilipollez estás diciendo?! ¿Quién ha dicho tal cosa? Yo no conocía a ese hombre de nada, de nada en absoluto. Alguien me está queriendo colgar el muerto con una mentira. ¿Que soy yo quien lo mató?! Ni por asomo, ni por asomo lo he visto. ¡Eso ni lo intentéis!

El bebé levantó la mirada hacia su padre y dejó de mordisquear el juguete.

—Podemos llevarte a comisaría —dijo Elínborg—. Podemos meterte en un calabozo. Podemos asignarte el estatus de sospechoso. En realidad no tenemos gran cosa en claro por el momento. Necesitamos algo a toda prisa. Podemos tenerte varios días encerrado. Necesitarás un

abogado. Que cuesta lo suyo. Los periódicos y la televisión contarán que hemos detenido a un hombre relacionado con el caso. Sacarán fotos tuyas de donde sea. Alguien las filtrará. Ya sabes que estas cosas suelen pasar. La prensa del corazón sacará en primera plana una entrevista con tu novia en el especial del sábado. En la foto saldrá ella con la pequeñita. Ya me imagino el titular: «¡MI VALUR NO ES UN ASESINO!».

—¿Qué...? Pero ¿por qué creéis que yo sé algo?

—Venga, no seas así —dijo Elínborg, levantando al bebé del suelo—. Tú acudes a ciertos médicos para que te proporcionen recetas de toda clase de medicamentos, que luego vendes a precios exorbitantes. Drogas con prescripción médica. Por ejemplo, Rohypnol. Probablemente se la vendes sobre todo a cocainómanos que se han quedado sin nada y tienen miedo de que les dé el

mono. Tenemos entendido que también les provees de cocaína, de modo que les proporcionas toda clase de servicios. A lo mejor tú también consumes cocaína. Tienes toda la pinta. Debe de ser bastante cara. ¿De dónde sacas para comprarla?

—¿Qué estás haciendo con la niña? —preguntó Valur.

—Luego te puede aparecer alguno que utiliza el Rohypnol para...

—Déjala en paz —dijo Valur, y le arrebató a la niña.

—Perdona. Luego te puede aparecer alguno que utiliza el Rohypnol para echárselo en la bebida a las mujeres a fin de asegurarse de que no sean capaces de oponer resistencia. Los llamamos violadores. La cuestión es esta: ¿les vendes Rohypnol a los violadores?

—No —respondió Valur.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? No tienes ni idea de cómo usa la droga la gente a la que se la vendes.

—Porque lo sé. Yo no conocía a Runólfur.

—¿Utilizas la droga con mujeres?

—No, pero ¿qué...?

—¿Es tuya esa pantalla de plasma? —preguntó Sigurður Óli, y señaló una pantalla de plasma nuevecita, de 42 pulgadas, que estaba en mitad del salón.

—Sí —respondió Valur—. Es mía.

—¿Querías enseñarme la factura? —replicó Sigurður Óli.

—¿La factura?

—Debes de tener factura, es un aparato

carísimo.

—Yo... Vale —dijo Valur—, vendí en tiempos. Lo sabéis: me tenéis fichado. Pero ya no. Nunca vendí mucha droga con receta médica. La última vez que vendí Rohypnol fue hace como seis meses. A un imbécil al que no había visto nunca y que no he vuelto a ver nunca más.

—¿A Runólfur no? —preguntó Elínborg, que se daba perfecta cuenta de que Valur estaba dispuesto a hablar de lo que fuera con tal de que se olvidaran de la pantalla de plasma.

—Estaba muy nervioso y dijo que se llamaba Runólfur. Intentó estrecharme la mano como si estuviéramos en una reunión importante. Dijo que le había hablado de mí un primo suyo, me dijo el nombre pero a mí no me sonó de nada. Como si yo estuviera haciendo eso por primera vez en la vida.

—¿Y vino a verte muchas veces?

—No, esa fue la única vez. Yo no lo conocía. Por regla general, yo conocía a los clientes. Uno se hacía enseguida con un grupito de clientes fijos. Él era un friki.

—¿Y para qué quería el Rohypnol?

—Dijo que lo compraba para un amigo. Es lo que dicen casi todos los que no tienen costumbre y no saben lo patéticos que resultan.

—¿Y estás seguro de que era Rohypnol?

—Sí.

—¿Cuánto se llevó?

—Un frasco. Diez pastillas.

—¿Vino aquí, a tu casa?

—Sí.

—¿Vino solo?

—Sí.

—¿Y era Runólfur?

—Sí. Bueno, no. Dijo que se llamaba Runólfur,

pero no era él.

—¿No era el mismo Runólfur al que degollaron?

—No. No era el de las fotos del periódico.

—¿Se hacía pasar por Runólfur?

—Ni idea. A lo mejor él también se llamaba así.⁴ A lo mejor era pura casualidad.

—¿Qué aspecto tenía?

—No me acuerdo.

—Inténtalo.

—Pues como yo de alto, debía de rondar los cuarenta años, la cara gorda y se estaba quedando calvo. Bigotito. No me acuerdo bien.

Elínborg miró a Valur y vio de repente al hombre con el que había hablado en su despacho y que era amigo de Runólfur. Eðvarð. Eddi. La descripción encajaba bastante bien: medio calvo y con un bigotito bastante ralo.

—¿Algo más? —preguntó Elínborg.

—Nada. No sé nada más.

—Muchas gracias.

—Vale, de nada. Largaros de una puta vez.

—Al menos, Valur cuida bien a su bebé —dijo Elínborg cuando se sentaron en el coche—. El pañal estaba seco y la niña acababa de comer. Estaba feliz con su padre.

—Es un hijo de puta.

—Claro que lo es.

—¿Has sabido algo de Erlendur? —preguntó Sigurður Óli.

—No he tenido ninguna noticia suya. ¿No dijo que se iba al este unos días?

—¿Cuánto hace de eso?

—Una semana, aproximadamente.

—¿Cuántos días de vacaciones tenía?

—No lo sé.

—¿Qué iba a hacer en el este?

—Visitar las tierras de su infancia.

—¿Has sabido algo de la mujer esa con la que sale?

—¿Valgerður? No. Quizá debería llamarla para saber si ella ha tenido alguna noticia de Erlendur.

Estaba anocheciendo cuando aparcaron enfrente de la casa de Eðvarð. Era un edificio ya bastante decrepito de la calle Vesturgata. Eðvarð era soltero y no tenía hijos. Tenía un coche familiar japonés con unos cuantos años a costas aparcado al lado de la casa. No vieron timbre. Elínborg dio unos golpes en la puerta. Oyeron unos leves ruidos en el interior, pero no salió nadie a abrir. Había luz en dos de las ventanas y vieron el resplandor de un televisor, que desapareció al momento. Volvieron a llamar por segunda y tercera vez. Sigurður Óli lo hizo con fuerza y produjo gran

estrépito. Al final, Eðvarð apareció en la puerta. Reconoció a Elínborg en el acto.

—¿Molestamos? —preguntó esta.

—Sí..., no..., es que... ¿Hay algún problema?

—Queríamos hacerte algunas preguntas más sobre Runólfur —dijo Elínborg—. ¿Podemos entrar?

—En realidad llegáis en muy mal momento —dijo Eðvarð—. Es que... es que estaba a punto de salir.

—Será solo un momento —le aseguró Sigurður Óli.

Estaban en el umbral y Eðvarð no parecía dispuesto a dejar de impedirles la entrada.

—En realidad no puedo recibir a nadie en estos momentos —prosiguió este—. Me vendría mejor que vinierais..., digamos..., mañana por la mañana.

—Bueno, es que me temo que no vamos a poder

esperar —dijo Elínborg—. Nuestra visita tiene que ver con Runólfur, como ya te he dicho, y necesitamos hablar contigo ahora mismo.

—¿Qué pasa con Runólfur? —preguntó Eðvarð.

—Será un poco incómodo hablar contigo aquí delante de la casa.

Eðvarð miró la calle. La casa estaba bastante a oscuras, pues la luz de las farolas no llegaba hasta ella y no tenía luz en la puerta. No había jardín en la parte delantera, aunque junto a la pared había un árbol solitario: un aliso muerto de ramas desnudas y retorcidas que se extendían sobre el tejado como zarpas.

—Vale, bueno, pues entrad, no sé qué más podéis querer de mí —le oyeron decir en voz muy baja—. No éramos más que amigos.

—Será solo un momento —dijo Elínborg.

Entraron a un saloncito con muy pocos muebles,

que además parecían llegados al final de su vida útil. En una de las paredes había una gran pantalla de plasma nuevecita, y sobre el escritorio se veía un ordenador nuevo, con el monitor de mayor tamaño existente en el mercado. Juegos de ordenador de diversos tipos ocupaban las mesas y parte de las estanterías, en las cuales había multitud de películas en CD y cintas de vídeo. Unos papeles y libros de texto llamaban también la atención, repartidos por sillas y mesas.

—¿Estás repasando trabajos de clase? —preguntó Elínborg.

—¿Te refieres a esto? —respondió Eðvarð mirando un montón de hojas de papel que ocupaban parte de la mesa—. Sí, tengo que ir quitándomelo de encima. No hace más que acumularse.

—¿Coleccionas películas? —preguntó Elínborg.

—No, en realidad no las colecciono, no soy ningún coleccionista pero, como ves, tengo bastantes. A veces las compro en los videoclubes que quiebran. Casi las regalan. Quizá cien coronas⁵ la película.

—¿Y las has visto todas? —preguntó Sigurður Óli.

—Qué va... Bueno, sí, la mayoría.

—Dijiste que conocías muy bien a Runólfur —dijo Elínborg—. La otra vez que hablamos.

—Sí, bastante bien. Nos llevábamos estupendamente.

—Compartíais la afición al cine, si no recuerdo mal.

—Así es, a veces íbamos juntos al cine.

Elínborg se percató de que Eðvarð estaba visiblemente más nervioso que en su primer encuentro, como si le resultara incómodo recibir a

nadie en su casa. Intentaba mirarlos a los ojos y no dejaba quietas las manos, que toqueteaban el escritorio sin parar. Al final se las metió en los bolsillos, pero no pasó mucho tiempo antes de que empezara a rascarse la cabeza y a jugar con los estuches de las películas. Elínborg decidió que era el momento de salvarlo de la incertidumbre que le atormentaba. Cogió una película de una silla. Era antigua, de Hitchcock. *El enemigo de las rubias*. Elínborg se había preparado con mucho cuidado y estaba a punto de plantear su primera pregunta, pero Sigurður Óli ya estaba impaciente, igual que antes. Atacaba con especial mala idea en cuanto percibía que la persona en cuestión era débil o andaba bajo de autoestima. Tenía muy buen olfato para identificar ambos estados.

—¿Por qué no nos dijiste que habías comprado

la droga de las violaciones? —le preguntó a Eðvarð.

—¿Qué? —dijo Eðvarð.

—¿Y por qué dijiste que te llamabas Runólfur?

¿La compraste para él?

Elínborg miró desconcertada a Sigurður Óli. Había dejado meridianamente claro que sería ella quien llevase el peso de la conversación. Él debía limitarse a prestarle apoyo y asistencia.

—¿Por qué? —continuó Sigurður Óli, mirando a Elínborg, sin saber muy bien cómo interpretar el gesto de irritación de su colega. Él pensaba que lo estaba haciendo muy bien—. ¿Por qué te hiciste pasar por Runólfur?

—No sé... ¿qué...? —balbuceó Eðvarð, y metió las manos en los bolsillos.

—Hemos hablado con un hombre que te vendió Rohypnol hace seis meses —dijo Sigurður Óli.

—La descripción que nos dio encaja perfectamente contigo —dijo Elínborg—. Dijo que habías usado el nombre de Runólfur.

—¿Qué descripción? —preguntó Eðvarð.

—Te describió con total precisión —dijo Elínborg.

—Venga —dijo Sigurður Óli.

—¿Cómo que venga? —dijo Eðvarð.

—¿Qué respondes a esas cosas? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Tu camello! —gritó Sigurður Óli—. Haz el favor de prestar atención a lo que te decimos.

—¿Me dejas que hable yo con él? —dijo Elínborg con calma.

—Dile que si continúa fingiendo lo llevaremos con el camello y lo obligaremos a decirnos la verdad.

—Lo hice por Runólfur —dijo Eðvarð al oír la amenaza de Sigurður Óli—. Me pidió que le hiciera ese favor.

—¿Para qué pensaba utilizar la droga? —preguntó Elínborg.

—Me dijo que tenía problemas para dormir.

—¿Por qué no fue él al médico a que le recetara la droga?

—Yo no supe qué era exactamente el Rohypnol ese hasta después de la muerte de Runólfur. Yo no tenía ni la menor idea.

—¿Piensas que nos lo vamos a creer? —dijo Elínborg.

—¡No vayas a pensar que somos imbéciles! —exclamó Sigurður Óli.

—No, en serio. No sé nada de medicinas.

—¿Cómo supo Runólfur de la actividad de ese hombre? —preguntó Elínborg.

—No me lo dijo.

—Tenemos entendido que mencionaste a un primo tuyo.

Eðvarð reflexionó un instante.

—Se empeñó en que se lo dijera. El que vendía ese medicamento, digo. Estaba muy nervioso. Quería saber cómo me llamaba yo y quién me lo había recomendado. Era un hombre de lo más desagradable. Utilicé el nombre de Runólfur. Y lo de mi primo fue una mentira que me inventé sobre la marcha.

—¿Por qué no compró Runólfur la medicina él mismo, por qué te utilizó a ti? —preguntó Elínborg.

—Éramos amigos. Dijo...

—¿Sí?

—Dijo que no se fiaba de los médicos ni de las historias clínicas. Me confesó que bebía un poco y

que el Rohypnol le ayudaba a superar la resaca. Dijo que no quería llamar innecesariamente la atención por el hecho de que usaba Rohypnol, porque era una medicina muy peliaguda. Le resultaba violentísimo ir a pedírsela a los médicos. Eso fue lo que me dijo. Yo no sabía exactamente a qué se refería.

—Pero ¿por qué te envió precisamente a ti?

Eðvarð vaciló.

—Me pidió que le hiciera ese favor —
respondió un instante después.

—¿Por qué?

—No lo sé. Le resultaba violento ir él mismo a
por ella y...

—¿Y?

—No tengo muchos amigos. Runólfur y yo nos
llevábamos a las mil maravillas. Yo quise
ayudarle. Él me planteó su problema y yo le dije

que se lo iría a buscar. Fue eso, nada más que eso. Quise ayudarle.

—¿Cuánto compraste?

—Un frasco.

—¿A quién más le has comprado?

—¿A quién más? A nadie. Esa fue la única vez.

—¿Por qué no me lo contaste el otro día cuando estuvimos hablando?

Eðvarð se encogió de hombros.

—Tuve la sensación de que eso podía implicarme en algún asunto con el que no tenía nada que ver.

—¿Crees que no tienes nada que ver y me estás diciendo que compraste Rohypnol para un presunto violador?

—Yo no sabía para qué pensaba usar esa medicina.

—¿Dónde estabas cuando asaltaron a Runólfur?

—Aquí, en casa.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—No. Por las noches suelo estar solo en casa.

No os creeréis en serio que lo hice yo, ¿no?

—Nosotros no creemos nada —respondió Elínborg—. Gracias por tu ayuda —añadió cortante.

Su enfado con Sigurður Óli estalló cuando volvieron al coche.

—Pero ¿qué te pasó ahí dentro? —le dijo, poniendo el coche en marcha.

—¿Qué quieres decir?

—La has jodido, estúpido. Jamás he visto nada semejante. Le diste todas las bazas. ¡No tenemos ni idea de si realmente compró la droga para Runólfur! ¿Qué sabes tú de lo que pasó realmente? ¿Cómo puedes habérselo dicho así? ¿Por qué le has puesto las respuestas en la boca?

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Es la perfecta excusa para Eðvarð.

—¿Excusa? ¿Crees que fue a comprarla para usarla él?

—¿Por qué no? —dijo Elínborg—. A lo mejor las pastillas que usó Runólfur eran tuyas. A lo mejor este tío es cómplice, de alguna forma. A lo mejor fue él quien agredió a Runólfur.

—¿Esa piltrafa?

—¡Ya empiezas! ¿Es que no puedes hacer un esfuerzo para tener un mínimo de respeto por la gente?

—No hace ninguna falta que yo le ayude a pergeñar esa mentira. Seguramente la tendrá montada desde hace mucho, suponiendo que lo que nos ha contado sea mentira.

—Intenta reconocer tus errores, para variar —

dijo Elínborg—. La has cagado. Total y absolutamente.

—Pero bueno, cómo puedes decir eso.

—Agarró la oportunidad por los pelos. Creo que todo lo que nos dijo después era mentira.

Elínborg dejó escapar un pesado suspiro desde lo más hondo.

—Nunca me he visto en esta situación.

—¿En qué situación?

—Pensar que todas las personas con las que hablo han podido matar a ese hombre.

Su padre estaba acostado en el dormitorio. Era lunes, le esperaba su velada de bridge en casa de uno de sus compañeros de juego. Todos los lunes por la tarde, desde que podía recordar, jugaba al bridge con la misma gente. Los años habían transcurrido entre subastas y *slams* sin el menor cambio. Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que habían ido envejeciendo en la mesa de juego, unos jóvenes que le daban palmaditas en la cabeza y le gastaban bromas mientras jugaban y degustaban los tentempiés que su madre iba sacando. Mostraban una discreta delicadeza y cordialidad, y un inagotable interés

por conocer los arcanos del bridge. Elínborg no aprendió nunca a jugar al bridge, y su padre tampoco mostró especial interés por enseñárselo. Era buen jugador, había participado en algunas competiciones y de vez en cuando ganaba pequeños premios que atesoraba en un cajón. La edad se hacía notar. Ahora tenía que acostarse un rato de siesta para estar bien despierto a la hora de empezar el juego vespertino.

—¿Estás aquí, cariño? —dijo su madre cuando Elínborg abrió la puerta. Tenía llave y entraba sin necesidad de llamar.

—Se me ocurrió pasar un momento a veros.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. ¿Qué tal vas? —preguntó Elínborg.

—Muy bien. Estoy pensando en apuntarme a un curso de encuadernación —respondió su madre, que estaba sentada en el salón mirando los

anuncios del periódico—. Mi amiga Anna ha ido, y me dijo que haría bien en inscribirme yo también.

—Qué bien, ¿no? Puedes llevarte también al viejo.

—A él no le apetece para nada. ¿Qué tal Teddi?

—Muy bien.

—¿Y tú?

—Fenomenal. Mucho trabajo.

—Se te nota, tienes pinta de cansada. He estado leyendo sobre ese crimen horrible de Pingholt. Confío en que no andes metida en eso. Ese género de cosas no es para gente normal.

Aquel razonamiento le resultaba familiar a Elínborg. A su madre no le gustaba nada que, como decía ella, hubiera aterrizado en un trabajo de policía. Pensaba que ese trabajo no era adecuado para su hija. No porque fuera poco importante, en

absoluto, sino porque no podía imaginarse a Elínborg peleando con unos delincuentes redomados. Eran otros, otros que estaban hechos de madera distinta a la de ella, quienes perseguían a los criminales, los detenían e interrogaban y después los metían en el calabozo. Su hija no era de esa clase de gente. Elínborg nunca tuvo ganas de discutir con ella sobre su trabajo. Sabía que su madre ponía pegas sobre todo porque temía por su hija, y no quería verla entre los que cometían aquellas horribles atrocidades. Elínborg le seguía la corriente todo lo posible, restando importancia a su papel en la persecución de infames criminales y adornando las cosas, más que nada para que su madre no se preocupara en exceso. A lo mejor había llegado demasiado lejos. En ocasiones, Elínborg tenía la sensación de que su madre se negaba a asimilar cuál era su trabajo.

—A veces ni sabes lo que estás haciendo en realidad —dijo.

—Claro —respondió su madre—. ¿Quieres una taza de chocolate?

—No, gracias, solo quería saber si estabais bien los dos. Tengo que irme a casa.

—Venga, cariño, no tardo nada en preparártela. Todos los que tienes en casa son ya mayores. Relájate un poco.

En un abrir y cerrar de ojos, su madre había sacado una cazuela, le había echado un poco de agua y una tableta de chocolate que no tardó en empezar a derretirse. Elínborg se sentó a la mesa de la cocina. El bolso de su madre estaba colgado de una silla, y su hija recordó cuánto le gustaba de niña el olor que desprendía el bolso. Le hacía bien volver a su antiguo hogar cuando el estrés resultaba ya excesivo y sentía la necesidad de

abstraerse un rato del ajetreo cotidiano y reencontrar su antiguo lugar en la existencia.

—No está tan mal —dijo Elínborg—. A veces tienes ocasión de recorrer caminos más agradables, conocer hombres guapos, atajar la violencia y ayudar a las víctimas.

—Claro que sí —dijo su madre—. Pero no sé por qué tienes que seguir en ello. Nunca pensé que fueras a trabajar tantísimo tiempo en la policía.

—No —dijo Elínborg—. Ya lo sé. Por uno u otro motivo las cosas fueron así.

—Pero bueno, también comprendía yo lo de tu geología. O lo de Bergsveinn.

—Se llama Bergsteinn, mamá.

—No sé qué viste en él. Teddi es otro asunto, desde luego. Íntegro. Él no te engañará nunca. Y Valþór, ¿qué tal está?

—Muy bien, creo. No estamos hablando

demasiado de unos días para acá.

—¿Es por lo de Birkir?

—No lo sé. Quizá sea solo que está en una edad difícil.

—Sí, claro, va camino de hacerse adulto. Volverá a tus brazos. Valþór es buen chico. Y listo.

Y Theodóra también, pensó Elínborg. Pero no dijo nada. Valþór había gozado siempre de las preferencias de su madre. A veces los otros dos se sentían marginados y Elínborg se lo había dicho así a su madre. «Qué tontería», respondió.

—¿Sabéis algo de Birkir? —preguntó.

—A veces, pero no mucho.

—¿No mantiene contacto con Teddi?

—No más que conmigo.

—Sé que Valþór todavía lo echa de menos. Dice que no habría tenido por qué irse.

—Birkir se quería ir —dijo Elínborg—. No sé

por qué Valþór sigue dándole vueltas a lo mismo. Creo que todos han acabado por aceptarlo. Birkir tiene muy buena relación con nosotros aunque apenas tengamos noticias tuyas directas. Está perfectamente. Valþór habla de vez en cuando con él, aunque no me cuenta nada. Valþór nunca me cuenta nada. Es Teddi quien me lo cuenta.

—Ya sé que Valþór puede ser un poco cabezota, pero...

—Birkir prefirió vivir con su padre —dijo Elínborg—. Yo no tuve ni voz ni voto en la decisión. Buscó a su padre, aunque él no se había preocupado nunca por él. En todos esos años no preguntó por él ni una sola vez. Ni una sola. De repente se convirtió en el hombre más importante en la vida de Birkir.

—Pero es su padre.

—¿Y nosotros? ¿Qué éramos nosotros,

entonces? ¿Simples padres de acogida?

—A esas edades, los chicos quieren seguir su propio camino. Me acuerdo de lo loca que estabas tú por marcharte de casa.

—Sí, pero esto es distinto. Es como si nosotros no hubiéramos sido sus padres. Simple y llanamente, como si hubiera vivido en nuestra casa como un invitado cualquiera. Nunca nos separábamos de él. A ti te llamaba abuela, Teddi y yo éramos mamá y papá. Y resulta que un día todo se ha acabado. Me enfadé con él. Teddi también. No le poníamos ninguna pega a que conociera a su padre, es comprensible, faltaría más, pero nos resultaba intolerable que nos volviera la espalda por completo. Se lo dije. Él no me hizo ni caso. No sé qué fue lo que se torció.

—A lo mejor no se torció nada. Las cosas van por donde van.

—Quizá no hacemos lo suficiente. No les dedicamos suficiente tiempo. Un día se convierten en unos perfectos desconocidos porque no pasaste suficiente tiempo con ellos. Y no significas nada para ellos. Aprenden a apañárselas por su cuenta. Aprenden a no tener que apoyarse en nadie. Se largan y desaparecen. Y no vuelven a dirigirte la palabra nunca más.

—Y así ha de ser —dijo su madre—. Tienen que cuidarse solos. Tienen que apañárselas solos y sin depender de los demás. ¿Cómo crees que sería todo si siguieras viviendo aquí? Sería terrible. Bastante tengo con aguantar a tu padre en casa un día sí y otro también.

—¿Y por qué estoy siempre con remordimientos por no dedicarles suficiente tiempo?

—Creo que has cumplido con creces, cariño. No te preocupes por eso.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció su padre.

—¿Eres tú, corazón? —dijo, y se atusó el cabello enmarañado—. ¿Ya has cazado al asesino?

—Venga, deja eso —le urgió la madre—. Como si la chica se dedicara a perseguir asesinos.

Elínborg volvió al despacho desde casa de sus padres y estuvo trabajando hasta muy tarde. No volvió a casa hasta casi las once. Teddi había ido con los chicos a una hamburguesería y a comprar helados, de modo que estaban felices y contentos. Asomó en la habitación de Valþór para preguntarle qué tal estaba. El chico estaba viendo la televisión y navegando por internet al mismo tiempo, y parecía ocupadísimo. Aron estaba con él viendo la televisión, y apenas pudo dedicarle un breve

saludo a su madre. Dijeron que Teddi estaba en una reunión.

Theodóra estaba ya metida en la cama. Elínborg asomó por su cuarto. Estaba encendida una lamparita que había en la mesilla de noche, al lado de la cama. Theodóra se había quedado dormida. El libro que leía se le había escapado de las manos y estaba en el suelo, abierto. Elínborg se acercó a la cama sin hacer ruido. Iba a apagar la lamparita. Theodóra era totalmente autosuficiente. A diferencia de los chicos, nunca hacía falta recordarle que ordenara su habitación. La ordenaba todos los días. Más, aún, incluso se hacía la cama por las mañanas antes de ir al colegio. Tenía bastantes libros, perfectamente colocados en una bonita librería, y su pequeña mesa de escritorio nunca estaba manga por hombro.

Elínborg cogió el libro del suelo. Era uno que le había pertenecido de niña y que luego le había regalado a su hija: una novela de aventuras para jóvenes, de un famoso escritor inglés. Traducida a un islandés esplendoroso que se había convertido, sin embargo, en una tortura para los jóvenes de hoy. La historia era un volumen de una extensa colección que a Theodóra le encantaba. Elínborg recordó que de niña los devoraba y que estaba siempre a la espera del nuevo libro de la serie. Sonrió al recordarlo y pasó las páginas, de papel grueso y ya amarillento. El lomo estaba roto, y la cubierta sucia de tanto tocarla manos infantiles. Vio el nombre que ella misma había escrito con torpes letras cursivas en la página de títulos: *Elínborg*, 3.º G. El libro tenía ilustraciones muy divertidas, dibujos de los sucesos más tremendos

de la historia. Y Elínborg se detuvo en una de ellos.

Tuvo la sensación de que en aquella ilustración se escondía algo realmente importante.

Se quedó mirando el dibujo hasta que vio lo que le había hecho detenerse. Miró aquella ilustración un buen rato, pensativa.

Luego despertó a Theodóra.

—Perdona, corazoncito —dijo cuando Theodóra despertó—. Tu abuela te envía saludos. Solo quiero preguntarte una cosa.

—¿Qué? —dijo Theodóra—. ¿Por qué me despiertas?

—Ya se me ha olvidado. Hace mucho que leí este libro. Mira el hombre este del dibujo, este de aquí. ¿Quién es?

Theodóra entornó los ojos y miró la ilustración con mucho cuidado.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo.

—Es que quiero saberlo.

—¿Y para eso tenías que despertarme?

—Sí, perdona, enseguida te vuelves a dormir.

¿Quién es este hombre de la novela?

—¿Fuiste a casa de la abuela?

—Sí.

Theodóra volvió a mirar la ilustración:

—¿No te acuerdas de quién es?

—No —dijo su madre.

—Es Róbert —dijo Theodóra—. Es el más malo de los malos.

—¿Por qué tiene eso en la pierna? —preguntó Elínborg.

—Nació así —dijo Theodóra—. Lleva esas tablillas porque nació con la pierna torcida.

—Ah, sí —dijo Elínborg—. Tenía una tara de nacimiento.

—Sí.

—¿Me prestas este libro hasta mañana? Te lo devolveré mañana por la noche.

—¿Para qué?

—Tengo que enseñárselo a una mujer que se llama Petrína. Creo que ha visto a un hombre con la pierna igual que este, justo en su calle. Recuérdamelo, ¿qué hacía este hombre en la novela?

—Es de lo más terrorífico —dijo Theodóra con un bostezo—. Todos le tienen miedo. Róbert intenta matar a los chicos. Es el malo.

Al principio, Petrína no se acordaba bien de Elínborg. La miraba, confusa, a través de la puerta entreabierta de su casa mientras Elínborg intentaba aclararle un poco las cosas. Le recordó que había estado en su casa unos días antes para preguntar por un hombre a quien Petrína había visto en la calle, delante de su casa.

—¿Qué hombre? —preguntó Petrína—. ¿El de la compañía eléctrica? No han venido.

—¿Todavía no han venido? —preguntó Elínborg.

—Esa gente no se ha dejado ver por aquí —

suspiró Petrína—. Pobrecita de mí —añadió con cara de pena.

—Los llamaré de tu parte. ¿Te importa que pase un momento a charlar un poco contigo sobre el hombre aquel del que me hablaste?

Petrína la miró de hito en hito.

—Bueno, pasa —accedió.

Elínborg la siguió y cerró la puerta tras de sí. La recibió el mismo olor apestoso a colillas mal apagadas que se respiraba la primera vez que estuvo allí. Buscó con la mirada el dormitorio revestido de papel de plata. Estaba cerrado. Las agujas que Petrína utilizaba para medir las ondas electromagnéticas del piso estaban en el suelo del salón. Era como si las hubiera tirado. Elínborg lamentó no haberle hecho más caso. Habían malgastado unos días, cuando no había prácticamente pista alguna. El hombre cojo que

Petrína vio por la ventana podía ser un testigo importante. A lo mejor había visto algo de especial interés para el caso, o había oído algo, o se había topado con alguien. Era posible que llevara en la pierna un vendaje normal y corriente, consecuencia de un accidente o una discapacidad, y que lo que Petrína llamaba antena fuera un simple armazón metálico para sujetar la pierna. El caso es que estaba muy inquieta con los rayos electromagnéticos y el uranio.

Petrína parecía más cansada que la primera vez. Era como si su vehemencia no fuera igual, como si se hubiera apaciguado en los últimos días y la lucha contra las radiaciones electromagnéticas se hubiera saldado con una derrota. A buen seguro se habría aburrido de esperar a los empleados de la eléctrica, que Elínborg se temía que nunca volverían a visitar a la buena mujer. Recordó que

habría tenido que llamar a Servicios Sociales para comentar la situación de Petrina, pero al final no lo había hecho. Por lo visto, la pobre mujer no tenía a quien recurrir ni disponía de defensa alguna contra aquellos peligrosísimos rayos asesinos. Elínborg vio que había revestido el televisor con su papel de plata, y en la mesa de la cocina vio un paquetito pequeño del mismo papel. Supuso que se trataría de un aparato de radio.

—Me gustaría enseñarte una ilustración de un libro —dijo Elínborg, sacando del bolso la novela de aventuras de Theodóra.

—¿Tiene ilustraciones ese libro?

—Sí.

—¿Vas a regalármelo?

—Por desgracia, no puedo —dijo Elínborg.

—Vaya, hombre, ¿así que no puedes? —replicó

Petrína, molesta—. No vas a regalarme nada. Qué cosas se me ocurren.

—Por desgracia, mi hija...

—¿Tú eres la señora de la policía?

—Eso es —dijo Elínborg—, así que te acuerdas de mí.

—Me prometiste que llamarías a la eléctrica.

—Lo haré —dijo Elínborg—. Es que se me olvidó —confesó, un poco avergonzada por engañar a aquella pobre mujer—. Los llamo en cuanto terminemos de charlar; no te preocupes que les llamaré.

Elínborg pasó las páginas del libro hasta llegar a la ilustración del perverso Róbert, que tenía en una pierna como un vendaje extraño que llegaba desde la rodilla hasta el tobillo, y que estaba hecho con dos barras de hierro fijas al zapato y atadas con correas de cuero.

—Me hablaste de un hombre que viste caminando delante de tu casa la misma noche en que cometieron un delito muy grave en la calle de más abajo. Estabas en la ventana esperando a los empleados de la compañía eléctrica.

—No vinieron.

—Lo sé. Dijiste que el hombre era cojo y tenía una pierna envuelta en algo. Me lo describiste como una antena de la que salían unos rayos tremendos.

—Sí, unos rayos tremendos —dijo Petrína, y sonrió de tal modo que dejó ver sus dientes pequeños y ocres.

—¿El envoltorio se parecía a esto? —preguntó Elínborg, y le dio el libro con la ilustración.

Petrína dejó su cigarrillo medio acabado, cogió el libro y miró la ilustración sin perder el menor detalle.

—¿Qué es este libro? —preguntó cuando se cansó de mirar.

—Una novela de aventuras que está leyendo mi hija —respondió Elínborg, que apenas podía respirar por culpa del humo de tabaco—. Por eso no te lo puedo regalar. Lo siento. ¿Eso es como la antena que viste en el hombre aquel, ahí delante?

Petrína estuvo pensándolo un buen rato.

—Esto no es exactamente lo mismo —dijo al fin—. El hombre tenía una abrazadera que llegaba hasta la rodilla.

—¿Lo viste con claridad?

—Sí.

—¿No era una antena? —preguntó Elínborg.

—Claro que sí, claro que era como una antena.

¿Este libro es viejo?

—¿Llevaba la pierna escayolada?

—No, no. ¿Escayolada? ¿Quién te ha contado

eso?

—¿Pensaste que a lo mejor tenía los pies torcidos para dentro?

—¿Los pies torcidos? ¡Qué tontería!

—Entonces ¿era más bien como si ese hombre acabase de tener un accidente y le hubiesen puesto un armazón en la pierna?

—La pierna era mucho más grande —respondió Petrína—. Pero mucho más. Sin ninguna duda, era así para recibir bien los mensajes. Yo los oí.

—¿Oíste los mensajes?

—Sí —dijo Petrína con determinación, dando una calada al cigarrillo.

—Eso no me lo dijiste el otro día.

—No me lo preguntaste.

—¿Y qué fue lo que oíste?

—Eso no es asunto tuyo. Piensas que estoy loca.

—No es verdad. Yo no he dicho nada de eso.

No me pareces nada loca, en absoluto —objetó Elínborg intentando que el sonido de sus palabras no desmintiera su sinceridad.

—No llamaste a la eléctrica. Dijiste que lo ibas a hacer. Piensas que soy una tía vieja y loca que no hace más que soltar tonterías sobre los rayos eléctricos.

—He hablado contigo con total respeto. No se me ocurre hacerlo de otra forma. Hay mucha gente preocupada por la radiación de ondas electromagnéticas, microondas, teléfonos móviles y todas esas cosas.

—Los teléfonos móviles te cuecen el cerebro. Lo cuecen como si fuera un huevo de gallina hasta que se queda duro e inútil —dijo Petrína golpeándose la cabeza con el puño—. Te susurran cosas. Te susurran toda clase de barbaridades.

—Sí, esos son los peores —se apresuró a decir

Elínborg y se tomó la libertad de sujetarle la mano a Petrína para que dejase de darse golpes.

—Tampoco es que lo oyera, porque el hombre ese parecía ir todo lo rápido que podía, aunque a decir verdad no es que fuera muy deprisa. Pasó por aquí delante cojeando sobre su antena como un rayo. Era...

—¿Sí?

—Era como si tuviera que salvarle la vida a alguien, el pobre hombre.

—¿Y qué oíste?

—¿Qué oí? No oí nada de lo que dijo.

—Dijiste que habías oído el mensaje que salía de él.

—Eso es posible, pero no oí lo que decía al teléfono. Solo oí un zumbido. Eran las ondas. No oí nada de lo que dijo. No oí lo que dijo. Iba muy deprisa. A todo correr. No oí nada.

Elínborg se quedó mirando a la mujer, intentando desentrañar qué le estaba describiendo.

—¿Qué? —preguntó la anciana al ver que Elínborg llevaba un buen rato mirándola boquiabierta pero sin decir nada—. ¿No me crees? No oí nada de lo que dijo.

—¿Llevaba un teléfono móvil?

—Sí.

—¿Estaba hablando por su teléfono móvil?

—Sí.

—¿Sabes qué hora era?

—Era de noche.

—¿Podrías concretar un poco?

—¿Para qué?

—¿Parecía muy nervioso mientras hablaba por el móvil? —preguntó Elínborg, haciendo todo lo posible por pronunciar cada palabra con la máxima claridad.

—Sí, se le notaba mucho. El hombre ese tenía una prisa tremenda. Me pareció clarísimo. Pero seguramente no iba tan rápido como querría, por su pierna.

—¿Sabes dónde tuvo lugar el crimen, en la calle de más abajo? ¿Sabes en qué casa fue?

—Claro. En el número 18. Lo vi en los periódicos.

—¿El hombre ese del teléfono móvil iba en esa dirección?

—Así es. Así es, sin duda. Con la pata coja y el teléfono móvil.

—¿Lo viste salir de algún coche? ¿Lo viste volver por el mismo camino? ¿Volviste a verlo?

—No. No. Y no. ¿Es entretenido el libro este que está leyendo tu hija?

Elínborg no oyó la pregunta. Estaba pensando en vías de escape desde el número 18 y recordó un

sendero que iba desde allí hasta el jardín vecino, y desde este a la calle que había justo por debajo.

—¿Sabrías decirme qué edad podía tener ese hombre? —preguntó.

—No; de eso, ni idea. No conozco a ese hombre. ¿Has pensado que le conocía? No le conozco para nada. No tengo ni idea de cuántos años tiene.

—Dijiste que llevaba gorro.

—¿Es entretenido? —preguntó Petrína por segunda vez, y en vez de responder a Elínborg le devolvió el libro. Estaba ya harta de tanta tontería sobre el hombre que vio cuando estaba asomada a la ventana esperando a los de la eléctrica. Quería hablar de otras cosas, hacer otras cosas.

—Es muy entretenido —dijo Elínborg.

—¿Me lees un trocito? —rogó Petrína, mirando a Elínborg con ojos expectantes.

—¿Que te lea?

—¿Te apetece? Un par de páginas. Tampoco tienen por qué ser muchas.

Elínborg vaciló un instante. A lo largo de sus años de trabajo en la policía se había encontrado en situaciones de lo más variadas y peculiares, pero jamás le habían hecho un ruego tan inofensivo.

—Te voy a leer un trozo —dijo—. Claro que sí.

—Muchas gracias, corazón.

Elínborg abrió el libro por el primer capítulo y empezó a leer sobre las aventuras de los chicos y sus tratos con Róbert, el tullido, que iba entablillado y guardaba un espantoso secreto, y que pretendía deshacerse de todos ellos. No había leído más de diez minutos cuando Petrina se quedó dormida en su sillón, aparentemente feliz y libre

de toda preocupación por el uranio y las ondas electromagnéticas.

Cuando Elínborg se sentó en su coche se decidió a llamar a la compañía eléctrica y le pasaron con una mujer que era especialista en redes eléctricas domiciliarias y en campos electromagnéticos. Le dijo que no era demasiado raro recibir llamadas motivadas por el miedo de la gente a los campos electromagnéticos de sus casas. Conocía perfectamente a Petrína y sus problemas, dijo que había ido a su casa varias veces y que le había sugerido que cambiara el cableado. La técnica reconoció que sus mediciones no mostraban ningún exceso de radiación electromagnética en el piso, y describió a Petrína como un poco tocada del ala pero muy divertida. En Servicios Sociales le

informaron a Elínborg de que Petrína era una de las numerosas personas solitarias a quienes el servicio hacía seguimiento, y que un responsable de la oficina la visitaba con regularidad, y que, aunque era excéntrica y peculiar, la cabeza le funcionaba bien y podía cuidarse sola prácticamente en todos los aspectos de la vida cotidiana.

Elínborg iba a hacer una tercera llamada, esta vez a su casa, cuando le sonó el móvil. Era Sigurður Óli.

—No me gusta nada el *creepy* ese de Eðvarð — dijo—. ¿Puedes venir a comisaría lo antes que puedas?

—¿Qué hay?

—Te espero.

Elínborg solo tardó unos minutos en llegar de Þingholt a la comisaría de policía de Hverfisgata, donde la estaba esperando Sigurður Óli. Lo acompañaba otro colega suyo de la policía de investigación, llamado Finnur, que llevaba muchos años en el cuerpo. Estaban sentados en la cantina charlando cuando tocaron el tema de la investigación del crimen, y salió a relucir el nombre de Eðvarð, y que compró Rohypnol para su amigo Runólfur.

—¿Y? —dijo Elínborg, que se había sentado con ellos—. ¿Qué pasa con Eðvarð?

—Si ha comerciado con Rohypnol, nos viene

muy bien saberlo —dijo Finnur—. Tanto si era para él mismo como si lo hizo para cualquier otra persona.

—¿Por qué? ¿Sabes algo sobre el tal Eðvarð?

—Tú conocías bien el caso. Al principio formaste parte del equipo —prosiguió Finnur—. Erlendur se mostró siempre muy interesado por el caso. Nunca conseguimos encontrar a la chica. Tenía diecinueve años. Desapareció de su casa, en Akranes. La comisaría de allí nos pidió ayuda.

—¿Akranes, dices?

—Sí.

Elínborg miró a Finnur y luego a Sigurður Óli.

—Espera... ¿me estás hablando de Lilja? ¿Estás hablando de la chica de Akranes?

Finnur asintió.

—Supimos que Eðvarð la conocía —dijo Sigurður Óli—. Era profesor del Instituto de

Secundaria Combinada de Akranes cuando la chica desapareció. Fue uno de los que interrogó Finnur. Se acordó de él en cuanto empecé a hablar de él, aunque ignoraba que Eðvarð hubiera comprado en el mercado negro la droga de las violaciones.

—Si conozco a Valur es seguro que debió de estudiar muy bien el asunto, porque es un auténtico submarino —dijo Finnur—. Es muy astuto y receloso. Se dice que ha dejado de trapichear, pero sospechamos que sigue traficando con mercancías robadas y que vende toda clase de drogas. Dudo que nadie pueda llamar a la puerta de Valur así como así para comprarle droga, se trate de drogas con prescripción médica o de cualquier otra clase. Esto solo puede ser la punta del iceberg.

—Valur afirmó que no le había visto nunca —

dijo Elínborg.

—Nada de lo que diga Valur tiene por qué ser cierto —aclaró Finnur—. Podían haberse visto todos los días.

—Pero la descripción coincidía. Nos dio la descripción de Eðvarð.

—Quizá sea porque quiere que lo quitemos de la circulación. Es posible que tema algo de Eðvarð. Tenéis que hablar con Valur otra vez. Para saber si en realidad no se conocían mejor de lo que está dispuesto a reconocer. Hacer que identifique a Eðvarð. Que informe de sus negocios con él.

—Ni me planteo que nadie sea capaz de tenerle miedo a Eðvarð —dijo Sigurður Óli—. Es un pobre hombre.

—¿Crees que Eðvarð desempeñó algún papel en la desaparición de Lilja? —preguntó Elínborg.

Finnur se encogió de hombros.

—Él fue uno de los muchos que interrogamos. Hablamos prácticamente con todos.

—¿Era profesor suyo?

—El invierno en que desapareció, no, pero el anterior ella había asistido a sus clases —dijo Finnur—. No está nada claro si alguien tuvo que ver con la desaparición. Yo no puedo decir nada al respecto. En la investigación no surgió nada que pudiera indicar si se había cometido un delito o si la chica se quitó la vida sin motivo evidente. O si sufrió un accidente que no pudimos explicar de ninguna forma.

—Eso fue hace seis o siete años, ¿no?

—Seis —respondió Finnur—. Fue en 1999. Me acordé del Eðvarð ese cuando Siggi mencionó su nombre y se puso a describirlo. Hablamos con los profesores, y él lo era. Yo mismo hablé con él.

Recuerdo que vivía en Reikiavik y que iba de aquí a Akranes por la mañana y regresaba por la tarde. Siggi dijo que ahora daba clases en el colegio de Breiðholt.

—Hace cuatro años, desde que dejó de trabajar en Akranes —dijo Sigurður Óli—. Y no me llames Siggi.

—Runólfur y él eran amigos —dijo Elínborg—. Según me contó Eðvarð, eran muy amigos.

Recordó el caso de la chica de Akranes. La policía de la ciudad recibió la denuncia de su madre, que estaba muy preocupada porque llevaba más de veinticuatro horas sin ver a su hija, ni tener noticia alguna de ella. La hija se llamaba Lilja y vivía con sus padres. Había salido de casa para ir a ver a una amiga. Lilja dijo que pensaban ir juntas al cine y que probablemente se quedaría a dormir en su casa, como tenía por costumbre. Era viernes.

Lilja no tenía móvil, pero su madre llamó el sábado por la tarde a su amiga, que dijo que, efectivamente, había pensado ir al cine con Lilja pero que al final no supo nada de ella. La amiga pensó que Lilja se habría ido a casa de sus abuelos.

El domingo, al ver que seguían sin tener noticias de Lilja, pusieron la denuncia y enviaron una foto a todos los medios de comunicación, pero sin ningún éxito. Se llevó a cabo una extensa búsqueda, pero ni esta ni la posterior investigación sacaron prácticamente nada a la luz. Lilja estudiaba en el instituto de secundaria y tenía una vida de lo más normal, asistía al colegio y los fines de semana salía con sus amigas o los pasaba en casa de sus abuelos maternos, que criaban caballos y tenían una granja cerca de allí, en Hvalfjörður. Era una estupenda amazona, trabajaba

en la granja durante el verano y soñaba con dedicarse por completo a ello algún día. Que se supiera, nunca había tenido problemas ni de alcohol ni de estupefacientes. No tenía novio, pero sí un buen grupo de amigas que se quedaron hechas polvo cuando ella desapareció. Se llevaron equipos especializados de búsqueda y rescate para buscarla, y los habitantes de Akranes participaron también en la búsqueda que se realizó cerca de la ciudad. No encontraron a Lilja ni se supo nada que pudiera apuntar a ella o a lo sucedido aquel viernes en Akranes.

—¿Sus amigas no sabían nada? —preguntó Elínborg.

—No —dijo Finnur—. Lo único que les sacamos fue que no creían que Lilja se hubiera suicidado. Les parecía la más descabellada de las hipótesis. Apostaban más bien por un accidente, o

simplemente por que la hubiera matado alguien. Nunca pudimos encontrar una respuesta.

—Como es lógico, no recordarás lo que dijo Eðvarð entonces, ¿o sí? —preguntó Elínborg.

—Puedes verlo en el archivo, allí están todos los informes del caso —respondió Finnur—. Por supuesto, no fue muy diferente de lo que dijeron los demás profesores: que era buena estudiante, trabajadora, y que no tenían ni idea de qué pudo haberle sucedido.

—Pero luego resulta que Eðvarð está a la caza de una droga para violar, ¿no?

—Yo solo quería que lo supieses —dijo Finnur—. Me resulta sospechoso que esté relacionado de alguna forma con el tal Runólfur. Un hombre que trabajaba en un instituto de Akranes cuando desapareció aquella chica. Un hombre que compra

Rohypnol. Creo que deberíamos hacer más averiguaciones.

—Claro que sí —dijo Elínborg—. Muchas gracias. Estaremos en contacto.

—Tenme al tanto de la investigación —dijo Finnur, y se despidió.

—Estoy pensando... —dijo Elínborg, que desapareció entre sus propios pensamientos a mitad de la frase.

—¿El qué? —preguntó Sigurður Óli.

—Esto le da un nuevo giro al caso —dijo Elínborg—. Esos dos, Runólfur y Eðvarð, y la chica de Akranes. ¿Y si las dos cosas están conectadas de alguna forma?

—Pero ¿cómo?

—No lo sé. ¿Es posible que Runólfur supiera algo de Eðvarð y lo chantajeara? ¿Que Eðvarð se viera obligado a librarse de él por ese motivo?

¿Es posible que la droga que encontramos en Runólfur fuera de Eðvarð, y que Runólfur se la hubiera quitado? ¿Que tuviera intención de usarla él?

—¿Me estás diciendo que no tenía por qué haber una mujer en su casa la noche en que lo degollaron?

—¿Y si hubo una especie de ajuste de cuentas entre los dos?

—¿Entre Runólfur y Eðvarð?

—¿Y si Runólfur lo había amenazado con hablar de algo que él sabía? ¿Chantajeaba a Eðvarð? ¿Es posible que Runólfur hubiera descubierto algo extraño sobre Eðvarð y le hubiera amenazado con delatarlo?

—Por supuesto, Eðvarð puede mentir todo lo que le apetezca —dijo Sigurður Óli—. Sabe que encontraron el Rohypnol en casa de Runólfur.

Salió en las noticias. No le cuesta lo más mínimo asegurar que lo compró para Runólfur.

—Gracias a ti, en parte —replicó Elínborg, incapaz de resistirse a la tentación.

—No, lo que digo es que tenía preparada esa declaración mucho antes de que lo visitáramos. ¿Vamos a por él?

—No, de momento no —dijo Elínborg—. Tenemos que prepararnos mejor. Hay que volver a hablar con Valur. Voy a estudiar los informes de la chica de Akranes. Y luego volveremos a verlo de nuevo.

Elínborg sacó del archivo los informes de la policía sobre la desaparición de Lilja. En ellos se decía que Eðvarð enseñaba ciencias exactas en el Instituto de Educación Secundaria Combinada de Akranes. Su declaración era muy breve y no había nada contra él. Dijo que no tenía ni idea de adónde

había ido Lilja el viernes en que desapareció. La recordaba bien como alumna, le había dado clases el invierno anterior, dijo que no era estudiante de matrícula pero sí tranquila y simpática. Dijo que el viernes acababa las clases pronto y que se iba a Reikiavik, donde vivía.

Eso era todo.

La búsqueda del hombre cojo al que Petrína había visto dirigirse a toda prisa hacia el número 18 de una calle de Þingholt no tuvo mucho éxito, pues la testigo no era demasiado fiable y su testimonio era muy fragmentario. Elínborg pensó en que podía ser útil recurrir a un cirujano ortopedista y describirle la pierna del hombre en cuestión. El entablillado podía indicar una simple rotura de pierna, pero también alguna otra cosa de más envergadura.

La especialista, una mujer llamada Hildigunnur, recibió a Elínborg en su consulta. Tenía unos cuarenta años, era rubia y de compleción fuerte, lo que delataba su forma de vida sana y deportiva.

Mostró considerable interés por las preguntas de Elínborg, quien le había informado de forma genérica por teléfono para que supiera de qué se trataba.

—¿Y qué clase de entablillado es exactamente el que estás buscando? —preguntó Hildigunnur cuando estuvieron las dos sentadas en el despacho.

—Pues el caso es que no lo sabemos —dijo Elínborg—. La descripción es muy imprecisa y, para serte sincera, el testigo no es de los mejores. Una pena.

—Pero puede que el testigo viera unas varas metálicas, ¿verdad?

—En realidad dijo que había visto una antena, pero yo pensé que podía tratarse de tablillas, seguramente metálicas, sujetas a la pierna. El hombre llevaba pantalones de chándal, al parecer abiertos o doblados hasta la rodilla.

—¿Llevaba zapatos ortopédicos? ¿Cojeaba como si los llevara?

—Podría ser, pero no lo sabemos.

—Si ese individuo llevaba una prótesis, lo primero que se me ocurre es que tuviera pies varos o zambos. Obligan a usar determinados accesorios en el calzado. Bueno, otra posibilidad es que se tratara de una enfermedad degenerativa, incluso atrofia muscular, o quizá podía haberse sometido a cirugía regenerativa, tal vez *arthrodesis*.

Elínborg no pilló la última palabra.

—Quizá te refieras a las valvas, un aparato ortopédico largo con cierres sobre la extremidad inferior, ¿es posible?

Elínborg la miró.

—No suena mal —dijo.

—Pero también podría tratarse de una simple

fractura de pierna —dijo Hildigunnur con una sonrisa.

—Lo hemos tenido en cuenta —dijo Elínborg—, pero no hemos encontrado nada útil. La policía ha examinado los informes de fracturas y otras heridas en las piernas que se produjeron varias semanas antes, pero no ha habido suerte.

—Bueno, pues si seguimos fantaseando, hay otras afecciones de la pierna, por ejemplo la poliomielitis, bien conocida en nuestro país. Solo llevaba valvas en una de las piernas, ¿es así?

—Sí, de acuerdo con lo que hemos podido saber.

—¿Sabes la edad aproximada de ese hombre?

—Exactamente no, lo siento.

—El último caso de polio en Islandia se produjo en el año 1955. Empezaron la campaña de vacunación al año siguiente, 1956, y se erradicó.

—De modo que, si se trata de poliomielitis, debe de tener más de cuarenta años, ¿verdad?

—Sí, aunque también podríamos hallarnos ante la llamada enfermedad de Akureyri.

—¿La enfermedad de Akureyri?

—Fue una enfermedad contagiosa que tenía algunas características de la polio y que se pensó que estaba relacionada con ella. El primer caso se identificó en 1948 en las proximidades de Akureyri. Si no recuerdo mal, enfermó en torno al siete por ciento de los habitantes de la ciudad y afectó con especial virulencia al Instituto de Bachillerato de Akureyri. De los que vivían allí internos. Pero no creo que la gente quedara con minusvalías a causa de esa enfermedad. Aunque podría estar equivocada.

—¿Hay informes sobre los afectados, digamos, de poliomielitis?

—Sin ninguna duda, tendrían que existir. A muchos de los enfermos los enviaron a la Clínica de Infecciosos de Reikiavik. A lo mejor puedes preguntar en el servicio nacional de salud. Quizá conserven aún los informes.

Elínborg no pudo llegar a casa para la cena. Telefonó a Teddi para decirle que estaba ocupada y que no sabía cuándo podría quedarse libre. Teddi estaba acostumbrado a esas explicaciones y le dijo que no se preocupara. Estuvieron charlando un ratito. Elínborg le pidió que se ocupara de que Theodóra llevase a la escuela las cosas de hacer punto para el día siguiente, pues tenía que tejer quince hileras para la clase de la mañana. Theodóra les profesaba una singular aversión a las labores manuales, se tratara de carpintería o de

costura. Elínborg había tenido que tejer casi todos los gorros que le mandaban a su hija como deberes.

Concluyó la conversación telefónica, se metió el móvil en el bolsillo y llamó al timbre de la puerta. Oyó el sonido del timbre dentro de la casa. Transcurrió un buen rato sin que sucediera nada. Volvió a llamar y oyó algunos sonidos leves en el interior, y al final la puerta se abrió. Apareció una mujer bastante desgreñada que llevaba puesto un albornoz blanco. Elínborg le dio las buenas tardes.

—¿Está Valur? —preguntó.

—¿Quién eres tú?

—Soy de la policía. Me llamo Elínborg. Hablé con él hace muy poco.

La mujer se quedó mirándola un buen rato, pero después llamó a Valur a gritos y le dijo que le buscaban.

—¿Utiliza su domicilio particular para las ventas? —soltó Elínborg sin pararse a pensarlo.

La mujer la miró como si no entendiera la pregunta.

Valur llegó a la puerta.

—¿Tú? —dijo.

—¿Te hace un paseíto en coche conmigo? —preguntó Elínborg.

—¿Quién es esa? —preguntó la mujer del albornoz.

—No es nada —dijo Valur—. Entra, yo me ocupo.

—¡Sí, claro, tú te ocupas de todo! —exclamó la mujer, llena de desprecio, y entró en la casa, donde se oía el llanto de un niño.

—¿Es que no puedes dejarme en paz? —le reprochó Valur—. ¿Estás sola? ¿Dónde está el idiota que vino contigo?

—No tardaremos nada —dijo Elínborg, que esperaba no haber despertado al bebé al llamar al timbre—. Solo será un paseíto en coche —añadió.

—¿Un paseíto en coche, adónde? ¿Qué gilipollez es esta?

—Ya lo verás. Puedes ganar puntos con la policía. Imagino que un hombre en tu situación necesita puntos a los que echar mano.

—Yo no trabajo para vosotros —dijo Valur.

—¿Ah, no? Pues justamente acaban de decirme que sí trabajas para nosotros. Que te encanta colaborar, aunque ahora me recibas como un auténtico cretino. Un amigo mío de la brigada antidrogas me dijo que les das soplos sobre algún que otro colega tuyo. Me contó que si te lo mencionaba, no serías tan cabezota. También puedo buscarlo y entonces nos vamos los tres juntos, pero prefiero no molestarlo a menos que

sea absolutamente necesario. Él es padre de familia, igual que tú.

Valur reflexionó un momento.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó entonces.

Le esperó en el coche y, cuando salió por fin, fue con él en dirección a la casita de Vesturgata donde vivía Eðvarð. En el camino le explicó a Valur lo que iban a hacer. Era pan comido: él no tenía más que decir la verdad. Elínborg no quería obligar a Eðvarð a acudir a comisaría para que Valur lo identificase como el hombre que se hacía llamar Runólfur y que le había comprado Rohypnol. No quería perturbar en exceso su tranquilidad ni ponerlo nervioso. Al menos, por el momento. Al mismo tiempo, quería confirmar que era él quien negoció con Valur. Había hablado más con su amigo de la brigada antidroga, quien después de mucho presionarle reconoció que la

brigada y Valur tenían ciertos intereses comunes. Las dos partes querían reducir las ventas de droga en las calles de la ciudad, aunque por motivos distintos por completo. El amigo de Elínborg negó tajantemente que estuvieran dejando trabajar a Valur sin molestarlo, digamos que amparado bajo el ala de la brigada. De eso, ni hablar.

—Pero sabéis que le vende a la gente la droga de los violadores —dijo Elínborg.

—Primera noticia —fue la respuesta.

—Venga, hombre. Lo sabéis todo sobre ese hombre.

—Ha dejado de vender, eso lo sabemos. Sin embargo, aún posee muchos contactos en el mundo de la droga. Son cosas que tenemos que valorar debidamente. Estas cosas son siempre muy complejas. Deberías saberlo tan bien como yo.

Elínborg se detuvo a unos pocos metros de la

casa de Eðvarð y apagó el motor. Valur estaba sentado en el asiento del pasajero.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó.

—No —respondió Valur—. ¿Podemos acabar ya con esto?

—Aquí vive el hombre que dijo llamarse Runólfur. Tienes que confirmarme si estamos hablando de la misma persona. Voy a hacer que salga a la puerta. Deberías reconocerlo sin problemas.

—¿Y luego nos podemos largar?

Elínborg llegó a la casa y llamó a la puerta. A través de los finos visillos de la ventana se traslucía el resplandor de la televisión. Los había visto cuando fue con Sigurður Óli. En tiempos fueron blancos, pero ya estaban marrones de suciedad. Volvió a llamar, con más fuerza esta vez, y esperó impaciente. El viejo cacharro de Eðvarð

seguía aparcado al lado de la casa, igual que la vez anterior.

Por fin se abrió la puerta y apareció Eðvarð.

—Hola de nuevo —dijo Elínborg—, y perdona que te moleste, es una torpeza mía pero cabe la posibilidad de que me dejara el bolso cuando estuvimos ayer aquí. Era un bolso de piel, de color marrón. ¿Está aquí?

—¿Tu bolso? —preguntó Eðvarð, extrañado.

—O lo he perdido o me lo han robado. No lo entiendo. Este es el único sitio que me queda por mirar. ¿No lo habrás visto?

—No, lo siento —dijo Eðvarð—. Aquí no está.

—¿Estás seguro?

—Sí. Tú bolso no está aquí.

—¿Te... te importaría echar un vistazo? Yo te espero aquí.

Eðvarð se quedó mirándola un buen rato.

—No hace ninguna falta. No está aquí. ¿Querías algo más?

—No —respondió Elínborg con cara de pena—. Perdona la molestia. No llevaba mucho dinero, pero tendré que renovar las tarjetas y el carné de conducir y...

—Ya... Lo siento —dijo Eðvarð.

—Muchas gracias.

—Adiós.

Valur la estaba esperando en el coche.

—¿Crees que te habrá visto? —preguntó Elínborg cuando puso el motor en marcha y abandonó el aparcamiento.

—No, no me vio.

—¿Era él?

—Sí, era el mismo hombre.

—¿El hombre que dijo llamarse Runólfur y que te compró Rohypnol?

—Sí.

—Dices que solo fue a verte una vez, hace seis meses. Dijiste que no lo conocías, que no lo habías visto nunca. Que un primo suyo lo había enviado a verte. ¿No será mentira todo eso?

—No.

—Es de extrema importancia que digas la verdad en este caso.

—Déjame en paz. No tengo nada más que decir. Me importa un carajo el caso en que estéis trabajando. Me importa una mierda lo que pueda ser o no ser importante para ti. Llévame a casa, y vale ya.

Fueron en silencio el resto del camino. Valur se apeó del coche delante de su bloque sin decir una palabra y cerró de un portazo. Elínborg se marchó camino de casa, sumida en sus pensamientos. En la radio sonaba una canción extranjera, de una

cantante que siempre le había gustado mucho... «Susurro tu nombre pero no hay respuesta...». Pensó en Eðvarð y en la chica de Akranes, y si cabía la posibilidad de que él supiese algo de la desaparición que había tenido lugar hacía seis años. Lo había comprobado exhaustivamente ese mismo día: Eðvarð nunca había tenido problemas con la ley. Su relación con Runólfur podía ser la clave de lo sucedido en el apartamento del muerto, pero no se podían sacar demasiadas conclusiones del hecho de que Eðvarð utilizara el nombre de su amigo cuando compró Rohypnol seis meses antes. Era posible que Eðvarð proveyera a Runólfur de droga con prescripción médica. ¿Desde cuándo? ¿Con qué objeto? ¿Eðvarð la utilizaba también? ¿Quién era el hombre al que Petrína vio corriendo en dirección a la casa del número 18 de aquella calle de Þingholt? Elínborg daba crédito a lo que

dijo sobre aquel hombre, aunque algunas cosas resultaran bastante ambiguas. ¿Por qué tenía tanta prisa? ¿Había visto algo? ¿Tenía alguna relación con la mujer del *tandoori*? ¿Estaba segura la policía de que había estado en el apartamento de Runólfur? ¿Era algo más que un simple testigo? ¿Era él la persona que agredió a Runólfur?

Dejó el coche delante de su casa y se quedó sentada en él durante un buen rato, en silencio, reflexionando sobre esas y otras cuestiones, sin encontrar respuesta a ninguna de ellas. Tenía remordimientos por haber desatendido a su familia los últimos días. No era solo que no estuviera nunca en casa, es que hasta su mente estaba atada al trabajo las pocas horas que pasaba con su familia. Le pareció intolerable, y se enfadó consigo misma. Los casos difíciles eran así. No daban tregua. Con el paso de los años iba

buscando cada vez más la paz de ánimo que le proporcionaba su vida familiar con Teddi. Quería sentarse con Theodóra y ayudarla a hacer punto. Quería conocer mejor a Valþór y comprender por qué se estaba transformando en un joven que no tardaría mucho en irse de casa. Probablemente la abandonaría por completo, con la excepción de alguna que otra llamada telefónica en la que ni ella ni él tendrían nada que decir. Alguna visita de vez en cuando. Quizá lo había desatendido en los difíciles años de la adolescencia porque anteponía su trabajo a todo lo demás, se ocupaba de él mañana y tarde, quizás incluso con más aplicación que a su propia gente. Sabía que no podía volver atrás, pero podía intentar mejorar un poco las cosas. Quizá fuera ya demasiado tarde. ¿Quizá solo podría saber algo de él por medio de su blog? Ya no sabía qué hacer con él.

Había leído un poco de su blog unas horas antes, cuando estaba en comisaría. Comentaba un partido de fútbol que había visto en televisión; una discusión política, en un popular programa de debates, sobre la defensa del medio ambiente, en la que se había puesto claramente en favor de los capitalistas, según le pareció a Elínborg; hablaba de profesores de su instituto a los que no podía ni ver y, finalmente, de su madre, que nunca lo dejaba en paz, igual que a su hermano, que se había escapado del país y vivía ahora en Suecia con su verdadero padre. «Le envidio un montonazo — escribía Valpór—. Estoy pensando en buscarme una habitación —continuaba—. No aguanto esto ni un minuto más».

«¿Esto qué es? —pensó Elínborg—. Hace semanas que no tenemos ni una charla».

Elínborg hizo clic sobre un enlace que decía

«Comentarios (1)» y vio cinco palabras:

«Las madres son un coñazo».

El hombre se quedó con la mirada clavada en Elínborg, que estaba en el rellano. Estaban en un bloque de apartamentos de Kópavogur. Él no se mostró nada dispuesto a dejarla pasar, de modo que Elínborg no tuvo más remedio que decirle en el descansillo de qué se trataba, aunque le informó con considerable torpeza. Había conseguido una lista con los nombres de unas veinte personas que estuvieron ingresadas por un tiempo en Contagiosos, como llamaban al Hospital de Enfermedades Infecciosas de Reikiavik. Eran los últimos enfermos contagiados de poliomielitis

antes de que se implantara la vacunación contra esa enfermedad a mediados del siglo pasado.

El hombre se mostraba muy receloso y medio tapado por la puerta, de modo que al principio Elínborg no pudo ver si llevaba valvas ortopédicas en una pierna. Le dijo que la policía quería hablar con unas cuantas personas que habían estado ingresadas en Contagiosos durante su infancia. Era en relación con un delito cometido en la ciudad, más exactamente en Bingham.

El hombre la escuchó y preguntó más detalles sobre lo que estaba buscando exactamente, y ella se lo dijo: buscaba a un hombre que tal vez llevaba un aparato ortopédico en una pierna.

—Pues entonces, conmigo no tienes por qué hablar —dijo el hombre, que abrió más la puerta para que pudiera ver sus dos piernas. No llevaba valvas.

—¿Recuerdas a algún chico que estuviera en Contagiosos a la vez que tú y que probablemente tuviera que usarlas, o sea, de mayor?

—Eso no es asunto tuyo, amiga —respondió el hombre—. Y adiós.

Así concluyó la conversación. Aquel hombre era el tercer individuo, de los relacionados con Contagiosos, con el que hablaba Elínborg. Todos habían sido muy amables con ella, excepto el último, aunque no pudo sacar nada en claro.

El siguiente nombre de la lista era un señor que vivía en un adosado de Vogar y que se mostró plenamente dispuesto a cooperar en cuanto supo el motivo de la visita de Elínborg. La recibió con amabilidad y la invitó a entrar en su casa. No llevaba aparato ortopédico en las piernas, pero Elínborg se percató enseguida de que tenía inutilizado el brazo izquierdo.

—La gente se infectó de polio en esa última epidemia que asoló toda Islandia —explicó el hombre, que se llamaba Lúkas. Estaba ya cerca de los setenta años, era delgado y de movimientos ágiles—. Yo tenía catorce años y vivía en Selfoss, y siempre recordaré lo terriblemente enfermo que estuve, te lo aseguro. Me dolía todo el cuerpo como si padeciera una gripe horrible, y me quedé paralizado de la cabeza a los pies. Era incapaz de moverme. No me he sentido peor en toda mi vida.

—Tuvo que ser una enfermedad espantosa —dijo Elínborg.

—No hubo absolutamente nadie que pensara que se trataba de poliomielitis —respondió Lúkas—. Esa idea no se le pasó a nadie por la cabeza. La gente pensaba que se trataba de la habitual epidemia de gripe. Pero se acabó por saber lo que era en realidad.

—¿Y te trasladaron al Hospital de Enfermedades Infecciosas?

—Sí, me pusieron en cuarentena en cuanto se supo el diagnóstico exacto, y me mandaron a Reikiavik, a esa casa que todos llamaban Contagiosos. La gente procedía de todas partes del país y en su mayoría eran niños y adolescentes. Estoy convencido de que tuve mucha suerte. Me recuperé casi por completo, aproveché a fondo los servicios de rehabilitación que se instalaron muy cerca de Contagiosos, en la calle Sjafnargata, pero no conseguí recuperar el uso del brazo.

—¿Recuerdas hombres, o chicos que estuvieran en Contagiosos y que usaran aparato ortopédico? No tengo claro si valvas o algo parecido.

—No estoy seguro de cómo acabaron al final los que conocí allí. Enseguida pierdes el contacto con la gente. De modo que en eso no voy a poder

ayudarte. Pero lo que sí te puedo decir es que los que estaban allí, los chicos con los que coincidí, no estaban dispuestos a rendirse.

—Como es lógico, la gente se enfrenta de modos muy diversos a lo que les toca en suerte —dijo Elínborg.

—Muchas veces digo que nuestros futuros los pusieron a plazo, pero que podríamos recuperarlos, y lo hicimos. Creo que la idea más habitual era que no podíamos dejarnos destruir por la enfermedad. A nadie se le ocurrió siquiera la posibilidad de rendirse. A nadie se le pasó semejante idea por la cabeza.

Elínborg atravesó el túnel de Hvalfjörður y llegó a Akranes. Condujo todo el rato en dirección norte. Tenía una cita con los padres de Lilja, la chica

desaparecida. Habló con la madre, que llamaba de tanto en tanto a la policía para saber si se había producido alguna novedad relativa al caso de su hija. Cuando supo que la policía quería hablar con ella sobre el caso de Lilja, quedó profundamente emocionada y expectante, pero Elínborg se apresuró a decirle que no había novedades, que por desgracia no habían aparecido pistas nuevas. La única finalidad de su visita era reconstruir lo sucedido con la mayor precisión y averiguar si los padres de Lilja tenían alguna novedad que pudiera ser útil para la investigación.

—Yo creía que el caso estaba cerrado —dijo la mujer por teléfono.

—Sí, no hay nada nuevo, no hemos avanzado lo más mínimo.

—¿Y qué es lo que buscas, entonces? —

preguntó la mujer, que se llamaba Hallgerður—. ¿Para qué me llamas?

—Tengo entendido que nos llamas de cuando en cuando a preguntar por el caso —respondió Elínborg—. Un colega mío mencionó a Lilja el otro día, tuve algo que ver con la búsqueda en su momento, y se me ocurrió que a lo mejor podrías refrescarme la memoria con respecto a un par de asuntos. Repasar lo sucedido. Estamos intentando saber lo más posible de casos como este. Siempre estamos intentando saber más.

—Sí, claro, entiendo —dijo la mujer por teléfono.

Estaba esperando la visita y ya tenía abierta la puerta antes de que Elínborg saliera del coche. Se saludaron en el umbral. Hacía un frío gélido y la mujer la invitó a entrar. Era un poco mayor que Elínborg, muy delgada y tenía aspecto de ser una

persona muy temperamental. Le inquietaba la visita de la policía. Dijo que estaba sola. Su marido trabajaba de maquinista en un barco y esa misma mañana se había hecho a la mar. Vivían en un viejo chalé con un gran jardín, maltratado por el otoño. En el salón había una foto grande de Lilja, tomada dos años antes de su desaparición. Elínborg recordó que era aquella la foto que apareció en los periódicos en el momento álgido de la búsqueda. Mostraba el rostro jovial de una chica joven, morena, con hermosos ojos castaños. La foto estaba en un marco fúnebre, negro, encima de una preciosa cómoda. Una velita parpadeaba inquieta delante de la foto.

—Era una niña de lo más normal —dijo Hallgerður una vez se sentaron—. Una chica preciosa, maravillosa. Le interesaban todas las cosas habidas y por haber, y le encantaba pasar el

tiempo con sus abuelos en Hvalfjörður. Allí no hacía más que estar con los caballos. Tenía muchas amigas aquí, en el pueblo. Puedes hablar con Áslaug. Estuvieron siempre juntas, desde la época de la guardería. Trabaja aquí, en una panadería. Ya tiene dos hijos. Se casó con un chico estupendo de Borgarnes. Áslaug es de lo más especial. Siempre se ha mantenido en contacto con nosotros, viene a visitarnos y a charlar. Nos trae a sus dos niñas, que son de lo más preciosas.

En sus palabras se notaba una nostalgia que no le pasó desapercibida a Elínborg por tenue y delicada que fuera.

—¿Qué crees que pudo pasar? —preguntó Elínborg.

—Esa pregunta me ha estado atormentando todos estos años, y lo único que sé ahora a ciencia cierta es que fue voluntad de dios. Ahora sé que

está muerta y me he hecho a la idea y sé que está con dios. No tengo ni idea de qué es lo que pasó. No sé más que vosotros.

—¿Iba a pasar la noche en casa de una amiga suya?

—Sí, en casa de Áslaug. Habían estado hablando de quedar esa tarde para ir a ver una película. Era habitual que se quedaran a dormir una en casa de la otra, sin necesidad de avisar. A veces, Lilja llamaba para decir que estaba en casa de Áslaug y que iba a dormir allí.

—¿Cuándo hablasteis con ella por última vez?

—El viernes mismo en que desapareció. Hasta luego, dijo. Eso fue lo último que me dijo. Hasta luego. Unas palabras sin la más mínima importancia. Como son las palabras cuando no hay nada importante que decir. Eso era lo único que quería decirme, creo. Adiós, cariño, le dije yo.

Eso fue un consuelo para mí, más tarde. Adiós, cariño. Eso fue todo.

—¿No estaba deprimida durante los días anteriores, ni había tenido ningún disgusto serio?

—Para nada. Lilja no se deprimía. Siempre estaba contenta y positiva, y dispuesta a dar todo lo que tenía. Iba directa al asunto y tenía esa inocencia de la gente verdaderamente buena. Se relacionaba muy bien con los demás y nunca desconfiaba de nadie. Es que era así. Confiaba en la gente. No creía que hubiera nada malo en nadie, pues nunca había tenido la mala suerte de conocerlo. Solo conoció gente buena.

—Se ha hablado mucho de acoso escolar y se intenta luchar contra él —aventuró Elínborg.

—Nunca tuvo nada parecido —dijo Hallgerður.

—¿Y le iba bien en el colegio?

—Sí. Lilja tenía facilidad para aprender. Las

matemáticas eran su asignatura favorita y hablaba de hacer alguna carrera de ciencias: física o matemáticas. También tenía ganas de viajar al extranjero, le apetecía mucho ir a Estados Unidos. Decía que allí estaban los mejores centros para esas especialidades.

—¿La enseñanza de esas materias era buena aquí?

—Eso creo. Nunca la oí quejarse.

—¿Hablaba de las clases? ¿Y de los profesores o cosas por el estilo?

—No.

—¿Mencionó alguna vez a un profesor llamado Eðvarð?

—¿Eðvarð?

—Le daba ciencias exactas —aclaró Elínborg.

—¿Por qué preguntas por él?

—Es que...

—¿Conocía a mi hija?

—Le dio clases el invierno antes de la desaparición. Lo conozco, eso es todo. Sabía que estuvo dando clases aquí en esa época.

—Ella no me habló de ningún Eðvarð. ¿Está aquí, en la ciudad? No recuerdo que ella nunca hubiera hablado especialmente de ese hombre. Ni tampoco de otros profesores.

—No, claro, solo se me ocurrió preguntártelo porque lo conozco. Eðvarð vive en Reikiavik. Iba de allí aquí y volvía todos los días. Era bastante joven cuando daba clases en el instituto de aquí. Tiene un amigo que se llama Runólfur. ¿Recuerdas si Lilja pudo mencionarle alguna vez?

—¿Runólfur? ¿Ese también es amigo tuyo?

—No —respondió Elínborg, dándose cuenta de que se había puesto en una situación comprometida. No se atrevía a decirle la verdad a

Hallgerður ni explicarle que sospechaba de la posibilidad de que hubiese algún vínculo entre el caso de Lilja y el del presunto violador de Reikiavik. No quería alterar a aquella mujer, y además apenas tenía nada en que basarse. Pero, por otro lado, quiso mencionar los nombres por si obtenía alguna reacción positiva.

—¿Por qué me estás preguntando ahora por Lilja y mencionando a esos hombres? —preguntó Hallgerður—. ¿Ha surgido algo nuevo que no me quieres contar? ¿Qué es lo que pretendes?

—Lo siento —dijo Elínborg—. Seguramente no habría debido mencionar esos nombres. No tienen nada que ver con la desaparición de Lilja.

—Yo no los conozco para nada.

—No, eso suponía.

—¿Runólfur? ¿No se llamaba así ese que mataron en Reikiavik?

—Sí.

—¿Se trata de él? ¿Es ese el hombre por el que preguntas?

Elínborg titubeó.

—El Eðvarð ese conocía a Runólfur —dijo.

—¿Que conocía a Runólfur? ¿Y por eso has venido? ¿El caso de Runólfur tiene alguna relación de alguna clase con el de mi Lilja?

—No —respondió Elínborg—. No hay nada nuevo en el caso de Lilja. Lo único que sabemos es que Eðvarð y Runólfur eran amigos.

—Yo no los conozco, jamás he oído esos nombres.

—No, eso es lo que imaginaba yo.

—¿Qué tienen que ver con Lilja?

—Nada.

—Pero ¿no has venido para preguntar eso precisamente?

—Solo quería saber si habías oído esos nombres alguna vez. Eso era todo.

—Es bueno saber que aún seguís acordándoos de Lilja.

—Hacemos todo lo que podemos.

Elínborg se apresuró a cambiar de tema, pasó a preguntar por la vida cotidiana de Lilja y le aseguró a su madre que la policía estaba alerta por si aparecían nuevas pistas en el caso, por muchos años que hubieran pasado. Estuvo un buen rato con la mujer y se despidió de ella cuando ya empezaba a oscurecer. Hallgerður la acompañó hasta el coche y se quedó parada junto a él, en medio de un fuerte viento helado del norte, sin aparentar que lo sentía.

—¿Has perdido alguna vez de esta forma a alguna persona muy querida? —le preguntó a Elínborg.

—No, de esta forma no, si te refieres a...

—Es como si el tiempo se detuviera. Y no se vuelve a poner en marcha hasta que logramos saber lo que sucedió.

—Desde luego es espantoso que suceda algo así.

—Lo más triste es que nunca se acaba, no podemos despedirnos de ella como Dios manda, porque no sabemos absolutamente nada —dijo Hallgerður, con una sonrisa triste mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Con Lilja desapareció algo que nunca podremos recuperar.

Se pasó una mano por el pelo.

—Quizá nosotros mismos.

La panadería donde trabajaba Áslaug estaba tranquila. Junto a la puerta había una campanita

que sonó de forma bastante poco agradable al entrar Elínborg en el local. Era lo último que hacía antes de abandonar el pueblo. El viento del norte había arreciado tanto que casi metió a Elínborg en la panadería de un empujón. La inundó el delicioso olor a pan y bollos recién hechos. Una mujer joven con delantal estaba en el mostrador, cobrándole a un señor. Cerró la caja y dirigió una sonrisa a Elínborg.

—¿Tienes chapatas? —preguntó Elínborg.

La mujer miró los estantes.

—Sí, me quedan dos.

—Me las llevo. Y un pan de molde de trigo integral; cortado, por favor.

La mujer del mostrador puso las chapatas en una bolsa y sacó el pan de trigo integral. Llevaba una plaquita con el nombre en el delantal. Áslaug. Estaban solas en la panadería.

—Aquí tienes —dijo la joven.

Elínborg le dio su tarjeta de crédito.

—Tengo entendido que eras muy buena amiga de la pobre Lilja, ¿es así? —dijo Elínborg—. ¿No eres tú Áslaug?

La mujer la miró y pareció darse cuenta inmediatamente de a qué se refería Elínborg.

—Sí, sí —asintió, dando un golpecito con el dedo sobre la plaquita del nombre—. Me llamo Áslaug. ¿Conocías a Lilja?

—No, soy de la policía de la capital y pasaba por aquí —dijo Elínborg—. Estuve hablando con un colega mío de aquí y nos pusimos a hablar de Lilja y de cómo desapareció sin dejar el menor rastro. Me dijeron que tú eras su mejor amiga.

—Sí —dijo Áslaug—. Lo era. Éramos... Era una chica estupenda. ¿Es que estuvisteis hablando de nosotras?

—La desaparición de Lilja salió a relucir por pura casualidad —dijo Elínborg, y guardó su tarjeta—. Creo que pensaba quedarse a dormir en tu casa, ¿es así?

—Sí, se lo dijo a su madre. Yo pensé que se habría ido al campo. Lo hacía muchas veces. Sin pensárselo dos veces. Hablé con ella por la mañana. Seguramente iríamos por la tarde al cine y después a mi casa. Estábamos organizando un viaje a Dinamarca. Pensábamos ir las dos solas. Y entonces..., entonces pasó lo que pasó.

—Fue como si se la hubiera tragado la tierra —dijo Elínborg.

—Era tan increíble... —dijo Áslaug—. Tan absurdo. Es totalmente absurdo que algo así pueda pasar. Pero lo que sé es que ella no se suicidó. Tuvo algún accidente terrible y... Solía ir a la

playa. Lo único que se me ocurre es que se cayera y se ahogara, o algo por el estilo.

—¿Excluyes el suicidio?

—Por completo. Me resulta sencillamente inimaginable. Estaba buscando un regalo de cumpleaños para su abuelo. Me lo dijo esa mañana. Y la última vez que la vieron fue en una tienda de deportes que vende material de equitación. Su abuelo es un gran jinete. Allí la vieron por última vez y luego desapareció. Y nadie sabe nada.

—Lo que andaba buscando no lo tenían en la tienda de deportes, ¿verdad? —dijo Elínborg, que había leído las declaraciones de los testigos.

—No.

—Y allí se acaba todo.

—Ya te digo, es incomprensible. No se me ocurrió preguntar por ella al ver que no me

llamaba esa tarde. No habíamos cerrado los planes, y muchas veces se iba al campo sin avisar. Pensé que se habría ido allí.

Sonó la campanita y apareció un nuevo cliente. Áslaug le despachó un pan de Viena y unos panecillos. Llegó un cliente más. Elínborg esperó, paciente.

—¿Cómo se lo tomaron sus padres? —preguntó cuando volvieron a quedarse solas.

—Pues con los consabidos altibajos —dijo Áslaug—. Fue una prueba tremenda para ellos. Hallgerður se volvió muy religiosa y se metió en una secta. El padre, Áki, es diferente. Se limita a no decir nada.

—Tú ibas con ella al colegio, ¿verdad?

—Desde que éramos chiquititas.

—¿También en secundaria?

—Sí.

—¿No le gustaba?

—Qué va, estaba encantada. Y yo también. Lilja era un genio en ciencias. Sus asignaturas favoritas eran la física y las matemáticas. A mí me iban más las lenguas. Incluso estuvimos pensando en irnos juntas a Dinamarca para estudiar. Las dos solas. Habría sido...

—También hablaba de ir a Estados Unidos.

—Sí, quería salir al extranjero, vivir fuera.

La puerta se abrió otra vez. Áslaug despachó a cuatro clientes antes de que Elínborg pudiera preguntarle por Eðvarð. Estaba agradecida a Áslaug por no decirle nada cuando podían oírlas.

—¿Tenía algún profesor favorito en el instituto?

—preguntó.

—No, no creo —dijo Áslaug—. Todos eran muy majos.

—¿Recuerdas a un profesor que se llamaba

Eðvarð? Creo que enseñaba ciencias.

—Sí, claro que me acuerdo. Se fue hace mucho. A mí nunca me dio clases. A Lilja, sí. Me acuerdo.

—Que tú recuerdes, ¿Lilja no habló nunca de él?

—No; que yo recuerde, no.

—Pero tú sí que te acuerdas.

—Sí. Una vez se ofreció a llevarme al centro.

—¿Al centro? ¿Te refieres al centro de Akranes?

Áslaug sonrió por primera vez en la conversación.

—No —dijo—. Eðvarð vivía en Reikiavik. Una vez se ofreció a llevarme hasta allí. A Reikiavik.

—Espera, ¿eso fue hace poco?

—¿Hace poco? Qué va. Fue hace muchos años. Cuando daba clases aquí. Fue antes de que desapareciera Lilja, porque recuerdo que se lo

conté a ella. Era muy majo. ¿Por qué preguntas por él?

—¿Y entonces? ¿Te dejó en Reikiavik?

—Sí; yo estaba esperando el autobús cuando él se paró y se ofreció a llevarme. Iba de compras a Reikiavik, y me llevó al centro comercial de Kringlan.

—¿Solía llevar gente a la ida o a la venida?

—Eso no lo sé —dijo Áslaug—. Era muy amable. Me invitó a ir por su casa, si yo quería.

—¿A su casa?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Por qué preguntas por él?

—¿Fuiste a su casa?

—No.

—¿Llevó a Lilja alguna vez?

—Eso no lo sé.

La puerta volvió a abrirse y entró un nuevo cliente. A continuación llegó otro y, al poco, la

panadería estaba llena de gente. Elínborg cogió sus panes y mandó un saludo de despedida a Áslaug. Salió con el tintineo de la campanita resonando en sus oídos.

Fue a Reikiavik y se acercó a la tienda oriental justo cuando iba a cerrar. Jóhanna no estaba en el local. En su lugar había otra persona que le aclaró a Elínborg que a veces sustituía a Jóhanna. Elínborg no recordaba haber visto a la chica en la tienda ninguna vez, dijo que conocía bastante a Jóhanna y que iba con la idea de charlar con ella de un asunto. La sustituta era una prima de Jóhanna, de veinticinco años, con una dulce sonrisa y muy servicial. Le contó que cada vez iba más por la tienda, ya que la salud de su prima había empezado a deteriorarse el último año o así.

No había manera de saber qué enfermedad tenía. Seguramente sería puro agotamiento, dijo la chica sin reparo, y añadió que su prima era muy trabajadora y que nunca se tomaba un descanso para mirar por su salud. A Elínborg le dio la sensación de que el día había sido flojo y la chica estaba encantada de tener a alguien con quien hablar.

—Quizá puedas ayudarme tú, si estás mucho en la tienda —dijo Elínborg—. Esto ya se lo expliqué a Jóhanna. Ella sabe que soy de la policía y trato de localizar a una mujer joven, morena, que tal vez compre en la tienda hierbas para platos de *tandoori*, quizás hasta un horno de *tandoori*.

La sustituta sacudió la cabeza, muy pensativa.

—Es posible que llevara un chal —dijo Elínborg—. Te lo enseñaría, pero no lo tengo conmigo en este momento.

—¿Un chal...? —Se lo estuvo pensando—. ¿Y Jóhanna no pudo ayudarte?

—Iba a hacer unas comprobaciones.

—Este otoño solo he vendido un horno de *tandoori* —dijo la chica—. Y no fue a una mujer joven con chal. Fue a un tío.

—¿No recordarás a ninguna clienta fija, alguna mujer de pelo moreno? Interesada en la cocina india, o en lo oriental en general, o en cocina con hierbas y especias. A lo mejor incluso viajó por Oriente.

La chica sacudió la cabeza.

—Me habría gustado ayudarte —dijo.

—Sí, claro. Y ese hombre que compró el horno, ¿recuerdas si iba solo?

—Sí, no iba con ninguna chica. Me acuerdo porque lo ayudé a llevar el horno a su coche.

—¿Por qué?

—Me dijo que no quería causarme molestias, pero le respondí que lo haría encantada.

—¿Necesitaba ayuda?

—Era cojo —dijo la chica—. Tenía una pierna muy rara. Era de lo más majo. Se deshizo en agradecimientos.

A Elínborg no le cupo ninguna duda de que aquella gente gozaba de muy buena situación económica. Sabía que él era economista y jefe de departamento en el Ministerio de Agricultura, y que la mujer trabajaba en un banco. Vivían en una casa adosada, en un barrio muy exclusivo de la ciudad. La casa disponía de tresillo de cuero en el salón, mesa de comedor de madera de roble, mobiliario de cocina de lo más moderno, parqué en los suelos, dos bellas pinturas al óleo y obras gráficas en las paredes. Por todas partes había fotografías de la familia, los esposos a distintas edades, y los tres hijos desde su nacimiento hasta

el día de la graduación en el instituto. Pudo ver todo aquello al echar un vistazo rápido a su alrededor cuando la invitaron a entrar. Se sentaron en el salón.

Había preferido ir sola, pues no quería poner nervioso a aquel hombre si era él la persona que estaba buscando. La sustituta de Jóhanna, la de la tienda de productos orientales, había encontrado el recibo de la tarjeta de crédito de la venta de un horno de *tandoori* a finales de verano. El hombre había escrito su nombre en la nota con letras claras y bien trazadas. Nada de garabatos. Algunos se limitaban a escribir sus iniciales, e incluso ponían algo ilegible. Su caligrafía era cuidadosa y equilibrada; inspiraba confianza.

Elínborg lo llamó para preguntar si podían concertar una cita para verse. Primero había llamado a dos tocayos suyos que no entendieron

por qué la policía contactaba con ellos. Luego dio con el hombre correcto. Este le preguntó si quería que se pasara por comisaría, pero Elínborg prefirió concederle la ventaja del terreno. Por teléfono le dio la sensación de que se sentía aliviado. Le había dicho que era de la policía y que estaba buscando a un testigo relacionado con un crimen cometido en Pingholt.

—Vieron a un hombre con aparato ortopédico en el pie, como si estuviera discapacitado o se hubiera roto una pierna —dijo Elínborg.

—¿Sí?

—Llevaba valvas en una pierna. Estamos intentando localizarlo y pensé que quizá debería hablar contigo.

Se produjo un silencio en el teléfono. Luego, el hombre dijo que conocía el caso, y añadió que recordaba haber estado por Pingholt a esas horas.

—¿Cómo... en qué os puedo ayudar?

No sabía muy bien cómo tenía que dirigirse a un miembro de la policía: era la primera vez.

—Estamos intentando acceder a todos los testigos, que son muy muy pocos —dijo Elínborg—. Tan solo quería repasar contigo si notaste algo extraño al pasar por Þingholt.

—Lo haré encantado —respondió el hombre con suma cortesía—, pero no sé si podré ayudaros.

—No, claro, ya veremos —dijo Elínborg.

Y ahora estaban sentados en el salón de su casa. La mujer no había vuelto aún del trabajo y los hijos se habían independizado ya, según le dijo a Elínborg sin necesidad de que se lo preguntara.

—Es solo un trámite rutinario que tenemos que hacer —le aclaró Elínborg—. Tendrás que perdonar las molestias.

—Dijiste que había pocos testigos —observó el

hombre, que se llamaba Konráð.

Andaba por los sesenta. Era bastante bajo, aunque de complexión fuerte, y grueso. El cabello, que llevaba muy corto, había empezado a encanecer sin remedio. Tenía un rostro ancho, con arrugas alrededor de la boca. Era ancho de hombros y sus manos eran bastante grandes. Caminaba despacio porque llevaba valvas ortopédicas en una pierna. Elínborg pensó en la increíble descripción de Petrína. Ella había visto una barra de hierro en un aparato ortopédico que ciertamente podía recordar a una antena si se veía desde una ventana con los cristales empañados. Konráð llevaba unos cómodos pantalones de chándal. La parte baja de las perneras tenía cremalleras, que estaban abiertas y se movían al caminar, con lo que dejaban ver el aparato ortopédico.

—¿Intentaste localizarme en el trabajo? — preguntó.

—No, solo he llamado a tu casa —dijo Elínborg.

—Ah, estupendo. De un tiempo a esta parte he estado fastidiado con una gripe asquerosa. ¿Me buscáis desde hace mucho tiempo?

—Pues más bien sí —respondió Elínborg—. Vieron a un hombre con algo raro en una pierna, en las cercanías de la casa de Þingholt donde asesinaron a una persona, y pensamos que podía tratarse de un aparato ortopédico. Recurrimos a un cirujano ortopédico que nos habló de la poliomielitis y el Hospital de Infecciosos, y conseguimos una lista en la que encontramos tu nombre.

Elínborg decidió dejar de lado, por el momento, toda mención del *tandoori*.

—En efecto, estuve ingresado en Contagiosos. Te diré que contraí la polio la última vez que afectó a Islandia, en 1955, y sigo llevando este recuerdo suyo encima —dijo Konráð mientras se daba una palmadita en las valvas de la pierna—. No llegué a recuperar las fuerzas en esta pierna. Pero claro, eso lo sabes ya, porque veo que estás informada sobre Contagiosos.

—Sí que fue mala suerte —dijo Elínborg—. Empezaron a vacunar un año después...

—Así es.

—¿Así que estuviste ingresado un tiempo en Contagiosos? —preguntó Elínborg.

Notó que el hombre no estaba del todo tranquilo.

—Sí, en efecto.

—Seguramente no sería el sitio más divertido para un chico joven.

—No —dijo Konráð con cortesía—. Fue duro pasar por eso. Realmente duro, pero no has venido para hablar de ello.

—Bien, por supuesto sabrás lo que sucedió en Þingholt, como todo el mundo —dijo Elínborg—. Intentamos obtener información por todas las vías posibles. Tú pasaste por allí, ¿verdad?

—Sí, sí, aunque desde luego no me acerqué a la casa que salió en las noticias. Había aparcado el coche al lado esa misma tarde, pero no quería dejarlo allí toda la noche. Era sábado por la noche, y mi mujer y yo habíamos decidido salir un rato a pasarlo bien. Fui a buscar el coche mientras ella me esperaba. No estaba demasiado sobrio. Habíamos estado en un bar y en un par de pubs. Sé que no se debe conducir en esas condiciones, pero no estaba dispuesto a dejar el coche allí.

—Pero si pensabais ir al centro, ¿Þingholt no

queda un poco lejos?

—No quería que le hicieran ningún daño. El centro puede ser un poco... cómo decirlo... alocado y difícil si dejas el coche. Es como si destruyera todo lo que se pasa mucho tiempo quieto.

—Sí, hay mucho loco suelto —dijo Elínborg—. ¿Así que salisteis de marcha?

—Bueno, yo no lo expresaría así.

—¿Y luego fuiste a por el coche?

—Sí.

—¿Tu mujer no quiso ir a por él? Como estás mal de la pierna...

—Ella..., ella había bebido más que yo —respondió Konráð con una sonrisa—. Me pareció más prudente ir yo. No vayas a pensar que hacemos lo mismo todos los fines de semana.

Tampoco es que el coche estuviera muy lejos. Estuvimos solo por Bankastræti y Laugavegur.

—Pero cuando fuiste a recoger el coche ibas tú solo, ¿no?

—¿Alguien me vio caminar a la pata coja cuando iba a recogerlo? —Konráð sonrió como si hubiera contado un chiste.

Elínborg se percató de que tenía una marcada tendencia a la sonrisa. Pensó si esta podía ser falsa, y si debería hablarle de la tienda de productos orientales, y del *tandur*, y del chal que habían encontrado en casa de Runólfur, el que olía tan fuerte a hierbas indias. Decidió esperar un poco. Los interrogatorios no le gustaban demasiado. A Elínborg le fastidiaba tener que enredar a los sospechosos en una red de mentiras. Estaba convencida de que casi todo lo que había dicho aquel hombre hasta ese momento no era más

que una sarta de mentiras, y que tendría que echar mano de alguna treta si quería que le dijese algo que él no quería decir. Si le hacía preguntas inútiles e inocentes, y por lo tanto le hacía perder el hilo de su historia, cabía la posibilidad de que se le escapara algo importante que la ayudara a entender mejor el caso. Consideraba ese interrogatorio como una versión del juego infantil en el que no se puede decir ni sí ni no, ni blanco ni negro. Si su suposición resultaba correcta, los dos sabían que él no podía decir determinadas cosas y, cuanto más tiempo estuvieran jugando, más difícil le resultaría mantener la concentración.

—Es que el mundo es un pañuelo —comentó Elínborg sin responderle directamente—. ¿Por qué no te pusiste en contacto con nosotros, si estuviste por allí la noche misma en que asesinaron a ese hombre?

—Ni se me ocurrió —dijo Konráð—. Probablemente lo habría hecho de haber creído que podría seros de alguna ayuda; pero, por desgracia, creo que no.

—De modo que fuiste tranquilamente a por el coche, ¿no?

—Sí, podríamos decirlo así. Ignoro lo que pudo ver tu testigo. Sería muy revelador saberlo. Desde luego que intenté ir lo más deprisa posible, por mi mujer. Me llamó mientras estaba de camino.

—¿De modo que estuviste hablando con ella por el móvil?

—Sí, hablé con ella por el móvil. ¿Hay algo especial que quieras saber, tienes alguna pregunta concreta? No tenía ni idea de que nuestra charla trataría solo de mí.

—Tienes que disculparme —dijo Elínborg—. Hacemos todo lo posible por comprobar hasta qué

punto son fiables los testigos. Es solo parte de la rutina.

—Lo comprendo —respondió Konráð.

—Y no olvides que todo es importante, por insignificante que parezca. ¿A qué hora pasaste por allí?

—No me fijé demasiado. Debían de ser las dos cuando llegamos a casa.

—¿Te fijaste si había en las proximidades alguna otra persona que pudiera sernos útil localizar?

—No sé. Ni idea. No vi a nadie. Las calles de esa zona no están demasiado bien iluminadas, es lo primero, y además no pasé demasiado cerca de la casa en la que tengo entendido que se produjo aquel suceso tan horrible. Para serte sincero, estaba a bastante distancia de allí.

—Con respecto al crimen propiamente dicho,

tal vez haya una mujer joven relacionada con él.

—Eso he leído en los periódicos.

—¿No verías a ninguna mujer joven por el barrio?

—No.

—¿O que fuera acompañada por un hombre?

—No.

—Es posible que fuera sola. No sabemos a ciencia cierta la hora de la muerte, de modo que el hecho pudo producirse en torno a las dos.

—Lo único que vi fue una calle desierta, que era por donde yo pasé a toda prisa. No me fijé en nada especial, lo siento. Habría mirado mejor de haber sabido que llegaría a ser testigo en el caso.

—¿Y en qué sitio exacto de la calle estaba aparcado tu coche?

—No, no estaba en esa calle. Pasé por ella para atajar un poco. El coche estaba en la calle de más

abajo. Por eso no os puedo dar muchos datos. No llegué a entrar en la calle donde tuvo lugar el crimen.

—¿Oíste algún ruido en el vecindario, algo infrecuente?

—No, no oí nada.

—¿Esos son tus hijos? —preguntó Elínborg, cambiando bruscamente de tema. Sobre una mesita estaban las fotos de tres recién graduados del bachillerato.

Dos hombres y una mujer jóvenes que le sonreían a la cámara.

—Sí, son los chicos y la niña —contestó Konráð, aparentemente feliz por el cambio de tema —. Ella es la más pequeña. Siempre compitiendo con los chicos. El mayor hizo medicina, el mediano estudió económicas, igual que yo, y la chica estudia ingeniería.

—¿Un médico, un economista y una ingeniera?

—Sí, unos chicos estupendos.

—Yo tengo cuatro hijos. Uno está en la Escuela de Comercio —dijo Elínborg.

—La chica hace ingeniería en la universidad. Nuestro médico está a punto de terminar la especialidad en San Francisco. Volverá a casa el año próximo. Especialista en cardiología.

—¿En San Francisco? —preguntó Elínborg.

—Lleva allí tres años. Le gusta muchísimo.

Nosotr...

Konráð calló.

—¿Sí? —dijo Elínborg.

—No, nada —respondió.

Elínborg sonrió.

—Todo el mundo dice que San Francisco es una ciudad preciosa, aunque no he estado —dijo.

—Lo es —respondió Konráð—. De verdad que

lo es.

—¿Y vuestra hija? —preguntó Elínborg.

—Ella sí que estuvo —dijo Konráð—. La última vez que fuimos nosotros. Nos acompañó y se quedó tan enamorada de la ciudad como nosotros.

Estaba saliendo de casa de Konráð para volver a su coche cuando le sonó el móvil. Era Sigurður Óli:

—Tenías razón —dijo.

—¿Runólfur estuvo en su casa?

—De acuerdo con el listado, fue a su casa hace dos meses. Dos días seguidos.

Elínborg no veía motivo alguno para acelerar las cosas. Dejó pasar la tarde y la noche antes de solicitar una nueva conversación con Konráð.

Este cogió el teléfono en persona y le dijo que sería bienvenida en su casa hacia el mediodía. Que no pensaba ir a ningún sitio. Quiso saber por qué consideraba Elínborg que fuera preciso hablar con él otra vez, pero ella no resolvió sus dudas, se limitó a decir que había olvidado hacerle un par de preguntas. Konráð parecía muy tranquilo al teléfono. Elínborg tuvo la sensación de que adivinaba el rumbo que estaban tomando las cosas.

Elínborg no le informó de que había establecido

un servicio de vigilancia para evitar que salieran del país él mismo o cualquiera de sus familiares más directos. No pensaba que tal vigilancia fuera realmente necesaria, pero no quería dejar cabos sueltos. Elínborg se ocupó asimismo de que detuvieran a Eðvarð si intentaba salir del país.

Se pasó un buen rato despierta esa noche, a consecuencia de una conversación con su hijo Valþór. Elínborg entró en su cuarto y se sentó allí nada más llegar a casa. Teddi se había dormido, igual que Theodóra y que el hijo pequeño, Aron, pero Valþór estaba, como de costumbre, junto a su ordenador y con el televisor encendido. No respondió cuando Elínborg le dijo que tenía que hablar con él:

—¿Algo va mal, corazón? —preguntó.

—Qué va —respondió su hijo de forma un tanto abrupta.

Elínborg no estaba de demasiado buen humor después de un día tan largo. Sabía que Valþór era de muy buena pasta, y durante años los dos se habían llevado a las mil maravillas, pero la adolescencia había producido una horrible rebeldía y una violenta ansia de independencia que las más de las veces acababa dirigiéndose contra ella. Después de varios intentos de convencerlo de que apagara el televisor, acabó haciéndolo ella misma. Valþór interrumpió lo que estaba haciendo.

—Solo quiero hablar un poquitín contigo —dijo Elínborg—. ¿Cómo puedes estar navegando por internet y viendo la tele, todo a la vez?

—Pues porque sí —dijo Valþór—. ¿Qué tal va la investigación?

—Regular. Pero preferiría que no sigieras escribiendo sobre mí en tu blog. No quiero que te

dediques a escribir sobre cosas privadas nuestras.
Cosas privadas de la familia.

—Pues no lo leas —dijo Valþór.

—Lo lea yo o no lo lea, seguirá estando en internet. A Theodóra tampoco le gusta ni pizca. Ese blog tuyo es demasiado indiscreto, Valþór. Hablas de cosas que solo nos incumben a nosotros. ¿Por qué lo haces? ¿Para quién escribes esas cosas? ¿Y quiénes son esas chicas sobre las que escribes todo el tiempo? ¿Crees que les gustaría leer lo que escribes de ellas?

—Bah —dijo Valþór—. No lo entiendes. Todo el mundo lo hace. No importa para nada. A nadie le parece que tenga la menor importancia. Es divertido y ya. Nadie se lo toma en serio.

—Puedes escribir sobre otras cosas.

—Estaba pensando en irme a vivir a otro sitio —dijo Valþór, cambiando de tema.

—¿De irte a otro sitio?

—Kiddi y yo estamos pensando en alquilarnos algo. Ya se lo dije a papá.

—¿Y de qué piensas vivir?

—Pienso trabajar mientras sigo estudiando.

—¿Y eso no será perjudicial para tus estudios?

—Ya me encargaré yo de eso. Voy a ponerme a buscar trabajo. Birkir se fue de casa. Nada menos que a Suecia.

—Tú no eres Birkir —le recordó Elínborg.

—Justo.

—¿Qué significa eso de «justo»?

—Venga, déjalo. No te gustaría nada saberlo.

—¿El qué?

—Nada.

—Le dije a Birkir que si quería conocer a su padre, no le pondría la menor pega. Pero reconozco que me extrañó muchísimo cuando nos

enteramos, de pronto, de que quería irse a vivir con su padre. ¡A Suecia! Yo creía que su familia éramos nosotros. Obviamente, él no estaba de acuerdo. Discutimos un poco. Pero no me echas la culpa a mí. Ni a tu padre. Birkir decidió seguir su propio camino.

—Lo echaste.

—Eso no es verdad.

—Es lo que él me dijo. Y ya ni siquiera se pone en contacto con nosotros. Apenas sé nada de él. No habla conmigo. ¿Te parece eso normal?

—Birkir estaba en una edad conflictiva. Exactamente igual que tú ahora. ¿Me estás diciendo que todo fue única y exclusivamente por mi culpa? Espero que, con los años, él haya cambiado de opinión.

—Me dijo que nunca se había sentido igual que mis hermanos y yo.

Elínborg se quedó atónita.

—¿Qué estás diciendo?

—Es lo que sentía Birkir.

—¿Que sentía qué?

—Que con él no eras como con nosotros.

Siempre tuvo la sensación de estar de más en esta casa. Como si no fuera más que un invitado.

—¿Birkir dijo eso?! A mí no me lo dijo nunca.

—¿Y te crees que iba a decirte eso precisamente a ti? Me lo contó a mí cuando se fue de casa. Me prohibió que te lo contara.

—Eso no son más que imaginaciones. No tiene ningún derecho a decir algo así.

—Él puede decir lo que quiera.

—Valþór, sabes perfectamente que Birkir siempre fue uno más de la familia. Sé cuánto le costó sobreponerse a la pérdida de su madre, y que no le resultó fácil venirse a vivir aquí para

vivir con su tío y conmigo, a quien no conocía de nada. Y después llegasteis tus hermanos y tú. Siempre comprendí perfectamente su situación y siempre, siempre, intenté que se encontrara lo mejor posible. Nunca hicimos distinciones entre él y vosotros. Siempre fue uno de nuestros hijos. No puedes ni imaginarte cómo me duele saber que pudiera decir esas cosas.

—Ojalá no se hubiera marchado —dijo Valpór.

—Eso mismo pienso yo —dijo Elínborg.

Miró el despertador. Las 2.47. Reinició la cuenta atrás: 9.999, 9.998.

Realmente necesitaba poder dormir un poco.

Konráð la invitó a pasar al salón, igual que el día anterior. La dejó pasar; cojeaba. Parecía muy tranquilo y relajado. Elínborg había ido sola. No

esperaba problemas. Se había demorado un poco en comisaría cuando llegaron los resultados de las pruebas de ADN correspondientes a los cabellos encontrados en el chal y en la cama de Runólfur.

—Creí haberte contado ayer todo lo que sabía —comenzó Konráð cuando los dos estuvieron sentados en el salón.

—No dejamos de recibir informes nuevos —dijo Elínborg—. Se me ocurrió que quizá podría hablarte del hombre...

—¿Puedo ofrecerte un café?

—No, gracias.

—¿Estás segura?

—Sí, lo único que quiero es hablarte del hombre al que asesinaron en Þingholt —dijo Elínborg. Konráð asintió. Puso la pierna enferma sobre un pequeño reposapiés y se preparó para escuchar lo que Elínborg tuviera que contarle.

Le explicó todo lo que sabía la policía. Runólfur había nacido hacía treinta años en una aldea de pescadores. Aún vivía su madre, que seguía residiendo en su casa del pueblo, pero el padre había fallecido en accidente unos cuantos años atrás. La aldea estaba dando las últimas boqueadas. La gente joven se marchaba, y también Runólfur se fue de la aldea a la primera oportunidad. No se llevaba bien con su madre, que al parecer era muy severa y sometía a su hijo a una estricta disciplina. Él apenas la visitaba las pocas veces en que se pasaba por allí. Se instaló en Reikiavik, siguió estudios de su agrado y en cuanto se graduó empezó a trabajar como técnico de telefonía. No formó familia, pues ni se casó ni tuvo hijos. Nada indicaba que hubiera mantenido relaciones estables con ninguna mujer; todas fueron muy breves. Alquilaba pisos amueblados y

al parecer no permanecía mucho tiempo en el mismo sitio. Debido a su trabajo estaba constantemente en contacto con gente, tanto en casa de estas como en empresas, y en todas partes gozaba de buena fama, era trabajador y digno de confianza. Parecía aficionado a los superhéroes de revistas y películas de cómics, pero no se sabía nada de otros posibles intereses suyos.

Konráð escuchaba en silencio a Elínborg, que no hacía más que darle vueltas a la posibilidad de que aquella introducción pudiera darle al hombre alguna pista sobre sus intenciones. Habría podido preguntar: «¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo?». Pero no lo hizo. Guardaba silencio y escuchaba con cara de pocos amigos, y Elínborg siguió hablando de Runólfur.

—Creemos, y conocemos casos, en que el técnico telefónico volvía a ver en diversos locales

nocturnos de la ciudad a algunas de las mujeres a quienes había conocido como empleado de la empresa telefónica. Parece que esas mujeres tenían en común ser jóvenes, estar solas y ser morenas. Quizá fuera la simple casualidad lo que daba lugar a su encuentro en locales de ocio, pero se dio un caso en el que la policía sabía que este sujeto consiguió averiguar cuál era el local de ocio preferido de una determinada mujer.

Le contó que Runólfur había conseguido hacerse con un medicamento usado por violadores, que se llama Rohypnol, y lo llevaba encima cuando lo asesinaron cortándole el cuello con un cuchillo extremadamente afilado. La policía tenía una hipótesis sobre la manera en que había fallecido. Se consideraba muy probable que Runólfur estuviera con una mujer morena y joven cuando murió. La joven se dejó allí un chal.

Los resultados del estudio de ADN se habían conocido esa misma mañana. Indicaban que el encontrado en el chal coincidía con el de los cabellos encontrados en la cama de Runólfur.

—He traído el chal —prosiguió Elínborg. Abrió su bolso, sacó el chal y lo extendió—. Es precioso y tenía un olor muy fuerte que ahora ya ha desaparecido prácticamente del todo. Olor a comida india. *A tandoori*.

Konráð no dijo ni una palabra.

—Estamos casi seguros de que había una mujer joven en casa de Runólfur cuando lo asesinaron. Creemos más que probable que lo conociera de la misma forma que a otras con quienes coincidió «por casualidad» en locales de ocio. Habría acudido a casa de ella para repararle la conexión telefónica, o el televisor, o la fibra óptica, o la conexión de red, o lo que sea que hacen los

técnicos telefónicos. Es probable que volviera poco después con la excusa de haberse dejado cualquier cosa, como un destornillador o una linterna. Era un hombre de trato muy agradable, le caía bien a todo el mundo y le era fácil entablar conversación con personas totalmente desconocidas, como en el caso de esa mujer. Eran más o menos de la misma edad. Estuvieron charlando tranquilamente sobre temas de lo más variopinto. Él dirigía las conversaciones con el fin de obtener determinada información. Ella le habló del local al que solía acudir cuando salía por la noche. Runólfur descubrió también que la mujer no tenía relaciones estables con ningún hombre, que vivía sola y que estudiaba en la universidad. Por eso le resultó de lo más sencillo acercarse a ella cuando la vio en el local de ocio en cuestión. Para entonces, casi podía decirse que eran conocidos.

—No sé por qué me estás contando todo eso — dijo Konráð—. No consigo ver la relación que pueda tener eso conmigo.

—No —dijo Elínborg—. Lo comprendo perfectamente, pero quiero señalarte esos puntos. Tenemos algunas pistas menores sobre las que desearía hacerte unas preguntas. Runólfur hizo que la mujer lo acompañara a casa. Llevaba en el bolsillo la droga de las violaciones y es muy probable que le echara algo en la copa cuando estaban aún en el local de ocio. O es posible que no lo hiciera hasta que estuvieron en su casa.

Elínborg miró la foto de graduación de la hija de Konráð, que ya había tenido ocasión de ver el día anterior.

—No sabemos lo que sucedió en la casa de Runólfur —añadió—. Lo que sabemos es que lo

mataron y que la joven que estaba con él se marchó del apartamento.

—Comprendo —dijo Konráð.

—¿Te suena algo de todo eso?

—Como te dije, no noté nada raro cuando pasé por allí. Lo siento.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Veintiocho.

—¿Vive sola?

—Tiene un apartamento alquilado cerca de la universidad. ¿Por qué me preguntas por ella?

—¿Le gusta la comida india?

—Le gustan muchas cosas —dijo Konráð.

—¿Te suena este chal? —preguntó Elínborg—.

Puedes cogerlo si quieres.

—No hace falta —dijo Konráð—. No lo conozco. No lo había visto nunca.

—Conservaba un fuerte olor a *tandoori*. Lo

reconocí al momento porque a mí también me interesa la cocina oriental. Tengo un horno *tandur* que utilizo bastante, y que me parece ya totalmente imprescindible. ¿Tu hija tiene también un *tandur*?

—Pues no lo sé.

—Sabemos que en otoño compraste un *tandur*. Puedo enseñarte el recibo, si quieres. ¿Lo compraste para ti?

—¿Es que me habéis tenido sometido a vigilancia? —preguntó Konráð.

—Tengo que saber lo que sucedió en casa de Runólfur cuando lo mataron —dijo Elínborg—. Si me lo puedes decir, eres el hombre que estaba buscando.

Konráð miró la foto de su hija.

—Esto no lo sabe casi nadie, pero Runólfur llevaba puesta una camiseta de manga corta cuando le cortaron el cuello —dijo Elínborg—.

Creemos que pertenecía a una mujer. Yo creo que pertenecía a tu hija. Me dijiste que la llevasteis con vosotros a San Francisco la última vez que fuisteis allí. Creo que lo debió de comprar allí. La camiseta lleva el nombre de esa ciudad.

Konráð no apartaba la mirada de la foto.

—Te vieron en el barrio —continuó Elínborg—. Llevabas muchísima prisa y estabas hablando por el móvil. Creo que conseguiste acudir en su ayuda. De una u otra forma, tu hija pudo llamar por teléfono y guiarte hacia la casa y, cuando viste lo que había sucedido, cuando viste lo que estaba pasando, cuando viste a tu hija, perdiste el control, cogiste un cuchillo...

Konráð sacudió la cabeza.

—... que llevabas y atacaste a Runólfur.

Konráð clavó la mirada en Elínborg.

—¿Fue Runólfur dos veces a casa de tu hija en

los últimos dos meses? —preguntó Elínborg.

Konráð no respondió.

—Tenemos un listado de las intervenciones profesionales de Runólfur en casa de tu hija. El listado contiene las visitas a domicilios y empresas, y en él puede comprobarse que fue dos veces, separadas por un breve intervalo, a casa de Nína Konráðsdóttir, que debe de ser tu hija.

—No sé exactamente quiénes van a casa de mi hija.

Elínborg notaba que ya no estaba tan seguro como antes al responder.

—¿Mencionó su nombre alguna vez?

Konráð miró la foto de la graduación y luego, durante un buen rato, a Elínborg.

—¿Qué estás intentando decir?

—Creo que tú mataste a Runólfur —respondió ella en voz baja.

Konráð se quedó en silencio, con la mirada fija en ella, como si estuviera meditando lo que tenía que decir, lo que podía decir para que Elínborg dejara de molestarle, para que el problema desapareciera de una vez por todas y nadie volviera a hacer más preguntas incómodas. Pero las palabras no acudían a sus labios. No sabía qué decir. Los segundos pasaban con un tictac y su semblante dejó traslucir enseguida la rendición y luego la desesperación, que estalló cuando dijo por fin, con un profundo suspiro:

—No... no puedo.

—Sé que tiene que ser di...

—No lo comprendes —la cortó—. No puedes entender este horror. Cómo nos está atormentando. Tienes que intentar entenderlo.

—No pretendía...

—No sabes cómo fue. No sabes lo que pasó. No

te puedes ni imaginar...

—Dime tú lo que sucedió.

—Él la forzó. Eso fue lo que sucedió. ¡Él la violó! ¡Él violó a mi hija! —Konráð respiró hondo, al borde del llanto. Evitaba mirar a Elínborg a la cara. Estiró el brazo para coger la foto de su hija y la sostuvo entre las manos, contempló su rostro, su cabellera oscura, sus bellos ojos castaños y la alegría del rostro en un día soleado.

Luego exhaló un profundísimo suspiro.

—Ojalá hubiera sido yo quien lo mató.

La conversación telefónica que mantuvo esa noche con su hija nunca abandonaría su memoria. Vio su nombre en la pantalla del móvil: Nína. En la pantalla apareció una foto de tres ciervos al mismo tiempo que el nombre. El móvil estaba sobre la mesita de noche. Respondió cuando solo había sonado una vez.

Se llevó cierto sobresalto al ver la hora.

Se quedó horrorizado al oír la angustia en la voz de su hija.

—¡Dios mío! —suspiró, mirando a Elínborg. Seguía con la foto de su hija en las manos—.

Nunca... nunca he oído nada parecido en toda mi vida.

La chica no les daba muchas preocupaciones. Por lo menos, ya no. Cuando era más joven y sabían que andaba de acá para allá por la ciudad con sus amigos, llegaron a estar muy preocupados. Y lo mismo sucedió en el momento en que se fue de casa y empezó a vivir por su cuenta en un piso alquilado. Las noticias de agresiones violentas en el centro, el aumento de la violencia relacionada con el consumo de drogas, así como el incremento en el número de violaciones, no contribuyeron especialmente a aliviar su preocupación, y siempre le advertían de que tenía que llevar el móvil encima, para usarlo en el caso de que sucediera cualquier cosa. Tenía que llamarlos. Habían estado igual de preocupados cuando sus hermanos empezaron a salir de noche.

Hasta aquel momento no había sucedido nada serio. En una ocasión le robaron una billetera en el transcurso de un viaje a una playa extranjera. Hacía dos años, el hijo menor se dio un golpe con el coche al cometer una infracción. Llevaban una vida bastante tranquila, y eso era precisamente lo que deseaban, eran personas decentes que se mostraban amistosas y respetuosas con los demás. Marido y mujer se llevaban estupendamente, tenían un nutrido grupo de amigos, y les gustaba viajar dentro y fuera del país.

Les había ido de maravilla en la vida gracias a su tesón, y estaban orgullosos de los resultados, y felices con sus hijos. Los dos varones tenían parejas estables. El mayor se casó en San Francisco con una estadounidense que estudiaba medicina como él. Tenían una hija a la que bautizaron con el nombre de su abuela islandesa.

El menor llevaba dos años viviendo con una mujer que trabajaba en el departamento de empresa de un gran banco. Nína no tenía prisa. Había estado viviendo un año con un informático, pero desde entonces vivía sola.

—Siempre ha sido reservada y autosuficiente —le dijo Konráð a Elínborg mientras volvía a poner la foto en la mesa—. Nunca ha hecho nada indebido y, aunque tiene muchos amigos, creo que cuando se siente mejor es cuando está sola. Es así. Y nunca le ha hecho daño a una mosca.

—Seguramente, eso no les interesa demasiado a esos individuos —dijo Elínborg.

—No —dijo Konráð—, es más que probable.

—¿Qué dijo cuando te llamó?

—Era total y absolutamente incomprensible. Un grito ahogado de angustia. Pavor y llanto y miedo, todo encerrado en un solo sonido. No conseguía

articular una sola palabra. Me di cuenta de que la llamada procedía de su móvil porque su nombre apareció en la pantalla, pero al principio pensé que alguien le había robado el teléfono. Ni siquiera reconocí su voz. Luego la oí decir «papá», y entonces supe que había sucedido algo espantoso. Tenía que haberle pasado algo indescriptiblemente horrible.

—Papá... —oyó una voz entrecortada entre violentos sollozos.

—Tranquila —le dijo él al teléfono—. Intenta tranquilizarte, corazón.

—Papá... —respondió su hija entre lágrimas—, ¿puedes venir? Tienes... tienes... tienes que... tienes que venir...

La voz se quebró. Oyó a su hija sollozar. Se

había levantado de la cama y había salido al pasillo, y luego al salón. Su mujer lo siguió con gesto preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él solo oía el llanto de su hija.

—¡Nina! Dime dónde estás.

—Estoy en su... en su casa... en su casa.

—¿De quién?

—Papá, tienes... tienes que venir... no lla... no llames a la policía.

—¿Dónde estás? ¿Te has lastimado? ¿Estás herida?

—Yo... no... no sé... lo que he hecho. Es horrible. Esto... es horrible. ¡Papá!

—Nina, ¿qué te ha pasado? ¿Qué has hecho? ¿Has tenido un accidente de tráfico?

Su hija estaba sollozando otra vez y él no oía nada más que ahogados gemidos de desesperación.

—Háblame, cariño. Dime dónde estás. ¿Puedes decírmelo? Dime dónde estás e iré a buscarte. Estaré allí inmediatamente.

—Hay sangre por todas partes y está... está en el suelo. No... no me atrevo, no me atrevo a salir...

—¿En qué casa estás, amor mío?

—Vinimos dando un paseo. Vinimos aquí dando un paseo. Papá... tú... tú no puedes venir... no puedes dejar que te... te vean. ¿Qué puedo hacer? Tienes que venir solo. ¡Tú solo! Tienes que ayudarme.

—Iré y te sacaré de ahí. ¿Sabes cómo se llama la calle?

Había empezado a vestirse, se calzó unos pantalones de chándal y se puso el chaquetón por encima del pijama.

—Voy contigo —dijo su mujer.

Él sacudió la cabeza.

—Quiere que vaya solo, tendrás que esperar aquí. Le ha pasado algo.

»¿Estás ahí, cariño? —le dijo al teléfono.

—No sé... no sé el nombre de la calle.

—¿Cómo se llama el hombre que vive ahí?

¿Puedo buscarlo en la guía telefónica?

—Se llama Runólfur.

—¿Sabes su patronímico?

Su hija no le respondió.

—¿Nína?

—Creo...

—Dime.

—Papá, ¿estás ahí?

—Sí, corazón.

—Creo... creo que está muerto.

—Vale, vale. Estate tranquila. No pasa nada. Yo voy ahí y te recojo y no pasará nada. Tienes que decirme dónde estás. ¿Por dónde fuiste?

—Hay sangre por todas partes.

—Intenta tranquilizarte.

—No recuerdo nada. No recuerdo nada. ¡Nada!

—Vale.

—Estaba en el centro, en un pub.

—Sí.

—Y entonces vi a ese hombre.

—Sí.

Notaba que su hija estaba un poco más calmada.

—Estuve en el instituto y luego donde la embajada americana —dijo ella—. Tienes que venir solo. Y que no te vea nadie.

—Vale.

—Estoy muy asustada, papá. No sé lo que ha pasado. Solo sé que le he... que le he atacado.

—¿Adónde fuiste, cariño?

—No me acuerdo. Pero no estaba borracha. No

bebí nada. Pero no recuerdo nada. No sé qué me pasa...

—¿Ves recibos o algo así en las mesas, algo que lleve el nombre de él, alguna dirección que me pueda llevar a la casa en que estás?

—No sé... no sé qué pasa.

—Mira por ahí, cariño.

Abrió la puerta del coche, se sentó y lo puso en marcha. Fue hasta la calle marcha atrás y luego avanzó. Su mujer se negó a quedarse sola en casa y se sentó preocupadísima en el asiento delantero, escuchando la conversación telefónica.

—Aquí hay un recibo. Pone Runólfur. Y hay una dirección.

La leyó en voz alta.

—Muy bien, amorcito —dijo él—. Voy de camino, estoy allí en menos de cinco minutos.

—Tienes que venir solo.

—Tu madre está conmigo.

—No, por dios, no, ella no puede entrar aquí, no deben veros, ni a mamá ni a ti, no dejes que nadie te vea. No quiero que nadie vea esto, solo quiero irme a casa, porfa, no vengas con mamá...

Se había echado a llorar de forma incontrolable.

—No puedo —gimió.

—No pasa nada —dijo él—. Iré solo. No aparcaré en la misma calle. ¿Te parece bien? Estate tranquila. Mamá esperará en el coche.

—Date prisa, papá, date prisa.

Dejó Hringbraut y subió por Njarðargata, y después giró a la izquierda. Dejó el coche a bastante distancia, le dijo a su mujer que esperase allí, como quería su hija, y fue en dirección a la casa donde lo estaba esperando. Iba tan deprisa como podía, con el teléfono pegado a la oreja, y en el camino seguía hablándole a su hija para

tranquilizarla. No se veía a nadie por la calle, no vio a nadie que pudiera fijarse en él. Llegó hasta la casa y al principio subió las escaleras del piso de arriba, pero la plaquita del timbre indicaba que allí no vivía ningún Runólfur. Dio media vuelta y encontró el camino que llevaba al jardín trasero. El nombre del inquilino figuraba en el buzón de correos.

—Ya estoy aquí, cariño —dijo al teléfono. La puerta no estaba cerrada. Estaba ligeramente entreabierta, la empujó y entró. Vio a un hombre tumbado en su propia sangre en el suelo, y a su hija envuelta en una colcha, acurrucada al lado de la pared, con la barbilla sobre las rodillas. Se movía adelante y atrás, con el móvil en la oreja. Su padre apagó el teléfono, fue hacia ella y con mucho cuidado la ayudó a levantarse. Ella cayó en sus brazos temblando incontroladamente.

—¿Qué has hecho, hija?! —exclamó él.

Konráð concluyó su relato. Se quedó un buen rato con la mirada fija en el reposapiés, y después miró a Elínborg.

—¿Por qué no llamaste a la policía? —preguntó esta.

—Claro, habría tenido que llamaros de inmediato —dijo él—. Pero en vez de eso recogí las ropas de mi hija y salimos a toda prisa. Pero no volví por el mismo camino, sino que bajé a la calle de más abajo atravesando el jardín, y desde allí volvimos al coche y nos marchamos a casa. Craso error. Pensé que estaba protegiendo a mi hija, que nos protegía a todos nosotros, nuestra vida privada, pero me temo que no hice más que empeorar las cosas.

—Tengo que hablar con tu hija —dijo Elínborg.

—Claro —dijo Konráð—. Les hablé a la chica y a mi mujer de tu visita de ayer. Creo que todos nos alegramos de que todo esté terminando, por fin.

—Estoy convencida de que son momentos muy difíciles para vosotros —dijo Elínborg, y se puso en pie.

—Aún no nos hemos atrevido a contárselo a sus hermanos. A nuestros hijos. Es... Nos sentimos total y absolutamente impotentes, no sabemos qué hacer. ¿Cómo podemos contarles que su hermana ha degollado a un hombre? A un hombre que la había violado.

—Lo entiendo perfectamente.

—Pobre niña. Por lo que ha tenido que pasar.

—Deberíamos ir a su casa ahora mismo.

—Solo queremos que se la trate con justicia y

corrección —dijo Konráð—. Ese hombre le causó un daño enorme y ella se defendió. Pensamos que es así como deberíais ver las cosas. Fue defensa propia. Ella tenía que defenderse. Así de sencillo.

Nína vivía en un pequeño apartamento amueblado de la calle Fálkagata. Konráð la llamó por teléfono para decir que iba de camino y que la acompañaba la policía. Habló con su mujer, que estaba en casa de su hija, y le pidió que la informara. Todo había terminado. Fue en su coche por delante de Elínborg, hacia Fálkagata, en el oeste de la ciudad, y se detuvo delante de un pequeño bloque de apartamentos. Entraron los dos juntos y subieron al primer piso. Konráð llamó al timbre y una mujer de su misma edad abrió la puerta. Tenía un gesto de horrible preocupación cuando miró a Elínborg.

—¿Vienes tú sola? —preguntó—. No he visto

ningún coche de policía.

—Sí —dijo Elínborg—. No creo que haya problemas.

—No —dijo la mujer, estrechándole la mano—. No habrá dificultades. Entra.

—¿Nina está aquí? —preguntó Elínborg.

—Sí, te está esperando. Nos alegra que este absurdo juego del escondite termine de una vez.

Entraron en el salón seguidas por Konráð; allí estaba Nina con los brazos cruzados y los ojos hinchados por el llanto.

—Hola, Nina —dijo Elínborg, y le ofreció la mano—. Me llamo Elínborg y soy de la policía.

Nina le cogió la mano. El saludo fue débil, la palma de la mano estaba fría y empapada de sudor. Ni se molestó en intentar sonreír.

—Vale —dijo—. ¿Papá ya te ha explicado lo que sucedió? ¿Cómo fue todo?

—Sí, me lo ha contado desde su punto de vista. Ahora tenemos que hablarlo contigo.

—No sé lo que pasó —respondió Nína—. No recuerdo nada.

—Claro, no importa. Tenemos tiempo de sobra.

—Creo que me dio una droga. Vosotros encontrasteis droga en su casa.

—Sí. Tus padres pueden acompañarnos a comisaría, pero tú y yo tendremos que hablar en privado. ¿Lo comprendes? ¿No te importa?

Nína asintió con la cabeza.

Elínborg entró en la cocina a echar un vistazo. El olor a comida no era muy diferente del de su propia casa: aroma a hierbas aromáticas de mundos lejanos, de una cocina que le resultaba tan conocida y al mismo tiempo tan exótica. Vio un horno *tandur* sobre la mesa, al lado del fregadero.

—A mí también me encanta la cocina india —

dijo con una sonrisa.

—¿Ah, sí? —preguntó Nína—. Precisamente
tuve gente a cenar la noche en que... que...

—Tengo tu chal —dijo Elínborg—. El que
llevabas esa noche. Noté el olor, como si hubieras
estado preparando comida india.

—Nos lo dejamos —dijo Nína—. Papá recogió
lo que vio. Yo me dejé el chal.

—Y la camiseta.

—Sí, la camiseta también.

—Tenemos que hablar con los chicos —dijo
Konráð— antes de que todo se ponga en marcha.
Antes de que aparezca en los medios de
comunicación.

—Podéis hacerlo en comisaría, si queréis —
propuso Elínborg.

Toda la familia fue junta a la comisaría de
Hverfisgata. Ahora era Konráð quien seguía al

coche de Elínborg. Cuando llegaron a su destino, condujeron a Nína a la sala de interrogatorios. Autorizaron a los padres a esperar en el despacho de Elínborg. Pronto se filtró que la policía había realizado un avance importante en la investigación del crimen de Þingholt, como lo llamaban los medios de comunicación, y los periodistas empezaron a llamar a comisaría. Se remitió al juzgado de distrito una solicitud de prisión provisional. Konráð tenía que buscarse un abogado. Ya había pensado en esa contingencia y sabía quién podía representarlos. El abogado, que era conocido por sus éxitos como penalista, aplazó otras tareas que tenía sin resolver y estuvo presente, al igual que el fiscal, en la vistilla para solicitar la prisión preventiva. El hijo menor de la familia fue a ver a sus padres al despacho de Elínborg, perplejo por lo que su madre le había

contado por teléfono. La incredulidad y el asombro se transformaron enseguida en furia, primero contra sus padres por haberle ocultado lo sucedido, y luego contra Runólfur.

Elínborg sentía gran compasión por Nína, que estaba sentada en la sala de interrogatorios, cabizbaja, esperando que sucediera lo que tuviera que suceder. No daba la impresión de ser una asesina sanguinaria. Más bien, una víctima confusa que había pasado por una experiencia horrible y que tenía por delante unos días muy difíciles.

Estaba más que dispuesta a contarlo todo, ya que era cosa sabida que conocía a Runólfur y que era la mujer que estaba en su casa cuando lo mataron. Parecía contenta de poder decir la verdad, de aliviar su corazón, por fin, y de emprender el largo viaje hacia la comprensión y la aceptación.

—¿Conocías a Runólfur antes de veros la noche de los hechos? —preguntó Elínborg cuando concluyeron todos los preliminares y pudieron empezar el interrogatorio.

—No —dijo Nína.

—¿No había ido a tu casa dos meses antes?

—Sí, pero eso no quiere decir que lo conociera.

—¿Puedes decirme lo que sucedió?

—Nada. No sucedió nada.

—Necesitabas un técnico de teléfonos, ¿no?

Nína asintió con la cabeza.

Quería llevarse el televisor al dormitorio y necesitaba tener un cable de antena que atravesara el tabique de la alcoba. También estaba cambiando de aparato telefónico y tenía problemas con la red de *wi-fi*. Quería poder usar el portátil en cualquier

sitio de la casa. El servicio de atención al cliente podía encargarse de ello, le dijo una mujer cuando llamó para informarse. Ese mismo día llegó un técnico a la puerta de su casa. Era lunes.

El técnico era de lo más simpático y locuaz, quizá dos o tres años mayor que ella, y se puso a trabajar con gran empeño. Ella apenas miró lo que hacía. Oyó el ruido de un taladro en el dormitorio. Tuvo que quitar una placa del parqué para tapar el cable del televisor. La chica no tuvo sensación alguna de que estuviera más tiempo del normal en su dormitorio. Ni se le ocurrió pensar en ello cuando terminó.

La ayudó a hacer la conexión de *wi-fi* y luego rellenó la factura, que ella pagó al momento con tarjeta de crédito. El técnico charló con ella de cosas diversas, fue una conversación

intrascendente entre dos desconocidos, y se despidieron.

Concluyó el trabajo al día siguiente. Por la tarde apareció otra vez en la puerta de la casa y le preguntó si por casualidad habría encontrado el taladro para piedra que usó para abrir un agujero en el tabique que separaba el salón y el dormitorio. Ella no lo había visto por ningún sitio.

—¿Te importa si miro un momento? —preguntó el técnico—. Voy camino de casa. Se me ocurrió que podía estar aquí. No lo encuentro por ninguna parte y lo utilizo muchísimo.

Fueron juntos al dormitorio y ella le ayudó a buscar. El cable del televisor pasaba a través de un armario, que abrió. Miró en el alféizar de la ventana y debajo de la cama. Al final se dio por vencido.

—Perdona la molestia —dijo—. Siempre estoy

perdiendo cosas.

—Te llamaré si aparece —dijo ella.

—No importa —dijo él—. No acabo de encontrarme del todo bien después del fin de semana. Pasé demasiado tiempo en el Kaffi Victor la noche del sábado.

—Me suena ese sitio —dijo ella con una sonrisa.

—¿Vas tú también por allí?

—No, preferimos el Kráin.

—¿Tú y quién más?

—Mis amigas.

—Avísame si encuentras el taladro —dijo el técnico al despedirse—. A lo mejor volvemos a vernos algún día.

Sus conocidos sabían que ella cocinaba muy bien, y le encantaba invitar a las amigas a probar algo nuevo que había preparado. El interés por la

cocina india le llegó por haber trabajado en un restaurante indio de Reikiavik. Se hizo amiga de los cocineros y estos le dieron algunos consejos muy útiles. Poco a poco se fue haciendo con una colección de hierbas y de recetas de platos de cerdo y pollo. Al igual que Elínborg, experimentaba usando carne de cordero islandés. La noche en la que se encontró con Runólfur había invitado a sus amigas a probar el cordero que preparó en un horno *tandur*, regalo de cumpleaños de su padre. Estuvieron en su casa de la Fálkagata hasta casi la medianoche, cuando se fueron al centro, pero al poco se separaron y, cuando Runólfur se puso a hablar con ella, ya había decidido regresar a casa.

No estaba especialmente borracha, y por eso le extrañaba lo poco que era capaz de recordar, hasta que leyó en un periódico que habían encontrado

Rohypnol en casa de Runólfur. Había tomado un Martini antes de cenar con sus amigas, y vino tinto con el plato indio de cordero, y después bebió algo de cerveza porque la comida le había dado sed.

Apenas recordaba nada de lo que sucedió desde el momento en que se encontró a Runólfur en el Kráin. Se acordaba de que él se había acercado a ella y que se habían puesto a hablar de San Francisco. Ella le contó que había ido allí a visitar a un hermano suyo. Terminó la bebida y él le preguntó si podía invitarla a una copa para compensarla por lo absurdamente elevada que había sido la factura del otro día. Ella le dio las gracias y aceptó. Mientras él iba a buscar la bebida, ella miró el reloj. No pensaba quedarse mucho rato.

Solo recordaba fragmentos del paseo hasta la

casa de él en Pingholt. Tenía la sensación de ir completamente borracha, no era dueña de sus movimientos y su apatía era total.

Volvió en sí poco a poco, cerca ya de la madrugada. Spiderman la miraba desde lo alto de una pared, dispuesto a tragársela.

Al principio no era capaz de comprender si estaba viva o muerta, ni dónde se encontraba. Creía encontrarse en su propia casa. Después se dio cuenta de que era imposible y pensó que se habría quedado dormida en el pub.

Eso tampoco era. Poco a poco fue dándose cuenta de que estaba acostada en una cama que no conocía, en una habitación en la que no había estado nunca. Estaba aturdida y cansada, sentía

náuseas y le resultaba casi imposible recordar lo que le había pasado.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquella cama, cuando se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Miró su cuerpo y le pareció totalmente absurdo. Ni siquiera se había preocupado por ocultar su desnudez.

Spiderman la miraba de hito en hito. Pensó que iba a acudir en su ayuda y la idea la hizo sonreír. Ella y Spiderman.

Despertó otra vez. Tenía frío. Tiritaba. Estaba desnuda en una cama desconocida.

—Dios mío —gimió.

Cogió del suelo la colcha de la cama y se envolvió en ella. No conocía aquella habitación. Llamó a voces: ¡Eh! Solo le respondió un extraño silencio. Salió tambaleante de la habitación y entró en el salón, buscó el interruptor de la luz y vio a un

hombre tirado en el suelo. Estaba de espaldas, y ella creyó recordar haberlo visto antes, aunque era incapaz de recordar dónde.

Entonces vio la sangre.

Y el tajo que le atravesaba la garganta.

Estuvo a punto de vomitar. El rostro del hombre, con su cadavérica palidez, no se le iba de los ojos, ni tampoco la herida abierta. Tenía los ojos entreabiertos y Nína tuvo la sensación de que le lanzaba una mirada acusadora.

Como si quisiera decir. «¡Has sido tú!».

—Busqué mi móvil y llamé a casa —dijo Nína. El zumbido de la grabadora se oía en toda la sala de interrogatorios. Elínborg la miró. Su relato era fragmentario en la última parte, pero resultaba verosímil. No tuvo dificultad alguna hasta que

empezó a describir lo que sucedió al despertar en una casa desconocida y ver el cadáver de Runólfur.

—¿No quisiste llamar a la policía? —preguntó Elínborg.

—Estaba abrumada —respondió Nína—. No sabía qué hacer. No conseguía pensar de una manera racional. Me sentía espantosamente mal. No sé si es que se estaban disipando los efectos de la droga, o qué era lo que pasaba. Estaba... estaba segura de que era yo quien había hecho aquello. Estaba segura. Y tenía un miedo insuperable. Lo único que se me pasó por la cabeza fue llamar a casa e intentar ocultar lo sucedido. Ocultar aquel espanto. No quería que nadie supiese que yo había estado allí. Que yo había hecho aquello. Me... No era capaz de pensar con lucidez. No era capaz. Papá se puso de mi parte. Conseguí que se

decidiera a taparlo todo. Él solo pensaba en mí. Tenéis que entenderlo. No es un hombre deshonesto. Lo hizo por mí.

—¿Estás convencida de que Runólfur te metió la droga en la bebida a escondidas?

—Sí.

—¿Lo viste hacerlo?

—No. Si lo hubiera visto, no habría bebido ni una gota.

—No, probablemente no.

—Yo no tomo drogas. No tomo medicinas. No estaba tan borracha. Fue otra cosa.

—Si te hubieras puesto en contacto con nosotros, quizás habríamos podido confirmar que tomaste Rohypnol. Ahora no podemos confirmar esa parte de tu relato. ¿Lo comprendes?

—Sí —dijo Nína—. Ya lo sé.

—¿Notaste si había una tercera persona en el

apartamento?

—No.

—¿Estás segura? ¿No había algún otro hombre?

—No recuerdo que hubiera ningún hombre —
insistió Nína.

—¿No viste a nadie con Runólfur en el pub?

—No. ¿Quién tendría que ser?

—No importa por el momento —dijo Elínborg—.
¿Sabes qué fue del cuchillo que utilizaste?

—No. No sé nada de ese cuchillo. He
recapitado acerca de todo esto una y otra vez, y
no tengo el menor recuerdo de haber agredido... al
Runólfur ese.

—Tenía cuchillos en un soporte magnético en la
pared de la cocina. ¿Recuerdas haberte acercado a
ellos?

—No. Eso es todo lo que recuerdo. Desperté en
una casa total y absolutamente desconocida, con un

hombre a quien no conocía para nada y que estaba tirado en el salón con una raja en el cuello. Sé que es muy posible que fuera yo quien lo hizo, pero no me acuerdo. Supongo que no hay nadie más que pueda haberlo hecho y que las circunstancias están contra mí, pero soy incapaz de recordar nada de lo que sucedió.

—¿Tuviste relaciones sexuales con Runólfur?

—No.

—¿Estás segura? Eso es otra cosa que no podemos confirmar ya.

—Estoy completamente segura —dijo Nína—. Lo has expresado de una forma absurda. La pregunta es absurda.

—¿Por qué?

—No tuvimos relaciones sexuales. Él me violó.

—¿Consiguió forzarte?

—Sí. Pero eso no fueron relaciones sexuales.

—¿Lo recuerdas?

—No. Pero lo sé. No quiero entrar en detalles. Sé que me violó.

—Eso concuerda con nuestras investigaciones. Sabemos que Runólfur tuvo relaciones sexuales poco antes de su muerte.

—No hables de relaciones sexuales. Eso no fueron relaciones sexuales. Eso fue una violación.

—¿Qué pasó entonces?

—No lo sé.

Elínborg realizó una pausa en el interrogatorio. No sabía hasta dónde podía presionar a Nína en esa primera vez. Su mente rebosaba de preguntas, preguntas que pensaba que no admitían demora. Y tenía que formularlas aunque le hicieran daño a la mujer.

—¿Estás encubriendo a alguien? —preguntó Elínborg.

—¿Que si estoy encubriendo a alguien?

—¿Llamaste a tu padre mucho antes de lo que dices? ¿Lo llamaste en cuanto te diste cuenta de que estabas encerrada en el apartamento con Runólfur?

—No.

—¿Le enviaste un mensaje diciendo dónde estabas y que te hallabas en peligro? ¿Acudió él y te rescató?

—No, para nada.

—Dices que no recuerdas mucho, pero eso sí lo recuerdas, ¿no?

—Yo... yo...

—¿Crees que pudo ser tu padre quien mató a ese hombre?

—¿Papá?

—Sí.

—Estás intentando confundirme.

—Ya veremos —dijo Elínborg, aflojando la presa—. Eso es todo por el momento.

Salió al pasillo y entró en su despacho. Allí estaban esperando los padres de Nína.

—¿La chica está bien? —preguntó Konráð.

—¿No te olvidas de algo? —dijo Elínborg sin responderle.

—¿De qué?

—Del papel que desempeñas en todo esto.

—¿Mi papel?

—¿Por qué tendría que creer lo que contáis? Lo que decís los dos se parece demasiado. ¿Por qué iba a creer lo que decís los dos?

—Pero... ¿Mi papel? ¿De qué estás hablando?

—¿Por qué no pudiste cortarle el cuello tú a Runólfur?

—¿Estás loca?!

—No podemos dejar de lado esa posibilidad.

Tu hija te telefoneó, tú acudiste a toda prisa al escenario del crimen, le cortaste el cuello a Runólfur y te largaste con tu hija.

—¿Crees que fui yo quien lo hizo?!

—¿Lo niegas?

—¡Por supuesto! ¿Estás loca?

—¿Tu hija estaba ensangrentada cuando la encontraste?

—No, no me pareció que lo estuviera.

—¿Podía no estarlo, teniendo en cuenta cómo se cometió el crimen?

—A lo mejor... No lo sé.

—No estaba ensangrentada —dijo la madre de Nína—. Yo me acuerdo.

—¿Y tu marido? —preguntó Elínborg—. ¿Estaba ensangrentado él?

—No.

—Buscaremos la ropa que llevaba puesta. No la

habréis quemado, ¿verdad?

—¿Que si la hemos quemado? —preguntó Konráð.

—La defensa de Nína es bastante mejor que la tuya —dijo Elínborg—. Ella puede escaquearse alegando defensa propia. Lo tuyo sería asesinato. Habéis tenido tiempo de sobra para preparar vuestras historias y que coincidan a la perfección una con otra. Habéis podido poneros de acuerdo en lo que ibais a decirnos.

Konráð clavó la mirada en ella como si no se pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¡No puedo creerme que pienses lo que estás diciendo!

—Es algo que los juegos como el que os lleváis entre manos me ha enseñado bien —dijo Elínborg—. Casi siempre se basan en una mentira.

—¿Crees que estoy echando el crimen sobre

las espaldas de mi hija?!

—Cosas peores he visto.

Elínborg estaba sentada en el coche muy cerca de la casa de Eðvarð. Mordisqueaba un sándwich y bebía a pequeños sorbos un café que se había quedado frío. Escuchaba las noticias de la tarde, en las que hablaban de la detención de un padre y su hija. Según el informativo, ambos eran sospechosos de haber participado en el asesinato de Runólfur y ambos se encontraban en prisión provisional. Se adelantaban algunas hipótesis sobre lo que había podido suceder en el piso de Runólfur, lo que había podido conducir a que los sospechosos lo mataran y cómo había podido ser la secuencia de los hechos. Algunas cosas eran

correctas y otras no. En las noticias se avanzaba la hipótesis de que Runólfur había violado a la mujer detenida y esta se había vengado. La policía no había publicado ningún informe sobre el caso y no había dado respuesta a algunas preguntas, que los periodistas intentaban ahora responder por su cuenta. Elínborg había conseguido escapar a su atención y se había marchado.

El sándwich era malo y el café estaba frío, y estar sentada en el coche resultaba de lo más incómodo. Pero tenía la clara sensación de que era allí donde tenía que estar. De un momento a otro llamaría a la puerta de Eðvarð y le preguntaría por Lilja, la chica de Akranes que desapareció de forma tan inesperada seis años atrás. Hacía frío en el coche, porque Elínborg no quería dejarlo en marcha, no quería llamar la atención ni contaminar innecesariamente. Nunca dejaba el coche al

ralentí. Era casi una norma que se había impuesto a sí misma como conductora.

No le gustaba nada la comida rápida, pero tenía hambre y, de camino a casa de Eðvarð, se pasó un momento por un kiosco. Buscaba algo sano, pero el surtido era muy escaso. Se decidió por un sándwich de atún. El café era de cafetera de goteo, casi imbebible.

Pensaba en Valþór, quien aseguraba que ella había hecho distinguos entre unos y otros de sus hijos y que Birkir lo había notado todo el tiempo. Antes de marcharse, Birkir le dijo a ella que siempre se había encontrado muy a gusto con Teddi y con ella, pero que quería conocer a su padre. Ella le preguntó si era aquel el único motivo, y él respondió que sí. Ella se lo creyó, aunque tuvo la sensación de que intentaba no hacerle daño. Birkir siempre fue reservado y

procuraba no llamar mucho la atención. Como un invitado tímido en la celebración de su propia vida. Había sido así desde que llegó por primera vez a casa de sus tíos. Valþór reclamaba mucha más atención y lo mismo podía decirse de Aron, y encima estaba la niña, Theodóra, que era el ojito derecho de su madre. ¿De verdad habían marginado a Birkir? No parece que se hubiera quejado nunca a Teddi. Quizá fuera distinto con un hombre. No necesitaban ser tan íntimos para poder hablar juntos de fútbol.

Elínborg dejó escapar un profundo suspiro y se apeó del coche. No había encontrado la respuesta.

Eðvarð ya no se extrañó de su visita.

—¿Qué te has olvidado ahora? —preguntó cuando salió a la puerta.

—Perdona que te moleste tanto —dijo ella—. Si no te importa que pase un momento. Es por lo

de Runólfur y alguna otra cosa. Quizá sepas que hemos detenido a unas personas por el crimen.

—Lo vi en las noticias —dijo Eðvarð—. Pero entonces, eso querrá decir que el caso está resuelto ya, ¿no?

—Sí, espero que sí, aunque quedan algunos cabos sueltos y pensé que a lo mejor podrías ayudarme a dejarlos bien atados, ya que eres quien mejor conocía a Runólfur. Si me permites que me siente un momento a charlar contigo... —añadió con un gesto de premura.

Eðvarð la miró como si se hubiera puesto nervioso, pero cedió y ella le acompañó al salón. Quitó de una butaca un montón de papeles y los puso encima de una pila de películas antiguas.

—Puedes sentarte a hablar, si quieres, no te voy a decir que no, aunque no sé qué más puedo contar para ayudaros. No sé nada de nada.

—Muchas gracias —dijo Elínborg, tomando asiento—. Ya sabes que hemos encontrado a la mujer que estaba con él.

—Sí, lo dijeron en las noticias. Y que es probable que él la hubiera violado. ¿De verdad que hizo eso?

—¿Estabas al tanto de la conducta de Runólfur? —dijo Elínborg, sin responder a la pregunta.

—Te lo he dicho ya, yo no sabía nada —contestó Eðvarð, que no trataba de disimular su desagrado por la visita de Elínborg—. No sé qué haces viniendo aquí una vez tras otra.

—Al hablar de «conducta» me refiero a si llegaste a saber algo sobre su forma de tratar a las mujeres. Que las drogaba disimuladamente y luego se aprovechaba del estado de postración en que las dejaba la droga.

—Yo no sabía lo que hacía él en su casa.

—Dijiste que tenía problemas de insomnio y que ese era el motivo por el que necesitaba Rohypnol. Que no quería pedírselo a los médicos porque era un medicamento problemático. Tú lo ayudaste a conseguir la droga de los violadores. Si quieres que te diga con toda sinceridad lo que pienso, creo que no me has explicado suficientemente bien tu relación con Runólfur. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Yo no tenía ni idea de que fuera un violador —dijo Eðvarð.

—¿Y por eso optaste por creer todo lo que te decía?

—Yo no sabía que me estaba mintiendo.

—¿Sabes de alguna otra víctima suya?

—¡¿Yo?! Ya te lo he dicho: no sé nada más.

—¿Te habló alguna vez de otras víctimas, de

otras mujeres a las que conociera, de mujeres que hubieran ido a su casa?

—No.

—¿Cuántas veces compraste Rohypnol para él?

—Solo aquella única vez.

—¿Lo has usado tú con alguna otra finalidad?

Eðvarð clavó la mirada en ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Participasteis los dos en algún juego extraño con mujeres?

—¿De qué estás hablando? No te entiendo.

—Dices que estabas solo, aquí, en tu casa, cuando asesinaron a Runólfur —dijo Elínborg al tiempo que sacaba su móvil sin que se notara—. Nadie puede confirmarlo. Dices que estuviste viendo la televisión. ¿Es posible que estuvieras en casa de Runólfur?

—¿Yo? No.

—¿Y que le cortaras el cuello?

Eðvarð se quedó conmocionado.

—¿Yo?! ¿Estás loca?

—¿Por qué no? —preguntó Elínborg.

—¿Ni de coña! Estuve aquí, en casa, y me enteré de todo por las noticias. Ya habéis encontrado a los culpables. ¿Por qué estás hablando conmigo? Yo no he hecho nada. ¿Por qué iba a matar yo a Runólfur?

—No lo sé —respondió Elínborg—. Dímelo tú. A lo mejor teníais vuestros secretos. A lo mejor sabía algo de ti, algo poco agradable que no querías que supiera nadie más.

—¿Qué? ¿Como qué? ¿De qué estás hablando?

—No te pongas nervioso. Quiero preguntarte por otro asunto.

Eðvarð vaciló antes de echarse para atrás en el sillón. No le quitaba la vista de encima a Elínborg,

que había conseguido desconcertarle y ponerlo nervioso. No le temía. Se las había visto con hombres a los que sí podía temer. Eðvarð no era uno de ellos. Había querido hablar con él a solas, pues pensó que así se sentiría menos cohibido. Pero aunque no le tuviera ningún miedo, había adoptado medidas preventivas. Había un coche de policía cerca de la casa. Tenía el móvil en la mano y le bastaba con apretar un botón para que la policía se presentara en la casa de inmediato. Quería provocar a Eðvarð, hacerlo saltar y ver cómo respondía.

—Durante un tiempo estuviste dando clases en Akranes —dijo ella—, en el instituto de educación secundaria combinada. Por lo que sé, impartías ciencias exactas. ¿Me equivoco?

Eðvarð la miró sin comprender nada.

—Sí.

—Eso fue hace unos cuantos años. Luego dejaste el centro y empezaste a dar clases en Reikiavik. Cuando eras profesor en Akranes sucedió un hecho extraño: desapareció una chica, alumna del instituto, y nunca se volvió a saber nada de ella. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo la desaparición —respondió Eðvarð—. ¿Por qué me preguntas ahora por eso?

—La chica se llamaba Lilja. Por lo que sé, le diste clases el curso anterior a su desaparición. ¿Es así?

—Le di clase solo un curso —dijo Eðvarð—. ¿Qué pasa ahora? ¿A qué vienen estas preguntas sobre ella? ¿Qué tiene que ver ella conmigo?

—¿Qué puedes decirme de la chica, de Lilja? ¿Qué recuerdas de ella?

—Nada —respondió Eðvarð, titubeante—. No la conocía. Le di clases, pero daba clases a

decenas de alumnos. Fui profesor en ese centro durante unos cuantos años. ¿Les has preguntado a otros de los que estaban en el instituto, o solo me preguntas a mí?

—En realidad tengo pensado hablar con otros, y de hecho ya he empezado a hacerlo —dijo Elínborg—. Quiero repasar el caso y se me ocurrió que podía preguntarte a ti porque tu nombre aparecía en el caso.

—¿Que mi nombre aparecía?

—La policía habló contigo en su momento. He visto el informe. Tú ibas en tu coche y volvías de Reikiavik a Akranes todos los días, por la mañana y por la tarde. Eso aparece en el informe. Los viernes salías un poco antes. ¿Me equivoco en algún dato?

—No, es así. Todo debe de figurar en el informe. Yo ya me he olvidado de todo eso.

—¿Qué clase de chica era Lilja?

—Yo no la conocía, para nada.

—¿Tenías un coche decente en esa época?

—El mismo que está aparcado ahí fuera.

—¿Alguna vez traías a algún alumno a la ciudad, cuando tenían que hacer alguna diligencia o querían salir de marcha por la capital?

—No.

—¿Nunca trajiste a ninguno?

—No.

—¿Nunca?

—No, nunca.

—¿Y si te dijera que sé de una chica a la que trajiste una vez a Reikiavik, y a la que dejaste en el centro comercial de Kringlan?

Eðvarð reflexionó un instante.

—¿Crees que te estoy mintiendo? —preguntó.

—No lo sé —dijo Elínborg.

—De haber llevado a alguien en el coche, se habría tratado de un caso absolutamente excepcional. Es posible que alguien me lo pidiera. Algún profesor. No me acuerdo de ningún alumno que me lo pidiera.

—La persona con la que hablé no tuvo necesidad de pedírtelo. Tú mismo te ofreciste a traerla, en Akranes. Te detuviste y te ofreciste a traerla. ¿Recuerdas ese caso?

El rostro de Eðvarð enrojeció, y sus manos, que habían estado jugueteando inquietas con los papeles y las fundas de vídeo que había sobre la mesa, estaban ahora inmóviles en el borde del tablero. Se notaba que bullía en su interior. Elínborg cogió mejor el móvil que tenía en las manos.

—No —dijo—. Alguien te está mintiendo.

—La persona en cuestión estaba esperando el

autobús de línea.

—No recuerdo que nunca pasara nada por el estilo.

—Ella habla muy bien de ti —dijo Elínborg—. La dejaste en Kringlan. Venía a la ciudad de compras. No veo que exista ningún motivo para que me mintiese.

—No me acuerdo.

—Era alumna del instituto.

Eðvarð no respondió.

—Lilja desapareció un viernes, que era cuando acababas las clases pronto y te ibas enseguida a Reikiavik. Tengo entendido que acababas a mediodía. No te lo preguntaron en su momento, pero ¿volviste directamente a Reikiavik? ¿A mediodía, nada más acabar?

—¿Me estás diciendo que yo he matado a la

chica esa, y a Runólfur también? ¿Estás trastornada? ¿Estás loca?

—Yo no digo nada —repuso Elínborg—. ¿Quieres responder a la pregunta?

—No sé si estoy obligado a responder a esas preguntas absurdas —dijo Eðvarð. Era como si estuviera haciendo un esfuerzo por demostrar que no estaba dispuesto a dejarse llevar por donde no quería.

—Eso es asunto tuyo. En cambio, yo tengo que hacer preguntas. Puedes contestarlas ahora o puedes contestarlas más tarde. ¿Viste a Lilja en Akranes ese viernes, cuando volvías a Reikiavik?

—No.

—¿Te ofreciste a traerla a la ciudad?

—No.

—¿Tienes idea de adónde fue Lilja ese viernes?

—No. Más vale que te vayas. No tengo nada

más que decirte. No sé por qué no quieres dejarme en paz. Conocía a Runólfur. Eso era todo, y basta. Era un estupendo amigo. ¿Eso me convierte en culpable en todos esos casos que te traes entre manos?

—Localizaste a un conocido traficante y compraste una droga para Runólfur.

—¿Y qué? ¿Eso me convierte en asesino?

—Esa palabra la has dicho tú.

—¿Que la he dicho yo? ¿Por qué no haces más que venir una y otra vez? ¡No es que lo diga yo!

—Yo no he dicho nada de que tú les causarás ningún daño —dijo Elínborg—. Eres tú el que no hace más que insistir en ello. Yo solo te estoy preguntando si te ofreciste a traer a Lilja a Reikiavik el día que desapareció. No te estoy preguntando ninguna otra cosa. Tú tenías coche. Ibas de una ciudad a otra. Conocías a Lilja porque

le habías dado clases. ¿Te parece extraño que te pregunte por eso?

Eðvarð no respondió.

Elínborg se puso en pie y metió el móvil en el bolsillo del abrigo. No tendría problemas con Eðvarð, que parecía claramente hundido por las preguntas. El nerviosismo y la inquietud eran características propias de su personalidad. Elínborg no era capaz de asegurar al cien por cien si mentía o no.

—Es posible que Lilja fuera a Reikiavik ese día y que desapareciese allí —dijo Elínborg—. Esa es una posibilidad. Pensé que podías saber adónde pudo haber ido. No he insinuado ni por asomo que tú hubieras participado en su desaparición. Has sido tú quien lo ha dicho.

—Estás intentando liarme.

—Le diste clase de ciencias a Lilja y dijiste que

no era una alumna especialmente destacada.

—Sí.

—Su madre dice que se le daban muy bien las ciencias exactas, y que su asignatura favorita eran las matemáticas.

—¿Qué tiene eso que ver con este asunto?

—Podría haber despertado tu interés, si es que se trataba realmente de una buena alumna.

Eðvarð calló.

—Pero no quisiste ir por allí, no quisiste llamar la atención sobre esa posibilidad.

—Déjame en paz —dijo Eðvarð.

—Gracias por tu colaboración —dijo Elínborg.

—Déjame en paz —repitió Eðvarð—. Déjame en paz de una vez.

Los interrogatorios formales de padre e hija comenzaron a primera hora de la mañana siguiente. Elínborg los dirigió. Habló en primer lugar con Nína, que fue trasladada a la sala de interrogatorios, donde Elínborg la estaba esperando. Acto seguido interrogarían al padre. Nína parecía tranquila y serena. La había examinado el servicio de asistencia urgente para víctimas de violación y se le había ofrecido asistencia psicológica.

—¿Pudiste dormir algo? —preguntó Elínborg.

—Sí, un poco; es la primera vez en varios días —dijo Nína, sentada al lado de su abogado, un

hombre como de cincuenta años de edad—. Y tú, ¿dormiste bien tú? —preguntó con tono de reproche—. Papá no hizo nada. Solo vino en mi ayuda. Él es inocente.

—Esperemos que sí —dijo Elínborg.

No lo dijo, pero ella había dormido estupendamente después de tomarse un somnífero. Lo hacía rarísimas veces, y solo cuando resultaba estrictamente necesario, porque prefería no tomar medicinas, se llamaran como se llamaran. Había tenido problemas para dormir las noches pasadas y llegaba al trabajo falta de sueño, pero ya no se atrevía a seguir en la misma situación. Se puso una pastillita debajo de la lengua, se metió en la cama y durmió como un tronco hasta la mañana siguiente.

Al igual que el día anterior, Elínborg empezó repasando los movimientos de Nína desde el

momento en que se encontró con Runólfur. Nína no tuvo el menor titubeo en su relato, habló con tanta claridad y firmeza como si estuviera dispuesta a enfrentarse a todo lo sucedido, así como a su nueva situación y el procedimiento legal que la esperaba. Le resultó más fácil que el día anterior, como si la negación, el miedo y la nebulosa pesadilla se hubieran convertido por fin en una realidad imposible de ignorar.

—Cuando Konráð, tu padre, llegó en tu ayuda, como dices, ¿cómo entró en el piso? —preguntó Elínborg.

—No lo sé, creo que la puerta no estaba cerrada, o al menos no estaba cerrada con llave. De repente estaba allí dentro.

—¿No le abriste tú?

—No, yo no abrí, creo que no. No lo recuerdo.

Me sentía como en medio de una pesadilla. Seguro que te lo habrá contado él.

Elínborg asintió. Konráð le había dicho que la puerta no estaba cerrada del todo cuando llegó a la casa.

—¿No saliste del salón cuando llegó tu padre, para abrirle la puerta?

—Creo que no.

—Quizá intentaste huir y te detuviste al llegar a la puerta, ¿es así?

—No lo recuerdo, es posible que fuera así. Recuerdo que busqué mi móvil y llamé a papá de inmediato.

—¿Crees que Runólfur habría podido abrir la puerta?

—No lo sé —dijo Nína, bajando la voz—. Lo juro, apenas recuerdo nada de lo que pasó. Me había drogado con una droga que produce amnesia.

¿Qué quieres que diga? No me acuerdo. ¡No me acuerdo de nada!

—¿Crees que habrías podido llamar a tu padre antes de la muerte de Runólfur? ¿Y que tu padre te ayudara agrediendo a Runólfur?

—No.

—¿Puedes estar segura?

—Ya te lo he dicho, desperté sola en el apartamento y salí del cuarto, y Runólfur estaba en el suelo. Después es cuando llamé a papá. ¿Por qué no me crees? Eso es lo único que recuerdo. Seguramente fui yo quien atacó a Runólfur y...

—No hay nada que apunte a que hubiera lucha en el apartamento —dijo Elínborg—. El crimen se cometió de una forma muy pulcra, si se puede calificar así, aparte de la sangre. De modo que conseguiste acercarte a él con gran sigilo y cortarle el cuello de una manera perfectamente

profesional. ¿Crees que eres capaz de hacer algo así?

—Quizá. Si estoy atrapada. Si tengo que defenderme. Si estoy drogada.

—Y sin embargo, según dice tu madre, no estabas manchada de sangre.

—No recuerdo nada de eso. Cuando llegué a casa me metí en la ducha, aunque tampoco lo recuerdo demasiado bien.

—¿Viste si Runólfur bebía algo o tomaba alguna medicina después de que llegarais a su casa?

—Creo que estoy diciendo lo mismo todo el tiempo. No recuerdo nada de cuando llegamos a su casa. Apenas tengo algún recuerdo del camino, y luego me desperté en su cama.

—¿Le diste tú Rohypnol antes de que muriera, para que degollarle te resultara más fácil?

Nína sacudió la cabeza, como si no acabara de

entender de qué le estaba hablando Elínborg. Como si no comprendiera la pregunta.

—¿Que si le di yo...?

—Sabemos que cuando murió había tomado el medicamento que según dices te había dado a ti. El medicamento le habría dejado incapacitado para defenderse. Hay algo que no quieres decirnos. Algo que sigues ocultándonos. Quizá para proteger a tu padre. Quizá por algún otro motivo. Pero sigues intentando esconderte detrás de tus padres. Sigues jugando al escondite. Yo creo que estás protegiendo a tu padre. ¿Es posible?

—Yo no le di ninguna medicina a ese hombre. No estoy protegiendo a nadie.

—No llamaste a la policía cuando saliste del dormitorio y viste el cadáver de Runólfur en el suelo. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho.

—¿Fue para ocultar la participación de tu padre?

—No. No hay nada que ocultar. Él no participó.

—Pero...

—No puedes pensar que fue papá quien le mató —dijo Nína preocupada—. Papá no podría haber hecho jamás una cosa así. Jamás. Tú no lo conoces, no sabes lo que ha tenido que pasar desde pequeño.

—¿Te refieres a la poliomielitis?

Nína asintió. Elínborg guardó silencio.

—No debí haberlo llamado —dijo Nína—. No lo habría hecho de haber sabido que pensaríais que fue él quien asesinó a ese hombre.

—¿Puedes explicar con más precisión por qué no os pusisteis en contacto con la policía?

—Yo...

—Sí.

—Yo sentía vergüenza —respondió Nína—. Sentía vergüenza de estar allí. De haber ido allí sin poderlo recordar y de estar desnuda en una cama de una casa desconocida. De que me hubieran violado. Me di cuenta inmediatamente de lo que me había hecho. Sentí que... sentí que era algo vergonzoso para mí misma. No quería que nadie lo supiera. No quería hablarle de ello a nadie. Me parecía algo asqueroso. Vi el condón en el suelo. Me imaginé lo que diría la gente. ¿Y si yo le había dado pie a hacerlo? ¿Era también yo culpable de lo sucedido? ¿Todo había sido por mi culpa? ¿Era yo la que había provocado aquella humillación a todos nosotros? Cuando lo vi tirado en el suelo, pensé que habría perdido la cabeza por un momento. No sé si puedo expresarlo mejor. Estaba asustada, asustada de lo que veía y asustada por la humillación. Casi ni podía decirle

a papá por qué estaba allí dentro, sola y desnuda, con un hombre a quien no conocía de nada. Imagínate si podía llamar a la policía.

—Toda la vergüenza recae sobre el violador — dijo Elínborg.

—Ahora las entiendo mejor —susurró Nína—. Dios mío, cómo las entiendo ahora.

—¿A quiénes?

—A las mujeres que se topan con esa clase de hombres. Creo que ahora comprendo lo que tienen que pasar. Oyes hablar de esas violaciones, pero en las noticias hay tanta basura que haces lo posible por olvidarlo todo al momento. También las violaciones. Pero ahora sé que detrás de cada de una de esas noticias hay unas historias tan espantosas como esta, y unas mujeres como yo, que han sido objeto de una violencia

indescriptible. ¡Y esos hombres! ¿Qué clase de aberración son esos individuos? Yo...

—¿Qué?

—Yo sé que no debo decir estas cosas, y sobre todo que no debo decírtelas a ti. Y sobre todo no debo decirlas aquí dentro. Me enfurezco de tal manera al pensar en lo que me hizo ese tío. En cómo se comportó conmigo. ¡Me drogó y me violó!

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Y las sentencias que reciben esos hombres! ¡Ridículas! Son un verdadero ultraje. Los tribunales no castigan a esos hombres. Les dan una palmadita en la espalda y se acabó.

Nina respiró hondo.

—A veces es que...

Se echó a llorar.

—A veces me gustaría recordar el momento en

que le corté el cuello.

Más o menos una hora después le tocó el turno a Konráð. Igual que Nína, estaba tranquilo y sereno al principio, cuando se sentó en la sala de interrogatorios junto con su abogado. Tenía cara de sueño, dijo que no había pegado ojo en toda la noche. A su mujer le había tocado la dura tarea de informar a su hijo de San Francisco acerca de la desgracia que había caído sobre la familia, y él estaba profundamente preocupado por su hija.

—¿Qué tal está Nína? —fue lo primero que dijo.

—Muy bien no está, como es lógico —respondió Elínborg—. Vamos a intentar acabar con esto en el menor tiempo posible.

—No comprendo cómo se te ha podido pasar

por la cabeza la idea de que yo participase en la muerte de ese hombre. Sé que dije que habría preferido ser yo quien lo hubiera matado, en vez de mi hija. Creo que todos los padres dirían lo mismo si estuvieran en mi situación. Creo que incluso tú dirías lo mismo.

—Aquí no se trata de mí —respondió Elínborg.

—Espero que no tomaras mis palabras como una confesión de cualquier clase.

—¿Por qué no te pusiste en contacto con la policía al ver lo que había sucedido en casa de Runólfur?

—Fue un error —dijo Konráð—. Lo sé. Nunca habríamos podido vivir con eso. En realidad nos dimos cuenta enseguida. Sé que te puede resultar difícil comprenderlo, pero ponte en nuestro lugar. Pensé que Nína había pasado ya suficiente, y que sería bueno seguir tranquilos mientras la policía

no lo descubriera. No había nada que relacionara a Nína con ese hombre. Se encontraron en un local de ocio. Ella no le había dicho a nadie ni dónde estaba ni con quién. Intenté recoger todas sus cosas cuando nos fuimos. El chal no lo vi.

—¿Podemos hablar un momento de cómo entraste en casa de Runólfur? No acabo de aclararme sobre ese particular.

—Entré, sin más. La puerta no estaba cerrada. Creo que debió de abrirla Nína, porque me estaba esperando. Es posible que mientras yo iba de camino hiciéramos referencia, por teléfono, a que tendría que entrar en la casa. No lo tengo del todo claro.

—Ella tampoco se acuerda.

—Claro, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba. Y yo no estaba mucho mejor. Me

pareció que el hombre ese había estado quemando algo. Noté un olor a algo que podía indicarlo.

—¿Que había estado quemando algo?

—O... ¿habéis comprobado si tenía queroseno en su casa?

—¿Queroseno?

—¿No encontrasteis queroseno en la casa?

—No. Nada parecido.

—¿Ni notasteis olor ninguno, olor a queroseno?

—No encontramos queroseno —dijo Elínborg—. En el apartamento no había nada parecido.

—Cuando entré había olor a queroseno dentro de la casa —dijo Konráð.

—No había estado quemando nada, que sepamos. Tenía velitas en el apartamento, eso era todo. ¿Qué hicisteis con el cuchillo?

—¿Qué cuchillo?

—El que utilizó tu hija para matar a Runólfur.

—Cuando llegué, ella no tenía en la mano ningún cuchillo. No pensé mucho en eso. Probablemente lo tiró en algún sitio con todo el lío.

—¿Con qué te afeitas? ¿Qué usas? ¿Afeitadora eléctrica? ¿Maquinilla? ¿Navaja?

—Uso maquinilla.

—¿Tienes navaja de afeitar?

—No.

—¿Has tenido alguna, alguna vez?

Konráð pensó un momento.

—Tenemos orden de registro de tu casa —dijo Elínborg—. También de la casa de tu hija en Fálkagata.

—Nunca he tenido navaja de afeitar —respondió Konráð—. No sé usarla. ¿Es esa el arma? ¿Una navaja de afeitar?

—Hay otra cosa a la que estamos dándole

vueltas —dijo Elínborg sin contestarle—. Nína, tu hija, sostiene que fue ella quien mató a Runólfur aunque no puede recordarlo con exactitud. Lo dice porque no parece existir ninguna otra posibilidad. Tan solo había dos personas en el apartamento, por lo que ella sabe. ¿Crees posible que ella sola hubiera podido matar a un hombre como Runólfur? Sobre todo, si él la había drogado y ella era prácticamente incapaz de hacer nada.

Konráð reflexionó sobre la pregunta.

—No acabo de entender bien el estado en que se encontraba —dijo.

—Cabe la posibilidad de que lo hubiera hecho, de haber estado plenamente consciente, si se hubiera movido con sigilo y sin ruido, y si Runólfur no se hubiera percatado de que se le acercaba —dijo Elínborg—. Pero claro, antes tuvo

que hacerse con un cuchillo. Tenía que estar preparada.

—Supongo.

—¿Lo estaba?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estaba ya preparada para hacerlo cuando fue a casa de Runólfur?

—¿Estás loca? ¿Cómo iba a estar preparada para eso? No lo conocía de nada. ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de asesinato —respondió Elínborg—. Estoy diciendo que tu hija mató a Runólfur de manera intencionada. Quiero averiguar por qué. ¿Qué motivos tenía para hacerlo? ¿Cómo consiguió que la ayudaras?

—En mi vida había oído una estupidez más grande —dijo Konráð—. ¿Lo dices en serio?

—Runólfur no murió así, por las buenas —dijo

Elínborg—. Podemos mirar el caso desde otro punto de vista. Una de las cosas que no se han dicho en las noticias es que él también había tomado Rohypnol poco antes de morir. Tengo mis dudas de que lo tomara por su propia voluntad. Alguien tuvo que haberlo obligado. O alguien tuvo que haberlo engañado para que se lo tomara, igual que él engañó a tu hija.

—¿Que había tomado la droga de los violadores?!

—Encontramos restos en su boca. Había tomado una cantidad considerable. Eso le da otro cariz a la historia que contáis tu hija y tú, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Alguien tiene que haberle obligado a tomar la droga.

—Yo no fui.

—Si tu hija está diciendo la verdad, no consigo

entender cómo tuvo fuerzas para hacerlo. Y no puede haber muchas más personas en juego. Creo que vengaste a tu hija. Para mí, se trata de un típico crimen por venganza. Tuvo que ser así. Nína consiguió llamarte para pedir ayuda. Corriste a Þingholt. Ella logró abrirte. A lo mejor, Runólfur estaba dormido. Te enfureciste al ver lo que había pasado, lo que había hecho Runólfur. Le hiciste probar su propia medicina y le cortaste el cuello delante de tu hija.

—Eso es absurdo, yo no fui —repitió Konráð, que había empezado a subir el tono de voz.

—¿Quién fue, entonces?

—Yo no fui, y Nína tampoco —dijo rabioso—. Sé que ella jamás podría hacer algo así. Ella es así, aunque él la hubiera envenenado y ella no estuviera en sus cabales en ese momento.

—No deberías subestimar a nadie que se sienta

amenazado.

—Ella no fue.

—Alguien obligó a ese hombre a ingerir la droga.

—Habrá sido alguna otra persona, una tercera persona que estuviera en su casa.

Konráð se inclinó sobre la mesa de la sala de interrogatorios.

—Nína no puede haberlo hecho, yo no lo hice, lo sé, de modo que solo queda una posibilidad. Tuvo que haber otra persona en el apartamento de Runólfur. ¡Alguien que no fuera mi hija!

La idea de una tercera persona no era nueva para la policía. Elínborg le había preguntado a Eðvarð en dos ocasiones por sus movimientos la noche en que mataron a Runólfur, y en los dos casos obtuvo idéntica respuesta: que estuvo en su casa, él solo, viendo la televisión. Nadie podía confirmar su coartada. No podía excluirse que estuviera mintiendo, pero Eðvarð no tenía ningún motivo para matar a su amigo, al menos que supiese la policía, además de que a Elínborg le resultaba complicado imaginárselo llevando a cabo algo que estaba tan fuera de sus aptitudes. La idea de que había participado en la desaparición de Lilja

pendía también de un hilo muy fino. Casi no existía base alguna para pensar que la chica hubiera ido con él a la capital, y aunque Eðvarð la hubiera llevado a Reikiavik, eso no significaba nada. Podía afirmar que la había dejado en cualquier sitio y que la desaparición fue posterior.

Sin embargo, Elínborg no podía desentenderse de Eðvarð. Todo el día estuvo dedicada a los interrogatorios del padre y la hija, que no cambiaron ni uno solo de los puntos principales de sus historias. Nína estaba más convencida que antes de que era ella quien había matado a Runólfur, e incluso parecía deseosa de haber sido ella. Konráð intentaba ir por otra vía, la declaró incapaz de hacerlo y negó de manera tajante que hubiera sido él quien mató a Runólfur. Era imposible confirmar con ninguna clase de análisis que Nína hubiera consumido la droga de las

violaciones y que por ese motivo hubiera estado incapacitada para agredir a Runólfur. La policía solo disponía de su palabra, de que no recordaba nada. Era perfectamente posible que hubiera estado todo el tiempo en pleno uso de sus facultades. Luego estaba el asunto de Runólfur. Era difícil pensar que hubiera tomado el Rohypnol voluntariamente. Alguien tuvo que obligarlo, alguien que quería hacerle probar su propia medicina. ¿Cabía la posibilidad de que Nína lo hubiera forzado a tomar la droga? Quedaban aún muchas preguntas sin respuesta. Para Elínborg, el padre o la hija eran los asesinos más probables. Nína no había confesado, pero Elínborg pensaba que no tardaría en hacerlo y que uno de los dos les conduciría al arma homicida. No es que le gustara nada la idea. Runólfur había arrastrado al lodo a unas buenas personas.

Esa tarde volvió a aparcar a distancia segura de la casa de Eðvarð, vigilando cada movimiento que se producía en la casa. Su coche estaba aparcado en el lugar habitual. Elínborg había visitado la página web del instituto donde daba clases, y había mirado su horario de clases. Solía terminar a eso de las tres. Elínborg no sabía qué sacaba en claro espiando a Eðvarð. Tal vez sentía tanta compasión por Konráð y su hija que estaba ansiosa por encontrar alguna otra solución del caso.

Desde donde estaba podía ver el viejo dique seco. No tardarían en derruirlo para crear una zona de construcción de viviendas al lado del puerto. Monumentos históricos como aquel desaparecían como la escarcha al salir el sol. Sin pretenderlo, pensó en Erlendur. Seguía anclado en los viejos tiempos. Elínborg no estaba siempre de acuerdo con él. El progreso necesitaba espacio. Erlendur

había protestado de manera enérgica por el previsto traslado de la Casa Gröndal, en la calle Vesturgata, muy cerca de donde estaba en aquellos momentos el coche de Elínborg, al museo histórico al aire libre de Árbær. Se quejaba de por qué no podía seguir la casa donde estaba, en pleno barrio antiguo de Reikiavik, que era donde tenía que estar, donde había estado siempre. Afirmaba que era un monumento singular, la casa de Benedikt Gröndal, un escritor que floreció en el siglo XIX y que precisamente en esa misma casa escribió sus memorias, tituladas *Pasatiempo*, la obra literaria favorita de Erlendur. La Casa Gröndal. Era una de las escasísimas casas del siglo XIX que seguían en pie en la capital.

—¿Es necesario arrancarla con sus raíces para colocarla en cualquier esquina de Árbær? —se preguntaba Erlendur.

Elínborg llevaba prácticamente dos horas sentada en el coche cuando por fin vio movimiento en la casa de Eðvarð. Se abrió la puerta, y este salió y se marchó en su coche. Ella lo siguió. Eðvarð comenzó yendo a un supermercado de descuento. Desde allí se dirigió a una lavandería. A continuación, Eðvarð pasó por un videoclub que estaba echando el cierre definitivamente: LIQUIDACIÓN TOTAL POR CESE DE NEGOCIO, decía en la entrada. Eðvarð permaneció allí dentro un buen rato y finalmente salió cargado de vídeos que metió en el maletero del coche. Pasó otro rato charlando en la acera con un hombre del videoclub, antes de marcharse. A continuación se dirigió a una empresa de telefonía, la misma para la que trabajaba Runólfur. Por la ventana, Elínborg pudo ver que Eðvarð miraba móviles nuevos. Un empleado acudió a atenderlo. Estuvieron

charlando un buen rato hasta que Eðvarð eligió un teléfono y lo compró. Después fue hacia el lado opuesto de la ciudad, se detuvo en una hamburguesería y almorzó. Dedicó un tiempo considerable a su comida, y Elínborg empezaba a estar casi decidida a abandonar el seguimiento. No sabía por qué andaba detrás de él, y pensaba que lo más probable era que estuviera siguiendo a un hombre totalmente inocente.

Llamó a casa y le cogió el teléfono Theodóra. Estuvieron hablando muy poco rato. Había vuelto a casa después de clase con dos amigas y no podía dedicarse a entretener a su madre. Teddi no había vuelto aún y la niña no sabía nada de sus hermanos.

Eðvarð salió de la hamburguesería y entró en el coche. Elínborg se despidió de Theodóra y continuó con su seguimiento. Eðvarð fue en

dirección a su casa, subió por Tryggvagata hacia el este y luego pasó por Mýrargata, redujo la velocidad enfrente del antiguo dique seco y se detuvo, con el coche medio subido en la acera. Parecía que estaba mirando el dique y el mar, hacia el monte Esja. Elínborg se dio cuenta de que aquello complicaba las cosas. No podía parar el coche detrás de él, así que adelantó y se metió en un aparcamiento cercano. Estuvo allí esperando hasta que Eðvarð bajó de la acera y se dirigió a su casa.

Elínborg aparcó en el mismo sitio de antes y apagó el motor. Eðvarð entró la ropa limpia y la compra y cerró la puerta. Era ya tarde, y Elínborg tenía remordimientos por su familia, que en esos días se alimentaba sobre todo con la comida rápida que compraba Teddi. Pensó que tenía que pasar más tiempo en casa, que tenía que estar más

tiempo disponible para Theodóra y los chicos, y estar con Teddi, que se pasaba el tiempo colgado de la televisión. Decía que sobre todo veía documentales, docudramas y programas dedicados a la naturaleza, pero eso era un puro cuento. Muchas veces, Elínborg lo había visto ensimismado en programas de entretenimiento de la peor especie, *realities* americanos, muy especialmente cuando trataban de bodas o de modelos o de perdidos en alguna isla. Esos eran los nuevos documentales de naturaleza que veía Teddi.

Vio a uno de los vecinos de Eðvarð salir de su casa, que estaba muy cerca, y abrir la puerta del garaje. Allí había un coche que el hombre se puso a abrillantar. Era un coche antiguo que Elínborg no conocía. Era grande e impresionante, de los años cincuenta, azul pálido con cromados

resplandecientes y espléndidas aletas en la parte trasera, que le conferían un aspecto magnífico. Teddi aplicaba a esa clase de coches el viejo término de *haiga*, y le encantaban. Sobre todo los Cadillac. Decía que eran los mejores coches que se habían fabricado jamás.

Elínborg no tenía ni idea de si el coche del garaje era un Cadillac, pero lo que sí sabía era cómo iniciar una conversación con aquel hombre. Se bajó de su coche y se dirigió hacia el garaje.

—Buenas tardes —dijo cuando llegó ante la puerta. El propietario del vehículo dejó un momento lo que estaba haciendo, la miró y le dio las buenas tardes. Tendría unos cincuenta años, gesto bonachón y rostro regordete.

—¿Es tuyo este coche? —preguntó Elínborg.

—Sí —dijo el hombre—. Es mío.

—¿Es un Cadillac?

—No, es un Chrysler New Yorker del año cincuenta y nueve. Me lo enviaron desde América hace unos años.

—Vaya, así que es un Chrysler —dijo Elínborg—. ¿Está en buen estado?

—Estupendo —dijo el hombre—. Lo único que tengo que hacerle es encerarlo de vez en cuando. ¿Te interesan los coches antiguos? No es frecuente encontrar mujeres con esas aficiones.

—No, yo no. Es a mi marido a quien le encantan estos trastos. Es mecánico de automóviles y en tiempos tuvo un coche de estos, antiguo. Acabó vendiéndolo. Le encantaría ver este.

—Pues que venga, dile que venga a verme —dijo el hombre—. Lo llevaré a dar un paseo por la ciudad en el coche.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó Elínborg.

—Desde que nos casamos —dijo el hombre—. Hará como veinticinco años. Me apetecía estar cerca del mar. Solíamos ir hasta la zona de Örfirisey, pasando junto al dique seco.

—Ahora todo eso va a desaparecer y construirán edificios al lado del puerto. ¿Los residentes estáis de acuerdo?

—Yo no —dijo el hombre—. Los demás, no sé. Yo creo que no hay por qué estar tirando a la basura la historia y las formas de vivir y trabajar de otros tiempos. No es que nos quede gran cosa de aquella época. Ahí tienes la calle Skúlagata. ¿Queda alguien que se acuerde de la naviera o de la cooperativa cárnica o de los demás negocios que había allí? Y ahora le toca el turno al dique seco.

—Me imagino que los vecinos no estarán demasiado contentos.

—No, imagino que no.

—¿Los conoces bien?

—No del todo mal.

—Pasaba por aquí y me dio la sensación de conocer al hombre de la casa amarilla esa, la del aliso con las ramas por encima. ¿Recuerdas cómo se llama?

—¿Te refieres a Eðvarð? —preguntó el hombre.

—Sí, Eðvarð, eso es —respondió Elínborg como si aquella fuera la respuesta a un misterio con el que llevaba debatiéndose una temporada—. Es él. En tiempos trabajé con él —añadió.

—Vaya...

—¿Sigue de profesor, o...?

—Sí, sigue dando clases. Enseña en un instituto, si recuerdo bien.

—Los dos dábamos clase en el instituto de Hamrahlíð —dijo Elínborg, lamentando tener que

mentirle de una manera tan descarada a aquel hombre. Prefería no decir que era de la policía y que Eðvarð era sospechoso de esto o de lo otro. Enseguida se empezaría a hablar de ello por todo el barrio, y acabaría llegando a oídos del mismo Eðvarð.

—Ya, comprendo —dijo el hombre—. No le veo demasiado. No se hace notar. No asoma demasiado por la calle.

—Eso me suena. Es un poquitín misterioso. ¿Hace mucho que vive aquí?

—Pues debió de mudarse aquí hará como diez años. Entonces estaba estudiando todavía.

—¿Y tenía dinero para comprarla?

—De eso, ni idea —dijo el hombre—. Recuerdo que durante unos años alquilaba una habitación. A lo mejor eso lo ayudaba.

—Sí, alguna vez lo mencionó —mintió Elínborg

—. Recuerdo que estuvo dando clases en Akranes una temporada.

—Sí, así es.

—¿Iba de aquí para allá todos los días?

—Pues sí. Tenía ese mismo coche. Ahora es ya un cacharro medio estropeado. Pero ya te digo, no conozco demasiado a Eðvarð aunque seamos vecinos. Nos conocemos de vista y poco más. No puedo decirte mucho.

—¿Sigue soltero? —preguntó Elínborg, intentando avanzar un poco más.

—Sí, Eðvarð no tiene mucho lío de mujeres. O por lo menos yo no me he enterado de que lo tenga.

—Cuando lo conocí no solía salir mucho de marcha.

—Y ahora tampoco. Nunca lo veo salir los fines de semana —dijo el hombre con una risita—. Vamos, de manera habitual. Es muy solitario.

—Que te lo pases muy bien con tu Chrysler —le deseó Elínborg—. Es realmente bonito.

—Sí —respondió el hombre—. Es una gozada.

El móvil de Elínborg sonó cuando estaba aparcando en su casa. Apagó el motor y miró el número que aparecía en la pantalla. No lo conocía y estuvo a punto de no responder. El día había sido muy largo y quería pasar en casa tranquilamente las pocas horas del día que quedaban. Miró el número e intentó ubicarlo. Los chicos usaban a veces su móvil, y en ocasiones alguno de sus amigos la llamaba de manera inesperada cuando estaba trabajando. El sonido de la llamada era fastidioso pero no quería desconectar el teléfono, de modo que decidió responder.

—Buenas tardes —dijo al teléfono una voz de

mujer—. ¿Eres Elínborg?

—Sí, soy Elínborg —dijo con una brusquedad carente de toda cortesía.

—Perdona que te llame tan tarde.

—No pasa nada. ¿Quién eres?

—No nos conocemos personalmente —dijo la mujer—. Estoy algo preocupada aunque seguramente no debería estarlo. Él sabe apañárselas bien solo y le gusta mucho la soledad.

—Perdón, ¿te importa decirme quién eres?

—Me llamo Valgerður —respondió la mujer—. Creo que no nos hemos visto nunca en persona.

—¿Valgerður?

—Soy amiga de Erlendur, tu colega. He intentado hablar con Sigurður Óli pero no contestaba.

—Supongo que no —dijo Elínborg—. No

conocería el número y no tendría ganas de contestar. ¿Hay algún problema?

—Bueno, sí, gracias por cogerlo. Solo quería saber si Erlendur se ha puesto en contacto con vosotros. Se fue a los fiordos del este y no he sabido nada de él.

—Yo tampoco he sabido nada de Erlendur —respondió Elínborg—. ¿Cuánto hace que se fue al este?

—Hace ya casi dos semanas. Estuvo liado con un caso difícil que creo que le afectó mucho, y estoy un poco preocupada por él.

Erlendur no había hablado con Elínborg ni con Sigurður Óli. Se enteraron en comisaría de que se había ido de vacaciones. Justo antes de irse había encontrado los restos mortales de un hombre y una mujer desaparecidos una generación atrás. Sigurður y ella sabían que además estuvo

investigando otro caso por su cuenta, pero que no había conseguido reunir pruebas para formular ninguna acusación.

—¿No será que Erlendur sencillamente quiere estar tranquilo y solo? —dijo Elínborg—. Tal vez no sea demasiado tiempo si lo que pretendía era descansar. Sé que de un tiempo a esta parte estaba trabajando mucho.

—Quizá. O tiene apagado el móvil o está en algún sitio donde no hay cobertura.

—Se las arreglará —dijo Elínborg—. Ya se ha ido de vacaciones otras veces sin dar señales de vida.

—Vaya, es bueno saberlo. Si te llamara, dile que he preguntado por él.

Theodóra seguía despierta. Le dejó sitio en su cama, y Elínborg se tumbó a su lado. Estuvieron un buen rato acostadas en tranquilo silencio. Elínborg solo tenía recuerdos para Lilja, que había desaparecido de Akranes sin que se volviera a saber de ella. Pensaba en la chica de Nýbýlavegur, que se había encerrado en su propio desamparo. Rememoró a Nína llorando desconsolada en la sala de interrogatorios. La veía con un cuchillo en la mano, degollando a Runólfur.

La casa estaba en silencio. Los chicos no estaban en casa y Teddi estaba trabajando en el taller, enfrascado con la contabilidad.

—No te preocupes demasiado —dijo Theodóra, que notaba que su madre estaba intranquila, cansada y con la cabeza en otro sitio—. No te preocupes por nosotros, sabemos que a veces tienes que trabajar mucho. No te preocupes por nosotros.

Elínborg sonrió.

—Creo que no se puede tener una hija mejor que tú —dijo. Las dos callaron. Había empezado a soplar el viento y se oía su silbido en la ventana. Poco a poco, el otoño iba cediendo su lugar al invierno, que acechaba con oscuridad y frío.

»¿Qué es lo que no debes hacer jamás? —preguntó Elínborg—. ¿Jamás de los jamases?

—Subirme al coche de un desconocido —respondió Theodóra.

—Eso es —dijo Elínborg.

—Sin excepciones —dijo Theodóra, como si

hubiera aprendido de memoria aquella lección para recitársela a su madre—. Digan lo que digan, sean hombres o mujeres. Nunca debo subir al coche de una persona desconocida.

—Es una pena...

Theodóra ya la había oído recitar la lección, y terminó la frase por ella:

—... tener que decir eso, porque la mayoría de los desconocidos son buena gente, pero siempre hay unos pocos que hacen que paguen justos por pecadores. Por eso no tienes que subirte nunca a un coche con personas desconocidas. Ni siquiera si te dicen que son policías.

—Muy bien, Theodóra —dijo Elínborg.

—¿Estás investigando un caso de esos?

—No lo sé —dijo Elínborg—. Es posible.

—¿Hubo alguien que fue en el coche de alguien?

—No me apetece hablar de lo que estoy

haciendo estos días —dijo Elínborg—. A veces no es nada divertido hablar del trabajo al llegar a casa.

—He leído en el periódico que habíais metido a dos personas en la cárcel, un hombre y su hija.

—Sí.

—¿Cómo los descubriste?

—Con el olfato —respondió Elínborg, sonriendo y señalándose la nariz con el dedo índice—. De verdad, creo que fue el olfato el que solucionó el caso. A la hija le gustaba el *tandoori* tanto como a mí.

—¿Así que el olor de su casa es igual que el de la nuestra?

—Sí. Muy parecido.

—¿Corriste peligro?

—No, Theodóra, no corrí ningún peligro. No se trata de gente de esa. ¿Cuántas veces te lo tengo

que decir? Los policías casi nunca corren peligro de verdad.

—Pero muchas veces atacan a los policías en el centro.

—Eso son gentuza, unos desalmados de marca mayor —dijo Elínborg—. No te preocupes por esa chusma.

Theodóra pasó un buen rato dándole vueltas al tema. Su madre llevaba trabajando en la policía desde mucho antes de que ella naciera. Y sin embargo, no conocía prácticamente nada de su trabajo, porque Elínborg no quería que se enterase con demasiado detalle mientras fuera pequeña. Las chicas de la edad de Theodóra solían saber en qué consistían los trabajos de sus padres. Ella no sabía gran cosa. Había ido unas cuantas veces con su madre a la comisaría de Hverfisgata, cuando Elínborg no tenía más remedio que llevarla. Se

sentaba en un pequeño despacho mientras su madre terminaba algo a toda prisa. Hombres y mujeres, unos de uniforme y otros sin él, se asomaban a la puerta y la saludaban con cariño, sonriéndole y mostrándole su asombro por la manera en que había crecido. La única excepción fue un hombre con abrigo que la miraba con el ceño fruncido y preguntaba con acritud a su madre por qué llevaba a su hija a aquel lugar. A Theodóra no se le olvidaría nunca. Aquel lugar. Le preguntó a su madre quién era ese hombre, pero Elínborg se limitó a sacudir la cabeza y le dijo que lo olvidara, que aquel hombre no tenía razón.

—¿Cómo es tu trabajo, mamá? —le preguntó.

—Pues como cualquier otro trabajo de oficina, cariño —respondió su madre—. Enseguida termino.

Pero Theodóra sabía perfectamente que aquello

no era una oficina normal y corriente. Creía saber más o menos en qué consistía el trabajo de los policías, y sabía que su madre era poli. Elínborg no había terminado de hablar cuando llegó desde el pasillo un considerable estrépito. Un hombre, al que dos agentes de policía llevaban esposado, tuvo un ataque de furia. Daba patadas y cabezazos, y consiguió asestarle un golpe en la cara a uno de los policías, que cayó al suelo con el rostro ensangrentado. Elínborg apartó a Theodóra de la puerta, que estaba entreabierta, y cerró.

—Malditos facinerosos —murmuró, con una sonrisa de disculpa dirigida a Theodóra.

Theodóra recordó lo que Valþór le dijo una vez que se había hecho ya tardísimo y su madre seguía en el trabajo. Le dijo que estaba cazando a algunos de los peores criminales de Islandia. Fue una de las pocas veces en que Theodóra tuvo la sensación

de que su hermano mayor estaba orgulloso de su madre. La misma pregunta volvió a labios de Theodóra mientras estaba tumbada en la cama al lado de su madre:

—¿Cómo es tu trabajo, mamá?

Elínborg no sabía qué responderle a la niña. Theodóra siempre había mostrado interés por lo que hacía en el trabajo, sentía curiosidad por los pequeños detalles, por la rutina del trabajo, por las personas con las que trabajaba, por la gente a la que tenía que enfrentarse. Elínborg intentaba responderle de la mejor manera posible, sin mencionar asesinatos, violaciones, malos tratos contra mujeres y niños, o espantosas agresiones físicas. En su trabajo había presenciado muchas cosas que habría preferido no tener que ver nunca, y que de ninguna manera podía explicarle a una niña.

—Ayudamos a la gente —terminó por decir—. A gente que precisa de nuestra ayuda. Intentamos que vivan sus vidas con total tranquilidad.

Elínborg se levantó y estiró el edredón para tapar bien a su hija.

—¿Yo no era lo bastante buena con Birkir? —preguntó.

—Claro que lo eras.

—¿Qué pasó, entonces?

—Birkir nunca te consideró su madre —dijo Theodóra—. Se lo dijo a Valþór. No digas que yo te lo he dicho.

—Qué cosas tan raras te dice Valþór.

—Me dijo que Birkir se había cansado ya de su familia adoptiva.

—¿Habríamos podido hacer las cosas de otra manera? —preguntó Elínborg.

—Seguro que no —dijo Theodóra.

Elínborg besó a su hija en la frente.

—Buenas noches, corazón.

Los interrogatorios de Konráð y Nína continuaron, aunque Elínborg ya no participaba en ellos. Una vez tras otra les preguntaron por sus movimientos durante la noche de la muerte de Runólfur. Sus declaraciones no cambiaron. Los dos contaban historias muy similares. Se les hizo notar que habían tenido tiempo de sobra para ponerse de acuerdo. Hablaron con el hombre que se había presentado a la policía para declarar que cuando se dirigía hacia la calle Njarðargata había visto a una mujer en el asiento del pasajero de un coche parado en Þingholt. Le solicitaron que identificase a la esposa de Konráð. Afirmó estar totalmente seguro de que era la misma mujer a quien había

visto en el coche en las proximidades de la casa de Runólfur la noche de autos.

Esa tarde, Elínborg tomó asiento en la sala de interrogatorios, con Konráð. Saltaba a la vista que estaba ya harto del aislamiento, de los interrogatorios constantes, y de la preocupación por su familia, sobre todo por Nína. Le preguntó a Elínborg qué tal seguía su hija, y Elínborg le aseguró que estaba bien, dadas las circunstancias. Todos estaban deseando que aquel caso terminara pronto.

—¿No debería haber habido sangre en la ropa o en las manos de mi hija? —dijo Konráð cuando la tanda de preguntas empezó a centrarse en el papel que desempeñó Nína en el asesinato de Runólfur—. No le vi ni una gota de sangre. Ni en la ropa ni en las manos. No había ni gota de sangre.

—Dijiste que no te habías fijado.

—Ahora ya lo recuerdo.

—¿Puedes demostrarlo?

—No, no puedo demostrarlo. Sé que fue un grave error no hablar de inmediato con la policía para que acudiera al lugar: habrían podido encontrar huellas y comprobar que Nína no pudo haber matado a aquel hombre. Cometí el error de no llevar a Nína a urgencias por la violación. Y por no proporcionarle asistencia psicológica. Por supuesto que habríamos tenido que hacer todo eso. Fue una equivocación y ahora tenemos que cargar con ella. Pero tenéis que creerme. Nína no habría podido hacerlo nunca. Nunca.

Elínborg miró a los policías que llevaban el interrogatorio. Le hicieron señal de que podía intervenir.

—Creo que tu hija ya ha confesado —dijo—. Nína prácticamente me ha dicho que mató a

Runólfur. Lo único que no consigue recordar aún es el momento en que le cortó el cuello.

—Él la violó —dijo Konráð—. Ese cabrón de mierda la violó.

Era la primera vez que oía a Konráð decir tacos.

—Por eso resulta aún más probable que ella hubiera vuelto en sí, le hubiera hecho tomarse la misma medicina que él le había dado a ella, lo hubiera dejado incapacitado y luego le hubiera cortado el cuello. A lo mejor consiguió despistarlo y le echó la droga en una copa, que después lavó a fondo ella misma. Pensamos que hay muchas cosas que apuntan en esa dirección.

—Me parece una imbecilidad pura y simple —observó Konráð.

—A menos que fueras tú —añadió Elínborg.

—¿Quién era el Runólfur ese? —preguntó

Konráð—. ¿Qué clase de persona era?

—A eso no sé qué contestarte —respondió Elínborg—. La policía no tenía nada pendiente con él mientras vivía. Ya ves lo difícil que nos lo estáis poniendo. Aunque tu hija diga que él la violó, en realidad no podemos estar seguros. ¿Por qué íbamos a creerla? ¿Por qué vamos a creerte a ti?

—Podéis creer todo lo que diga mi hija.

—Eso quiero —dijo Elínborg—. Pero hay una serie de cosas que lo impiden.

—Que yo sepa, ella jamás ha mentado. Ni a su madre ni a nadie. Es terrible verla metida en este horror, en esta pesadilla. Terrible. Yo haría todo lo posible para que terminara de una vez. Lo que fuera.

—Sabes que Runólfur llevaba puesta la camiseta de Nína.

—Me di cuenta después. Yo llevaba un abrigo y lo usé para cubrir a Nína, y luego recogí sus pertenencias. Habría debido ser más cuidadoso. Supe que habías encontrado nuestra pista en cuanto preguntaste por San Francisco. La tuya no era una visita de cortesía a un testigo inocente.

—Dijiste que ojalá hubieras sido tú quien lo mató. Nína dice que ojalá recordara el momento en que le cortó el cuello. ¿Quién de vosotros dos lo hizo? ¿Estás dispuesto a decírmelo?

—¿Nína dijo que había sido ella?

—Prácticamente sí.

—Yo no pienso confesar nada —dijo Konráð—. Somos inocentes. Tendrías que creerlo y terminar ya esta locura.

Elínborg empleó el resto del día en hacer compras para casa. Compró diversos productos de comida sana que intentaba, con escasos resultados, que consumieran los chicos y su padre. Compró también un entrecot de buey con intención de cumplir su promesa de llevarles carne de vacuno, que era el plato favorito de Valþór, a quien le gustaba la carne poco hecha. A ella no le iba demasiado la carne sangrante, aunque tenía un pase si era de reno. Disfrutaba relajándose en la tienda e intentando no pensar en el caso que le tenía la cabeza tan ocupada desde hacía varios días. Metió

en la cesta un frasco de corazones de alcachofa. Café de Colombia. Yogur islandés.

Cuando llegó a casa se metió en un baño caliente y se relajó tanto que se quedó profundamente dormida. No se había dado cuenta de lo fatigada que estaba tras el ajetreo de los últimos días. Al final despertó con el ruido de movimiento por la casa. Sabía que era alguno de los chicos que volvía a casa. Intentó no pensar en el trabajo, pero no le resultaba fácil. Eðvarð no cesaba de alterar su tranquilidad. La casa, pequeña y desastrada, en que vivía en el barrio oeste de la ciudad vieja, el cacharro viejo que tenía aparcado allí al lado y las ramas retorcidas de árbol que se extendían por encima de la casa como las zarpas de un monstruo. Cuanto más pensaba en Lilja, más patéticos le parecían la casa y el profesor, Eðvarð, yendo de un lado a otro por su interior, un poco

encogido, con el cabello desaliñado y barba de varios días, nervioso y sin saber qué hacer. Desde luego, le resultaba inconcebible que aquel hombre pudiera hacer daño a una mosca, pero eso no quería decir nada. El aspecto externo no decía nada de qué clase de persona podía ser Eðvarð en el fondo, excepto lo obvio, que era un guarro.

Le daban deseos de volver a Akranes a hablar con más personas que hubieran conocido a Lilja y a Eðvarð. Sus colegas en el claustro del instituto podrían proporcionar información que a ellos no les pareciera significativa pero que a ella le podría resultar de utilidad. Quería volver a hablar con la madre de Lilja, que había hallado refugio en la religión. Probablemente debería hablar también con el padre, que soportaba el sufrimiento a base de gélido silencio. Sería difícil hablar con ellos si no podía ofrecerles ninguna información relevante,

y Elínborg no estaba segura de hasta dónde debía llegar. Desde luego, lo último que quería era despertar falsas expectativas. Las ilusiones vanas no ayudaban a nadie.

También quería averiguar algo más sobre Runólfur. Konráð había preguntado quién era, qué sabía de él la policía, y en realidad apenas sabían nada. Quizás habría debido volver a su aldea natal y hablar con la gente de allí más detenidamente.

Se puso ropa cómoda de estar por casa y fue a la cocina. Theodóra había vuelto con dos amigas y estaban las tres en su cuarto. Valþór estaba en el suyo. Decidió dejarlo en paz. Estaba decidida a evitar enfrentamientos en las horas del día que quedaban.

Antes de dedicarse al entrecot, sacó dos piezas de cordero que tenía reservadas para los experimentos culinarios a los que se dedicaba en

sus horas libres. Salió al jardín trasero y encendió el *grill* para que estuviera bien caliente cuando tuviera que usarlo. Sacó el *tandur* y preparó una salsa de marinar con una combinación de hierbas aromáticas islandesas. Cortó el cordero en trozos bastante grandes que sumergió en la salsa, y los dejó marinando media hora. El *grill* estaba ya muy caliente cuando colocó el *tandur* con unas cuantas patatas grandes que asó para tomarlas con el cordero. Llamó por teléfono a Teddi, que dijo que iba ya camino de casa.

La calma inundaba a Elínborg cada vez que se concedía tiempo para dedicarlo a la cocina. Se permitía hacer las cosas con tranquilidad, alejarse del agobio y el estrés del día a día, apartar su mente del trabajo y tomarse un rato libre de la familia. Vaciaba su mente de todo lo que no fueran los ingredientes que iba a emplear y cómo hacer

uso de su intuición y su conocimiento para crear algo perfectamente unitario a partir del caos. En la cocina hallaba una válvula de escape para las aspiraciones creativas presentes en el proceso de transformar unos ingredientes para proporcionarles una nueva naturaleza, para crear con ellos sabores, texturas y aromas. Veía las tres fases del arte culinario, preparación, cocinado y degustación, como una especie de receta de la vida misma.

Todo lo que hacía lo anotaba de manera cuidadosa, con la mente puesta en su siguiente libro de recetas. Sería la continuación del primero, titulado *Hojas y lirios*, que era un curioso guiño a su profesión. A Theodóra le parecía un título muy divertido. El libro fue bien recibido. Le hicieron una entrevista en televisión, y le dedicaron varias reseñas en los periódicos. Sabía cuál debería ser

el título de su nuevo libro, si conseguía terminarlo algún día: *Más hojas y más lirios*.

Oyó a Teddi llegar a casa. Conocía la forma de moverse de cada miembro de la familia. Valpór solía cerrar con un violento portazo, se quitaba los zapatos haciéndolos volar de una patada, dejaba la cartera del colegio en el suelo y se metía en su cuarto sin decir ni hola. Su hermano pequeño se dedicaba últimamente a imitarlo, a fin de cuentas era ya todo un adolescente y tomaba a su hermano mayor como modelo. Siempre tiraba el chaquetón al suelo del vestíbulo, por mucho que su madre le insistiera en que tenía que colgarlo del perchero. Theodóra era muy silenciosa, cerraba la puerta con cuidado, colgaba el abrigo en el armario y, si sus padres estaban en casa, se sentaba en la cocina a charlar con ellos. Teddi entraba a veces por el garaje de forma bastante estruendosa, por regla

general de estupendo humor, tarareando alguna canción que hubiera oído en la radio durante el camino de vuelta a casa. Iba poniendo orden al pasar por los diferentes espacios de la casa: recogía el chaquetón del chico y metía las carteras en el armario, ordenaba los zapatos de los chicos en la zapatera, y por último entraba y saludaba a Elínborg con un beso.

—Ah, ¿estás en casa? —dijo.

—Hace mucho que había prometido cocinar este entrecot —explicó Elínborg—. De modo que tengo listo el *tandur* en el *grill*. ¿Te apetece poner a cocer el arroz?

—¿Ya has solucionado del todo el caso ese? —preguntó Teddi, mientras sacaba un paquete de arroz.

—No lo sé. Pronto lo veremos.

—Es que eres muy lista —dijo Teddi, encantado

de tener a Elínborg en casa a una hora decente. Se había vuelto cliente fijo de un local horrible de pollo asado a esa hora del día, y echaba mucho de menos a su mujer y la comida decente—. ¿Qué me dices si lo festejamos con un poco de vino tinto?

Elínborg oyó el timbre de su móvil sonando en el bolsillo del abrigo que había colgado en la entrada. Teddi la miró y dejó de sonreír. Había reconocido el timbre de su teléfono del trabajo.

—¿No piensas responder? —preguntó mientras sacaba una botella de vino del armario.

—¿He dejado de hacerlo alguna vez? —dijo Elínborg, y se dirigió hacia la puerta. Lo que más deseaba era apagar el móvil y estuvo pensando seriamente en hacerlo mientras lo sacaba del bolsillo del abrigo.

Se dio cuenta de que la cazadora de Teddi estaba sobre una silla del vestíbulo. Solía dejarla

en el garaje porque estaba todo el día colgada de una percha en el taller y cogía todos los olores.

—¿Estás en casa? —preguntó Sigurður Óli.

—Sí —dijo Elínborg, irritada—. ¿Por qué llamas? ¿Qué pasa?

—Solo quería darte la enhorabuena, pero si me vas a morder, lo dejo...

—¿Enhorabuena, por qué?

—Ha confesado.

—¿Quién?

—Bueno, el hombre al que pusiste en prisión provisional —dijo Sigurður Óli—. Tu amigo de la pata chula. El pata de hierro. Ha confesado que fue él quien mató a Runólfur.

—¿Konráð? ¿Cuándo?

—Pues hace un momento.

—¿Así de simple?

—En realidad, no.

—Estaban terminando por hoy y dijo que no podía más, que se rendía. Yo no estaba, pero más o menos lo expresó con esas palabras. Confesó haber cometido el crimen. Dijo que se había vuelto loco al darse cuenta de lo que había hecho. Dijo que no le había hecho tragar nada a Runólfur pero que se dio cuenta de que Runólfur estaba en un estado de lo más peculiar. Dijo que agarró uno de los cuchillos de la cocina y que lo tiró al mar cuando volvían a casa. No recordaba dónde exactamente.

Elínborg se tomó la noticia con reservas.

—Lo último que me dijo es que los dos eran inocentes.

—No ha aguantado más. No sé qué se le habrá pasado por la cabeza.

—¿Y su hija? ¿Qué hay de Nína?

—¿Cómo que qué hay de ella?

—¿Sabe que su padre ha confesado?

—No, no se lo han dicho. Supongo que lo dejaremos para mañana.

—Muchas gracias —dijo Elínborg.

—Has resuelto el caso, chica —dijo Sigurður Óli—. Nunca pensé que esos brebajes indios tuyos fueran a resolver el caso.

—Nos vemos mañana.

Elínborg colgó el teléfono. Pensaba en otra cosa mientras cogía la cazadora de Teddi para colgarla en el garaje. Tenía un fuerte olor del taller, que había invadido todo el vestíbulo, un olor horrible a aceites y neumáticos. Teddi solía ser muy cuidadoso y no quería llenar la casa con los malos olores del taller. Esta vez se le había pasado. Quizá fuera por las ganas que tenía de verla. Muchas veces, Elínborg le reñía si se olvidaba la cazadora en la puerta, porque, igual que Teddi,

ella quería mantener limpia la casa, sin los tufos del garaje.

Colgó la cazadora de una percha del garaje y volvió a la cocina.

—¿Qué pasaba? —preguntó Teddi.

—Parece que hay confesión —dijo Elínborg—. En lo del hombre de Þingholt.

—Vaya —dijo Teddi, que aún no había abierto la botella de vino—. No sabía si abrirla o no.

—Pues ábrela —dijo Elínborg, aunque su voz no denotaba alegría—. Te olvidaste la cazadora en la entrada.

—Vaya, tenía prisa. ¿Por qué estás tan mustia? ¿No está solucionado ya el caso?

Se oyó un fuerte chasquido cuando el tapón salió de la botella. Teddi sirvió dos copas. Le dio una a Elínborg.

—¡Salud! —dijo.

Elínborg respondió al brindis pensando en otra cosa. Teddi se percató de que andaba preocupada por algo. Tenía la mirada fija en la olla del arroz. Teddi tomó un sorbo de vino y se quedó mirando a su mujer en silencio. Decidió no interrumpirla.

—¿Es posible? —exclamó de pronto Elínborg.

—¿El qué?

—Nada. No importa —dijo Elínborg.

—¿Qué? —preguntó Teddi, que no entendía nada de nada—. ¿Le pasa algo al arroz?

—¿Qué arroz?

—Bueno, he puesto la cantidad de siempre.

—Él creía que se trataba de queroseno, pero era otra cosa —dijo Elínborg.

—¿Qué?

Elínborg se quedó mirando a Teddi por un momento y luego volvió al vestíbulo, entró en el

garaje y cogió la cazadora. Volvió con ella y se la dio a Teddi.

—¿Qué olor es este exactamente?

—¿El de la cazadora?

—Sí. ¿Es queroseno?

—No, qué va... —respondió Teddi olisqueando la cazadora—. Es de aceite de motor. Huele a lubricante.

—¿Quién era el Runólfur ese? —dijo Elínborg en un murmullo—. ¿Qué clase de persona era? Konráð hizo esas preguntas hoy mismo pero no le respondí porque no lo sé; pero tendría que saberlo.

—¿Qué tendrías que saber?

—Konráð no notó olor a queroseno. Dios mío, teníamos que haberlo investigado mejor. Lo sabía. Teníamos que haber investigado a Runólfur mejor, mucho mejor.

Elínborg estuvo un rato sentada en el coche antes de entrar en la gasolinera. A pesar del agobio de trabajo, se daba tiempo para escuchar en la radio el final de un programa sobre viejas melodías pop islandesas. Había crecido con viejas canciones islandesas y le gustaban muchísimo, aunque desde hacía ya tiempo sabía que casi todas eran versiones islandesas de canciones extranjeras. Las canciones de los años sesenta sonaban en el coche, y hablaban de excursiones al campo, de aventuras o de amores ingenuos; le hacían recordar otro mundo, le hacían recordar a Bergsteinn, que era un gran aficionado a aquellas canciones. Hablaba

mucho de la diferencia entre las melodías de tiempos pasados y las nuevas, y lamentaba que la inocencia de aquellas sencillas canciones bailables hubiera sido relegada por una música más violenta, llena de crítica y de rabia. La música le hacía pensar también en Erlendur, que en aquellos momentos estaba en su patria chica, en el este del país, para gozar de paz y tranquilidad, que probablemente se había llevado el móvil pero no se ponía en contacto con persona alguna. Lo mismo había hecho en las pocas ocasiones en que se tomaba vacaciones para irse a su terruño. Elínborg intentó imaginar lo que estaría haciendo allí. Tuvo el atrevimiento de preguntar por él en un hostel de Eski fjörður, pero nadie lo conocía. Estuvo dudando si llamarle, pero seguramente conocía a Erlendur mejor que nadie y sabía que no le gustaba lo más mínimo que nadie se metiera en sus asuntos.

Salió del coche y entró en la gasolinera. Había estado leyendo antiguos informes sobre accidentes mortales de carretera, y en ellos encontró el nombre del camionero que sufrió el accidente en el que falleció el padre de Runólfur. Había trabajado como conductor para una empresa de mudanzas de Reikiavik. Elínborg fue allí en busca de información, y la atendió el gerente.

—Quería saber si Ragnar Þór está en la ciudad, no tengo más que su número de móvil pero no responde nadie —dijo Elínborg después de presentarse.

—¿Ragnar Þór? —preguntó el capataz—. Hace mucho que no trabaja aquí.

—Ah, ¿y en qué empresa trabaja ahora de camionero?

—¿De camionero? El bueno de Raggi no trabaja ya de camionero. Lo dejó después del accidente.

—¿Te refieres al accidente mortal?

—Sí —le aclaró el hombre, que estaba de pie en su despacho hojeando los conocimientos de embarque. Cuando Elínborg lo interrumpió, casi ni levantó la vista para mirarla.

—¿Sabes dónde trabaja Ragnar ahora?

—Sí, en una gasolinera de Hafnarfjörður. Lo vi allí por última vez hará como dos meses. Imagino que seguirá allí.

—¿Tanto le afectó el accidente?

—Ya ves, dejó de trabajar de camionero. Lo dejó por completo.

Después de su charla con el capataz, Elínborg fue directamente a la gasolinera que le había mencionado. Había poco trabajo y el local estaba tranquilo. Un hombre se llenaba el depósito del coche, para ahorrarse unas cuantas coronas. Dos empleados estaban sentados junto a la caja: una

mujer de unos treinta años y un hombre de unos sesenta. La mujer ni se fijó en ella, siguió mirando la explanada, pero el hombre se levantó, sonrió y le preguntó qué podía hacer por ella.

—Estoy buscando a Ragnar Þór —dijo Elínborg.

—Soy yo —respondió él.

—Tienes el móvil averiado.

—Ah, ¿intentabas localizarme? Todavía no me he decidido a comprarme uno nuevo.

—¿Podemos hablar en privado? —le preguntó Elínborg, mirando a la cajera—. Querría hacerte un par de preguntas; será solo un momento.

—Bueno —dijo el hombre, mirando también a la joven—, podemos salir un momento. ¿Qué... quién eres?

Salieron los dos juntos y Elínborg le contó que era de la policía y estaba investigando un caso

bastante delicado. Para abreviar, le dijo que quería preguntarle por el accidente que había tenido lugar varios años atrás, cuando chocó de frente con otro coche, cuyo conductor perdió la vida.

—¿El accidente aquel? —dijo Ragnar Þór, que se puso de inmediato a la defensiva.

—He leído los informes —dijo Elínborg—, pero sé que en ellos no aparece todo. Por eso quería hablar contigo. Dejaste de trabajar de camionero, ¿no es así?

—No... no sé en qué puedo ayudarte —dijo Ragnar Þór, que dio un paso para apartarse de ella—. No he vuelto a hablar de ese accidente.

—Lo comprendo perfectamente, no es nada agradable verse implicado en algo así.

—Pues yo creo que no podrías entenderlo a menos que te pasara a ti, dicho sea con el debido

respeto. Creo que no puedo ayudarte y preferiría que me dejaras en paz. No he hablado de ese asunto con nadie, y no pienso hacerlo ahora. Espero que respetes mi deseo.

Iba a entrar otra vez en el local.

—El asunto que estoy investigando es el crimen de Þingholt —dijo Elínborg—. ¿Te suena?

Ragnar Þór se detuvo. Un coche se acercó a una de las bombas.

—El joven a quien asesinaron..., bueno, a quien le cortaron el cuello, era hijo del hombre que falleció en el accidente.

Ragnar Þór la miró como si no comprendiera lo que estaba diciendo.

—¿Que era su hijo?

—Se llamaba Runólfur. Perdió a su padre en ese accidente.

El hombre del surtidor seguía sentado dentro del

coche esperando a que lo atendieran. La mujer de la caja no se movió.

—Yo no tuve la culpa —susurró Ragnar Þór—. No fui el responsable del accidente.

—Creo que todo el mundo está de acuerdo en eso, Ragnar. Invadió tu carril.

El hombre del surtidor tocó el claxon. Ragnar Þór miró en su dirección. La cajera no parecía tener intención de hacer nada. Fue hacia el coche. Elínborg lo siguió. El conductor bajó el cristal, le entregó un billete de cinco mil coronas sin decir una palabra, y volvió a subir el cristal.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Ragnar Þór cuando empezó a suministrar la gasolina.

—¿Hubo algo extraño en el accidente, algo que no mencionaras en el informe, algo que pueda explicar lo sucedido? Lo único que se dice en el

informe es que, al parecer, el padre de Runólfur perdió el control del vehículo.

—Ya lo sé.

—Su mujer dice que se durmió. ¿Es eso cierto, o pasó alguna otra cosa? ¿Se despistó? ¿Se le cayó el cigarrillo en el asiento? ¿Qué pasó?

—¿Era el padre del chico de Þingholt?

—Sí.

—No lo sabía.

—Ahora lo sabes.

—Si te digo algo que no está en el informe, tiene que quedar totalmente entre tú y yo.

—No pienso decirle nada a nadie. Puedes estar seguro.

Ragnar Þór terminó de llenar el depósito del coche. Se quedaron al lado del surtidor. Era ya mediodía y hacía frío.

—Fue simple y llanamente un suicidio —dijo

Ragnar Þór.

—¿Un suicidio? ¿Cómo lo sabes?

—No se lo digas a nadie.

—No.

—Me sonrió.

—¿Que sonrió?

Ragnar Þór asintió con un cabeceo.

—Estaba sonriendo cuando se produjo la colisión. Me había elegido a mí. Al camión que conducía yo, porque era muy grande y pesado y llevaba tráiler. El hombre se metió en mi camino sin previo aviso. No pude hacer nada. No pude reaccionar de ninguna manera. Fue directo hacia mí y justo un momento antes del choque tenía una gran sonrisa dibujada en la cara.

El avión despegó del aeropuerto de Reikiavik por

la tarde. No llevaba más que la mitad de las plazas ocupadas y ascendió con rapidez hasta la altitud de crucero. Se hablaba de cancelar la línea debido a la escasa ocupación, a menos que el Estado proporcionase una subvención aún mayor. El vuelo se había retrasado porque había niebla en el aeródromo de destino, y eran ya casi las tres cuando por fin las condiciones permitieron el despegue.

El comandante saludó a los pasajeros por megafonía, pidió disculpas por el retraso, les informó del horario previsto del vuelo y dijo que el cielo estaba cubierto en el lugar de destino, que soplaban vientos fuertes y que la temperatura era de cuatro grados bajo cero. Luego les deseó buen viaje a los pasajeros. Elínborg se ajustó el cinturón de seguridad y recordó el vuelo de unos días antes. Creía que era el mismo comandante

quien iba a los mandos. Volaron casi todo el camino por encima de las nubes, y Elínborg disfrutó porque podía ver el sol a su izquierda. No lo había visto demasiado durante aquellos días encapotados del otoño de Reikiavik.

Llevaba una carpeta con los documentos correspondientes al «crimen del 101», como lo habían bautizado los periódicos. «El crimen de Þingholt» había pasado de moda. El caso se presentaba en los medios de comunicación con el titular de que habían asesinado a un yupi en el distrito postal 101 de la capital. Era solo cuestión de tiempo que los periodistas le colgasen el muerto al distrito postal. Elínborg leyó una copia impresa de la confesión de Konráð. Elínborg sabía que la prisión preventiva surtía efectos insólitos e impredecibles sobre las personas.

—Quiero ver a mi hija —dijo en cierto

momento—. Me niego a seguir contestando preguntas si no puedo verla.

—Es imposible —fue la respuesta del agente. Elínborg pensó que debía de ser Finnur, quien la había puesto sobre la pista de la relación entre Eðvarð y Lilja.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Konráð.

—Creemos que está a punto de derrumbarse. Es solo cuestión de tiempo.

Elínborg hizo una mueca al leer esas palabras. Konráð no hacía más que preguntar por su hija, y Elínborg tuvo la sensación de que el policía estaba aplicando una presión psicológica infantil e innecesaria.

—¿Se encuentra bien?

—Está bien. Por el momento.

—¿Qué quieres decir, qué es eso de por el momento?

—Que no lo sé. Desde luego, no es nada agradable tener que estar en prisión provisional.

Un poco después fue como si Konráð se rindiera. Las preguntas giraban en torno a su llegada a la casa. Le habían preguntado lo mismo una y otra vez hasta que se dio por vencido. Elínborg podía imaginárselo en la sala de interrogatorios, irguiéndose en la silla y dejando escapar un profundo suspiro.

—Es inútil seguir así. No sé cómo pude pensar que sería capaz de mantener esto de manera indefinida. Tendría que haberos dicho enseguida que fui yo quien lo mató. Y Nína no habría tenido que sufrir de manera innecesaria. Fue un error muy grave no hacerlo así. Pero mantengo que lo hice en defensa propia.

—¿Estás...?

—Fui yo quien lo mató. Dejad a Nína en paz.

Fui yo. Lo que más lamento es haberla perjudicado con mi estúpido juego. Fue culpa mía. Todo es culpa mía. Me puse frenético al ver el estado en que se encontraba Nína, y al ver lo que vi cuando entré allí. Nína me dijo dónde estaba, dónde vivía ese hombre. Recibí una espeluznante llamada telefónica de mi hija. Fui allá todo lo deprisa que pude. Nína había conseguido abrir la puerta. Entré y al momento vi el cuchillo encima de una mesa. Pensé que ese individuo había estado amenazando a Nína con él. Yo no sabía lo que pasaba. Nína estaba sentada en el suelo y ese hombre estaba de pie delante de ella, medio desnudo. No lo había visto nunca. Estaba de espaldas a mí. Creí que iba a hacerle algo malo a Nína y agarré el cuchillo y lo rajé. No llegó a verme. Recogí las ropas de mi hija que encontré y la hice salir por el patio de la casa y fuimos a la calle de abajo, y desde allí al

coche. Paré en el camino a casa y tiré el cuchillo al mar. No recuerdo exactamente dónde. Esto es todo, y es la verdad.

La policía habló esa misma mañana con la esposa de Konráð, que sería cómplice si daban crédito a la historia del marido. Confirmó que había vuelto al coche con su hija pero dijo que no recordaba cuándo paró Konráð para deshacerse del arma homicida. Ella, igual que los otros dos, seguía en estado de *shock* a raíz de lo sucedido, y no estaba segura de recordar correctamente la secuencia de los acontecimientos ni todo lo que había pasado. No se consideró necesario de momento solicitar para ella la prisión preventiva.

Elínborg dio un respingo cuando el avión encontró una turbulencia, descendió abruptamente y volvió a estabilizarse. Elínborg se agarró a los brazos de la butaca y los papeles cayeron al suelo.

El zarandeo duró varios minutos, hasta que el avión volvió a su posición normal de vuelo. El comandante tomó el micrófono para explicar la turbulencia y les pidió a los pasajeros que mantuvieran abrochados los cinturones de seguridad. Elínborg recogió los papeles y los ordenó como era debido. No le gustaba nada volar en esos aviones de hélice.

Se enfrascó de nuevo en el interrogatorio. Le preguntaron a Konráð una y otra vez por todos los detalles, hasta los más nimios, y sus respuestas eran siempre precisas. Pero no consiguió responder a la pregunta que más acuciaba a Elínborg, la referente al Rohypnol hallado en el cuerpo de Runólfur. Él no se lo había hecho tragar y Nína no recordaba prácticamente nada de lo sucedido.

Elínborg notó que el avión empezaba a

descender. La tierra seguía cubierta por una fina capa de nieve que contrastaba con los colores de la marchitada vegetación otoñal. Sabía que dos agentes de policía estarían esperándola en el aeródromo y que la llevarían enseguida a su destino, igual que la primera vez. Su memoria la llevó a la cocina de su casa. Rememoró el gesto de Teddi cuando ella estaba dándole vueltas y más vueltas a lo que había dicho Konráð y al olor a lubricante que la cazadora de Teddi había dejado en el vestíbulo.

—¿Qué me estás contando de queroseno? —había dicho Teddi.

—Konráð dijo que creía que Runólfur había estado quemando algo —le explicó Elínborg—. Pero no estaba quemando nada. Lo que notó Konráð no era olor a queroseno.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Teddi.

—En cuanto nos dimos cuenta de que había estado allí, Konráð me dijo que había notado olor a queroseno en el apartamento de Runólfur. Nosotros no encontramos queroseno, aunque lo cierto es que Konráð no ofreció una descripción precisa. O al menos no me lo pareció. Creo que notó un olor parecido al de tu cazadora. Quizá no haga falta más. Cuando te olvidas la cazadora en una silla, todo el vestíbulo se impregna de ese olor.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Teddi.

—Una importancia enorme —respondió Elínborg, y echó mano de su teléfono móvil.

Llamó a Sigurður Óli.

—No hay que dar crédito a esa confesión —le dijo.

—¿Cómo?

—Konráð cree estar haciendo lo único correcto: poner a su hija a salvo. Me parece que ninguno de los dos tiene nada que ver con la muerte de Runólfur.

—¿Por qué dices eso? Si no fueron ellos, ¿quién fue?

—Aún tengo que comprobarlo —respondió Elínborg—. Tengo que ver a Konráð mañana mismo. Estoy casi convencida de que miente.

—No compliques las cosas, por favor —le rogó Sigurður Óli—. Ya te he dado la enhorabuena por haber solucionado el caso.

—Demasiado pronto. Lo siento.

Apagó el móvil y se volvió hacia Teddi:

—¿Me prestas tu cazadora para mañana?

A primera hora del día siguiente, se sentó con Konráð en la sala de interrogatorios de la comisaría. El hombre le dijo que había dormido

muy poco esa noche. Tenía aspecto de cansado, estaba desgreñado y con mala cara, y apenas se enteró siquiera del saludo de Elínborg aunque, como siempre, casi lo primero que hizo fue preguntar por Nína. Elínborg dijo que su estado de ánimo no había cambiado.

—Creo que nos estás mintiendo —comenzó Elínborg—. Has estado diciendo la verdad todo el tiempo, pero no te creíamos. Lo mismo sucede con tu hija. Tampoco la creíamos a ella. Decidiste cargar con la culpa. Crees que más vale que estés encerrado tú en vez de ella. Tú eres un hombre de mediana edad, ella es joven y tiene el futuro por delante. Pero hay dos cosas que no cuadran, y creo que no has pensado lo suficiente en ellas. Con toda seguridad, Nína no aceptará tu versión de la historia. No estará de acuerdo con que cargues tú

con toda la culpa. Y en segundo lugar, estás mintiendo.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo sé —dijo Elínborg.

—No creerás nada de lo que yo diga.

—Sí, algunas cosas sí, e incluso la mayor parte, menos eso de que mataste a Runólfur.

—Nina no fue.

—No sé si te acuerdas, pero dijiste que habías notado algo así como olor a queroseno cuando entraste en casa de Runólfur y pensaste que debía de haber estado quemando algo. ¿También había olor a quemado allí dentro?

—No, no había olor a quemado.

—De modo que solamente notaste el olor a queroseno, ¿es así?

—Sí.

—¿Conoces el olor del queroseno?

—Como todo el mundo. Creí que olía a eso.

—¿Era muy fuerte?

—No, en realidad no. Era como un regusto en el aire.

Elínborg sacó una bolsa de plástico y extrajo de ella la cazadora que llevaba Teddi la noche anterior y que había dejado en el vestíbulo de la casa. La puso sobre la mesa de la sala de interrogatorios.

—Nunca había visto esa chaqueta —dijo Konráð de inmediato, como si no quisiera meterse en más problemas.

—Lo sé —lo calmó Elínborg—. Te voy a pedir que no te acerques a ella ni la huelas. ¿Notas algún olor?

—No.

Elínborg cogió la cazadora, la sacudió varias veces y luego la plegó y la volvió a meter en la

bolsa. Se levantó y dejó la bolsa en el pasillo. Luego volvió a sentarse delante de Konráð.

—Sé que esto no es muy científico, pero ¿notas algún olor ahora?

—Sí —dijo Konráð—. Ahora sí que lo noto.

—¿Es este el olor a queroseno que notaste en casa de Runólfur?

Konráð aspiró el aire dos veces.

—Sí, es exactamente el mismo olor que noté en casa de Runólfur cuando entré allí —dijo—. Quizás un poco más débil.

—¿Estás seguro?

—Sí. Es el mismo olor. ¿Qué cazadora es esa? ¿De quién es?

—De mi marido —le explicó Elínborg—. Es mecánico de automóviles y es copropietario de un taller de reparaciones. La cazadora se pasa todo el día colgada en la oficina del taller y está

impregnada de olor a lubricante. Es el mismo olor que tienen todos los talleres del país. Se adhiere sobre todo a la ropa y dura mucho tiempo.

—¿Olor a lubricante?

—Sí, olor a lubricante.

—¿Y? ¿Qué quiere decir eso?

—No lo sé, no estoy del todo segura, pero antes de hacer más confesiones deberías esperar a tener noticias mías.

El comandante no aterrizó con excesivo cuidado, y Elínborg se vio arrancada de sus pensamientos cuando el avión se posó en la pista con cierta violencia.

Le dieron la misma habitación en el mismo hostel de la aldea y se instaló con toda tranquilidad. No tenía por qué darse prisa, pues ya estaba anocheciendo. En el camino desde el aeródromo había hablado por teléfono con Sigurður Óli, que estaba en Reikiavik, y con otros que trabajaban en la investigación del caso, a fin de obtener más información sobre la familia de Runólfur, su madre, su padre, que se lanzó sonriendo hacia la muerte, los amigos que Runólfur tenía en la aldea y las familias de estos. La información era de un alcance muy limitado, pues a fin de cuentas se había recabado en poquísimos tiempo, pero se iría

formando una imagen más amplia en los siguientes días, si sus sospechas se confirmaban.

La mujer que llevaba el hostal la reconoció enseguida y se extrañó de volver a verla tan pronto. No hizo ningún intento de esconder su curiosidad.

—¿Has vuelto por algún motivo en especial? —preguntó mientras acompañaba a Elínborg a la habitación y le abría la puerta—. Seguro que no es una mera visita de cortesía, ¿o me equivoco?

—Recuerdo que alguien me dijo que aquí nunca pasaba nada —respondió Elínborg.

—Sí, así es, aquí no pasa prácticamente nada en absoluto —dijo la mujer.

—Entonces no tienes que preocuparte por mí —dijo Elínborg.

Fue al único restaurante de la aldea y se sentó a una mesa. Volvió a pedir pescado. En esta ocasión

era la única cliente del local. La mujer, que se llamaba Lauga y hacía de todo allí dentro, anotó el pedido sin decir una palabra, y desapareció en silencio por la puerta de la cocina. O bien no se acordaba de Elínborg, o bien no tenía ganas de andarse con charlas de cortesía. Se había mostrado más habladora en la primera visita. Al poco volvió con el pescado y lo dejó sobre la mesa de Elínborg.

—Fantástico —dijo Elínborg—. No sé si te acuerdas de mí, pero estuve aquí hace unos días y tu pescado me pareció exquisito.

—El que tengo siempre es fresco —respondió Lauga, sin dar la mínima pista de si recordaba o no a Elínborg—. Muchas gracias.

Se disponía a entrar de nuevo en la cocina, pero Elínborg le pidió que esperase un momento.

—El otro día que estuve aquí, estuve charlando

con una chica que estaba mirando películas ahí, en la esquina —dijo señalando la pequeña estantería de vídeos que había al lado de la puerta—. ¿Dónde puedo encontrarla?

—En el pueblo quedan unas cuantas chicas —respondió Lauga—. No sé de cuál de ellas me estás hablando.

—Yo diría que debía de rondar la veintena, rubia y delgada, guapa, con un plumífero azul. Pensé que a lo mejor venía por aquí de vez en cuando. Imagino que este debe de ser el único videoclub del pueblo.

Lauga tardó en responderle.

—Te agradecería si pudieras... —continuó Elínborg, pero Lauga la interrumpió.

—¿Sabes cómo se llama?

—No.

—No me hago idea de quién pueda ser. —Lauga

se encogió de hombros—. Podría ser del pueblo de al lado.

—Se me ocurrió que quizá podías ayudarme, no es más que eso —dijo Elínborg, y pasó a dedicarle toda su atención al pescado. Era realmente exquisito, igual que la primera vez, frito en el grado debido, perfectamente fresco y sazonado de la manera adecuada. Lauga sabía cocinar, y Elínborg se puso a pensar si su talento no se estaría desperdiciando de mala manera en aquel pueblucho perdido. Pidió disculpas en su fuero interno. Era consciente de su tendencia a dejarse llevar por los prejuicios sobre las aldeas rurales. En vez de eso, habría debido pensar en lo afortunada que era la gente de aquella aldea por contar con una cocinera tan estupenda.

Elínborg comió despacio y de postre degustó

una tarta de chocolate recién hecha, acompañada de un exquisito café.

Tres chicos de unos doce o trece años, dos varones y una muchacha, entraron a mirar las películas en alquiler. Uno de ellos encendió un gran televisor que había encima de la barra y eligió un canal de deportes. Puso el volumen demasiado alto y Lauga salió y le pidió con suma amabilidad que lo bajara. El muchacho obedeció al instante.

—Dile a tu madre que puedo cortarle el pelo mañana por la tarde —le dijo al chico, quien hizo un gesto de asentimiento y miró a Elínborg. Esta le sonrió sin que su sonrisa produjera ninguna reacción. La chica que iba con ellos se sentó a ver la televisión y al poco estaban los tres con la mirada en la pantalla. Elínborg sonrió. No acababa de decidir si tomarse o no una copa de licor. Al

final optó por tomarse una copa. Albergaba serias sospechas de que el día siguiente sería bastante laborioso.

Al rato se levantó y pagó la cuenta en la caja del bar. Lauga le cobró sin decir ni una palabra. Elínborg tuvo la sensación de que los chicos observaban cada uno de sus movimientos. Dio las gracias y luego se despidió de los tres, pero estos no respondieron. Tan solo la chica hizo un leve movimiento de cabeza.

Profundamente inmersa en sus pensamientos, Elínborg se dirigió al hostel pensando en cómo organizar la investigación del caso al día siguiente, cuando vio ante ella a una chica rubia de unos veinte años, con un chaquetón azul, que caminaba muy deprisa por la acera opuesta de la calle mayor del pueblo. Elínborg se detuvo y la miró sin saber a ciencia cierta si se trataba de la

misma joven, pero se convenció de que sí y la llamó. La chica frenó el paso y miró a Elínborg.

—¡Oye! —dijo Elínborg en voz bien alta, al tiempo que la saludaba con la mano.

Quedaron una enfrente de otra, con la calle en medio.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo Elínborg.

La chica la miró fijamente.

—Justo he estado preguntando por ti —dijo Elínborg, y bajó de la acera a la calzada.

La chica reculó y siguió su camino sin hacerle caso. Elínborg iba a cruzar la calle, pero ella echó a correr todo lo rápido que le permitían las piernas. Elínborg se lanzó en su persecución, gritándole que se detuviera. La chica no solo no respondió, sino que aceleró aún más. Elínborg llevaba zapatos de calle y corrió todo lo que pudo, pero su forma física no era suficientemente buena y

enseguida empezó a aumentar la distancia entre los dos. Al final, Elínborg no pudo seguir corriendo y continuó al paso, mirando a la chica desaparecer entre unas casas.

Elínborg dio media vuelta y volvió hacia el hostel. Le extrañaba muchísimo la reacción de la muchacha. ¿Por qué no quería hablar con ella si la otra vez había intentado ayudarla? ¿De qué escapaba? Elínborg estaba convencida de que Lauga sabía perfectamente a quién se refería cuando describió a la chica del chaquetón azul. Por algún motivo, Lauga no deseaba ayudarla. ¿Qué estaban ocultando? ¿Acaso Elínborg se engañaba y su imaginación la llevaba por caminos equivocados? ¿Era quizá la aldea, silenciosa y oscura, la que ejercía esa influencia sobre ella?

Tenía su propia llave del hostel, tanto la de la puerta del edificio como la de su habitación, de

modo que no tuvo que importunar a nadie. Telefonó a Teddi, que dijo que todo iba a pedir de boca en la casa, y preguntó, como siempre, cuándo pensaba volver. Ella le dijo que no sabía. Se despidieron y ella se preparó para dormir con un libro sobre la cocina oriental y su relación con las filosofías orientales.

Estaba quedándose dormida con el libro en las manos cuando oyó unos golpecitos en la ventana.

Se puso en pie de un salto cuando oyó golpear la ventana por segunda vez, aunque ahora con mayor determinación.

La habitación estaba al nivel de la calle y Elínborg fue a la ventana, abrió las cortinas con mucho cuidado y miró hacia la oscuridad. Su ventana estaba en la parte trasera del edificio. Al principio no pudo ver nada, pero luego distinguió

a una persona en la oscuridad, y al final reconoció a la chica del plumífero azul.

La chica le hizo una señal para que la siguiera, y desapareció en la negrura de la noche. Elínborg se alejó de la ventana, se vistió a toda prisa y salió. Cerró la puerta con mucho cuidado para no molestar a los propietarios, que estaban en el piso de arriba. Salió a la noche, pero apenas podía ver nada. Caminó junto a la pared del edificio y volvió adonde estaba la ventana de su cuarto, pero no veía el chaquetón azul por ningún lado. No se atrevía a llamar a la chica. La conducta de esta indicaba que quería actuar con la máxima prudencia y sin llamar la atención. Era evidente que tenía miedo de hablar con Elínborg, la mujer policía llegada de la capital. No quería que la viesen con ella.

Elínborg estaba a punto de abandonar la

búsqueda y volver a entrar cuando notó algo que se movía en la calle, un poco más abajo. La calle estaba muy mal iluminada, así que se acercó y vio a la muchacha esperándola. Apretó el paso y entonces la chica dio un brinco y corrió un breve trecho antes de detenerse y mirar hacia atrás. Elínborg se detuvo. No tenía intención de volver a jugar al escondite. La chica se acercó un poquito y Elínborg se puso en marcha, pero aquella retrocedió otra vez y se alejó. Elínborg terminó por comprender que la chica quería que la siguiera, pero manteniendo una distancia de seguridad entre las dos. Actuó según sus deseos y caminó con tranquilidad detrás de ella.

Hacía frío. Había empezado a soplar un gélido viento del norte que se metía por la ropa y que era cada vez más fuerte. Las dos iban en dirección norte y Elínborg hizo una mueca y se ajustó mejor

el abrigo. Fueron a la orilla del mar, rebasaron el conjunto de casas que formaban el núcleo del pueblo, por encima del puerto, y siguieron hacia el norte, más allá de las casas. Elínborg caminaba a duras penas por un estrecho camino que salía de la aldea, más allá de un edificio grande que pensó sería el centro social del lugar, y que estaba iluminado por una bombilla solitaria encima de la puerta. Oyó el fuerte rumor de un río en la oscuridad y cruzó un puente. Perdía de vista a la muchacha una vez tras otra. La luna iluminaba el cielo nocturno. Elínborg había empezado a tiritar de frío, porque el cortante viento había aumentado hasta convertirse en un auténtico vendaval.

De pronto vio un rayo de luz en una pared que había delante y se dirigió hacia allí. La chica estaba en la linde del camino y tenía en la mano una linterna encendida.

—¿De verdad tienes que hacer las cosas así? — le preguntó Elínborg, jadeante, cuando llegó hasta ella—. ¿No puedes decirme lo que me tengas que decir, y ya está? Es de noche y me estoy muriendo de frío.

La chica no la miró, sino que se limitó a seguir avanzando deprisa junto a la pared, en dirección al mar. Elínborg la siguió. Llegaron en la oscuridad a una tapia de piedra que apenas se elevaba hasta la cintura de Elínborg, y la bordearon hasta llegar a una puertecilla, que la chica abrió. El metal chirrió un poco.

—¿Dónde estamos? —preguntó Elínborg—. ¿Adónde me llevas?

La respuesta le llegó apenas un momento después. Fueron por un sendero de suelo blando, junto a grandes árboles. Elínborg vio, a la luz de la linterna, unos escalones de piedra que subían a la

puerta de un edificio. No sabía qué clase de edificio era. La chica torció a la derecha y subió la cuesta de una pequeña hondonada. Elínborg vio una cruz blanca a la luz de la linterna. Después vio una piedra tallada, medio hundida en la tierra. Sobre la piedra vio una inscripción.

—¿Estamos en un cementerio? —dijo Elínborg en un susurro.

La chica no respondió. En su lugar, siguió andando hasta que se detuvo al lado de una sencilla cruz blanca. En el centro había una plaquita con una inscripción en letras pequeñas. Sobre la losa había un ramito de flores, aún fresco.

—¿De quién es esto? —preguntó Elínborg, que intentaba leer la inscripción a la débil luz de la linterna.

—El otro día fue su cumpleaños —musitó la muchacha.

Elínborg se quedó mirando la losa. La linterna se apagó y oyó pasos que se alejaban, y supo que la habían dejado sola en el cementerio.

Elínborg tardó bastante en conciliar el sueño, durmió poco y mal, y se levantó a primera hora de la mañana. El viento se había calmado durante la noche y una fina nevada volvía a cubrir la aldea. Elínborg no sabía si buscar a la chica otra vez. No sabía por qué la había conducido hasta el cementerio. Había conseguido leer la inscripción de la cruz, un nombre de mujer, y estuvo un buen rato pensando en aquella mujer que yacía allí enterrada, en las flores que alguien había dejado pocos días antes sobre la losa y en la historia sepultada bajo la cruz, y que ella ignoraba.

Se quedó toda la mañana tranquila en la

habitación y telefoneó a Reikiavik, preparándose para el resto del día. Era mediodía cuando recorrió a pasos lentos la calle camino del restaurante. Aún quedaba trabajo por hacer, aunque hubiera pasado ya el ajetreo de los almuerzos. Lauga estaba en la cocina con un ayudante. Elínborg pidió huevos con bacon, y un café. Tuvo la sensación de que la gente la miraba como a un bicho raro, pero no le importó en absoluto. No tenía ninguna prisa, acabó el almuerzo con toda tranquilidad y bebió otra taza de café mientras observaba a la gente.

Lauga cogió el plato de Elínborg y pasó un paño por la mesa.

—¿Cuándo crees que volverás a la capital? —preguntó.

—Depende —respondió Elínborg—. Creo que

hay un par de cosas interesantes en este pueblo, aunque nunca pase nada.

—No, ya imagino —dijo Lauga—. Creo que estuviste fuera toda la noche.

—¿Ah, sí?

—Comadreos de pueblo —dijo Lauga—. Los hay a montones. Hay que andarse con cuidado y no creer todo lo que le digan a uno en una aldea como esta. Espero que no te vayas a dejar guiar por comadreos de pueblo.

—No tengo el menor interés en hacer tal cosa —dijo Elínborg—. ¿Sabes si nevará hoy? —preguntó, mirando por la ventana del restaurante. No le gustaba nada aquel cielo encapotado.

—Eso han anunciado —respondió Lauga—. Anuncian temporal para la tarde y la noche.

Elínborg se levantó. Ya solo quedaba ella en el restaurante.

—No vale la pena hurgar demasiado en el pasado —dijo Lauga—. Está terminado y olvidado.

—Hablando del pasado —dijo Elínborg—. Debes saber algo de una chica que vivía aquí y que se llamaba Aðalheiður, ¿no? Murió hace dos años.

Lauga titubeó.

—Sí, sé quién es —dijo finalmente.

—¿De qué murió?

—¿De qué? —Lauga repitió sus palabras—. No tengo la menor gana de hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece.

—¿Puedes ayudarme a encontrar amigos suyos, familiares, o cualquier persona con la que pueda hablar?

—No puedo ayudarte para nada. Yo llevo este

restaurante. Ese es mi trabajo. Mi trabajo no consiste en contarles historias a desconocidos.

—Muchas gracias —dijo Elínborg, que fue a la puerta y abrió. Lauga seguía en mitad del local mirándola como si tuviera algo más que decirle.

—Creo que nos harías a todos un gran favor si regresaras a Reikiavik y no volvieras a aparecer nunca más por aquí —dijo Lauga.

—¿A quién le haría un gran favor si me voy?

—A todos —respondió Lauga—. Aquí no tienes nada que hacer.

—Ya veremos —dijo Elínborg—. Y gracias, tu comida está siempre muy rica.

Pensaba regresar al cementerio, pero decidió hacer una parada en el camino, así que fue a la casa donde vivía la madre de Runólfur, y llamó al timbre. Oyó el eco del débil timbrado en el interior

de la casa, y la puerta se abrió. Kristjana la reconoció enseguida y la invitó a entrar.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó, y se sentó en la misma silla que en la primera visita de Elínborg —. ¿Qué vienes a buscar a la aldea?

—Intento encontrar respuestas —respondió Elínborg.

—Pues no sé si aquí vas a encontrar alguna —dijo Kristjana. Este es un sitio asqueroso. No es más que un sitio asqueroso, y hace mucho tiempo que me habría marchado de aquí si hubiera tenido valor para hacerlo.

—¿No se vive bien aquí?

—¿Que si no se vive bien? —dijo Kristjana, que tenía un pañuelo de papel en las manos. Se lo pasó por los labios, lo estrujó y lo volvió a estirar —. No hagas caso de los chismes que cuenta la gente.

—¿De qué son los chismes? —Elínborg recordó las palabras de Lauga sobre los comadreos.

—De todo —dijo Kristjana—. Aquí vive mucha gentuza, tienes que saberlo. Gentuza que no hace más que difamar. ¿Te han dicho algo de mí? Seguro que estarán soltando miserias de toda clase contra mi pobre Runólfur. Se divierten contando basura sobre él. No vayas a creerte todo lo que dicen.

—No llevo aquí el tiempo suficiente —dijo Elínborg, que notaba a la recepcionista distinta y más agria que la vez anterior. No pensaba hablar con ella de la muerte de su marido, pues no sabía si Kristjana conocía la verdad. En cambio, tenía que preguntar por otra cosa. Elínborg reflexionó un momento y decidió ir directamente al grano—. Lo único que he oído contar —dijo— es que tuvo una educación muy severa. Que eras muy estricta con tu hijo.

—¿Estricta?! ¿Con Runólfur?! ¡Ja!
¡Chismorreos de mierda! ¡Como si no hiciera falta
llevar bien tiesos a los chicos estos! ¿Quién te dijo
eso?

—No me acuerdo —respondió Elínborg.

—¡Estricta con Runólfur! Faltaría más, esos que
los educan para convertirse en pura gentuza. ¡Pura
gentuza! El otro día me rompieron un cristal.
Nadie quería reconocerlo. Yo tenía bastante claro
quiénes debían de haber sido y hablé con sus
padres, pero no me hicieron ni caso. Ya no hay
ningún respeto hacia los mayores.

—¿Pero eras estricta con él? —preguntó
Elínborg.

Kristjana la miró irritada.

—¿Tú me vas a decir ahora cómo era mi chico?

—No tengo ni idea de cómo era —dijo Elínborg

—. ¿Puedes decírmelo tú?

Kristjana siguió en su silla, en silencio, se secó los labios con el pañuelo de papel, lo estiró y volvió a arrugarlo.

—No te creas todo lo que dicen en el pueblo —respondió—. ¿Ya habéis encontrado al que lo mató?

—No, lo siento —dijo Elínborg.

—Había unas personas detenidas, lo vi en las noticias.

—Sí.

—¿Has venido a contármelo?

—No; en realidad, no. Solo quería saber si creías que alguien del pueblo habría podido hacer daño a tu hijo.

—Ya me preguntaste eso mismo la otra vez, si tenía enemigos aquí. Creo que no. Pero no puedo estar segura, si era tan canalla como tú crees que era.

—También pregunté por las mujeres a quienes hubiera podido conocer —siguió Elínborg, midiendo bien sus palabras.

—Sí, y no sé nada de mujeres —respondió Kristjana.

—Puede que haya una en especial por la que me gustaría preguntarte. Una mujer de la aldea que se llamaba Aðalheiður.

—¿Aðalheiður?

—Sí.

—La recuerdo, aunque yo no la conocía para nada. El taller de coches es de su hermano.

—¿El del taller?

—Sí.

—¿Quieres decir que la chica era hermana de Valdimar?

—Sí. Bueno, hermanastra. Su madre era una golfa. En los viejos tiempos se pasaba el rato con

los marineros. La llamaban algo que se me ha olvidado. Algo que era de todo menos bonito. Tuvo esos dos hijos. Fuera del matrimonio, faltaría más. Dos hijos ilegítimos. Y encima, bebía. Se murió en la mejor edad, cierto es, pero hecha polvo. Eso sí, trabajadora sí que era. Yo trabajé con ella en el pescado. Una chica muy trabajadora.

—¿Tu hijo conocía a esta tal Aðalheiður?

—¿Runólfur? Era más o menos de la misma edad, iban a la misma escuela. Yo no la conocía a ella para nada, la veía solo cuando andaba con su madre en la factoría, con el pescado, siempre con el moco colgando. La chica no era nada sana. Un poco tonta y debilucha.

—¿Runólfur tenía relación con ella?

—¿Qué quieres decir con eso de «relación»?

Elínborg vaciló.

—¿Eran más que simples conocidos? ¿Existía

alguna clase... existía alguna clase de relación algo más estrecha entre los dos?

—No, nada por el estilo. ¿Por qué lo preguntas?

Runólfur no entró aquí nunca con ninguna chica.

—¿Conocía a otras chicas del pueblo?

—No, de verdad que no.

—Tengo entendido que Aðalheiður murió hace dos años.

—Se mató —dijo Kristjana de sopetón, pasándose una mano por el cabello gris. Elínborg pensó si habría sido moreno en su juventud. Los ojos castaños apuntaban en esa dirección.

—¿Quién? ¿Aðalheiður?

—Sí. La encontraron en la playa, ahí abajo, donde el cementerio —dijo Kristjana como si estuviera hablando del tiempo—. Se había tirado al mar.

—¿De modo que se suicidó?

—Sí. Todo parecía indicar que sí.

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué se mató la chica? Ni idea.

Andaba mal de ánimos, la pobre. Muy mal debía de estar pasándolo, si se decidió a hacer eso.

Con la luz del día, Elínborg se hizo una idea más precisa de la ubicación del cementerio. Estaba al lado del mar, al norte de la aldea, y lo encerraba una pared baja de piedra que no llevaba mucho tiempo sin recibir los debidos cuidados. Algunas piedras se habían caído y en algunos sitios ni siquiera se veía por la altura de la hierba marchita. Una simpática iglesita rural con su pequeño campanario se alzaba en un extremo del camposanto. Estaba pintada de blanco, con techo rojo de chapa ondulada. La puertecita que daba al cementerio estaba abierta. Elínborg no tuvo problema para encontrar la cruz blanca otra vez.

Aquí y allá había lápidas cubiertas de musgo clavadas en la fría tierra, con inscripciones ya casi ilegibles por la edad. Otras se erguían aún sobre la hierba en su eterna lucha con los vientos y las inclemencias del tiempo. Y entre unas y otras había sencillas, pobres cruces blancas como la que cubría la fosa de Aðalheiður.

No podía ser más simple, con aquella sencilla plaquita negra que contenía la inscripción. DESCANSA EN PAZ, decía, debajo de las fechas de nacimiento y defunción. Elínborg se percató de que el cumpleaños de Aðalheiður era el mismo día en que Runólfur halló la muerte. Levantó la mirada. El cielo estaba encapotado aunque en aquel lugar la temperatura era tibia y el mar estaba tranquilo. La vista sobre el fiordo con las montañas otoñales hasta donde alcanzaba la vida le proporcionaron una calma muda que solo se vio rota por un zorzal

que se había detenido encima de la torre de la iglesia antes de continuar su viaje y desaparecer entre las montañas.

Elínborg tuvo la sensación de no estar sola y miró hacia la tapia, desde donde la miraba la chica del chaquetón azul. Las dos estuvieron en silencio una frente a otra durante un buen rato, hasta que la chica se decidió y entró en el cementerio saltando el muro de piedra.

—Es bonito este sitio —comentó Elínborg.

—Sí —dijo la chica—. Es el sitio más bonito de toda la aldea.

—Sabían lo que hacían cuando eligieron el emplazamiento del cementerio —dijo Elínborg—. Y gracias por dejarme aquí sola anoche —añadió.

—Perdona —se disculpó la muchacha—. No sabía qué hacer, sigo sin saber qué hacer. Cuando volviste a la aldea...

—¿Sabías que volvería? —dijo Elínborg.

—No me extrañó nada. Te esperaba. Estaba esperando que volvieras.

—Dime qué es lo que te tiene tan alterada. Es evidente que quieres decirme algo.

—Te vi ir a casa de Kristjana.

—En este pueblo se sabe todo al momento.

—No te estaba espiando, solo te vi. Ella sabe perfectamente lo que pasó. ¿Te lo dijo?

—¿Qué fue lo que pasó?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿El qué? ¿Y tú, quién eres? Por ejemplo, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Vala.

—¿Por qué tanto secretismo, Vala?

—Creo que casi todos saben lo que pasó pero que no quieren hablar de ello. Y yo tampoco, no quiero ponerlos en ningún apuro. Por eso... no sé

si debería estar hablando contigo. Es solo... Este silencio es inaguantable, ya no lo soporto.

—¿Por qué no me dices lo que te tiene tan angustiada? Entonces veremos. ¿De qué tienes miedo?

—Aquí nadie habla de eso —dijo Vala—, y yo no quiero poner a nadie en apuros.

—¿No hablan de qué? ¿A quiénes te refieres?

—Todos callan y hacen como si no hubiera pasado nada, como si aquí no pasara nada. Como si todo fuera sencillo y bonito.

—¿Pero no es así?

—No, no es así.

—¿Y cómo es, entonces? ¿Por qué me hiciste venir hasta aquí?

La chica no respondió.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Elínborg.

—No soy ninguna chismosa, no quiero hablar

mal de nadie. Sobre todo, de los muertos.

—Nadie tiene que enterarse de lo que hablemos tú y yo —dijo Elínborg.

Vala cambió repentinamente de tema.

—¿Llevas mucho tiempo en la poli?

—Sí, bastante.

—Debe de ser un trabajo horrible.

—No. A veces. Cuando te mandan a un sitio misterioso como este. Pero luego hay tiempos mejores. Sobre todo, cuando conoces a una chica como tú y crees que puede ayudarte. ¿De qué muertos no quieres hablar mal?

—No he podido terminar el instituto —dijo la muchacha, sin saber aún si responder o no—. Quizás un día lo termine y vaya a la universidad. Me apetece estudiar algo.

—¿Quién era esta Aðalheiður que está aquí enterrada? —preguntó Elínborg mirando la cruz.

—Yo no era más que una niña cuando pasó.

—¿Qué pasó?

—Yo debía de tener unos ocho años, pero no me enteré de nada hasta los doce o trece. Corrían toda clase de historias raras y recuerdo que me parecían muy trágicas pero también tremendamente emocionantes. Al parecer se volvió loca. Se le había metido alguna enfermedad en la cabeza. No trabajaba a tiempo completo, se ocupaba de su hermano y era bastante misteriosa, estaba casi siempre sola. No hablaba con los demás. En cierto modo estaba aislada de todo lo del pueblo, de todo y de todos. Casi no se relacionaba con nadie, aparte de con su hermano, que se dedicó a cuidarla estupendamente cuando enfermó. O bueno, yo siempre creí que había enfermado. Eso es lo que me dijeron cuando era pequeña. Que Addy estaba enferma, la pobre mujer. Para mí era ya una

persona mayor, tenía doce años más que yo. Cumplíamos los años el mismo mes. Con cinco días de diferencia. Cuando pasó aquello tenía la misma edad que tengo yo ahora.

—¿Y la conocías?

—Sí, trabajamos juntas en el pescado. Claro, éramos de distinta edad y no resultaba fácil intimar con ella. No dejaba que se le acercara nadie. A mí me dijeron que siempre había sido así, que era un poquitín rara, una solitaria a la que no le interesaban los demás y que tampoco les interesaba mucho a los demás, que era un tanto apática y muy sensible. Nadie se daba cuenta ni de que existía. Presa fácil, supongo.

Vala respiró hondo. Elínborg se dio cuenta de que se estaba muy conmovida.

—Bueno, cuando crecí más empecé a oír diversas cosas sobre Addý y lo que le había

pasado. Algunos lo sabían, pero callaban. A lo mejor es que les parecía absurdo. A lo mejor se sentían incómodos. Avergonzados. Se sentían fatal. Pasaron bastantes años hasta que lo supo todo el pueblo. Creo que ahora lo saben todos. No tengo ni idea de cómo se ponen en marcha esas historias, porque Addý jamás dijo nada. Nunca acusó a nadie. A lo mejor fue él quien se puso a hablar de ello en alguna borrachera. Es posible que quisiera alardear de lo que había hecho. En cualquier caso, dudo que lo lamentase jamás.

Vala calló. Elínborg esperó con calma a que continuara su relato.

—Addý no le contó nunca a nadie lo que pasó; probablemente, solo a su hermano, y solo muy al final. Aunque creo que él debía de haber oído ya algo. Ella vivía con una vergüenza que se había creado ella misma. He leído un montón sobre

mujeres como ella. La mayoría, si no todas, necesitan tratamiento especializado. Dicen que se culpan a sí mismas de lo sucedido. Que viven con la furia. Que se aíslan.

—¿Qué pasó?

—Que violó a Addý.

Vala miró fijamente la cruz.

—Poco a poco se fue sabiendo que la habían violado, y quién lo había hecho, pero ella nunca dijo nada. No acusó a nadie. No hubo denuncia y nadie fue perseguido legalmente. Y nadie hizo nada por ayudarla —repitió Vala.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Elínborg—.

¿Quién la violó?

—Estoy segura de que Kristjana sabe lo que hizo, lo que hizo su hijo. Vive en una fase de negación maniática. No la dejan tranquila ni una

semana. Los chicos se meten con ella. Le rompen los cristales de las ventanas.

—¿Estás hablando de Runólfur?

—Sí. Él violó a Addý y ella no pudo recuperarse nunca. La encontraron en el mar, ahí abajo, justo por debajo de la iglesia. La corriente la llevó al lugar donde podría descansar.

—¿Y Runólfur?

—Aquí todos saben quién lo mató.

Elínborg miró un buen rato a Vala y le vino a la mente un hombre de mediana edad que cambiaba de carril con toda tranquilidad y le sonreía al conductor de camión que se dirigía directamente hacia él.

Cuando Elínborg volvió al hotel, dedicó varias horas a trabajar en la habitación, que había convertido en oficina provisional. Hizo una serie de llamadas telefónicas a Reikiavik para recopilar más información. Habló, entre otros, con Sigurður Óli, y tomaron las medidas necesarias. Enviarían a unos agentes a la aldea, aunque tardarían cierto tiempo en llegar. Sigurður Óli le recomendó encarecidamente a Elínborg que no hiciera nada hasta que llegaran. Ella le contestó que no se preocupara. Konráð y Nína seguían en prisión provisional. A Elínborg no le extrañó que Konráð hubiera cambiado de opinión y ahora negara

haberle causado la muerte a Runólfur. También rebatía que hubiera sido su hija, Nína, quien lo mató.

Había empezado a oscurecer cuando Elínborg salió del hostel y se dirigió lentamente hacia la aldea, por la calle mayor, en dirección al puerto. Había hecho ese mismo camino cuando llegó a la aldea por primera vez. El taller de coches estaba en la zona más baja del pueblo, y Elínborg se dirigía hacia allí pensando en la nevada que habían anunciado. Confiaba en no quedarse atrapada en aquel lugar. Miró el rótulo que coronaba la puerta del taller. Ahora sabía que en una ocasión había sufrido un disparo de escopeta. Se lo contó Vala. Lo hizo el mismo dueño del taller, Valdimar, cuando aún bebía. Había dejado de beber hacía unos cuantos años.

Entró en la oficina. Todo estaba igual que antes.

Elínborg imaginó que debía de haber sido igual desde que se abrió el taller. Un calendario con una chica ligera de ropa colgaba de la pared detrás del mostrador. Era del año 1998. Allí era como si los días, semanas y años carecieran de importancia. Como si el tiempo se hubiera detenido. Todo, el mostrador, el viejo sillón de cuero, la calculadora y el libro de pedidos estaba cubierto por un fino velo de suciedad, polvillo negro de motores y repuestos y aceites y neumáticos.

Preguntó en voz bien alta si había alguien en el taller, pero no obtuvo respuesta, y entró muy despacio. El tractor Ferguson seguía en su sitio. Por lo demás, el taller estaba igual de vacío que la primera vez que entró Elínborg. Dos armarios de herramientas que había junto a la pared estaban abiertos.

—Me enteré de que habías vuelto —oyó decir a

su espalda.

Elínborg dio media vuelta, despacio.

—Me estabas esperando —añadió.

Valdimar estaba detrás de ella, vestido con camisa a cuadros y pantalón vaquero. Llevaba en la mano el mono de trabajo, y empezó a ponérselo.

—¿Estás sola? —preguntó.

Valdimar tenía que saberlo. En la pregunta no había amenaza, ni extrañeza. La había formulado para infundir confianza, no temor.

—Sí —respondió Elínborg sin titubear. Quería ser sincera con él. Le recordaba a Teddi cuando se deslizaba el mono por los hombros y los brazos salían por las mangas.

—Vivo aquí arriba —dijo Valdimar indicando el techo con el dedo—. No tenía demasiado trabajo, de modo que me acosté un rato. ¿Qué horas son ya?

Elínborg se lo dijo. No tenía sensación de correr ningún peligro. Valdimar se mostraba amable y tranquilo.

—Así que no vives demasiado lejos de tu trabajo —dijo con una sonrisa.

—Es de lo más cómodo —respondió Valdimar.

—Estuve en el cementerio —dijo Elínborg—. Ví la tumba de tu hermana. Según me han dicho, se quitó la vida hace dos años.

—¿Has vivido alguna vez en una aldea como esta? —preguntó Valdimar, quien de pronto se acercó tanto a Elínborg que la acorraló contra uno de los armarios de herramientas.

—No. Nunca he vivido en una aldea como esta.

—Estos sitios pueden ser de lo más raro.

—Me lo puedo imaginar.

—Los de fuera, como tú, no podéis haceros ni idea de cómo son.

—No, supongo que no.

—Ni yo mismo lo entiendo del todo, y eso que vivo aquí. Aunque te lo intentara explicar, tan solo sería una pequeña parte de la verdad. Y esa verdad tan pequeña sería mentira a ojos de Haddi, el de la estación de servicio. Aunque hablaras con todos los que viven en la aldea y te pasaras veinte años preguntando, nunca podrías enterarte sino de un fragmento mínimo de lo que es vivir en una aldea como esta. Cómo piensa la gente. Cómo se relacionan unos con otros. Los lazos de años, de vidas enteras, que unen a la gente y la separan. Yo he vivido aquí toda mi vida, y aún me quedan muchísimas cosas por entender. Y sin embargo, mi hogar está aquí. Los amigos se convierten en enemigos encarnizados en un abrir y cerrar de ojos. Y la gente guarda secretos hasta el último instante de sus vidas.

—No estoy segura...

—No entiendes adónde quiero ir a parar, ¿es eso?

—Creo que ya sé algo de lo que sucedió.

—Todos saben que estás ahora en el taller —dijo Valdimar—. Saben por qué has vuelto a la aldea. Saben que has venido para hablar conmigo. Todos saben lo que hice. Pero no dicen nada. Nadie dice nada. ¿No te parece todo un detalle por su parte?

Elínborg no respondió.

—Addý era mi hermanastra —dijo Valdimar—. Tenía cuatro años más que yo, y nos llevábamos de maravilla. No llegué a conocer a mi padre. No sé quién era, y no tengo el menor interés en saberlo. El padre de mi hermana era noruego, un marinero que se quedó por aquí el tiempo justo para dejar embarazada a mi madre. Mamá no gozaba de

demasiada buena fama en la aldea. Es una de esas cosas que la aldea entera sabe mucho antes que tú. Al final te acabas enterando porque se meten contigo. Si no, no te enterarías en la vida. Nos crio bien y nunca tuvimos motivo de queja, aunque a veces aparecía por casa algún empleado de servicios sociales, un visitante extraño, distinto de todos los demás, con una cartera en la mano, y se dedicaba a mirarnos a mi hermana y a mí y a hacer preguntas de lo más absurdo. Nunca encontró nada indebido, porque mamá era una mujer fantástica, aunque siempre tuvo que andar bregando con toda clase de problemas. Trabajaba como loca en la factoría de pescado, y a mi hermana y a mí nunca nos faltó de nada, aunque éramos pobres. A ella, con sus dos bastardos, le habían puesto un mote en la aldea que no pienso repetirte. Por todo eso me metí tres veces en peleas bien serias. En una

ocasión me rompí un brazo. Y luego murió en la paz de dios. Está enterrada en el cementerio, al lado de su hija.

—No parece que la muerte de tu hermana fuera tan pacífica como la suya —observó Elínborg.

—¿Con quién has hablado?

—Eso no importa.

—En la aldea también hay gente buena, no me malinterpretes.

—Me he dado perfecta cuenta —respondió Elínborg.

—Addý no me contó nunca nada hasta que ya era demasiado tarde —dijo Valdimar. Las facciones se le habían endurecido. Cogió una llave inglesa de gran tamaño que estaba encima de la rueda delantera del tractor y la blandió en la mano —. Es una de esas cosas que pasan. Se encerró en sí misma. Estaba sola cuando la agredió.

Necesitábamos dinero y yo me embarqué en un arrastrero congelador. Esos barcos pasan una temporada bien larga en alta mar. Y acababa de embarcarme cuando pasó aquello.

Valdimar calló, cabizbajo, y se golpeó la palma de la mano con la llave.

—No me dijo nada. No le dijo nada a nadie. Sencillamente, cuando volví era otra persona. Había cambiado de una forma incomprensible. Casi no podía ni acercarme a ella. No tenía ni idea de lo que pasaba, era solo un chiquillo; dieciséis años tenía. Mi hermana apenas se atrevía a salir. Se encerró en casa. Se negaba a ver a las dos buenas amigas que tenía en el pueblo. Yo quería que fuese al médico, pero ella se negó en redondo. Me dijo que la dejara en paz, que ya se pondría bien. No quería decirme lo que era. Y quizá sí que debió de mejorar algo, en cierto modo. Pero pasó

un año y después otro y seguía exactamente igual. Siempre tenía miedo. A veces se ponía furiosa contra algo que yo no conseguía saber qué era. Otras se limitaba a quedarse sentada llorando. Estaba deprimida e inquieta. Después he leído mucho sobre el tema. Era un caso de manual.

—¿Qué pasó?

—Un hombre la violó en el pueblo de una forma atroz, tan atroz que ella se negó a entrar en detalles. No me los contó; ni a mí ni a nadie.

—¿Runólfur?

—Sí. Se celebraba un baile. Se cameló a Addý y se la llevó al río que corre al norte de la aldea, a poca distancia del centro social. Ella no sospechaba nada. Conocía muy bien a ese hombre. Habían estado en la misma clase durante toda la escuela primaria. Por supuesto, él estaba convencido de que sería presa fácil. Él volvió al

baile cuando terminó de hacer lo que quiso. Siguió divirtiéndose como si no hubiera pasado nada. Pero se le escapó contarle a uno de sus amigos algo de lo que había hecho, y así se fue corriendo la voz poco a poco por toda la aldea, excepto que yo jamás oí nada.

—Ese fue el principio —dijo Elínborg en voz baja, como si hablara consigo misma.

—¿Sabéis de otras mujeres a las que haya violado?

—La mujer a la que hemos detenido. No sabemos de otras.

—A lo mejor les pasa más o menos lo mismo que le pasaba a Addý —aventuró Valdimar—. La amenazó con matarla si decía algo. —Valdimar dejó de golpearse la palma de la mano con la llave inglesa y miró a Elínborg a los ojos.

»Durante todos esos años, mi hermana fue una

persona destrozada. Por mucho tiempo que pasara, nada cambió.

—Te creo —dijo Elínborg.

—Cuando por fin se atrevió a contarme lo que había pasado, ya era demasiado tarde.

Los hermanos se quedaron un buen rato en la vivienda de encima del taller cuando Addý terminó de contar su historia. Valdimar le cogió la mano y le acarició el cabello. Se había sentado a su lado mientras ella proseguía con su relato, que se hacía más difícil y más penoso a cada momento que pasaba.

—Ha sido tan terriblemente difícil —susurró Aðalheiður—. Muchas veces he estado a punto de tirarlo todo por la borda.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó

Valdimar, mirando atónito a su hermana—. Habría podido ayudarte.

—¿Qué ibas a hacer tú, Valdi? Eras muy joven. Yo misma no era más que una niña. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Quién nos habría ayudado contra ese monstruo? ¿Se arreglaría algo si pasaba unos meses en la cárcel? Estas cosas no tienen importancia, Valdi, no tienen ninguna importancia para los que mandan. Lo sabes.

—¿Cómo puedes haber estado guardándote eso todo este tiempo?

—He intentado vivir con ello. Unos días son más fáciles que otros. Tú me has ayudado muchísimo, Valdi. Eres el mejor hermano que nadie pueda tener.

—Runólfur —susurró Valdi.

Su hermana se volvió hacia él.

—No vayas a hacer ninguna tontería, Valdi. No

quiero que te pase nada. Si no, nunca te habría contado nada.

—No me lo contó hasta el día en que se dio por vencida definitivamente —dijo Valdimar, mirando a Elínborg—. Dejé de estar pendiente de ella solo por un momento, pero fue suficiente. No podía hacerme idea de cuánto tiempo se había pasado sufriendo, de qué profundas eran las heridas que ese hombre le había producido. La encontraron esa tarde en la playa, debajo del cementerio. Runólfur se largó a Reikiavik muy poco tiempo después de agredir a mi hermana y no volvió por el pueblo, salvo en contadas ocasiones. Y siempre que venía se quedaba el menor tiempo posible.

—Necesitas asistencia letrada, tienes que hablar

con un abogado —dijo Elínborg—. Te ruego que de momento no digas nada más.

—No necesito abogado —respondió Valdimar—. Justicia era lo que necesitaba. Fui a verlo y descubrí que seguía haciendo lo mismo.

Los efectos se hicieron notar antes de lo que Runólfur había calculado y tuvo que sujetar a Nína para subir las cuestas de Þingholt camino de su casa. Parecía como si fuera muy sensible a la droga. Iba colgada de él y casi tuvo que llevarla en brazos el último trecho. No entró por la calle, sino por el patio. No creía que nadie se diera cuenta de su presencia. No encendió ninguna luz al entrar, y la tumbó con cuidado en el sofá del salón.

Cerró la puerta, entró en la cocina y encendió unas velitas, las colocó en el dormitorio y puso dos en el salón. Luego se quitó la chaqueta. Las velas arrojaban un resplandor brumoso sobre el

apartamento. Tenía sed y vació un vaso grande de agua. Puso música, la banda sonora de una de sus películas favoritas. Se inclinó sobre Nina, hizo un revoltijo con su chal y lo tiró al dormitorio. Empezó a quitarle la camiseta de San Francisco. No llevaba sujetador.

Runólfur la llevó al dormitorio, terminó de desvestirla y se desnudó él también. La joven estaba totalmente inconsciente. Runólfur se puso la camiseta de la chica y miró su cuerpo insensible, desnudo. Sonrió y mordió la esquina de un paquete de preservativos.

Para él, no existía nada más que aquella joven.

Se tumbó encima del cuerpo exánime y le acarició el pecho y le metió la lengua en la boca.

Media hora después salió del dormitorio y cambió la música. Se movía sin la menor

precipitación. Puso otra banda sonora y se dio el gustazo de subir el volumen.

Rúnolfur iba a entrar otra vez en el dormitorio cuando oyó que llamaban a su puerta. Miró hacia la entrada de la casa, sin poder creer a sus propios oídos. Otras dos veces se había encontrado en esa situación desde que se fue a vivir a Þingholt: la gente volvía borracha del centro y llamaba a su puerta pensando que allí se celebraba una *after-party*. Se olvidaban de la dirección o se perdían y no podía librarse de ellos hasta que abría la puerta. Estaba en medio del salón. Miró hacia el dormitorio y luego otra vez hacia la puerta. Llamaron otra vez, ahora con golpes más fuertes incluso que antes. El visitante nocturno no tenía intención de dejarlo. En una de las ocasiones en que lo molestaron de forma semejante por la

noche, el que llamaba se puso a llamar a gritos a una tal Sigga que creía que vivía en aquella casa.

Runólfur se puso los pantalones a toda prisa, entornó la puerta del dormitorio y entreabrió la puerta de la calle con mucho cuidado. No había luz en la puerta, y apenas veía nada.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero no pudo seguir. Alguien dio un fuerte empujón a la puerta, entró en el piso como una furia y cerró a toda prisa.

Runólfur se había quedado tan asombrado que no tuvo ni fuerzas para oponerse.

—¿Estás solo? —preguntó Valdimar.

Runólfur lo reconoció al momento.

—¿Tú? —dijo—. ¿Cómo? ¿Qué... a qué vienes?

—¿Hay alguien contigo? —preguntó Valdimar.

—¡Sal de aquí inmediatamente! —vociferó

Runólfur.

Vio el mango de la navaja en la mano de Valdimar, y la hoja relució un instante después. Antes de que se diera cuenta, Valdimar lo tenía agarrado por el cuello con una mano y lo estaba empujando hacia una de las paredes del salón, la navaja pegada a su cuello. Valdimar era más alto y más fuerte que él. Runólfur estaba como paralizado por el terror. Valdimar echó un vistazo a su alrededor y vio las piernas de Nína en el dormitorio, cuya puerta no estaba cerrada del todo.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

—Una amiga —balbuceó Runólfur. Las cosas pintaban mal para él. Valdimar tenía brazos muy fuertes. Parecía como si le tuviera cogido el cuello en una presa de lucha. Apenas podía respirar.

—¿Una amiga tuya? ¡Dile que salga!

—Está durmiendo.

—¡Despiértala!

—No... no puedo —dijo Runólfur.

—¡Eh, tú! —gritó Valdimar hacia la habitación —. ¿Me oyes?

Nína no movió un músculo.

—¿Por qué no responde?

—Duerme a pierna suelta —dijo Runólfur.

—¿Duerme?

Valdimar cambió la presa y se puso detrás de él con la navaja barbera sobre su cuello y la otra mano agarrándole del pelo, y así lo empujó hacia la habitación y abrió la puerta de una patada.

—Puedo rajarte en el momento que me parezca —le susurró a Runólfur al oído. Le dio un golpe a Nína con una pierna. La joven no se movió.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no se despierta?

—Está dormida —dijo Runólfur.

Valdimar le hizo un pequeño corte en el cuello con la navaja, que le provocó un dolor lacerante.

—No me hagas daño —dijo Runólfur.

—Nadie duerme tan profundamente. ¿Está drogada? ¿Le has hecho tomar algo?

—No me rajes —le suplicó Runólfur con voz temblorosa.

—¿Le has dado algo?

Runólfur no respondió.

—¿La has drogado tú?

—Ella...

—¿Dónde tienes la mierda esa?

—No vuelvas a cortarme. En el bolsillo delantero de la chaqueta.

—Dámela.

Valdimar lo empujó y le hizo entrar en el salón delante de él.

—Sigues en las mismas —dijo.

—Ella lo ha querido.

—Igual que mi hermana —bramó Valdimar—.

¿Te lo pidió ella? ¿Te pidió ella que la violaras, cabrón de mierda?!

—No... no sé lo que te diría —gimió Runólfur—. Yo no pretendía... Perdona, yo...

Runólfur sacó las pastillas del bolsillo de la chaqueta y acercó el frasco a la cara de Runólfur.

—¿Qué es esto? —preguntó Valdimar.

—No lo sé —respondió Runólfur, aterrorizado.

—¿Qué es esto?!

Volvió a hacerle un corte a Runólfur en el cuello.

—Ro... Rohypnol —gimió Runólfur—. Un somnífero.

—¿La droga de las violaciones?!

Runólfur no respondió.

—Cómetela —ordenó Valdimar.

—No...

—¿Cómetela! —rugió Valdimar, y le hizo otro

corte. La sangre empezó a correr por el cuello.

Runólfur se metió una pastilla en la boca.

—¡Otra! —ordenó Valdimar.

Runólfur se había echado a llorar.

—¿Qué... vas a hacer? —preguntó mientras se metía otra pastilla en la boca.

—Otra más —dijo Valdimar.

Runólfur se había rendido por completo y se metió la tercera pastilla en la boca.

—No me hagas nada —imploró.

—Cállate.

—La sobredosis es mortal.

—Quítate los pantalones.

—Valdi, tú...

—Que te los quites —le ordenó Valdimar, y le hizo otro pequeño corte en el cuello. Runólfur aulló de dolor. Se desabrochó los pantalones y los dejó caer al suelo.

—¿Qué se siente? —preguntó Valdimar.

—¿Qué?

—¿Qué se siente?

—¿Pero...?

—¿Qué se siente cuando te violan?

—No...

—¿No te parece emocionante?

—No lo hagas —suplicó Runólfur entre lágrimas.

—¿Cómo crees que se sintió mi hermana?

—No...

—Dímelo, ¿cómo se sintió todos estos años?

—No me hagas...

—¡Dímelo! ¿Crees que sintió igual que tú ahora?

—Perdona, no sabía... No pretendía...

—Inmundo —le susurró Valdimar al oído.

Aquello fue lo último que oyó Runólfur.

De un rápido tajo, Valdimar le hizo a Runólfur un profundo corte desde la oreja izquierda por todo el cuello. Cuando lo soltó, se derrumbó en el suelo. La sangre manaba a borbotones de la herida. Valdimar se quedó un momento quieto encima del cuerpo, luego fue a la puerta y desapareció en la oscuridad.

Elínborg escuchó en silencio el relato. No dejaba de observar a Valdimar, sus gestos y las modulaciones de su voz. Nada parecía indicar que sintiese algún remordimiento. Era más bien como si hubiera llevado a cabo una tarea que tenía que acabar para poder llevar otra vez la paz a su alma. Había necesitado dos años, pero ya estaba hecho. Si acaso, Elínborg notó que parecía aliviado.

—¿No lamentas nada? —preguntó ella.

—Runólfur recibió su merecido —dijo Valdimar.

—Fuiste juez y verdugo al mismo tiempo.

—Él fue a la vez juez y verdugo en el caso de mi hermana —replicó Valdimar, irritado—. No veo ninguna diferencia entre lo que yo le hice a él y lo que él le hizo a Addý. Lo único que me preocupaba era no ser capaz de llegar hasta el final. Pensaba que sería más difícil, que no podría hacerle daño. Esperaba más resistencia. Pero Runólfur era un asqueroso cobarde. Supongo que los que son como él son todos iguales.

—Hay otros medios para conseguir justicia.

—¿Cuáles? Addý tenía toda la razón. A los hombres como Runólfur los condenan quizás a uno o dos años de prisión. Si es que los llegan a juzgar. Addý... mi hermana me dijo que era como si Runólfur la hubiera matado. Que no había

ninguna diferencia. No creo haber cometido un delito especialmente grave. Al final, todo depende de ti mismo. Tienes que hacer algo para traer un poco de paz a tu alma. ¿Era mejor quedarse de brazos cruzados y dejar que él siguiera a lo suyo? Estuve peleando con esta pregunta hasta que se me acabaron las ganas de aguantar. ¿Qué se puede hacer cuando el sistema se pone de parte de esos canallas?

Elínborg pensó en Nína, y en Konráð y su familia, en cómo se le había arrebatado a la joven su fe en la existencia. Recordó la triste reunión en la casa de Runólfur en Þingholt, la familia de Unnur, que lo único que podía hacer era sufrir en silencio.

Para Valdimar, eso no era suficiente.

—¿Estuviste mucho tiempo preparándolo? — preguntó Elínborg.

—Desde que Addý me contó lo que había pasado. Ella no quería que hiciese nada. No quería que me metiese en líos. Siempre se preocupó mucho por mí, su hermanito pequeño. No sé si comprendes bien todo esto. Lo que tuvo que pasar Addý, cuando la ultrajó y los años siguientes. Todos estos largos años. Addý dejó de existir de verdad. Ya no era mi hermana, ya no era Addý, sino alguien parecido a ella, que iba marchitándose y muriéndose.

—Por tu culpa hay un padre y su hija en la cárcel, inocentes los dos —dijo Elínborg.

—Lo sé, y lo siento infinito —dijo Valdimar—. He ido siguiendo las noticias y pensaba entregarme. No quiero que unos inocentes sufran por lo que hice yo. Me habría entregado. Estaba casi a punto de hacerlo, pero antes tenía que solucionar un par de asuntos por aquí. A eso he

dedicado los últimos días. Supongo que no volveré nunca a este pueblo.

Valdimar dejó la llave inglesa.

—¿Qué te puso sobre mi pista? ¿Por qué pensaste en mí? —preguntó.

—Mi marido es mecánico de automóviles —respondió Elínborg.

Valdimar la miró como si no consiguiera entender del todo lo que quería decir.

—El padre de la chica, el que está detenido, creía haber notado olor a queroseno en el apartamento de Runólfur. La chica debió de volver en sí nada más irte tú, y cuando su padre entró en el apartamento notó el olor que había desprendido tu ropa. Pensó que Runólfur habría estado quemando algo con queroseno. El olor me resultó familiar y volví a preguntarle al padre. Podía ser lubricante, un olor típico de taller de coches. Tú

fuiste el primero en quien pensé, estás siempre trabajando en tu taller. Me puse a pensar en el pasado de Runólfur y en esta aldea, y junté las cosas.

—Fui a Reikiavik directamente desde el taller, sin cambiarme de ropa —explicó Valdimar—. El domingo era el cumpleaños de Addý. Pensé que era el mejor momento para solucionar sus cosas. Creo que nadie se dio cuenta de que me ausentaba del pueblo. Me puse en camino por la tarde y estaba de regreso al día siguiente, muy temprano. No tenía nada planeado, no tenía ninguna idea concreta, solo sabía lo que iba a hacer. Me puse en camino con el mono de trabajo. Me llevé una navaja barbera de las antiguas.

—Dicen que el corte estaba muy bien hecho, que era suave y casi femenino.

—Tengo cierta costumbre de sacrificar animales

—dijo Valdimar.

—¿Y eso?

—Trabajaba en un matadero todos los otoños, cuando aún había matadero en la aldea.

—La gente de aquí debe de haber sumado dos más dos cuando se conoció la muerte de Runólfur.

—Es bastante posible, pero no he oído decir ni una palabra. A lo mejor pensaron que ahora estaba saldada la cuenta.

—¿Tú crees que el padre de Runólfur sabía lo que había hecho su hijo?

—Lo sabía. Estoy seguro.

—Me dijiste que habías visitado a Runólfur una vez, cuando vivía en Reikiavik —dijo Elínborg—. ¿No sabías nada de la violación en aquel momento?

—No. Me lo encontré una vez en Reikiavik, en el centro, y me invitó a su casa. Fue pura

casualidad. Estuve allí muy poco tiempo. Éramos paisanos, pero yo no lo conocía mucho y... me pareció una persona muy agradable.

—¿Tenía ya piso alquilado en Reikiavik?

—Vivía en casa de un amigo suyo. Un tal Eðvarð.

—¿Eðvarð?

—Sí, Eðvarð.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cinco o seis años.

—¿Puedes ser más preciso? ¿Cuántos años hace?

Valdimar reflexionó un momento.

—Hace seis años. En 1999. Fui a la capital a comprar un coche usado.

—¿Runólfur vivía en casa de Eðvarð hace seis años? —preguntó Elínborg, al mismo tiempo que

recordaba lo que le había dicho el vecino de Eðvarð, que tuvo alquilada una habitación.

—Sí, eso me dijo.

—¿Era en la parte oeste de la ciudad vieja?

—No estaba lejos del centro, justo al lado del dique seco. Runólfur trabajaba allí.

—¿Que trabajaba dónde?

—En el dique seco.

—¿Que Runólfur trabajaba en el dique seco?

—Sí. Dijo que trabajaba a la vez que estudiaba.

—¿Y llegaste a ver al tal Eðvarð?

—No, solo me habló de él. Se burlaba de él. Por eso me acuerdo, porque me llamó la atención el mal bicho que era Runólfur hablando así de Eðvarð. Decía que era un pobre tipejo. Pero claro, Runólfur...

Valdimar no acabó la frase. Elínborg había sacado el móvil. En ese momento, un coche de

policía se detuvo delante del taller. Dos agentes salieron del vehículo. Elínborg miró a Valdimar.

Este vaciló un instante, paseó la mirada por el taller, acarició el asiento del tractor con su mano encallecida y miró después los armarios de herramientas, entreabiertos.

—¿Me caerán muchos años?

—No lo sé —admitió Elínborg.

—No lamento lo que hice —dijo Valdimar—.

Nunca lo lamentaré.

—Vamos —replicó Elínborg—. Vamos a terminar con esto.

Eðvarð pasó siete horas en la sala de interrogatorios mientras se llevaba a cabo un registro exhaustivo en su casa. Elínborg le preguntó repetidas veces por la época en que Runólfur vivía con él. Eðvarð no tardó en reconocer que Runólfur tuvo alquilada una habitación en su casa mientras buscaba piso. Era en la misma época en que desapareció Lilja. Eðvarð confirmó también que Runólfur trabajaba en el dique seco, que estaba a poca distancia a pie, pero afirmó desconocer si Lilja había ido a su casa y se había encontrado con Runólfur. Dijo que no tenía la menor idea de si Runólfur le había

hecho algún daño a la joven. Él no le había hecho absolutamente nada.

—¿Llevaste a Lilja a Reikiavik?

—No.

—¿La dejaste en Kringlan?

—No, no hice nada de eso.

—¿De qué hablaste con Lilja camino de la ciudad?

—Yo no la llevé a ningún sitio.

—Ella estaba buscando un regalo para su abuelo, ¿te lo dijo?

Eðvarð no respondió.

—¿Alguna otra cosa? ¿Te dijo algo de ir a visitarte?

Eðvarð sacudió la cabeza.

—¿Te ofreciste a llevarla de vuelta a Akranes?

—No.

—¿Por qué te ofrecías a las chicas del instituto

para traerlas a la ciudad? ¿Qué intenciones albergabas?

—Yo no hacía eso.

—Conocemos un caso.

—Es mentira. Esa persona os ha mentado.

—¿Te ofreciste a traer a Lilja por instigación de Runólfur?

—No. Yo no me ofrecí a traerla.

—¿Habló Runólfur alguna vez con Lilja, que tú pudieras oírlo?

—No —dijo Eðvarð—. Nunca.

—¿Le hablaste tú a él de Lilja?

—No.

—¿Asesinaste tú a Lilja en tu casa?

—No. Ella nunca estuvo aquí.

—¿Invitaste a Lilja a venir a tu casa cuando acabara las compras?

Eðvarð no respondió.

—¿Tenía ella algún motivo para venir a visitarte?

Eðvarð siguió en silencio.

—¿Conocía ella tu dirección en Reikiavik?

—Podría haberla encontrado en algún sitio. No lo sé.

—¿Asesinó Runólfur a Lilja en tu casa?

—No.

—¿El cuerpo de la chica acabó en el dique seco?

—¿En el dique seco?

—Él trabajaba allí.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Le ayudaste tú a deshacerse del cadáver?

—No.

—¿Sospechaste en algún momento que Lilja pudo haber caído en sus manos? ¿Eso te causó problemas más tarde?

Eðvarð vaciló.

—¿Sospechaste...?

—No sé lo que fue de Lilja. No tengo ni la más remota idea.

Así continuó Elínborg durante horas sin lograr sacarle nada a Eðvarð. No disponía de prueba alguna, no tenía nada que apoyase sus sospechas de que Lilja habría podido acabar en manos de Runólfur en la casa de Eðvarð, hacía seis años. No estaba nada claro que Eðvarð tuviese la menor idea al respecto, aunque las cosas hubieran sucedido como Elínborg sospechaba. También cabía la posibilidad de que estuviera mintiendo, pero resultaría difícil probarlo.

Era el día después de que Elínborg volviera de la aldea con Valdimar. A este lo habían trasladado a Reikiavik y puesto en prisión provisional. Pusieron en libertad a Konráð y Nína, quienes se

encontraron con el resto de la familia en el despacho de Elínborg en Hverfisgata. El hijo mayor había vuelto a casa desde San Francisco y estaba también allí. No se los veía demasiado felices. Nina seguía consternada por haberse creído capaz de matar a alguien y, aunque quedó algo aliviada cuando se supo la verdad acerca de su inocencia y la de su padre, aún le costaría un tiempo olvidar su sufrimiento.

—Conozco una mujer con quien quizá te haría bien hablar —dijo Elínborg—. Se llama Unnur.

—¿Quién es?

—Ella comprenderá lo que has tenido que pasar. Estoy segura de que también le apetecerá conocerte.

Se dieron la mano.

—Avísame y hablaré con ella —dijo Elínborg.

Acompañó a Eðvarð al salir de comisaría y se

metió en su coche; pero en vez de volver a casa, se dirigió a Þingholt, a la casa de Runólfur. Tenía llave. No tardarían en entregarle el apartamento al dueño, y en llegar nuevos inquilinos. En el camino pensó en Erlendur y en la llamada telefónica que había recibido esa mañana y que la había dejado algo preocupada.

—¿Eres Elínborg? —le dijo al teléfono una cansina voz de hombre.

—Sí.

—Me dijeron que hablara contigo por un coche de alquiler que está aquí aparcado al lado del cementerio.

—¿Dónde?

—Aquí, en Eskifjörður. El coche está aparcado al lado del cementerio y no hay nadie.

—¿Y...? ¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Elínborg.

—Comprobé la matrícula y resultó tratarse de un coche de alquiler.

—Sí, eso ya lo has dicho. ¿Eres de la policía de Eskifjörður?

—Sí, perdona, ¿no te lo había dicho? El alquiler está a nombre de una persona que creo que trabaja contigo.

—¿Qué persona?

—El coche fue alquilado por Erlendur Sveinsson.

—¿Por Erlendur?

—Los de la empresa de alquiler dijeron que trabajaba con vosotros.

—Es cierto.

—¿Sabes algo de dónde quería ir por aquí, en esta zona?

—No —dijo Elínborg—. Se fue de vacaciones

hace dos semanas y pensaba ir a los fiordos del este. Eso es todo lo que sé.

—No, claro, de eso se trata. El coche lleva cierto tiempo aquí, vacío, está delante de la puerta de las almas, así que había que quitarlo de allí. Lo hicimos, pero no hubo forma de contactar con ese hombre. Y no es que haya ningún problema, es solo que pensé que deberíamos hacer alguna averiguación de por qué lo dejó justo en el cementerio.

—Por desgracia, no puedo ayudarte.

—Bueno, tampoco importa demasiado. Muchas gracias.

—Adiós.

Elínborg encendió las luces de la cocina, el salón y el dormitorio, y estuvo pensando en la conversación con el de Eskifjörður sin acabar de entender qué era lo que pasaba. Nadie había

tocado nada en la casa de Runólfur. Ahora sabía lo que había sucedido allí dentro: cómo habían arrastrado a Nína hasta allí, cómo había interrumpido Valdimar a Runólfur en su búsqueda de venganza, cómo había llegado Konráð al lugar del crimen y había encontrado a su hija sumida en la absoluta y total desesperación. No lograba descartar la idea de que Runólfur había recibido su merecido. No creía que el juicio divino sirviera de nada en asuntos como aquel.

Elínborg no tenía una idea muy clara de lo que estaba buscando y, aunque no esperaba encontrar nada, creía que valía la pena intentarlo. La brigada científica había registrado con gran exhaustividad todos los armarios de la casa, pero se podía buscar otro tipo de huellas.

Empezó en la cocina, abriendo los cajones y los armaritos y levantando ollas y sartenes y cubiertos.

Buscó en la nevera y el congelador, buscó en los restos de un viejo helado de vainilla, buscó en el pequeño ropero que había al lado de la puerta, en el interior del cajetín de los fusibles, y dio golpes en el parqué en busca de huecos. Recorrió el salón centímetro a centímetro, puso el sillón patas arriba, levantó los cojines, sacó los libros. Examinó las figuritas de superhéroes y las agitó.

Entró en el dormitorio y levantó la colcha de la cama. Examinó cuidadosamente el interior de las mesillas de noche, una a cada lado de la cama. Abrió el armario y sacó las ropas, las registró y las puso encima de la cama. Colocó los zapatos en el suelo y se metió en el armario, dio golpes en la pared y el suelo. Pensaba en Runólfur y en la perversidad que corría por su conciencia como un río negro, profundo, frío e intransitable.

Se tomó todo el tiempo necesario y con la

búsqueda fue arrinconando las sospechas, y no acabó hasta bien entrada la noche.

No encontró nada de lo que estaba buscando.

Nada que pudiera indicar qué fue de la chica de Akranes.

Elínborg se tumbó en la cama al lado de Teddi e intentó dormirse. Buscaba el reposo en su fuero interno, pero no encontraba más que angustia y tristeza.

—¿No puedes dormir? —le susurró Teddi en la oscuridad.

—¿Estás despierto? —preguntó ella, extrañada.

—Es estupendo que estés en casa —dijo Teddi.

Elínborg le dio un beso y se acurrucó con él. Sabía que su sueño sería breve e intranquilo. Pensó en Theodóra.

«¿Cómo es tu trabajo, mamá?».

Detrás de esta pregunta palpitaba otra más

profunda sobre un mundo que se iba abriendo poco a poco ante su hija, y que la llenaba de horror: «¿En qué clase de mundo vivo?».

Elínborg cerró los ojos.

Veía a Addý trastabillar en la empinada orilla del río, mirando aterrorizada a su alrededor en busca de su atacante. Por si volvía. Por si trataba de hacerle aún más daño. El ruido del baile retumbaba aún en el centro social. El único pensamiento que pasaba por su mente era escapar, irse a casa sin toparse con nadie en el camino. No quería que nadie la viera, no quería que nadie lo supiera, no quería que nadie dijera lo que había sucedido. Echó la llave a la puerta y cerró las ventanas, se sentó en una silla de la cocina y empezó a acunarse llorando, adelante y atrás, e intentó limpiar de su mente aquel ultraje. Lloró y tembló y lloró y lloró.

Elínborg enterró la cabeza en la almohada.

Oyó a lo lejos unos golpecitos sobre la puerta, vio un puño pequeño levantarse y golpear con más fuerza, vio a Lilja en el quicio de la puerta de Eðvarð, y a Runólfur en el umbral.

—Ah —exclamó ella—, está... ¿Eðvarð vive aquí?

Runólfur la miró y sonrió. Miró a su alrededor para comprobar si estaba acompañada, si había alguien que los estuviese viendo.

—Sí, pero acaba de salir. ¿Quieres entrar a esperarlo?

Ella titubeó.

—Es que yo...

—No tardará ni cinco minutos.

Lilja miró hacia el mar. Desde allí se veía la península de Akranes a lo lejos. Había aprendido a confiar en la gente. Estaba bien educada.

—Por favor —dijo Runólfur.

—Vale —respondió ella.

Elínborg se quedó mirando de hito en hito la puerta que se cerraba tras ellos y se durmió por fin con la única certidumbre de que nunca volvería a abrirse.

Notas

¹ Aunque pueda parecernos extraño, en Islandia hay estudiantes que trabajan en la policía durante los veranos.

(N. del t.)

² Brynhildur es típico nombre de valquiria: «combate del escudo». Su padre se llamaba Geirharður, «duro como una lanza». *(N. del t.)*

³ Significa «Piedra del peñón». Suele decirse que los nativos de esa región de Islandia gustan de los nombres infrecuentes. *(N. del t.)*

⁴ De los 330.000 islandeses, solo un centenar lleva ese nombre. Por cierto, significa «Lobo misterioso». *(N. del t.)*

⁵ Menos de un euro. *(N. del t.)*

P

www.serienegra.es

A

R

A